

OPERACIÓN CAIPIRIÑA

J. L. Rodríguez

PRÓLOGO

El libro cuenta la historia de un grupo de viejos y nuevos amigos, que se conjuran para descubrir la verdad oculta tras un extraño accidente acontecido en una obra.

La aventura comienza con una comida entre dos compañeros de colegio que llevan años sin verse, a uno la vida le ha llevado a ser Guardia Civil, al otro le empujó a dirigir obras por las tierras de España.

En un momento de la reunión, el oficial comenta que unos días antes había asistido con un amigo mosso de esquadra, a la inspección de un accidente mortal de un jefe de obra. Ante la incredulidad y los razonamientos del técnico, firman solemnes un pacto para descubrir la verdad.

A la investigación se sumarán un joven mosso de esquadra, las responsables del juzgado y otros personajes claves. Juntos vivirán la aventura de intentar descubrir la verdad de lo sucedido a un profesional honesto y valiente.

CRUCE DE CAMINOS

El libro es un cruce de caminos que transitan entre la realidad diaria del autor y los recuerdos que todavía perduran en su corazón de peregrino.

Los protagonistas en su aventura por descubrir la verdad, recorren los caminos de Madrid y Barcelona, y viajan en la realidad o en sus recuerdos, por rincones de España que revelan la maravillosa diversidad de lugares, costumbres y formas de ser, que diferencian y unen a sus gentes.

UNA RENOVADA AMISTAD

Es un viernes caluroso de finales de julio en Madrid, de un año cualquiera de los que siguieron al choque del barco de España con el iceberg de la crisis, por sucesivos malos gobiernos de la nave.

Tras el siniestro se perdió la oportunidad de cambiar el rumbo de la historia, con un rescate solidario para todos los pasajeros.

Los <poderees ocultos> decidieron que en los barcos de salvamento, de amnistías y rescates, solo cabían los de primera clase y la tripulación, el resto de pasajeros deberían tratar de llegar a tierra a nado.

Un veterano técnico de la construcción, castigado al rincón de pensar por sus aventuras empresariales y la explosión de la burbuja inmobiliaria, toma una cerveza en la barra de un buen restaurante asturiano, situado en el entorno del Retiro, distraído con recuerdos de otra época.

Javier Rodríguez Gil es una persona de ciento setenta y dos centímetros, atléticos en tiempo, con unos quilos de más en la actualidad, de unos bonitos ojos azules que se apagan detrás de unas gafas sin montura y una cabeza más despejada de lo que le gustaría. Abulense de nacimiento, madrileño de ejercicio, convertido en ciudadano de las Españas cuando empezó a dirigir obras por sus tierras.

Espera ilusionado a un amigo del colegio, con el que ha quedado para comer, después de haberse reencontrado en la reunión de los treinta años, que organizó meses atrás, un valiente compañero de clase.

El restaurante le trae a la imaginación gratos momentos de sus primeros pasos en las obras, recién terminada la universidad, cuando ayudaba a construir el edificio de Consultas Externas del antiguo Hospital de la Princesa.

Recuerda con nostalgia que en este lugar asistió a su primera comida de empresa.

Aún tiene gravado en su imaginación, que cuando se fue a levantar de la mesa, a duras penas podía ponerse de pie, todo el

restaurante le daba vueltas. No estaba acostumbrado a alternar con las copas de antes, durante y después.

Se salvó de las chanzas porque era el último en salir y los compañeros no se dieron cuenta que se apoyaba en mesas y sillas, para hacer una salida más o menos digna.

La suerte se puso de su parte, la sobremesa se había alargado y al ser viernes decidieron no regresar a la oficina de la obra. Pudo dar un largo paseo, para que los efectos etílicos le abandonaran.

La experiencia le sirvió para las muchas comidas de empresa, que han venido después, en su agitada vida profesional.

Luis llega puntual a la cita, fundiéndose ambos en un abrazo de palmadas sonoras, que tanta gracia les hacía cuando se lo veían hacer a sus mayores.

—¿Qué tal Javi? —saluda cariñoso el recién llegado.

—¡Bien!, tenía muchas ganas de saber cómo te va la vida.

Le hace ilusión escuchar que le llame como lo hacían en el colegio, aunque de joven protestaba a veces.

—Me he acordado de ti muchas veces, entre viajes y pereza nunca encontré un momento para llamarte —confirma sincero el último en llegar.

Luis López Morano es un hombre de ciento ochenta y cinco centímetros de altura, fruto de un estirón de verano y mantiene la complexión atlética y el atractivo chulesco de barrio.

Apuran las cañas entre vaciladas cariñosas, uno se sorprende de la tripita y la despejada cabeza del que un día fue un buen deportista, el otro se asombra de que el joven <macarrilla de barrio> se haya convertido en un veterano teniente de la Guardia Civil, experto en la lucha antiterrorista.

Terminadas las consumiciones y las bromas pasan al restaurante, saludan al metre, que verifica la reserva, y les conduce hacia su mesa.

El aparejador siente que el tiempo no ha pasado, los muros siguen decorados con fotografías de gente, que son la historia viva del restaurante.

Busca discretamente una foto del equipo de obra, que estuvo en su tiempo colgada. La curiosidad y los recuerdos le han jugado una mala pasada, ha pasado mucho tiempo.

Les sitúan en el primer salón, en una mesa de cuatro, junto a la pared que divide este espacio de la siguiente sala, lo que les proporciona cierta independencia para charlar de sus cosas.

Luis se sitúa inconscientemente frente a la entrada, quizá por deformación profesional. Su compañero no lo aprecia, al estar con la mente distraída en sus recuerdos.

En este salón el técnico se siente muy a gusto, ha vivido muchas comidas con profesionales de la construcción, en las que aprendió más de la realidad de las obras que en el tajo, al haber podido conversar con compañeros expertos, en un ambiente más relajado.

Una vez aposentados, el camarero les acerca las cartas, momento en que Javier regresa de sus ensoñaciones y sin apenas dejársela leer a su amigo, le propone comer una fabada para los dos y algo ligero de picar.

—¡Perfecto!, aunque sea verano, un día es un día, luego podemos dar un paseo y tomar unos gin-tonics —se apunta con la valentía del buen comedor.

Javi tiene ganas de preguntar muchas cosas a su compañero, en el caos de la reunión de antiguos alumnos apenas pudieron hablar.

—El otro día con tantos corrillos no pude charlar contigo, me enteré que te hiciste Guardia Civil y estabas destinado en Barcelona. ¿Cómo te va?

—Después de salir del colegio fui a la universidad para hacer derecho, lo de estudiar no era lo mío y terminé por dejarlo.

—¿Cómo acabaste de picoletto? —insiste extrañado.

—Un poco por casualidad, empecé a trabajar de varias cosas y a golpear. Un amigo de mis padres Guardia Civil, que es como un tío para mí, me cogió por banda y me propuso hacer las oposiciones para el Instituto, para que no me echara a perder.

—¡Que valiente! —reconoce su mérito.

—Al principio no me lo tomé muy en serio, poco a poco me entró el gusanillo, estudié con ganas, pasé fácil las pruebas físicas y conseguí sacar la oposición.

—¿Cómo te destinan a Barcelona?

—Cuando sucedió el atentado de Hipercor me incorporé voluntario a los cuerpos antiterroristas, me destinaron a Barcelona cuando era un joven novato y allí sigo.

—¡Debió ser duro! —expresa su admiración.

—Fueron años intensos y emocionantes, en especial el periodo de la Olimpiada, estábamos orgullosos de luchar por España.

—¡Qué casualidad!, en esa época trabajé en una de las obras emblemáticas del proyecto olímpico.

—¡Qué pena!, me hubiera gustado mucho tener amigos del colegio para disfrutar de esa bonita ciudad.

—El destino es muy revoltoso —sentencia el oficial.

—Estuvimos a punto de coincidir —recuerda el aparejador un peligroso suceso.

—¿Cómo es eso?

—Tuvimos un atentado de ETA en la obra y te podía haber tocado ir.

—¿Cómo fue? —sorprendido por no recordar el suceso.

<<Recibimos un aviso de amenaza de bomba, solíamos tener muchas llamadas falsas. Esta resultó ser cierta, los perros localizaron un artefacto en el falso techo desmontable de un aseo. Un héroe de los artificieros decidió desactivarlo a pesar de que nosotros le decíamos que no merecía la pena el riesgo, que la hiciera explotar, serían solo daños materiales que repararíamos en unas semanas. Estuvo una tensísima media hora asomándose a ver la bomba para desactivarla en unos segundos, sudamos nosotros más que él.
>>

—No entendimos el porqué de su heroica actuación —sentencia Javier.

—Al desactivarla, los terroristas no tuvieron ninguna relevancia mediática, fue una derrota de la propaganda terrorista. Gracias a héroes como él se salvaron más vidas de las que la gente imagina y no han tenido el reconocimiento que merecían.

El técnico entiende los argumentos, al tiempo que siente añoranza de aquellos tiempos, que le lleva a intercambiar una mirada cómplice con su amigo.

La llegada del metre para apuntar la comanda, interrumpe el interrogatorio, si eso se le puede hacer a un teniente de la bene-
mérita, aunque sea un amigo del colegio.

Le comentan que van a tomar fabada, el responsable ratifica como acertada su decisión y les recomienda que tomen sólo unos entrantes porque las raciones eran abundantes. Aceptan la propuesta y piden una ración de jamón y una ensalada de ventresca de entrantes, acompañadas de unas cervezas primero y un vino de la casa para acompañar la comida.

— ¿Qué tal en Barcelona? —retoma Javi la conversación.

—Al principio fuimos fantásticamente acogidos, en la actualidad, sin la amenaza del terrorismo etarra, el nacionalismo independentista ha tomado el poder y algunos hemos quedado apartados a labores administrativas.

—Barcelona era una ciudad que de jóvenes teníamos idealizada como la más moderna y libertaria de España y no solo por estar más cerca de Perpiñán —expresa Javier, con una sonrisa pícaro.

—¡Que golfo eres!, en que estarás pensando.

—En las películas de destape como tú.

—Cataluña se ha transformado en un entorno difícil, mientras unos nos jugábamos la vida para tratar de evitar atentados, otros ocupaban puestos, que por capacidad y trabajo no les corresponden, acercándose al poder nacionalista —se desahoga el oficial.

—Ser el teniente López no debe ayudar mucho —le vacila el técnico.

—Pues anda que el jefe de obra Rodríguez.

—Al final va a ser culpa de nuestros padres —resume divertido.

—Parece una broma pero tiene mucho que ver —se pone serio el que sufre la situación a diario.

—Tienes razón, la empresa que me trajo a Barcelona sufrió presiones políticas para que el proyecto lo hiciera algún arquitecto extranjero de renombre, no aceptó la imposición y trabajamos con nuestros equipos técnicos.

—¿Cómo te fue en lo profesional?

—La experiencia fue fantástica, prácticamente vivía en la obra para ayudar a terminarla a tiempo para la Olimpiada. Trabajamos en turnos dobles y yo los hacía casi todos para no perderme nada, solo pasaba a ratos por el hotel a descansar.

—¿Te dieron mucha guerra con el catalán? —recuerda momentos incómodos vividos.

—Viví situaciones conflictivas con empresarios que se dirigían a mí en catalán y cuando les respondía en español me ignoraban y se iban en busca de un responsable superior. Aprendí a darles carrete y esperar que volvieran a pedir disculpas, con más o menos deportividad, al enterarse que yo era el técnico que buscaban.

—¿Fue difícil la dirección de la obra?

—¡Qué val, fue muy divertido, mi situación era muy especial pertenecía a una gran empresa, con sus órganos de dirección en Madrid y estaba temporalmente. Me sentí como el llanero solitario de los jefes de obra de Barcelona.

La llegada del camarero con los entrantes, interrumpe la charla de los amigos.

Después de servirles, cuando les deja solos, Javi recuerda una anécdota que le sucedió durante la dirección de la obra.

<<El día de la fiesta de San Juan estaba en la obra con un compañero, nos habíamos quedado de responsables para que los de Barcelona pudieran irse de fiesta. En torno a las diecinueve horas nos llamaron del departamento de relaciones de la Villa Olímpica para avisarnos que el Alcalde iba a venir de visita. Les comunicamos que no se podía, que nos tenían que haber avisado el día anterior como estaba acordado y dimos el asunto por resuelto. Al rato llegaron unos guardaespaldas a la obra, para decirnos que unos metros más atrás venía el regidor con una comitiva de invitados. >>

—No entiendo porque querían ir a ver una obra la víspera de una fiesta importante —interrumpe Luis la anécdota.

—Perdona, lo estoy contando mal.

<<Habíamos acondicionado la planta 34 a disposición de la empresa, el Ayuntamiento y el comité olímpico, para que desde esta privilegiada ubicación, pudieran enseñar la Villa y el Puerto Olímpico y ofrecer una vista única de Barcelona, a todas las personas principales que la visitaban. >>

Hecha la aclaración, sigue con su relato, esforzándose por no reírse al recordar lo que pasó después.

<<Presionados por la situación, tomamos el walkie-talkie para intentar comunicarnos con los operarios de la empresa de ascensores, sin conseguirlo. Nos escuchó el responsable de la empresa de climatización que tenía conectada nuestra frecuencia y nos comentó que les había visto en el cuarto de máquinas de la planta 42. >>

—Aunque ahora parezca la prehistoria, éramos capaces de hacer las obras sin móviles y casi sin ordenadores.

—¡Es verdad! a los jóvenes de ahora les parece imposible que pudiéramos vivir sin móvil, ni redes sociales —recuerda Luis con nostalgia tiempos mejores para las relaciones personales.

Finalizada la pausa de reconocimiento, el jefe de obra, sigue con su relato, orgulloso de las capacidades de dirección de los de su generación.

<<La comitiva llegó al recinto de la obra, se acercó a nosotros la secretaria del Alcalde y le comentamos lo que pasaba. En ese momento se nos ocurrió subir a pie los 42 pisos para ver si desde el cuarto de ascensores podíamos poner alguno en marcha. Como era el más joven me tocó, con la suerte de encontrar a los ascensoristas, que pusieron uno en marcha y bajaron en él conmigo a recoger a la caprichosa comitiva. Llegué a la planta de acceso empapado de sudor, el alcalde informado por su secretaria, contó divertido la anécdota al séquito, dándome todos las gracias. Les subimos a la planta para que disfrutaran el capricho y dejamos al ascensorista encargado de bajarles por si había algún problema. Mientras esperábamos el final de la inesperada visita para retomar el trabajo, hicimos unas chanzas con la anécdota. >>

—Si te toca subir en la actualidad, hay que llamar a los bomberos —le vacila.

—Hubiera subido a gatas, si hubiese hecho falta, los deportistas de espíritu no nos rendimos —se defiende envalentonado.

La llegada de la fabada interrumpe la animada conversación, confirmando López que eran ciertas las advertencias del metre y su amigo.

Les pusieron sobre la mesa una enorme perola, para que comieran lo que quisieran.

Mientras el camarero les sirve el primer plato, recuerdan aventuras de juventud, cuando eran más comilones, porque lo gastaban rápidamente y se retan para acabar con la cazuela sin muchas expectativas de cumplir el desafío.

Se ponen cómodos, aflojan los cinturones y se lanzan con tranquilidad al ataque, saben por experiencia que se trata de una carrera de fondo.

Tras reconocer, con las primeras cucharadas, que la fabada está muy buena, siguen con el cotilleo personal.

—Estuvo bien la reunión de los treinta años de nuestro curso —retoma la charla Luis.

—¡No estuvo mall, aunque nunca he querido ir a estas fiestas, ni cuando la vida me sonreía y mi aspecto era más digno, ni ahora que me va peor y mi imagen está muy alejada de la que ellos y ellas recordaban.

—¡Qué tontería!, a nadie le importa, a mi si me gustan, pero nunca he podido ir, por no enterarme o estar de viaje.

—¿De verdad crees que la gente no vacila con la imagen de los demás?, tú tienes un aspecto fantástico, estás como en el colegio o mejor y si alguien te vacila le puedes meter en el calabozo.

—¡Estás fatal!, sigue con las fabes que la perola no baja.

—Me convenció Rafa, que es con el único que mantengo contacto, me dijo que ibas a venir tú y otros compañeros que hacia muchísimo tiempo que no veía y me animé.

—¿Lo pasaste mal en la reunión?

—¡Fue divertido!, aunque creo que nada va a cambiar, volveremos cada uno a nuestras vidas.

—Nosotros hemos quedado para comer y nos hemos comprometido a mantener el contacto.

—Tienes razón, brindemos por ese compromiso.

Realizado el brindis, siguen mano a mano con la fabada y entre risas, vaciladas, cervezas y vino, terminan con la hoya.

En ese momento unas risas y aplausos les sacan de su animada conversación.

Alzan la vista y observan a los comensales próximos, muertos de la risa felicitándoles.

Ante el divertido tumulto que se produjo, se acerca el metre que descubre la proeza y les comenta sorprendido que no recordaba cuando alguien había terminado la cazuela.

El responsable les ofrece un postre, al que renuncian por vergüenza y solo piden unos orujos para hacer la digestión.

Les traen la botella para que se sirvieran lo que quisieran y unas pequeñas rosquillas caseras, como premio a su hazaña culinaria.

Al final llegó el momento de la discusión de dos amigos por la cuenta. Gana Javier que eligió el sitio, a cambio de que Luis pague los cubatas, lo que suele terminar en empate económico.

Los dos amigos hacen, con dignidad, el paseíllo hacia la puerta, entre las sonrisas y saludos cómplices del resto de los comensales.

UN PASEO HACIA LA AVENTURA

A la salida del local, echan unas risas, mientras intentan decidir dónde van a tomar unos gin-tonic, para hacer la digestión y seguir con los recuerdos de juventud.

Luis toma la iniciativa y propone ir a una terraza del Parque del Retiro, su colega acepta encantado, no está lejos y es un precioso lugar.

Durante el callejeo, retoman su intento de ponerse al día de lo acontecido en sus vidas.

—Me enteré que no te has casado, seguro que tienes muchas novias en Barcelona —se interesa Javi.

—No es del todo cierto, me casé joven y estoy divorciado, no lo conté porque no me apetecía tener que dar explicaciones —se confiesa.

—¡Lo siento!, ha pasado una vida.

—No te preocupes hace más de treinta años que salimos del colegio —apunta con nostalgia.

—¿Qué pasó?, si se puede preguntar.

—Podría decir como en las canciones, <que éramos muy jóvenes>, la verdad es que la “cagué”.

—Sería cosa de los dos —trata de disculpar su amigo.

—Fue culpa mía, entre el trabajo y alguna golfada lo estropee todo, me comporté como un niño inmaduro al que nada se le ponía por delante.

—¿Tiene arreglo? —intenta conocer si hay posibilidad de reencuentro.

—Imposible, la eché de mi lado, encontró un buen trabajo en Nueva York y ha formado una familia. Se lo merece, es una persona excepcional.

—¿Qué tal en Barcelona, tienes muchos amigos? —trata de apartarle de sus sentimientos de culpa.

—Tengo un amigo mosso de esquadra, que conocí en un equipo de fútbol sala, al que me apunté para matar el gusanillo y un grupo de compañeros con los que salgo a montar en bicicleta y a esquiar.

—¿De amigas que tal?—insiste pesado.

—¡Que cotilla eres!, las mujeres ya no me aguantan, ¿Qué tal te va a ti? —le devuelve el cotilleo.

No le apetece entrar en detalles de su aburrida vida, solo comenta que de tanto ir de un sitio para otro no ha logrado sentar la cabeza.

—¡Vaya par de merluzos! —cierra el tema Luis, dándole su colega la razón con un gesto de la cabeza.

El recuerdo de su amigo le trae a la memoria, un extraño suceso reciente, que decide contar.

<<Hace unos días me llamó Rubén, mi amigo el mosso, para que le acompañara a investigar un accidente que había sucedido en una obra de un hospital, que se construye en Barcelona. Acepté sin saber porque quería que le acompañara. Al llegar a la obra, nos encontramos un cuerpo aplastado contra el suelo, que todavía no habían tapado, a la espera de que llegara el juez y observamos que tenía una bandera de España encima. >>

—¡Que putada! —le sale espontánea la expresión al aparejador, al recordar accidentes acontecidos en algunas de sus obras.

El teniente entiende su reacción, ante el accidente de un compañero, le mira con gesto comprensivo y sigue con su relato.

<<El encargado de la obra y el delegado de la empresa en Cataluña, nos confirmaron que se trataba del jefe de obra. Subimos con ellos por las escaleras, llegamos al lugar desde donde se había supuestamente precipitado, vimos unos listones en el suelo y un hueco en la barandilla de protección. Nos contaron que se había caído al ir a poner una bandera en el poste, el relato nos pareció convincente, bajamos sin hacer más investigaciones y llegamos de nuevo al lugar del accidentado al tiempo que llegaba una guapísima juez. >>

—¡Ya está el don Juan! —le interpela divertido.

No se da por aludido y retoma el relato, sin hacer caso a los vaciles.

<<En ese momento tuve una llamada de la central y me tuve que ir, la magistrada y mi amigo, se quedaron encargados de los trámites del levantamiento del cuerpo y de los informes posteriores. >>

—¿A qué hora se produjo el accidente? —parece recuperar la atención el técnico.

—Antes de las 8 horas, no había nadie en la obra.

—Es imposible que un jefe de obra experto, se pueda caer del forjado, fuera de las horas de trabajo —reacciona con firmeza el técnico, ante la sorpresa del oficial.

La conversación sobre el accidente se detiene, al acceder los amigos a la calle Menéndez Pelayo desde la calle Menorca.

En ese punto a Javi se le viene a la cabeza una imagen reciente, en pantalón corto y camiseta, corriendo por esta calle.

Este pensamiento divertido le despista de la historia del accidente y mientras buscan el lugar para cruzar la calle, cuenta a su amigo la anécdota que ha recordado.

<<Hace unos meses me lio una sobrina y corrí con mi cuñado la carrera “Ponle Freno”, acto solidario por las víctimas de los accidentes de tráfico. Elegimos prudentemente, dado nuestro estado físico, hacer sólo cinco kilómetros. Salimos del Retiro con una táctica conservadora, sin picarnos, aunque nuestro orgullo sufriera al adelantarnos jóvenes, señoras y algunos mayores. La primera parte del recorrido era cuesta abajo, invitaba a llevar un buen ritmo, no caímos en la tentación, nuestro objetivo era llegar, no hacer un tiempo digno. Ese planteamiento nos salvó porque cuando llegamos a la calle Alfonso XII para volver a entrar en el parque, empezamos a subir una cuesta del demonio. Nunca mejor dicho porque terminaba en la escultura del Ángel caído. Nos salvó que desde este lugar enigmático, el recorrido era suave y pudimos ponernos derechos para entrar en la meta, con una imagen lo más digna posible. >>

—Tienes que hacer deporte —le aconseja sin poder contener la risa.

—He perdido la costumbre, intento caminata mucho.

—¡Te gustaba entrenar!, yo era más vago.

—Hacerlo sólo no me apetece, se hace muy duro.

—Un día te vienes con nosotros a una marcha ciclista.

—A Barcelona es difícil.

—Hacemos recorridos por muchas zonas de España, salvo que te miedo la bici. —trata de picarle el orgullo.

—Nunca he tenido miedo, aunque hace mucho que no monto.

<<Aprendí un verano en Ávila con apenas 5 años, en esas bicis BH, con barra que pesaban un montón. Era tan pequeño, que para montar mi tío tuvo que hacerme unas plataformas de corcho para llegar a los pedales.

Para subir tenía que apoyarla en un banco de piedra del parque de San Antonio y para bajar tenía que frenar y saltar. >>

—Aquellas bicicletas eran tremendas y sin marchas, las de ahora andan casi solas.

—Cuando dejamos de veranear en Ávila, dejé la bicicleta, solo la retomé cuando por trabajo volví a la ciudad y empecé a salir con una bici prestada, con un compañero tocayo tuyo. Recuerdo que nos picamos en una bajada.

<<Solté las manos de los frenos, me di por suicidado, pensé que si el final de la bajada había un risco en lugar de un camino, iba a saltar la carretera del Barco de Ávila, el río Adaja, la carreta de Burgondo y empotrar la bici y mi cabeza en la muralla, junto a la puerta de San Segundo. >>

—¡Estabas muy loco!

<<Entre los abulenses rebeldes nos ayudamos, la Santa puso un desvío al final del camino para que pudiera contarlo, mi amigo, mucho más sensato, había frenado un poco antes. >>

—Siempre has sido muy competitivo —reconoce su valor, sin poder dejar de reír, por como lo ha contado y también por imaginarse alguna bajada suicida de las suyas.

—Se nos quitaron las ganas de bici y lo dejamos.

—¿Dejaste el ciclismo definitivamente? —intenta Luis calibrar las posibilidades de su amigo de acompañarles.

—Hace unos años hice el Camino de Santiago en bicicleta por el camino Sanabrés desde Zamora con un amigo.

—¿Fue muy duro? —le sorprende su valentía.

—Tremendamente, mi condición física era tan lamentable como ahora. Tomé la decisión de no parar nunca, en las cuestas duras, si me tenía que bajar me bajaba y empujada la bicicleta. No perdía tanto tiempo, pero iba casi siempre solo y mi amigo se aburría de esperarme.

—¡Fuiste un valiente al no rendirte! —le anima con expresión de reconocimiento.

—Haber sido un buen deportista me ayudó, por el carácter que imprime y recuperaba muy bien.

—Seguro que a base de cerveza —le vacila.

—¡Como me conoces!, la “estrella de Galicia”, fue mi mejor compañera, hasta la llegada a la plaza del Obradoiro.

Terminadas las anécdotas ciclistas de Javi, cruzan la calle y entran en el famosísimo parque del Retiro, por la puerta “De la América Española”.

Avanzan entre árboles y plantas por el paseo del Salvador parándose frente al monumento a Cuba, que les trae recuerdos de vacaciones golfas de otra época.

Retoman su caminar, observan a la derecha el edificio del Teatro de Casa de vacas y a la izquierda el embarcadero, llegan a la fuente de los Galápagos, giran por la calle Nicaragua y se sientan en una terraza con espectaculares vistas al estanque.

—¡Los reyes sabían vivir! —reconoce Luis admirado por la vista que pueden observar.

—Siempre he sido más del lago de la casa de campo, pero tienes razón, es un sitio espectacular.

—¡Que carabanchelero eres! —toma el pelo a su amigo, aunque piensa lo mismo.

—Siempre ha sido territorio pijo —se defiende el de barrio.

Mientras esperan a ser atendidos, observan el monumento dedicado a Alfonso XII, que parece defendido por cuatro enormes leones, mientras las sirenas tratan de seducir a los enamorados que reman por el estanque.

—Fue el primer monumento del parque, la estatua ecuestre fundida en bronce fue realizada por Mariano Benlliure —recuerda haber leído el técnico.

Mientras toman los primeros gin-tonic, al teniente se le viene de nuevo a la cabeza el accidente.

—¿Porque llevaría una bandera de España el accidentado?

—Cuando se termina la estructura o la cubierta, la costumbre es poner la bandera y organizar una barbacoa en la obra.

—¿En Barcelona también? —se sorprende.

—En toda España, aunque los colores de la bandera ya son otra cosa. En la obra en la que trabajé en la Ciudad Condal, planeé con el encargado general poner el himno y la bandera del Real Madrid, tuvimos la desgracia que nos robaran la liga en Tenerife.

—¡Te pasa por merengue! —se ríe el colchonero, que piensa que en Barcelona el numerito hubiera sido un escándalo.

Entre copas y anécdotas de niños y jóvenes, se les escapa el tiempo, sin volver a recordar el accidente.

Luis se tiene que ir, ha quedado con su familia para cenar. Javi le acompaña hasta donde tiene aparcado al coche y se despiden cariñosamente con el compromiso de no dejar pasar tanto tiempo sin verse, que suena más sincero que en otras ocasiones.

EN BUSCA DE UN SUEÑO

Javi se levanta temprano para hacer su caminata sabatina, que le traslada desde su Vista Alegre carabanchelero al Cerro de los Ángeles de Getafe. Mitad paseo, mitad promesa, es el único deporte que hace en la actualidad. En su resacosa cabeza lleva latente el recuerdo de la entrañable jornada vivida el día anterior.

Desde que su madre le empujó a ir a pedir ayuda, por un problema personal derivado de una denuncia injusta, que un juez sustituto tuvo “a bien” tramitar, hace el paseo todos los sábados, salvo circunstancias especiales.

En sus primeras caminatas callejeaba por el barrio con destino a la Avenida de Andalucía, hasta que las radiales y las vías del tren le impedían realizar una travesía conforme con las leyes de tráfico. Cruzaba imprudente las grandes avenidas, hasta que alguna regañina lejana de la policía y el aumento del riesgo estadístico, le llevaron a buscar rutas alternativas.

En la actualidad, sale de casa sobre las ocho de la mañana, saluda a su Ángel de la guarda y se dirige hacia la calle General Ricardos para iniciar el recorrido.

Lo primero es hacer una parada logística para desayunar en el bar de un amigo.

Con las fuerzas recuperadas y el ánimo dispuesto, retoma la bajada en dirección al castizo río Manzanares, que en otra época separaba el pueblo de Carabanchel de Madrid.

Observa con pena muchos locales vacíos, que al principio de la crisis se entretenía en contar para calibrar sus efectos reales.

Al final de la calle se topa con la glorieta de Marqués de Vadillo, situada junto al famosísimo puente de Toledo, de estilo barroco churrigueresco. Vía histórica de entrada principal a la capital, relegada a paseo peatonal por las radiales de la M 30.

Se detiene a observar una vista privilegiada del entorno, con la imagen de la Puerta de Toledo en la cima. Imagina que sería una perspectiva digna de las postales emblemáticas de la ciudad, si no la tapan los árboles de la mediana, colocados por algún ingeniero sin espíritu arquitectónico.

Retoma su caminar por la calle Antonio López, al llegar a la altura del Hotel Praga, lanza un beso al cielo con destino a su madrina, su ahijada y al resto de familia, que viven en una calle próxima.

Avanza con paso tranquilo hacia la rotonda donde empieza la Avenida de Córdoba con destino al sur peninsular.

Al cruzar por encima del Manzanares se reconcilia con la ingeniería, al admirar dos pasarelas que forman ligeras siluetas de hormigón que se reflejan como olas en la imagen del río.

Llega a la Plaza de Legazpi y tras una breve espera, pues conoce el horario de salida, sube a un autobús que tras un rápido trayecto le deja en un polígono frente al Cerro de los Ángeles, en el que en una época no tan lejana, se ubicaron grandes empresas.

Cruza el puente peatonal sobre la autovía, con la vista de la silueta de la ermita y la grandiosa imagen de Jesús, sobre la línea que configuran en el horizonte, el encuentro de las copas de los árboles con el cielo azul de un soleado día estival.

Se adentra en el bosque de pinos carrascos, camina entre menderos y fuentes, sube por el camino lateral de la carretera, cruza la puerta de entrada al recinto, saluda a los gatos que por allí merodean y llega a la explanada religiosa.

Se quita la gorra con respeto, saluda al grandioso Sagrado Corazón, entra en el monumento y pone las velas de sus peticiones.

Al salir del monumento recuerda que los árabes consideraban este lugar el centro geográfico de la península ibérica.

Se acerca a observar los restos del monumento primitivo inaugurado por Alfonso XIII, destruido por los milicianos republicanos durante la guerra civil. Tras leer en las placas su historia sigue su ascenso, que interrumpe para refrescarse en la fuente de piedra.

Remojadas cabeza y camiseta, reanuda su avance con la vista de la Ermita de Nuestra Señora de los Ángeles en la cima.

La deformación profesional le incita a pensar, que le falta una torre para completar la simetría del alzado principal.

Antes de acceder al interior se acerca a la valla lateral, para desde esta atalaya admirar una hermosa vista de la ciudad de Madrid, con las montañas de la sierra en el horizonte.

Se congratula porque la boina de contaminación, se ha despedido con la lluvia estival de días pasados.

Entra en la iglesia, saluda a la patrona del pueblo de Getafe y deja una nota con sus peticiones para que los estudiantes del seminario diocesano la lean en sus plegarias comunes.

Al salir admira una de las vistas más bonitas del Sagrado Corazón, que parece flotar sobre las copas de los árboles y aprovecha para citarse con Él para el próximo sábado.

Baja por la escalera de la ladera, entra en el convento de las Carmelitas Descalzas que fundó Santa Maravillas de Jesús, saluda a sus santos y vírgenes preferidas.

Antes de abandonar la iglesia se para frente a la imagen de la santa fundadora que parece sonreír al que la mira.

En la parte inferior del cuadro, junto a su reliquia, lee la frase; *“Lo que dios quiera, como Dios quiera, cuando Dios quiera,”*, que le hace reflexionar sobre los agobios de su vida.

Sale del recinto religioso, se despide del Sagrado Corazón y comienza a descender por el monte.

Observa restos de trincheras, que le llevan a imaginar las duras batallas que se debieron librar en esa zona durante la guerra civil.

Reconocida su inocencia por la justicia y realizadas las visitas de agradecimiento prometidas, hace tiempo que en sus caminatas sabatinas, viene en busca de *“un nuevo sueño”*, que de sentido a su rutina de arrojar hojas del calendario a la papelera del olvido.

Siente que su vida ha sido un continuo perseguir sueños, para perderlos cuando apenas habían empezado a cumplirse.

DE TAPAS POR EL BARRIO DE LAS LETRAS

Terminada la visita sabatina y mientras espera paciente junto a un poste de la EMT, al bus que le llevará de regreso hacia Legazpi, recibe una inesperada llamada.

—¡Qué tal bandarra! —contesta sorprendido, al reconocer la llamada de su amigo.

—Me duele un poco la cabeza, ¿dónde estás? —le interroga.

—Estoy en el Cerro de los Ángeles, he venido a dar un paseo para bajar un poco la tripa.

—¿Quedamos a tomar unas cañas? —le propone directo.

—No sé, tengo mucha resaca y voy con pinta de montañero— duda ante la inesperada propuesta.

—La cerveza es el mejor remedio, no te preocupes yo también me pongo cómodo, que hace mucho calor.

—¡Ok!, ¿dónde quedamos? —se apunta sin más excusas.

—¿Quedamos en “Sol” como los turistas?

—Me parece bien, pero no debajo de la osa y el madroño, que estará lleno de turistas haciéndose fotos, nos vemos en la salida del metro, junto a la calle Carretas, en la esquina con el edificio de la Comunidad de Madrid.

—Sobre las doce y media estaré por allí.

El bus tarda un rato, que Javier entretiene en intentar adivinar las razones de la inesperada llamada de su amigo, al que pensaba que no volvería a ver en un tiempo.

Una vez subido llega pronto a la Plaza de Legazpi, entra en la estación de metro, toma la línea tres y aparece el primero en el lugar de la cita.

Mientras espera a su amigo se entretiene en admirar el entorno de la Puerta del Sol, una plaza sin nombre de tal.

Observa sus edificios y la estatua ecuestre del Rey Carlos III, el que dicen mejor alcalde de Madrid.

Se congratula al observar el cartel del “Tío Pepe”, situado en su nueva ubicación, gracias a la movilización popular.

<<Sabe que se situó sobre el Hotel París en 1.936 y ha sido un pedacito de Andalucía en Madrid, representado en neón, hasta que el hotel cerró en 2.006 y el edificio quedó abandonado. En 2.011 el nuevo propietario, una

gran multinacional, inició la rehabilitación integral del edificio y no quiso mantener su ubicación. La bodega consiguió un acuerdo con el propietario del edificio que ocupa el número 11 de la plaza. El Ayuntamiento le indultó al incumplir la ordenanza municipal contra la contaminación lumínica, junto a otros rótulos famosos, como el luminoso de Schweppes situado en el Edificio Carrión de la Gran Vía. >>

Al volver a su punto de espera, después de ir a cotillear la placa del kilómetro cero, origen de todas las carreteras radiales de España, recuerda a su padre que trabajó en una tienda de guantes en la calle Carretas.

Su amigo llega en torno a la hora acordada, se saludan cariñosamente y parecería que Javi le transmitió telepáticamente sus pensamientos.

—¿Qué tal tú padre? —se interesa el recién llegado, que recuerda cuando sus progenitores les llevaban en coche a los partidos de fútbol de niños.

—Murió hace tiempo, expresa con un gesto de normalidad para no hacer sentir mal a su amigo.

—¡Perdona no lo sabía!, hace tanto que no nos vemos —se disculpa sincero porque le apreciaba mucho.

—¡No te preocupes! —le disculpa sincero.

—¿Qué tal tú madre?

—¡Muy bien!, ahora vivo con ella en la casa que tú conoces y nos venimos a dar una vuelta los domingos al centro, está mejor de la cabeza que yo.

—¡Eso no es difícil! —le vacila, dándole una palmada en el hombro.

—Cuando la he dicho que venía a verte, me ha dado recuerdos para ti. ¿Qué tal tú familia?

—Mi madre está bien, mi padre un poco más delicado.

La realidad es que está mal, pero no quiere agobiar a su amigo.

Sin aparente razón, han subido por la calle Carretas en dirección a la Plaza de Jacinto Benavente.

—En esta zona trabajaba mi padre de encargado general en la tienda—taller de guantes Mario Herrero, donde los cortadores trabajaban en el escaparate en directo. La prenda pasó de moda, llegaron los grandes almacenes y el negocio se hundió.

Javier intenta ubicar el lugar exacto del local para mostrárselo a su amigo, sólo identifica un edificio abandonado.

—¿Dónde vamos? —rompe Luis la nostalgia de sus recuerdos.

—¿Qué te parece si vamos a tomar unas bravas?

—¡Perfecto!, así recordamos tiempos mozos.

Antes de llegar a la Plaza, deciden bajar hacia Sol, para girar a la derecha por la estrecha calle Cádiz.

—Recordaba esta zona muy degradada, ahora está bastante bien —se congratula Luis.

Se topan con la calle de Espoz y Mina, giran a la izquierda para incorporarse en el Pasaje Matheu y entran en el bar de las bravas. Les traen enseguida unos dobles de cerveza, mientras esperan la ración de las famosas patatas.

—¡Era una aventura venir a Madrid! —recuerda Rodríguez.

—¿Te acuerdas cuando íbamos a “Casa Mingo” a comer pollo asado y beber sidra?

La pregunta provoca que su colega recuerde una situación vivida en sus primeros años de jefe de obra por España.

<<Todavía deben estar riéndose de mí en Oviedo, fui por el trabajo de dirección de la reforma de oficinas bancarias de Banesto, entré a cenar en una sidrería y pedí sidra el gaitero que era la única que conocía. >>

—¡Que pardillo eres! —se carcajea.

<<Me miraron alucinados, pase mucha vergüenza, hasta que me explicaron lo que era la sidra de verdad, como se tiraba y la enorme diferencia de sabor que había. >>

Con la llegada de las patatas bravas, Luis aprovecha para sincerarse con su colega y le cuenta la razón que le ha llevado a llamarle, además de tomar unas cañas por el Madrid castizo.

—No he podido dormir, mientras esperaba que la cama dejara de dar vueltas, se me vino a la cabeza lo que dijiste de que no te creías el accidente del jefe de obra, me asaltaron muchas dudas que quiero comentar contigo como experto que eres.

—¡No seas pelota!, contesté por inercia corporativa, cuéntame lo que recuerdas.

—La primera imagen es un cuerpo muy destrozado sobre un charco de sangre, con una bandera de España encima.

—¿En qué posición? —se interesa sin aparente sentido.

Pide a su amigo que no le corte, quiere contar los hechos como él los vivió para analizarlos luego detenidamente.

—Cuando llegué a la obra ya estaba dentro mi amigo el mosso, su compañero controlaba el acceso. Cuando iba a identificarme me vio Rubén, le hizo un gesto y me dejó pasar.

—¿Por qué te pidió que le acompañaras? —interrumpe disculpándose.

—Con la situación tan dantesca que nos encontramos no le pregunté, seguro que fue por lo de la bandera.

Realizada la aclaración y tras una mirada recriminatoria, que su amigo entiende, sigue con su relato.

<<Rubén hablaba con el delegado de Cataluña de la Constructora, hombre de unos cuarenta años, perfectamente trajeado y con el encargado de la obra, un señor de edad indefinida, de rostro ajado por la mucha obra. Les preguntamos qué había pasado, el encargado empezó a contarnos muy nervioso que al llegar se había encontrado a su jefe en el suelo en un charco de sangre, no pudo seguir, se le saltaron las lágrimas, solo repetía ¡no puede ser!, ¡no puede ser! >>

—Estos accidentes son una putada para todos —afirma afligido el aparejador.

<<El delegado, más entero, nos contó que llegó pronto porque tenía una reunión con el jefe de obra y se encontró con el cuerpo. Sin preguntarle nos informó que seguramente se precipitó al ir a colocar una bandera de España en la cubierta, que se debió resbalar y caer, que igual venía cansado del viaje por haber estado de fiesta en el pueblo el fin de semana. >>

—¡Puede ser una razón! —apunta sin convencimiento el técnico, entre brava y brava.

—Habla un catalán impostado de academia, fácilmente entendible para todos.

—¡Te cayó fatal! —asegura convencido por su expresión.

—Los de Carabanchel nunca hemos aguantado tanta “pijería” —confirma la obvia impresión.

Sigue con su relato, sin hacer caso a su amigo, que está por la labor de tocarle las narices.

<<Les pedimos que nos llevaran al lugar desde el que se había precipitado, entramos en el edificio y subimos por las escaleras, no sé si nueve o diez plantas, hasta llegar a la última que estaba encharcada. >>

—El hormigón del forjado debía estar vertido recientemente, se le riega para favorecer el proceso de curado en los días siguientes, en especial en la época de verano —explica el técnico con una risita de suficiencia.

—¡Vale listillo!, ya sé que sabes mucho de obras, ¿por qué no vamos a otro sitio a tomar otras tapas?

—¡De acuerdo!, pero déjame participar en el análisis.

—¡Pero si no te callas! —protesta con una risa cómplice.

Dudan si entrar en la tasca contigua a tomar sus famosos mejillones, optan por dar un paseo por la zona de mayor concentración de tascas históricas de la ciudad, mientras admiran sus fachadas de cerámica pintada y el oficial retoma el relato de los hechos.

<<Nos llevaron a la zona de la caída, encontramos unas tablas en el suelo y un espacio sin barandilla. Al asomarnos, por la posición del cuerpo, confirmamos que era el lugar de la caída. Bajamos convencidos de la narración, sin haber oído la opinión del encargado. Al llegar abajo nos encontramos con la joven jueza, que intentaba poner un rictus serio para imponer autoridad. >>

Concluye la narración de lo acontecido, sin hacer caso al vacile, por no darle la razón.

<<Me llamaron de la comandancia y tuve que dejar solo a mi colega el mosso, que era el responsable de la investigación. >>

No se deciden a entrar en ninguna de las famosas tascas de la zona, optan por callejear en dirección a la histórica plaza de Santa Ana, situada en el Madrid de las letras, con la intención de sentarse en alguna terraza a tomar unas raciones y comenzar el análisis detallado del accidente.

Toman la calle de la Cruz hasta la calle Núñez de Arce, parándose para admirar las cerámicas pintadas de la taberna flamenca “Villa-Rosa”, que forman parte del patrimonio artístico de la ciudad.

Javier recuerda que a veces han ido a tomar unas copas a este bar y de repente se le viene a la cabeza una anécdota vivida.

—En este local presencié una de las actuaciones circenses más increíbles de mi vida.

<<Mi cuñado y yo habíamos ido a la boda de un amigo común, que celebró el convite en el hotel de la plaza y al finalizar la cena nos escapamos a tomar copas a este bar. Cuando volvíamos de la barra, con los cubatas recién servidos, a recuperar nuestro puesto de mirones junto a la pista, mi cuñado no vio un escalón, tropezó y cayó artísticamente al suelo. Me acerqué sin poder apenas contener la risa, por la graciosa caída, preocupado por si se había hecho daño. Fui el primer espectador sorprendido que no entendió, en virtud de que acto, mezcla de gimnasia circense y magia ilusionista, había conseguido mantener el cubata intacto en la mano sin derramar una sola gota. La gente me miró con gesto divertido unos y de repulsa solidaria con el caído otros. Al observar lo que había pasado con el cubata, solo pudieron sumarse a las risas y promover una aplauso espontáneo. Se habían salvado de ser salpicados con el contenido del cubata. >>

Llegan a la plaza muertos de la risa y se sientan en la terraza exterior, de la muy famosa Cervecería Alemana, con más de cien años de antigüedad.

Al acercarse el camarero, piden unos dobles de Paulaner, una tabla de salchichas y una ensalada alemana para completar la comida del día.

—Venía muchas veces con un amigo muy asiduo, que me contó muchas anécdotas —recuerda Luis lejanas aventuras.

<<Por esta cervecería de 1.904 han pasado literatos como Valle Inclán, gentes del teatro como María Guerrero y del mundo taurino, que hicieron de este lugar su cuartel general. Ava Gardner, el “animal más bello del mundo”, fue asidua del local los años de su romance con Dominguín. El más famoso visitante ha sido el premio nobel estadounidense Ernest Hemingway, que recuerda el local en alguno de sus artículos. >>

—No sabía que fuera un sitio tan famoso —se sorprende Javi, que también ha venido muchas veces por esa zona.

Admiran una plaza con mucha vida, que fue la primera peatonal de la ciudad. Ubicada entre el actual teatro español <antiguos corrales de la Pacheca y del príncipe> y el hotel de los toreros.

Está vigilada por el monumento en mármol y bronce del dramaturgo del siglo de oro Calderón de la Barca y una pequeña estatua del poeta granadino Federico García Lorca.

Mientras esperan la llegada de sus viandas, se ponen serios y deciden enfrentarse al análisis pormenorizado de los hechos.

El técnico aprovecha para realizar las preguntas que lleva, todo el paseo, con ganas de hacer.

—¿Cómo encontrasteis la bandera?

—Cuando llegamos estaba encima del cuerpo.

—¡Qué raro! —expresa en alto, con gesto de sorpresa.

—¿Por qué te extrañas? —se interesa el teniente, que a este hecho no le prestó atención, más allá del posible significado de la bandera, que ya entendió el día anterior.

—El cuerpo cae más deprisa que la bandera y desde una altura importante es imposible que el aire no la aleje en la caída.

—¡No lo había pensado! —reconoce el argumento.

—Lo más probable es que alguien la depositara sobre el cuerpo —se mete en el papel de investigador.

—El encargado y el delegado nos dijeron que no habían tocado nada, deberemos investigarlo.

—Tenemos que averiguar si había alguien en la obra en el momento del accidente —se apunta espontáneo a investigar.

—¡No va a ser fácil!

—Estas obras tienen vigilancia toda la noche, quizá ellos sepan algo.

—Va a ser verdad que eres un investigador frustrado.

—Te veo un poco oxidado, tienes que ver más películas policíacas —le vacila.

—¡Que cabronazo eres!, aunque igual tienes razón que tanto pisar moqueta me hace perder instinto.

En ese momento les traen unas jarras enormes de cerveza alemana, una bandeja con todo tipo de salchichas y una ensalada típica. Piensan que se van a poner morados mientras siguen con su análisis.

—¿Cómo estaba el cuerpo? —retoma el interrogatorio.

—Estaba destrozado, situado boca abajo con las extremidades rotas en posiciones imposibles y la cabeza partida, situado en un charco de sangre. Impresionaba de verdad y yo estoy acostumbrado. ¿Por qué preguntas eso? —se extraña de la morbosa pregunta.

—He preguntado mal, quería saber la posición, la distancia a la fachada, para intentar imaginar la trayectoria de caída.

—¿Cómo estás tan puesto en estos temas? —le sorprende la sagacidad de las preguntas.

—He sido coordinador de seguridad y salud de obras importantes y por desgracia también hemos tenido accidentes graves.

—¿Has investigado accidentes similares?

Javier cuenta que en una empresa en la que estuvo, le tocó investigar un accidente mortal de un pintor, para excusar a responsables y compañeros, en una obra que, por suerte, no era la suya.

<<Gracias al análisis de la trayectoria pudimos demostrar que no era una caída accidental, solo se podía haber producido de esa forma si hubiese saltado. Al final se confirmó que el hombre tenía una fuerte depresión por un problema grave personal y había decidido saltar. >>

—Ahora que lo comentas, nos sorprendió que el cuerpo estuviese tan cerca del edificio, pero no le dimos importancia.

—En un tropezón o un salto, por el impulso y la parábola de caída, el cuerpo se aleja de la fachada, repasaré los análisis que hicimos en su momento.

—Intentaré ver si tenemos en el instituto alguna investigación de este tipo de caídas.

—Vayamos al lugar de la cubierta desde donde se cayó. ¿Había una barandilla de protección? —trata el técnico de conocer las medidas de seguridad.

—Había unos tubos de protección alrededor del perímetro del último piso, sólo faltaba en la zona desde donde supuestamente se cayó.

—¿Cómo era la barandilla?

—Eran unos tubos de acero como de un metro de alto, metidos en la losa de hormigón de la planta, con unos ganchos donde se colocaban dos tablones en posición horizontal, de unos dos metros de largo.

—Cuando se hormigona el forjado se colocan unos conos empotrados en el hormigón, donde luego se introducen los postes de acero, es un buen sistema de protección.

—Nos dio sensación de seguridad —confirma el agente.

- ¿Cómo estaba la zona de la caída?
- Las tablas estaban caídas en el suelo y el hueco quedaba abierto al vacío.
- ¿Había algún poste alto en la zona de caída?
- Todos los postes tenían la misma altura.
- Te lo pregunto por entender dónde iba supuestamente a colocar la bandera el jefe de obra.
- No había ninguna zona de más altura, pensaría colocarla en uno de los tubos de la barandilla —sigue la argumentación.
- ¿Desde esa zona se veía mucho la bandera?
- Es posiblemente el sitio de menor visión, solo se ve desde dentro de la obra.
- No debía querer molestar a nadie, ni perjudicar a la empresa con temas políticos.
- Seguro que sabía cómo provoca una bandera de España, en Barcelona —se suma a la argumentación el teniente.
- ¿Había redes y horcas?
- No sé muy bien lo que es eso, había unos postes altos con forma de L, donde colgaban unas redes inclinadas sujetas también al forjado, como tú le llamas —intenta utilizar palabras más o menos técnicas, para que no le vacile su amigo.
- ¡Por eso se llaman horcas! —no pierde Javier la oportunidad tomarle el pelo.
- ¡Que gracioso eres! —hace que se molesta.
- Lo has explicado muy bien, ¿cubrían todo el perímetro de la planta?
- Protegían las dos últimas plantas, menos en la zona donde se produjo la caída.
- ¿Si se hubiese precipitado en otra zona habría caído en la red?
- Seguramente sí, otra cosa es que hubiesen soportado el peso —duda el oficial del sistema de seguridad.
- Sí que aguantan, aunque a veces se producen golpes imprevistos con los forjados, por una mala colocación.
- ¿Por qué no habría redes en esa zona? —se interesa el teniente muy metido en los razonamientos del técnico.

—Sin los planos no puedo saberlo, se me ocurre que esa esquina se utilizase para subir materiales. ¿Había plataformas metálicas que sobresalieran?

—¡No vimos nada!, tampoco entramos en las plantas inferiores a revisarlas.

—¿Qué dijo el encargado?

—Desde que empezó el relato el del traje, nos acompañó discretamente, un paso por detrás, manteniéndose al margen.

—¡Es una pena!, su opinión es importante, es el que más sabe de la construcción y seguridad de la obra.

—Durante la visita no lo procesé, por la noche se me vinieron a la memoria sus disimuladas muecas de disgusto.

—Por la posición de la grúa y con los planos, podemos saber la razón por la que no había horcas en esa zona, sin preguntar a nadie para no levantar sospechas.

—Intentaré conseguir la documentación discretamente —se compromete el Guardia Civil.

Su amigo le hace un gesto de que no hace falta, piensa que no será difícil al ser la licitación pública.

—¿Por qué os diría el delegado, que el jefe de obra venía de fiesta? —recuerda el detalle aunque pareciera despistado.

—Ahora que lo comentas, parecería que quería justificar el accidente, con la posibilidad de que el accidentado se hubiera tomado unas copillas.

—Es una posible vía de investigación, podéis confirmar si había bebido.

—Va a ser muy difícil, ya estará enterrado, tendrá que ser a través de testigos.

El teniente empieza a cabrearse consigo mismo, piensa que dos agentes expertos deberían haber hecho una investigación más precisa, se dejaron llevar por el relato del accidente del delegado y dieron todo por supuesto. No lo comenta en alto por no sentirse más avergonzado frente a su colega.

Terminada la comida, deciden acercarse a tomar unas caipirinhas a un bar, que los dos conocen, situado en la famosa y animada calle de las Huertas.

Al pasar por la plaza del Ángel, Javier señala la fachada de un edificio cercano y comenta que su padre vivió en esa pensión, cuando de joven trabajaba y golfeaba por el Madrid de la época.

Mientras esperan que les sirvan el famoso cóctel Luis interpela a su amigo, poniéndose serio.

—¿Cuál es tú opinión?

—¡Que no fue un accidente! —afirma convencido, tras reflexionar un momento para dar solemnidad a sus palabras.

—¿En qué te basas? —intenta sacar conclusiones.

—El jefe de obra no necesitaba subirse a nada para colocar la bandera, si se hubiese resbalado habría chocado con la barandilla y lo normal es que se hubiera quedado sobre el forjado. Si algún tablón o poste estuviese suelto o mal empotrado, se podría haber precipitado, pero los habría arrastrado en la caída. Alguien tuvo que desmontar los tablonos de esa zona.

—Dime lo que piensas de verdad —le requiere mirándole fijamente a los ojos.

—No se ha caído, ni ha saltado, alguien ha tirado el cuerpo desde esa altura, no veo ninguna posibilidad de que sea un accidente —concluye con seguridad, lo que cavila desde hace tiempo, sin atreverse a exponerlo tan crudamente.

El teniente, cada vez más afectado por no haber investigado más profesionalmente, ratifica su conformidad con los planteamientos del técnico.

El aparejador intenta ponerse serio, si eso es posible con las cañas y copas que llevan y trata de seguir con sus reflexiones.

—En un accidente con un muerto debe haber un informe de la inspección de trabajo, del servicio de prevención de la empresa y del coordinador de seguridad y salud, se puede intentar recuperar esa información.

—Cuando regrese a Barcelona le contaré a Rubén lo que hemos deducido y trataremos de avanzar —se compromete con su amigo y consigo mismo.

La llegada de las copas, coincide con un bajón de la moral del técnico, que se queda en silencio ensimismado en sus pensamientos, con una expresión que se ha tornado triste.

Su amigo se da cuenta y se interesa por las razones de la pena sobrevenida.

—¿Qué te pasa?

—¡Somos unos imbéciles!, hemos analizado el accidente como si fuese una película, sin pararnos a pensar en la persona, en mi caso en un compañero de profesión.

—¡Tienes razón!, nos hemos olvidado de un hombre que tendrá familia y amigos, que merecen saber la verdad.

Luis levanta su copa, la choca con la de su amigo, brinda por el jefe de obra y realiza una promesa solemne.

—Me comprometo a investigar el suceso hasta el final, aunque no sea de mi competencia.

—Me apunto a la investigación —se apunta Javier.

Luis agradece a su amigo el compromiso de ayudarles, sabe que van a necesitar de su apoyo técnico y trata de darle un sello oficial.

—Debemos dar un nombre a la investigación, como hacemos en el Instituto.

—La podemos llamar “OPERACIÓN CAIPIRIÑA” —se le ocurre espontáneo.

El oficial acepta encantado, el nombre le parece divertido y muy peliculero.

Antes de salir del bar, sellan su “compromiso” con un sentido abrazo.

Ascienden la calle, un tramo corto, hasta llegar a la fachada trasera del convento de las Trinitarias, donde se dice que descansan los restos de Cervantes. Giran por la costanilla de las Trinitarias y salen a la calle Lope de Vega, dedicada al famosísimo autor, muy celebrado en su época, que discurre paralela a la que da nombre su acérrimo enemigo Miguel de Cervantes. Aventurero, poeta y novelista, con más fracasos que aciertos en su vida, situado en el olimpo de los escritores por crear la mejor novela de la historia.

—Los espíritus del Quijote y Sancho seguro que recorren estas calles, en busca de los fantasmas de los personajes creados por Lope de Vega, Calderón de la Barca, Góngora o Quevedo, para entablar arduas batallas dialécticas —narra el aparejador.

—¡Las caipiriñas te inspiran! —reconoce con una sonrisa su amigo.

—Si estuviéramos en un País menos cainita, inculto y olvidadizo, las calles de este barrio de las letras serían centro de peregrinación mundial, de todo aquel que un día soñó con juntar palabras para ser leídas —argumenta a modo de reproche nacional.

—Si hubieran juntado cuatro letras en catalán, los nacionalistas pedirían la independencia del barrio —apunta el oficial, quemado con la inmersión cultural que sufre en Cataluña.

—Igual sería la solución a los problemas nacionalistas independizar los barrios históricos, para que nadie se invente la historia según sus intereses —concluye inspirado Rodríguez.

Bajan hacia la calle de Jesús, recuerdan las cañas bien tiradas de la Taberna de la Dolores y saludan a “Jesús de Medinaceli”, quizá el patrón extraoficial de Madrid, por el número de sus votos.

A través de la calle de Cervantes, que desemboca en el Paseo del Prado, aparecen en la Plaza de Neptuno, el Dios de los mares madrileños.

Mientras esperan al bus 34, el colchonero recuerda que en este lugar celebra los éxitos deportivos su Atleti.

—El del tridente se aburre en su soledad, la que se lo pasa bien es la Diosa Civiles, una plaza más arriba, que suele estar más acompañada —abusa el vikingo del historial de su equipo, para compensar las puyas recibidas.

Los amigos dejan la pasión futbolera para comparar dos de los hoteles con más historia de la ciudad; el Palace y el Ritz, por donde han pasado personajes famosísimos en sus más de cien años de historia.

—Me gusta más el edificio del Palace, está más integrado en la plaza y la ciudad, el Ritz, está más oculto a la vista, quizá para proteger la intimidad de sus huéspedes —argumenta el técnico.

—A mí también, fue la base de operaciones de la prensa y de reuniones de altos mando militares durante el golpe del 23 F.

—El que organizasteis vosotros —incordia a su colega.

—¡A mí no me mires!, no estaba en el Instituto —se ríe de la acusación, mientras levanta las manos divertido.

—Debemos tener razón, porque Neptuno mira a este edificio y da la espalda al otro —sentencia el aparejador.

Dan por buenos sus argumentos y se ríen de su pretencioso análisis, tras un día en el que han vivido intensas emociones que van a marcar su recobrada amistad.

Llega por fin el autobús 34, articulado de dos cuerpos, adaptado para minusválidos, que les va a llevar a casa.

Durante el camino comentan que aunque con el alcohol se les ha subido la tontería adolescente a la cabeza, su compromiso para encontrar la verdad es firme y sincero.

Al llegar a la parada de Vista Alegre, Javi se despide y se baja, con la certeza de que ahora son más que amigos, están comprometidos por un pacto de hermanos.

Luis sigue hasta su parada en Carabanchel alto, para visitar a sus padres, con la mente puesta en cómo organizar la investigación con su colega de la policía autonómica.

Nota del autor:

Sé por experiencia profesional y personal, que muchos de los diálogos entre los protagonistas acontecidos en la Ciudad Condal, en la realidad se producirían en catalán, español o en una mezcla espontánea de ambos.

Soy un temerario escritor ocasional, al que ya le es trabajo juntar palabras con cierta dignidad en español, como para atreverme con otros retos lingüísticos.

Espero que el lector situé a los personajes, con su conocimiento o en su imaginación, en la realidad de su aventura.

INICIO DE LA INVESTIGACIÓN

De vuelta a Barcelona el teniente López llama a su amigo Pelayo, para tratar de conocer la situación de la investigación del accidente que atormenta su ego profesional.

Por teléfono no le quiere contar nada y deciden quedar el sábado para estar tranquilos. Rubén, no sorprende, piensa que le quiere contar algo de su nuevo destino.

Se citan para comer en una terraza del puerto olímpico, que conocen de otras veces, donde hacen buenos arroces y las vistas del mar y del puerto deportivo son espectaculares.

El joven mosso tiene que comprar su permiso, lo consigue con la promesa de sacar a su mujer y sus pequeñas de paseo el domingo.

Luis llega el primero, entretiene su espera con un paseo por el puerto. Recuerda lo vivido con su amigo del colegio en días anteriores, mientras piensa como contarle a su colega lo que han deducido del supuesto accidente.

Sin mucho tiempo para elucubraciones, se presenta en vaqueros y camiseta como un estudiante cualquiera, un joven con planta de jugador de balonmano y barba descuidada.

Rubén Pelayo González es un prometedor agente, catalán de segunda generación, tiene la gracia heredada de sus abuelos gaditanos. Es inteligente y valiente, no encuentra obstáculos que no pueda saltar, su mujer y sus pequeñas llenan su vida.

Entre los dos agentes hay una importante diferencia de edad, que no parece tal, al saludarse como compañeros de un equipo de fútbol, lejos del protocolo que correspondería a sus cargos.

El camarero, que les conoce, les saluda atento y les dirige a la mesa que han reservado, apartada y con una preciosa vista del entorno. No necesitan mirar la carta, piden directamente una paela mixta, unas cervezas y algunas raciones para picar.

Con las primeras cervezas sobre la mesa, mientras les preparan el arroz y traen los entrantes, comienzan una animada conversación entre dos amigos, que se juntan para hablar de sus cosas.

—¿Qué tal tu mujer y las gemelas? —se interesa por su familia, con el cariño que les tiene reflejado en el rostro.

—A mi mujer le cuesta volver a trabajar después del tiempo de maternidad. Le da mucha pena dejar a las niñas solas, aunque ya tienen casi dos añitos.

—¿Cómo le va en el colegio a Pilar?

—Regular, me cuenta que el ambiente está enrarecido con los temas políticos. Creo que si por ella fuera nos íbamos a Cádiz, echa mucho de menos a su familia aunque no me lo dice.

Pilar García Hevia es una guapa gaditana, de veintiocho años, Ingeniera industrial. Se enamoró de Rubén en unos carnavales de Cádiz y le siguió a Barcelona, donde trabaja de administrativo en un colegio.

Acostumbrada a su tacita de plata, su paseo marítimo y sobre todo al carácter chirigotero y amable de su gente, le cuesta integrarse en una ciudad, a la que solo atan su marido y las gemelas.

—¿Tú como lo llevas? —se preocupa porque la situación de la mujer pueda afectar al matrimonio.

—Estoy preocupado por Pilar, cada vez estoy más enamorado de ella, espero que le vaya todo mejor, si me pide irnos, lo dejo todo y nos vamos.

—Todo va a ir bien, ¿qué tal con las pequeñas? —cambia de tema, para sacarle de su melancolía.

—Nos han robado el corazón, aunque se turnan para no dejarnos dormir.

—Se te notan las ojeras, te haces mayor —trata de animarle, con gesto pícaro.

—Tú como vas de independiente por la vida, no entiendes estas responsabilidades —se defiende de los comentarios jocosos de su amigo.

—Igual tienes razón, se me está pasando el arroz, pero siempre puedo malcriar a tus niñas.

—Ya lo haces, por eso te quieren tanto.

—Las quiero mucho, cuando crezcan lo voy a llevar fatal, al joven que se acerque a ellas le meto en el calabozo directamente.

El argumento del padrino, provoca una sonrisa cómplice de su amigo.

—A ver si vienes a casa a verlas, han crecido mucho y a mi mujer le hará ilusión verte, también te quiere mucho, aunque no sé porque, con lo borde que eres.

—Es verdad, ha pasado mucho tiempo, quedamos cuando quieras —se compromete sincero.

—Hablo con la jefa para que lo organice, así no te puedes negar.

En este momento llega la paella mixta de cuatro raciones, el metre ya sabe que son comilones. A los comensales les parece que tiene una pinta estupenda.

El camarero les sirve el primero plato y deja la paellera, para que se sirvan el resto a su antojo y puedan mantener su intimidad.

Luis decide informarse sutilmente de los avances de la investigación del accidente, antes de comunicar a su colega, las conclusiones a las que ha llegado.

—¿Qué tal en el accidente del otro día?, perdona que me fuera tan rápido —se disculpa para no ponerle sobre aviso.

—Todo normal en un accidente, la juez levantó pronto el cadáver y nos fuimos enseguida.

—¿Qué tal con la guapísima magistrada?

—Menos mal que te fuiste, la hubieras acosado a piropos.

—Que exagerado eres, no le hubiera dicho nada, sería una falta de respeto.

—¡Lo que tú digas! —con gesto de saber que le habría dicho alguna galantería.

—¿Hubo alguna novedad después de irme?

—Ninguna, el jefe de obra debía ser un gran profesional y un buen compañero, todos estaban muy afectados.

—¿Porque querías que fuera contigo? —se aproxima al objetivo.

—Ya sabes cómo son de graciosos los de las emisoras policiales los lunes. Me dijeron que tenía que ir a una obra que había aparecido un cadáver envuelto en una bandera de España. Me acordé de ti, por si era un acto independentista radical.

—¿En que quedó lo de la bandera? —trata sutilmente de sacar información, aunque sabe la respuesta.

—Nos contaron que era una costumbre de las obras al terminar la estructura, no sé qué pasó con ella, me imagino que se la entregarían a la familia o la empresa.

—¿Qué dijo la inspección de trabajo?

—Se personó un inspector joven, hizo fotos, habló con los trabajadores y los responsables de la empresa, comentó que emitiría un acta que nos haría llegar.

—¿Has cerrado el informe?

—La verdad es que no me ha hecho falta, cuando lo redactaba me llamó mi jefe para que participara en una operación urgente de contra-vigilancia de un político importante, me dijo que él lo cerraba y no he vuelto a saber nada.

—¿Qué tal el operativo, si se puede contar?

—Al final eran unos compañeros tuyos que investigaban un caso de corrupción. Les habían dado un chivatazo de una reunión entre un político y un empresario que resultó ser falsa.

Cuando rascaban el socarrat de la paella, que es lo que más les gusta, al sagaz mosso se le enciende una bombilla, piensa que su amigo le trata de sonsacar información, sin decírselo directamente.

—¿Por qué me haces tantas preguntas sobre el accidente?, ¿qué se te pasa por ese cabezón que tienes?, cuéntame, que te conozco.

—Te lo cuento, pero que quede entre nosotros, es sólo una idea que me ronda por la cabeza.

—No te enrolles, sabes que soy de confianza —le regaña, con gesto mezcla de reproche y curiosidad.

—Comí en Madrid con un amigo del colegio, experto jefe de obra, entre cubatas me preguntó si tenía amigos en Barcelona. Cuando le hablaba de ti, me acordé del accidente, se lo conté por encima y me hizo un comentario que luego no me dejó dormir.

—¿Qué te comentó? —se interesa curioso.

—Que le extrañaba mucho el accidente, lo veía muy raro.

—¿Qué argumentos te aportó?

—En ese momento ninguno, sólo me dijo que era imposible que un jefe de obra experto se cayera de esa manera. Estábamos

un poco alegres, pasamos a comentar trastadas de jóvenes y no le dimos importancia.

El agente Pelayo se sorprende a medias, tenía una extraña co-razonada, la sensación de que algo se le escaba, que no pudo des-pear al no hacer el informe.

—¿Quedaste con él otra vez? —se interesa, metido en situa-ción.

—Por la noche le di muchas vueltas, por la mañana llamé a mi amigo y quedamos para repasar juntos el accidente y aprovechar su experiencia profesional para resolver mis dudas.

—¿Qué habéis apreciado?

El teniente le hace un resumen de sus consideraciones; la im-posibilidad de que la bandera cayera sobre el cuerpo desde esa altura, como estaban las tablas de la barandilla en el suelo y los postes sin desplazar.

El mosso comenta que se está poniendo malo, que le va a sen-tar fatal el arroz. Empieza a pensar que hicieron una mierda de investigación, sumándose al sentir de su compañero.

—¿Piensas que se ha tirado?—le interroga directo.

—Mi impresión actual es que no se tiró, ni se tropezó.

—¿Crees que alguien le empujó?, insiste angustiado al pensar en cómo va a retomar la investigación.

—Puede ser, ahora lo único que importa es descubrir la ver-dad, me he conjurado con mi amigo para descubrir lo que le ha pasado al jefe de obra. ¿Te apuntas?

—Cuenta conmigo para investigar hasta el final—se suma ani-mado, al comprobar que su amigo también va a participar.

—Te parecerá una tontería y seguro que lo es, decidimos po-ner nombre a la investigación para darle seriedad, bienvenido a la operación “OPERACIÓN CAIPIRIÑA”.

—¡Tenías que haber tomado muchos cubatas! —se imagina divertido la situación de los amigos.

—La verdad es que sí, nos sentimos fatal por habernos to-mado a la ligera el accidente, sin pensar en la persona y decidimos realizar un compromiso formal.

—Me apunto a la “OPERACIÓN CAIPIRIÑA”, ¿por dónde empezamos? —confirma su implicación con el gesto de saludo militar y una sonrisa pícaro.

—Si queremos resolverlo, lo primero es ser absolutamente discretos, si no lo descubrimos pronto va a ser prácticamente imposible.

—Tienes razón, vamos a tener que investigar de manera individual y comunicarnos discretamente hasta que tengamos claro el asunto. ¿Qué líneas de investigación crees que tenemos que seguir?, está seguro que su amigo ha pensado por dónde empezar a trabajar.

—Tenemos que conseguir todos los informes posibles, el de la inspección de trabajo, los de la constructora y los técnicos de seguridad.

—Del informe del inspector de trabajo me encargo yo, le conozco y me puedo hacer el sueco diciéndole que necesito información para hacer el mío.

—Necesitamos fotos de la situación del cuerpo y de la zona de caída, pero no te metas en líos con tú jefe —conoce la tensa relación que tiene con su jefe directo.

—¿Para qué necesitamos esta documentación? —muestra su sorpresa.

—En el análisis del accidente comenté a mi amigo que nos pareció que el cuerpo estaba muy cerca de la fachada, me dio argumentos de otras investigaciones de accidentes que él había vivido, en las que la posición del cuerpo permitió determinar la trayectoria de caída y establecer la causa del accidente. En nuestro caso pensamos que la trayectoria de una caída provocada por un accidente o un salto, le habría alejado de la fachada.

—¿Cómo sabe tanto tú amigo?

—Ha dirigido muchas obras, en algunas hubo accidentes graves que tuvo que investigar.

—Le vais a tener que fichar como asesor externo.

Aunque lo dice en tono de broma, piensa que si van a necesitar la ayuda de un técnico para esclarecer el accidente.

—No creo que se deje, es muy independiente y menos con lo que paga el Instituto.

—En ese tema nosotros no estamos mejor.

—No es cierto, cobráis más que nosotros.

Acusa el Guardia Civil, con gesto de reproche, por el agravio entre cuerpos de seguridad.

—Así tratan de tenernos controlados —reconoce el mosso.

—Necesitamos reconstruir todo lo que pasó en la obra desde que llegó el accidentado.

—No va a ser fácil, si comenzamos a interrogar a la gente vamos a levantar la liebre.

—Mi amigo me comentó que en las obras importantes hay vigilancia nocturna, podemos intentar contactar con el vigilante que estuviese en ese momento en la obra.

—Me encargo, pero tú colega me empieza a caer fatal, sin conocerle nos ha dejado por los suelos.

—Te va a caer bien, era un gran futbolista y un buen amigo.

—Era broma, si es amigo tuyo seguro que me caerá bien.

—Tenemos que investigar en el entorno profesional para encontrar posibles razones —aporta nuevas vías de actuación.

—La obra está cerrada, quizá no sea bueno hablar todavía con la delegación de Barcelona para no llamar la atención, sería mejor contactar con la sede central en Madrid, con alguna excusa —razona el mosso ya muy metido en la investigación.

—Muy agudo, un día de estos voy a ir a Madrid para hablar con mis jefes, puedo acercarme a la empresa a ver que me cuentan.

—¿Sigues con tu idea de pedir el traslado?, ¿tan mal te tratamos en Barcelona? —pasa a un asunto personal.

—No seas tonto, estoy aburrido de estar sentado en un despacho, no soy de moqueta.

—Te conozco y esa no es la única razón —trata de provocarle para que se sincere.

—Si tuviera alguien que me atara a Barcelona no me lo plantearía, pero no he logrado sentar la cabeza.

—Es que eres un picaflor —se ríe el joven de su fama de ligón.

—No creas, me hubiera gustado tener una familia como la tuya.

—Si te vas, sabes que te vamos a echar de menos —confiesa con gesto sincero.

—No seas teatrero —Zanja los temas personales.

—Puedes decirles que tenemos la ropa del hotel y necesitamos la dirección de la familia para enviársela, es verdad, aunque se la íbamos a enviar a la empresa—retorna la investigación.

—Buena idea, no has perdido la intuición.

—Puedes llevarte al genio de tú amigo, entre compañeros igual es más fácil que os cuenten algo.

—Estás sembrado, el único oxidado soy yo, pero aún nos queda lo más difícil.

—No me asustes, ¿qué falta? —se sorprende al estar ya con la cabeza, en cómo empezar sus pesquisas.

—¿Quién habla con la familia?

Pregunta al mosso, porque es el responsable de la investigación, aunque sabe la respuesta.

—Para mí es lo más difícil de nuestro trabajo, todavía me cuesta mucho y la gente me ve muy joven —se disculpa, con gesto de preocupación.

—¿Si quieres hablo yo con la familia, que por desgracia estoy más acostumbrado?

—Sí, muchas gracias —suspira con gesto de agradecimiento.

—¿Ha salido la noticia en los medios?, estos días no he seguido los medios.

—No he estado muy atento, si se ha reseñado ha sido muy discretamente, no ha tenido ninguna repercusión.

—Parece que existe un control de la información y luego está lo de tú jefe con el informe, el asunto puede ser complejo, vas a tener que ser muy discreto en tu investigación.

—Tienes razón, todo es muy extraño.

—¿Fue la científica? —pregunta el Guardia Civil, más por inercia que por convicción.

—Al ser un accidente nosotros no la llamamos y la juez tampoco, no vamos a tener huellas, ni otras investigaciones.

—Nos queda un último marrón —afirma el teniente cuando ya estaban para despedirse.

—No me tortures más, ¿qué nos falta, aparte de averiguar la verdad?

—Contárselo a la magistrada —expresa con gentos serio, que pretende asustar al joven mosso.

—¡No va a ser fácil! —reconoce el joven con un gracioso gesto con la mano y una media sonrisa en el rostro.

—Antes de decirle a su señoría que hemos metido la pata y colocarle el marrón, debemos tener algo sólido.

—Igual nos puede ayudar tú amigo a contárselo.

—Antes tenemos que saber si su señoría va a ser valiente, para enfrentarse con lo que nos podamos encontrar.

—Me informaré discretamente de cómo es la juez, el cuerpo tiene buena relación con este juzgado —se compromete valiente el joven agente.

Los amigos terminan sus cafés, pagan la cuenta, se levantan y se dan un abrazo. Luis le da recuerdos para su familia y cada uno se va por su lado.

Rubén se dirige a casa a pasar el resto del fin de semana con su familia, animado por trabajar con su amigo.

Luis no tiene que volver a la oficina y decide dar un paseo por el Puerto Olímpico para tratar de aclarar en su cabeza, la decisión de buscar un nuevo destino.

El Puerto Olímpico construido para la Barcelona olímpica, fue sede de la competición de vela y supuso la transformación de una zona muy degradada de la costa, que se ha convertido en centro turístico y de ocio de la ciudad.

Pasea por el rompeolas mientras observa las olas golpear contra la escollera y los muros.

Se detiene a ratos para mirar al horizonte infinito donde el mar y el cielo se funden en un mismo color.

Intenta apartar los pensamientos que tienen que ver con el trabajo, para buscar en los recuerdos de su vida personal las razones por las que desea cambiar de destino.

Recuerda los partidos de fútbol sala con los amigos, las cervezas del tercer tiempo y las rutas ciclistas compartidas con su grupo.

Echa de menos al amor de su vida y recuerda a otras mujeres con las que ha compartido bonitos momentos. Menos de los que corresponderían con su fama de conquistador.

Mientras el paseo le aleja del puerto olímpico, recuerda la divertida forma en que conoció a la que fue su mujer.

<<Su primera visita a la nieve, fue con unos compañeros del cuerpo a pasar un puente a la estación de Pas de la Casa, un pueblo que hace frontera entre Andorra y Francia.

En su jornada inaugural de esquí, sus “colegas” le gastaron la broma típica de los novatos, que desanima a muchos para la práctica de este hermoso deporte.

Sin apenas saber colocar las botas en los esquís, ni para qué sirven los bastones, sus amigos le suben en el telesilla, bajan al comienzo de la ladera central, le dan unas mínimas indicaciones de como como se debe deslizarse por la pendiente y le dejan sólo ante el peligro, mientras ellos se van a recorrer la estación sin atender sus quejas.

Al elevar la vista aparece ante sus ojos una hermosa imagen de la estación nevada, al bajar la mirada descubre una pendiente que le parece muy pronunciada. Al verse solo y sin ninguna práctica, se planteó bajar en el telesilla, su espíritu deportista y la ignorancia de la dificultad del reto, le impulsaron a intentar el descenso.

Se coloca en la posición que le han indicado y repasa mentalmente los consejos recibidos; bajar transversalmente a la pendiente, controlar la velocidad haciendo la cuña con los esquís, cargar el peso sobre el esquí contrario al del giro y hacer el esalon por la pendiente lo más horizontal posible.

Llena los pulmones con el aire puro de la sierra y se lanzó al descenso deslizándose transversalmente por la ladera, haciendo la cuña.

Avanzaba confiado, no le parecía tan difícil, hasta que llega el momento de girar para realizar el deslizamiento transversal y cargar el cuerpo sobre el esquí como le han explicado.

Fuera por la poca velocidad, el mal gesto o la presencia de otros esquiadores, el caso es que se quedó a mitad del giro con los esquís orientados hacia la pendiente.

Tras un momento de duda, las tablas tomaron vida propia y se lanzaron pendiente abajo con el inexperto esquiador colgado detrás. La experiencia futbolera le llevó a dejarse caer para evitar coger más velocidad.

Una vez detenido, con el cuerpo semienterrado en la nieve, se le suman las emociones; rabia por la bochornosa caída, tranquilidad por no haberse llevado a nadie por delante y alivio al notar los huesos y músculos más o menos en su sitio.

Con el esfuerzo de los novatos, logra ponerse de pie sobre la nieve de la ladera y descubre la magnitud del desastre; un esquí estaba semienterrado unos treinta metros ladera arriba, el otro unos cuarenta metros ladera abajo. Para su consuelo los bastones, las gafas y el gorro estaban en su entorno próximo.

Sin tiempo para reproches, observa como un ángel, dentro de un sensual mono de esquí, se acerca con la tabla que quedó en la parte superior de la ladera en la mano y le preguntó con voz dulce, si se había hecho daño.

Contestó un poco azorado, que no se había lesionado y se excusó, contándole sincero que era la primera vez que se ponía los esquís.

Sorprendida por su inconsciencia, al lanzarse por una pista de un color superior a sus posibilidades, la joven le ayudó a recuperar la otra tabla y a descender la ladera.

Durante la lenta bajada, la guapa esquiadora le indicó cómo debía esquiuar y aguantó con paciencia infinita, algunas torpes caídas más.

Al llegar al final de la pendiente, Luis le da dos besos de agradecimiento y ambos jóvenes se presentan.

Su bella profesora se despide para seguir su jornada de esquí, había quedado en un bar de la estación con su grupo, que abandonó para ayudarle.

Se armó de valor y le pidió quedar para cenar y conocer juntos la animada noche de la estación. Ella aceptó encantada con una sonrisa pícaro que denotaba una cierta complicidad.

El joven llegó al final de la pendiente muerto por el esfuerzo realizado, pese a ser un buen deportista.

Necesitó beber un litro de agua y uno de cerveza, casi seguidos, para iniciar la recuperación.

La jornada de esquí para él había sido suficientemente intensa, para ser su estreno y decidió sentarse en una terraza al sol, para admirar orgulloso, la majestuosa imagen de la montaña que acababa de descender.

Mientras esperaba a sus compañeros, acordándose de sus antepasados, el enfado se tornó en agradecimiento. Gracias a esos vacilones había conocido a una preciosa joven. >>

Lejos de perder el interés por el esquí con la novatada, se enamoró de este deporte y de Laura, que fue su profesora y compañera el resto del puente y con la que compartió la etapa más feliz de su vida.

De vuelta al lugar donde había aparcado el coche, el deporte vino a rescatarle de sus emociones, como tantas veces en su vida.

Recuerda que el domingo tiene ruta ciclista por el pirineo aragonés y debe preparar todo, lo que le obliga a cambiar el chip de la nostalgia, por el de la aventura deportiva.

El análisis de las razones que le impulsan a solicitar el traslado de Barcelona, lo aparca para más adelante.

SORPRESAS EN LA CAPITAL

Luis se levanta el lunes dolorido por las agujetas de la marcha ciclista, es lo que tiene ir con gente más joven y en mejor forma, te dejan baldado si intentas seguir su ritmo.

Decide quitarse el papeleo pendiente y organizar su visita a Madrid, para hablar con los jefes de su posible traslado.

Cuando tiene organizada la visita, llama a Javier para comentarle su decisión de realizar al día siguiente un viaje a Madrid por asuntos personales.

Le informa que ha pensado pasarse por la empresa del jefe de obra accidentado y le pide que le acompañe, así luego pueden comer juntos.

Su amigo acepta encantado, ha estado dándole muchas vueltas al accidente y está ansioso por conocer detalles de la investigación.

El martes Rodríguez se levanta temprano para ir a esperar a su amigo a la estación de Atocha. Viene en el primer AVE que ha salido de Barcelona a las seis y veinticinco de la mañana.

Sube al metro en la parada de Vista Alegre y se baja en la de Acacias, para dar un paseo hasta Atocha y evitar hacer largos trasbordos subterráneos.

Siempre le ha gustado acceder a la estación por la entrada que da al Paseo del Prado, para aparecer en el antiguo apeadero por donde llegaban los trenes en la antigüedad.

Le gusta admirar la estructura y la cubierta de la antigua estación y observar, entre la bruma provocada por el agua pulverizada de los aspersores, el jardín tropical central.

Su “yo” de técnico rebelde, le lleva a reflexionar que él no habría proyectado en este espacio unas gigantes jardineras, que ocultan la arquitectura y privan al espacio de su función de plaza de encuentro.

Con la cabeza en sus cosas, entra al paseo interior que termina en el gran vestíbulo de cercanías, donde espera, en la puerta que corresponde, la llegada del tren en el que viene su amigo.

López aparece en el vestíbulo sobre las nueve, se saludan con un abrazo y deciden ir directos a la constructora, para localizar algún responsable a primera hora.

—No he desayunado, esperaba hacerlo contigo —protesta el madrileño.

—No seas quejica, desayunaremos cuando hablemos con los responsables de la empresa —le propone mientras se dirigen a coger un taxi.

LACOMA es una empresa de tamaño medio, fruto de sucesivas uniones de empresas del sector, situada en el ranquin español de edificación inmediatamente por debajo de las grandes.

Es de las pocas que ha mantenido los cuadros técnicos, lo que la faculta para acometer obras complejas, pero agrava su problema de liquidez en época de crisis.

Durante el trayecto por la capital, el oficial pone a su amigo al día de sus intenciones.

—Voy a contar en la empresa que los compañeros me han pedido que pasara a pedir la dirección de la familia del jefe de obra, para enviarles las pertenencias que se dejó en el hotel.

—Les va a parecer un poco exagerado que vaya un teniente de la Guardia Civil para pedir un teléfono —imagina divertido lo que va a impresionar su presencia.

—Espero que al venir tú, como un amigo, la visita parezca más natural.

—¡Me traes de carabina! —le regaña con un divertido gesto de reproche.

—Eres un compañero, quizá nos cuenten algo —se justifica sin mucha convicción.

—¡Está bien!, si hay posibilidad intentaré que me cuenten detalles del accidente y de la obra —se compromete, encantado de participar en una investigación, a la que da vueltas desde el fin de semana de su encuentro.

Llegan a la sede, ubicada en un moderno edificio de oficinas, situado en la zona del Campo de las Naciones, una activa zona de negocios de la capital.

Acceden al vestíbulo y se acercan al mostrador de recepción, situado junto a los tornos de vigilancia que dan acceso a las oficinas.

Luis se presenta a la secretaria como miembro de la Guardia Civil y al ver su cara de susto trata de tranquilizarla.

—Es una visita de cortesía, solo queremos hablar con algún responsable.

Se esfuerza en quitar tensión a su presencia, pone gesto preocupado y lanza una mirada cómplice a su amigo.

La empleada, más tranquila, llama al gerente y les confirma que baja enseguida a recibirles.

—Se nota mucho la crisis, en los tiempos gloriosos de la construcción a estas horas el edificio sería un hervidero de técnicos, personal, empresas y clientes, ahora se ve desolado —expresa el aparejador su frustración, por la situación actual de su profesión.

Sin tiempo para más comentarios, aparece un hombre trajeado de buena presencia, que se presenta como Rafael Camino.

López Morano le estrecha fuerte la mano, le comunica que es teniente de la Guardia Civil y presenta a Rodríguez Gil, como un amigo del colegio.

Rafael Camino Rosado es un Ingeniero de Caminos, de cincuenta y pocos bien conservados. Pisó el barro de las obras en sus inicios laborales y más tarde su carrera profesional se dirigió hacia la gerencia, para la que está más capacitado.

Al notar tenso y nervioso al responsable, el oficial decide afrontar el asunto sin preámbulos y le muestra sus condolencias por el compañero accidentado.

—Sentimos mucho el accidente del jefe de obra, no queremos molestarle, hemos venido a pedir la dirección de la familia —trata de romper el hielo de la rocambolesca situación.

—Muchas gracias, era un buen amigo, no hay problema, se lo comento a la secretaria y os la conseguimos —agradece el gerente sincero el pésame, sin entender el motivo de la visita.

—Tenemos las pertenencias que se dejó en el hotel y queríamos hacérselas llegar —trata de dar normalidad a su petición.

—¿Cómo se desplaza un oficial para solicitar esta información? —se atreve a preguntar extrañado, tras una solicitud previa de disculpa.

—Háblame de tú por favor, he venido de Barcelona para realizar unas gestiones y comer con mi amigo. Me han llamado de la central para contarme que habían encontrado las pertenencias del accidentado y decidí acercarme a pedirlos la dirección y daros el pésame.

—¿Conocías a Manuel de Barcelona? —se extraña Rafael, más tranquilo al conocer las razones de la visita.

—No le conocía, una casualidad me llevó al lugar del accidente, quedé muy impactado por el suceso y por lo afectados que estaban los compañeros.

—Muchas gracias —responde el gerente más tranquilo al conocer las razones de la visita.

La conversación se desarrolla en el vestíbulo de entrada, por lo que el aparejador se anima a proponer ir a tomar un café, las tripas empiezan a sonar rebeldes. El ingeniero acepta y se dirigen los tres a la cafetería del polígono.

Una vez en la cafetería, se acercan a la barra, piden unos cafés y unos pinchos de tortilla, por iniciativa del que está en ayunas. Esperan que les sirvan y se llevan la comanda hacia una mesa apartada para hablar tranquilamente.

Morano trata de dar pie a una conversación personal, para ganarse la confianza del ingeniero.

—¿Tenía mucha familia?

—Sus padres son mayores y viven en un pueblo de la Rioja, tiene una hermana casada que vive en Logroño —informa con emoción el gerente.

—Te dejo mi tarjeta para que me envíes la dirección, soy muy despistado y al final se me va a olvidar —apunta el teniente.

—Si quieres nos enviáis las pertenencias a la empresa y nosotros se lo hacemos llegar.

—No te preocupes, por mi experiencia sé que es una situación difícil —afirma con un gesto cómplice, que ratifican los técnicos.

—Estoy muy afectado, era un gran amigo, para la empresa es una pérdida irreparable, dirigía la obra que debía salvar el año y quizá nuestro futuro —se confiesa sincero Rafael.

En ese momento tan emotivo, el teniente recibe una llamada imprevista, se disculpa y sale de la cafetería para atenderla.

Javier que ha permanecido callado, saciando el hambre acumulada, cree que es el momento de retomar la conversación, como dos compañeros, mientras esperan su regreso.

—Luis es un amigo del colegio, venía a Madrid a unas gestiones, me llamó para quedar a comer, de camino recibió una llamada, me la contó y le animé a venir —apoya el argumento del teniente.

El responsable le agradece el gesto, mucho más tranquilo que cuando le avisó la secretaria.

—Gracias por venir.

—¿Que titulación tenía el Jefe de obra? —se interesa por el compañero accidentado.

—Era Arquitecto Técnico.

—¡Vaya como yo!, ¿qué edad tenía?

—Cincuenta y pocos.

—¿Cómo se llamaba?

Se arrepiente, casi al tiempo que formula la pregunta, tiene un extraño presentimiento, que le altera las pulsaciones.

—Manuel Roy —responde emocionado el jefe.

Al escuchar el nombre, se le cambia el rostro, no sabe cómo reaccionar.

—¡No me digas, por favor! —expresa balbuceante su respuesta, por el nudo que se le forma en la garganta.

—¿Le conocías? —le interroga sorprendido, aunque su expresión le delata.

—¡Qué putada!, jugamos juntos en el equipo de fútbol de aparejadores de Madrid, para nosotros era Roy, nos llevábamos muy bien

—Me comentó que terminó la carrera en Granada.

—¡Es verdad!, se le atragantó el cálculo de primero y decidió ir a terminar la carrera a la ciudad de la Alhambra, todos le enviábamos mucho.

—¿Tan mal le iba en la Escuela de Madrid? —se sorprende el responsable, que piensa que su jefe de obra era una persona preparada y capaz.

—En aquella época el primer año era selectivo, lo que daba un poder absoluto a los profesores, para juzgar quien vale, en asignaturas inútiles para la profesión.

—¿Cómo le conociste tú? —trata de recuperarse de la emoción vivida, interesándose por conocer cosas de su amigo y la empresa.

—Entramos a la vez en la empresa, en unas obras en la provincia de Cádiz, yo avancé en la gerencia y él en las obras.

—¿Trabajáis mucho en Barcelona? —intenta resituarse.

—Llevamos tiempo intentando entrar en el mercado catalán, hemos creado una delegación y apostado por un Arquitecto con muchos contactos. Es un mercado muy difícil para empresas no autóctonas.

—¡Que me vas a contar!, trabajé en la dirección de una obra importante de la Villa Olímpica.

—Principalmente hemos hecho obras para clientes nuestros, con los que hemos trabajado en otras zonas de España.

¿Qué obra estáis ejecutando? —quiere situar el lugar del accidente.

—Un hospital para la Sanidad Catalana.

—¿Cómo habéis conseguido la adjudicación de una obra de la administración tan importante y representativa? —le extraña que una empresa novata en la zona, consiguiera un contrato importante.

—Gracias a Roy, como tú le llamas, al estudiar la oferta, por su experiencia en haber dirigido otros hospitales, se dio cuenta que la estructura estaba sobredimensionada y de otros muchos fallos del proyecto

—¡Qué fenómeno! —exclama orgulloso el aparejador, que ha vivido situaciones parecidas en sus obras.

—Apostamos por revisar el proyecto, comprobamos que las mediciones estaban muy infladas, nos la jugamos y presentamos una oferta económica más baja que el presupuesto base del concurso y del resto de ofertas.

—¿A los responsables de la contratación no les sentaría muy bien? —expresa con conocimiento de causa.

—¡Como lo sabes!, intentaron darnos baja temeraria y eliminarnos en la mesa de la contratación, sin conseguirlo.

—¿Por qué no lo consiguieron? —se extraña por saber bien cómo funcionan estas mesas licitaciones <dirigidas>.

—El estudio de arquitectura es una firma internacional, formaba parte de la mesa y se puso de nuestra parte, muy enfadados porque les habían obligado a trabajar con una Ingeniería para la estructura y las instalaciones. Gracias a nuestra oferta se dieron cuenta que habían hecho una chapuza.

—Más parece una golfada —se atreve a exponer, con la confianza de la conversación.

—Quizá sí —se contiene para no decir lo que piensa.

—Normalmente estos asuntos traen “cola” —insiste al intuir la posibilidad de conocer la realidad de la obra y la situación de su compañero.

—Tienes razón, según nuestro delegado de Cataluña, hubo muchas llamadas importantes, para que renunciáramos a cambio de garantizarnos adjudicaciones en otras obras.

—Fuisteis muy valientes, estas actuaciones suelen tener consecuencias para la empresa.

Camino se sincera y le cuenta que les han eliminado de todos los concursos, por causas de lo más variopintas.

—Lo único que les falta es poner en los pliegos de los concursos públicos, que se podrán presentar todas las empresas que tengan la solvencia técnica, económica y la clasificación adecuada, menos la nuestra.

—¿Porque mandasteis a Roy a la obra?

—Decidimos apostar fuerte, es una obra fundamental para la empresa, era nuestro mejor jefe de obra, le enviamos con plenos poderes y con hilo directo conmigo.

—En la delegación de Cataluña no sentaría bien.

—Manuel lo manejaba bien y el equipo de obra estaba con él.

—¿Qué tal va la empresa? —cambia de tema.

—Tenemos problemas, hemos tenido que hacer un ERE y no sabemos si vamos a tener que hacer otro. La obra de Barcelona

es muy importante para aguantar unos años, mientras diversificamos la cartera de clientes y apostamos por el exterior.

—La situación es difícil para todos —concluye el aparejador, que lo sufre, con un futuro profesional inexistente.

—¿Qué tal te va a ti? —cambia Rafael de tercio, cansado de ser el interrogado.

—Siempre he trabajado en grandes constructoras o promotoras, como jefe de obra, de grupo o director técnico. Un día me animé a ser empresario, la crisis nos ha pasado por encima cuando apenas empezábamos. Seguramente crecimos demasiado deprisa empujados por el tsunami de la burbuja inmobiliaria.

—¿Qué haces en la actualidad? —se interesa el gerente, la empresa siempre necesita técnicos con experiencia.

—Tengo una pequeña empresa de gestión integral de obras y proyectos, dirigimos obras, hacemos proyectos llave en mano, peritaciones o las memorias técnicas y de planificación de algunas grandes empresas, un poco de todo.

—Igual nos podéis ayudar en próximas ofertas.

La propuesta es sincera, la reducción de plantilla les deja muchas veces sin medios para presentar ofertas, que salen con poco tiempo para favorecer a la empresa más < informada>.

—Gracias, quedamos a vuestra disposición para colaborar en lo que necesitéis —se ofrece valiente apoyado en su capacidad y experiencia profesional.

En ese momento, regresa López de atender la llamada y se sorprende al verles en tan animada conversación.

Mira a su amigo y le ve extrañamente afectado, recibe un gesto que le indica que la conversación estaba finalizada, se levantan los tres y salen de la cafetería,

El jefe de la constructora les acompaña a la parada taxis, antes de la despedida los amigos reiteran al gerente las condolencias por la pérdida.

Subidos en el taxi, indican al taxista la dirección del lugar de la reunión del teniente.

—¿Qué tal te ha ido con el gerente? —trata Luis de entender porque su amigo parece tan afectado.

—Ha sido una putada —exclama con rabia.

—¿Por qué dices eso?—se interesa extrañado, no esperaba esa reacción.

—El jefe de obra ha resultado ser un amigo mío de la facultad.

—¡Joder!, qué mala suerte, lo siento muchísimo —trata de animarle, al entender la pena sobrevenida de su colega.

—¡Muchas Gracias!, ahora con más razón tenemos que descubrir la verdad—se anima con el compromiso adquirido.

—Hablabas muy confiado con el gerente —cambia la conversación para quitarle tensión al momento.

—Los recuerdos de Roy crearon un clima de confianza, me ha contado muchas cosas de la licitación de la obra, de la empresa y de mi amigo.

—Ha sido un acierto que vinieras conmigo y más con la llamada que he tenido—se congratula Luis.

—¿Se puede contar? —se interesa curioso.

—Luego te la cuento —señala el oficial con la mirada al taxista.

Llegan a las oficinas del Instituto y el teniente entra para realizar las gestiones, sobre su posible traslado, que le han traído a la capital.

Su amigo se dirige a una cafetería próxima, en el tiempo de espera trata de asimilar todo lo acontecido.

Se le vienen a la cabeza recuerdos de su compañero, en los partidos de fútbol y las celebraciones posteriores, que tenía casi olvidados.

Morano no tarda mucho, no se para a tomar nada, deciden coger un taxi hacia la Estación de Atocha, para comer algo tranquilos, mientras esperan la salida del AVE a Barcelona.

Durante el nuevo trayecto Javier no puede resistirse a preguntar a su camarada por la reunión.

—¿Qué tal con tus jefes?

—Me han roto todos los esquemas —responde con gesto de duda.

—Me lo cuentas en la comida, cuando estemos tranquilos —retiene su curiosidad.

Durante el rápido trayecto por una ciudad sin atascos, fruto de la época estival, cada uno piensa en lo vivido en una inesperada e intensa mañana.

Al llegar a la estación, confirman el billete de regreso del teniente y se sientan a comer en un restaurante situado en el jardín central de la estación.

Después de pedir la comida, Luis empieza a contar su reunión, sin que su amigo necesite preguntar.

—Venía a tratar de la posibilidad de un nuevo destino y mi jefe me ha propuesto ponerme al mando de un equipo nuevo de lucha contra el terrorismo yihadista que se ha creado en Cataluña.

—¿Que le has dicho? —se interesa, con gesto de sorpresa agradable, como el de los emoticonos.

—Que me lo voy a pensar —responde con una falsa expresión de duda.

—¡Qué te vas a pensar!, si es lo que a ti te gusta —da por seguro que su amigo va a decir que sí a una gran oportunidad.

—Igual tienes razón, pero me ha roto todos los esquemas ya tenía decidido dejar Barcelona.

—No seas moñas, tienes amigos y seguro que algunas novias, si quieres me cambio por ti —intenta provocarle pare que le confirme que se va a quedar.

No quiere seguir con este tema para madurarlo más despacio. En su interior ya ha decidido, le pareció mal decidírselo directamente a su jefe y no hacerse valer.

Aprovecha la llegada de la comida para cambiar de tema y cuenta que la llamada que recibió cuando estaban con el gerente, era de su amigo el mosso y le había dejado más mosqueado de lo que ya estaba.

—Cuéntamela —le anima con curiosidad.

—Voy a intentar interpretar la situación que me ha contado —se anima a imitarle, con ganas de echar unas risas, para quitarse de mosqueos y dudas.

—*El jefe de Pelayo le llama a su despacho, cierra la puerta y comenta con tono represivo.*

—*¿Con quién has comido el otro día en el puerto olímpico?*

—*Con un amigo—responde sin saber la intención de su pregunta.*

—¿Es Guardia Civil?—le inquiere como si hubiese hecho algo malo.

—Su jefe tiene razón, no eres un buen ejemplo —le corta divertido, le hace gracia verle imitar malamente el acento gaditano.

No se da por aludido y sigue con su patética representación.

—Es teniente de la benemérita, le conocí en el equipo de fútbol sala.

—¿Sabes que no podemos dar información a la Benemérita española?

—No sabía que no podíamos compartir información entre los cuerpos policiales españoles.

—Tú amigo más que valiente es un suicida—le vuelve a interrumpir, muy metido en situación.

—No se deja avasallar por nadie, aunque debería ser más prudente —afirma orgulloso, antes de seguir con su imitación.

—No me toques las pelotas, sabes que no podemos compartir información reservada—le grita enfadado su jefe.

—No sabía que el cuerpo llevara casos reservados, yo seguro que no, hemos quedado porque ha pedido el traslado y me lo quería contar.

—No me vaciles con ese acento que tienes, es mejor que tengas cuidado, si no quieres que te haga un expediente y te aparte del cuerpo.

—No me amenaces, es el padrino de una de mis gemelas, forma parte de mi familia y le voy a ver cuando quiera, si quieres expedientarme hazlo, ya nos veremos con el jefe.

—Estás avisado, como nos enteremos que compartes con él información me voy a encargar de echarte del cuerpo.

—¡Vale pisha!, lo que tú digas.

Da por finalizado, su divertido intento de imitar a su amigo y representar una escena surrealista, que tiene un trasfondo preocupante para un experto policía.

—Eso último seguro que su jefe no lo entendió —apunta entre risas Javier, que ha estado más atento a la parte interpretativa que al fondo de la reunión.

—Me ha contado que salió del despacho alucinado por la reacción de su jefe, no entiende a que venía el chorreo.

—¡Por favor! habría pagado por ver la escena —todavía en shock por la humorística actuación de su amigo.

—Yo también, pero esto cada vez huele peor.

—Igual lo de la contra vigilancia del político tiene algo que ver —se le ocurre de repente al neófito en los temas policiales.

—Razonas como un investigador —valora su comentario

—Estoy muy motivado, como dicen mis sobrinos. ¿Le comentó algo del accidente?

—Nada, todo es muy raro, vamos a tener que ser muy discretos, para no levantar sospechas.

—Yo puedo investigar, a mí no me conoce nadie —se apunta apasionado.

—Si te necesitamos te llamamos —corta su entusiasmo.

Terminan de comer, se van juntos a la salida del AVE y paran ante el control de accesos para despedirse.

Luis no puede evitar preguntar a su amigo por el accidente, al saber que le conocía.

—¿Crees que se puede haber tirado?

—El Roy que yo conocí “NO”, era un tipo valiente y un buen jugador de fútbol, le echo un par de narices para irse a Granada a seguir con la carrera, con todo en contra.

—¿Era buen futbolista? —trata de aligerar los recuerdos.

—Era un mediocampista duro, no daba un balón por perdido y un gran compañero —responde emocionado, de nuevo con el nudo en la garganta, que le dificulta terminar.

Luis le da un abrazo de ánimo, pasa el control y se dirige hacia el tren.

Al quedarse solo, le sobreviene la pena por el recuerdo de los momentos vividos con el accidentado y decide dar un paseo hacia casa, a la inversa de como lo hizo por la mañana, con intención de tomar el metro en la parada de Acacias.

TRISTES REGRESOS

El aparejador Rodríguez camina con la imaginación ocupada por los recuerdos de su amigo, en los intensos partidos que compartieron con el equipo de rebeldes con calidad, que formaron en la Escuela Técnica.

Con el ánimo muy decaído, cruza los paseos de las Delicias y de Santa María de la Cabeza y toma la Ronda de Atocha por la acera de los números impares, mientras observa crítico la fachada modernista de la ampliación del Museo Reina Sofía

Al llegar a la altura del colegio Salesianos de Atocha, sustituye en su imaginación, los recuerdos de partidos universitarios por los jugados en su pequeño campo, en categorías infantiles, que alivian su pesar.

Observa la fachada del edificio de la Casa Encendida, al que tiene manía porque fue financiado por la Caja Madrid que provocó el rescate de la banca española.

Cambia de ronda para tomar la de Valencia y pasa delante de la Escuela Técnica de Industriales, momento que recuerda que en ella da clase su amigo Rafa, compañero de aventuras desde su época colegial.

Llega a la glorieta de Embajadores y observa, entre curioso e indignado, los movimientos de los cunderos, que llevan a desesperados a comprar droga a la Cañada Real, vigilados por la policía nacional.

Al cruzar la plaza, la deformación profesional le lleva a reconocer la calidad de la fachada de ladrillo del colegio Cervantes y a pensar que el buen edificio de Tabacalera necesita una rehabilitación integral para su revalorización.

Le vuelven los recuerdos de las veces que se juntaban los del equipo de fútbol y otros compañeros a tomar unas cervezas en los bajos de Aurrera, en la zona de Moncloa que fue uno de sus centros de diversión en la época universitaria.

Retoma la bajada en dirección al río, por el Paseo de las Acaacias y recuerda con añoranza a Carlos un amigo del colegio que vive por esas calles, con el que también compartió muchas aventuras.

Al llegar a la parada de metro de Acacias, decide seguir con su pasear cansino hacia casa, para terminar de recuperarse anímicamente.

Se para en la plaza de Ortega y Munilla a comprar una botella de agua. Su mirada se dirige hacia el monolito central, que un amigo estudioso del tema le comentó que forma parte de los muchos hitos masónicos que hay escondidos por la ciudad.

Rodea la plaza para recuperar el paseo de las Acacias a la altura de la parada de metro y cercanías de pirámides, para desde allí bajar hasta la vera del río, donde observa mosqueado otros dos monolitos.

Cruza el río por el puente de Toledo y la vista se le escapa para observar uno de los nuevos puentes de la controvertida obra no hace mucho finalizada.

Su imagen modernista le lleva a confesarse, a sí mismo, absolutamente incapaz de valorar esos diseños vanguardistas, proyectados por mentes caídas de otros planetas.

Le parece que hay mucha diferencia con el puente que cruza, una joya arquitectónica, declarada bien de interés cultural, de estilo barroco churrigueresco, que para los carabancheleros antiguos era la entrada a la ciudad de Madrid y a él le recuerda a las murallas de su ciudad natal.

Detiene su caminar junto a uno de los miradores, para observar el paseo fluvial que se ha bautizado como “Madrid Río”, que nace del enterramiento de la M—30 y ha generado un gran parque de forma lineal a lo largo del río Manzanares.

Reconoce que la actuación ha cambiado la imagen y las costumbres de los madrileños. Sabe que ha sido una obra polémica por los sobrecostes corruptos, las comisiones y multas de la Comunidad Europea por saltarse los estudios medioambientales, que han generado una deuda impropia para la ciudad, pero se congratula del resultado y de que se cuide adecuadamente.

La vista se le escapa hacia la renovada fachada de cristal del estadio Calderón y a pesar de su corazón merengue cree que será una pena para el barrio cuando le quiten de aquí.

Recuerda con nostalgia de carroza cuando, animado por unos amigos, se colaron en el estadio, escalando por la antigua fachada de celosía, una de las mayores locuras que hizo de joven.

Reflexiona que menos mal que en aquella época era un buen atleta y tenía la suficiente razón para no volver a repetirlo.

Sube por la calle General Ricardos, que ya se proyectó pequeña, para la que iba a ser una de las vías de acceso más importantes de Madrid y se redujo al ocupar la calzada con las salidas del metro.

Echa de menos los cines que se ubicaban repartidos por la calle, que eran su lugar de ocio de niños, en compañía de sus padres y de jóvenes con amigos y amigas.

Según se subía la calle, el cine España a la derecha, el último en desaparecer, más arriba el Salaverry en la misma acera, el Florida a la izquierda y el cine de los Ángeles casis a la altura de Ramón Saiz, que junto con otros cines del barrio como el Coímbra, Oporto y Fátima, eran su lugar principal de ocio.

Al alcanzar su destino, en su casa, siente que la pérdida de los cines, se ha llevado una parte del espíritu juvenil y la historia del barrio.

Luis regresa en el tren rápido, con la cabeza hecha un lio, entre las dudas de aceptar el puesto que le han ofrecido y las razones que le impulsan a querer dejar Barcelona.

Con la oferta de su nuevo puesto, en la dirección de la lucha contra el terrorismo yihadista, ha retomado la ilusión del trabajo, lo que elimina las excusas del aburrimiento profesional.

El tema del ocio lo tiene resuelto, cuenta con compañeros para jugar al fútbol sala, para hacer salidas con la bici de montaña y para ir a esquiar, lo que elimina otro pretexto.

El único pero en contra, que no logra eliminar, es el sentimental, aunque ya ha desistido de formar una familia, si le gustaría encontrar una pareja estable.

Se le vienen a la cabeza, empujados por el corazón, recuerdos del gran amor que dejó escapar por su mala cabeza y algunas amigas que le hubiese gustado que hubieran sido algo más.

Piensa divertido que al final va a tener que dejar que Pilar, la mujer de su amigo el mosso, organice alguna cita a ciegas con alguna de sus guapas amigas.

En una zona con cobertura, aprovecha para llamar al agente Pelayo y contarle todo lo sucedido en un día intenso para todos.

Su colega no pierde la ocasión para animarle a quedarse en Barcelona.

EL JOVEN AGENTE BUSCA RESPUESTAS

El miércoles es un día muy especial para la familia Pelayo García, Pilar se examina de unas oposiciones para ingenieros industriales en Barcelona, con la ilusión de poder trabajar en lo que ha estudiado.

Este acontecimiento provoca otro hecho excepcional, el padre va a llevar a las niñas a la guardería.

El mosso ha pedido el día libre para cuidarlas y que su mujer pueda estar tranquila, pendiente sólo de su oposición.

La ingeniera se levanta temprano, se acicala rápida, desayuna con su marido y sale camino de la oposición. No se despide de las pequeñas, para no ponerse todos nerviosos. Se lleva únicamente el cariñoso beso de ánimo, de su orgulloso compañero.

El matrimonio tiene dos gemelas de casi dos años, Elena y Teresa, que se han hecho dueñas de la casa y del corazón de sus padres.

Las chiquillas al ver a su padre despertarlas, lo asocian a un día de fiesta y comienzan la guerra de almohadas, los abrazos, besos y saltos en la cama. Al inexperto en estas lides cotidianas, le cuesta un mundo tranquilizarlas, vestirlas y que desayunen. Lo consigue finalmente con paciencia y mucha imaginación.

Durante el camino hacia la guardería, les cuenta que mami, tiene un examen muy importante, lo que les hace mucha gracia.

Despedirse de ellas y dejarlas en su cole, no fue fácil, al final las convence con la ayuda de la profesora y prometiéndolas que luego las llevan a la “casa de los peces” y a comer unos helados.

El joven agente ha pedido permiso por asuntos familiares, también con la intención de investigar discretamente sobre el accidente.

Cumplido su primer reto paterno, se acerca a ver al inspector de trabajo que conoció el día del accidente, al que llamó hace unos días y se citó para hoy, con la excusa planeada, de tener que completar el informe del accidente.

Se reúnen a tomar café en un bar próximo a la oficina de inspección, su similar edad les aporta cierta complicidad.

Antoni Ballester Oliva es un joven inspector de trabajo, radical independentista en su juventud, que ha atemperado su rebeldía, con el trabajo diario y el conocer la realidad de su comunidad.

Mientras desayunan, el joven agente le agradece su atención y le reitera lo que le comunicó por teléfono, que tiene que completar el informe del accidente.

—Al principio el jefe de obra no me cayó bien —expone Antoni espontáneo.

—¿Por qué?, todos los compañeros parecían apreciarle mucho —se extraña Rubén.

—Por lo de la bandera, estoy harto de que todo se politice. Cuando el encargado me contó la razón, cambié de opinión.

—A mí también me afectó, nos dijeron que eran una gran persona y un enorme profesional.

—¿Que necesitas? —se presta a colaborar.

—Sólo un poco de información, cuando hacía el informe me llamaron para hacer otras cosas, pensé que ya no lo tenía que hacer, al final me lo han pedido y ahora me faltan datos, <ya sabes cómo son estas cosas>.

—A los jefes no hay quien les entienda, enseguida se les sube el poder a la cabeza —le da la razón, con gesto cómplice.

—¿Terminaste el informe? —inicia las preguntas que ha preparado.

—Al final no lo tuve que hacer —expone directo, con expresión de no entender las razones.

—Te vi hacer fotos y hablar con los responsables de la constructora —muestra su sorpresa.

—Realicé la inspección y tenía el informe redactado, cuando fui a comentar las conclusiones con mi jefe directo, me comunicó que se consideraba “accidente no laboral” y no lo íbamos a emitir.

—¿Cómo se llama la constructora? —aunque lo sabe, intenta dar argumentos a su coartada.

—LACOMA, es una buena empresa Nacional que trabaja poco en Cataluña.

Pelayo se interesa por las razones de no redactar el informe, al ver similitudes con su caso.

—¿Es normal que intervenga tú jefe en los informes?

—Cuando está terminado comentamos las sanciones propuestas y sus fundamentos legales, para evitar errores.

—¿Por qué no es un accidente laboral si se produjo en la obra? —se muestra alucinado, con la conclusión de la inspección, es lo que menos hubiera imaginado.

Antoni le explica que su jefe le comentó que había hablado con los servicios jurídicos y que al ser el jefe de obra y estar fuera del horario de trabajo no se considera un accidente laboral. Aunque no lo verbaliza su expresión refleja su disconformidad.

—¿El jefe de obra no es un trabajador? —se pregunta Rubén, cada vez más indignado por la decisión.

—Parece que a estos efectos no se le considera como tal —trata Ballester de justificar la decisión de su departamento, sin mucho convencimiento.

—¡Es una putada ser jefe de obra! —se le escapa solidario con el accidentado.

—¡Eso pensé yo!, intente razonar con mi jefe. Me argumentó muy molesto, que es un puesto de dirección y en ese momento no había actividad en la obra.

—¿Si hubiese sido un obrero se habría considerado accidente laboral?

—Seguro y a todos los responsables de la dirección de obra les habría caído un marrón, incluso una denuncia penal.

El inspector concluye las argumentaciones, con la afirmación de que para él es un accidente laboral, que se produce por una falta de medidas de protección.

El mosso trata de informarse de los aspectos más técnicos, que le pueden dar pistas sobre el accidente.

—¿Qué fallaba en la seguridad de la obra?

—No había horcas, ni redes en esa zona que hubieran evitado la caída —argumenta el experto en seguridad.

—Si hubieras emitido el informe ¿cómo lo hubieras valorado?

—Lo hubiera calificado de irregularidad grave —sentencia con firmeza, con una mueca de rabia.

—¿Quiénes serían los responsables? —trata de conocer los beneficiados por esta decisión.

—La responsabilidad sería de la constructora, del coordinador de seguridad, de la dirección facultativa y del promotor.

Rubén entiende que hay muchos beneficiarios por el archivo de la investigación. Su instinto le lleva a dar un paso más y trata de buscar las posibles razones de las presiones, para no emitir los informes.

—¿La Administración tendría responsabilidad?

—Como Promotor de la obra tiene una responsabilidad directa, grave si ha incumplido sus obligaciones en materia de prevención, fundamentalmente de contratación de medios y responsables.

—¿Quién lleva la coordinación de seguridad? —insiste en su intento de encontrar obligaciones incumplidas.

—Te veo muy informado —apunta con una sonrisa el joven inspector.

—Me dijo el encargado que había revisado el viernes la seguridad de la cubierta con el coordinador, no le pregunté quién era —sigue con las cuestiones preparadas, sin atender al comentario.

—En todas las obras el promotor está obligado a nombrar un coordinado de la seguridad y salud. Es una Ingeniería contratada directamente por la Administración, aunque el responsable siempre es un técnico.

—¿Sabes el nombre?, para apuntarlo.

—No lo recuerdo, lo busco y te lo envío.

—Al final mi informe va a ser fácil, sólo voy a tener que escribir que es un accidente no laboral y cerrar el expediente —resume con gesto de frustración y solidaridad con el accidentado.

—Te entiendo, es la primera vez que me fastidia no emitir un informe, normalmente si no lo hacemos es porque las deficiencias de seguridad se han corregido.

—Me da rabia pensar en la familia del accidentado y que todos van a salvar sus responsabilidades —se confiesa Rubén indignado con la arbitraria decisión de los responsables.

—Es muy injusto, seguro que había trabajado mucho para llegar a ser el jefe de obra de un proyecto tan importante y lo más grave es que si no se declara como accidente laboral, la familia no tiene derecho a indemnización por las compañías de seguros de

Responsabilidad Civil y todo queda a la voluntad de la Constructora.

Los dos jóvenes terminan un largo e intenso desayuno, que ha provocado una sincera complicidad entre ambos, por lo que sienten como una injusticia que no pueden reparar.

—¿Me puedes enviar fotos? para cerrar el expediente, con las prisas no pude hacerlas —las solicita con la idea de que puedan valer para la investigación.

—No hay problema, dame un correo electrónico y te las envío con el informe previo que tenía elaborado, para que completes los datos que te falten.

Pelayo le da una tarjeta personal y le comenta que va a intentar investigar con discreción en la empresa, para ver si han conseguido una indemnización.

Los dos están conformes en que buscar responsabilidades ya no tiene sentido.

Antoni no renuncia a buscar alguna posible solución, a pesar de la dificultad.

—¡Me informas!, cuando el asunto se olvide, quizá se podría tratar de emitir un informe para conseguir una indemnización de los seguros.

En el momento de la despedida, Rubén recibe una llamada de su mujer, que le informa que ha terminado la primera parte de la oposición.

Los dos funcionarios se despiden con un sentido apretón de manos, con la intención de mantener el contacto.

El agente se acerca a dar ánimos a su ingeniera, hecho un manojo de nervios.

En el encuentro, tras un beso enamorado, Pilar le informa que está contenta de cómo le ha salido la primera parte de la oposición, que versaba sobre temas legales y era la que más le preocupaba, por no tener que ver con su formación.

—¿Qué tal las niñas? —se interesa la madre, preocupada por si la han liado muy grande.

—Ha sido divertido, he tenido que prometerlas llevarlas a ver a los peces para que se quedaran en la guardería.

Pasado el tiempo del receso, la pareja se despide con un tierno beso, que finaliza con un gesto cariñoso de ánimo por parte del enamorado marido.

Los dos están muy ilusionados con la posibilidad de que apruebe la oposición, le vaya mejor en Barcelona y abandone la idea de dejar la ciudad.

El joven agente ha quedado también con SEGURCAT, la empresa que llevaba la vigilancia de la obra.

Quiere averiguar si había alguien con Manuel en la obra y quienes fueron los primeros en llegar el día del accidente, conforme a las hipótesis de trabajo que estableció con su amigo de la Guardia Civil.

Ha quedado por la mañana, sin hora fija, por la oposición de su mujer y para dar sensación de informalidad a la visita.

Al llegar a las oficinas de la empresa, se identifica en el mostrador y pregunta por Bernat Sala Alba, el gerente de la empresa, con el que concertó la reunión hace unos días.

Aparece un hombre con aspecto de ejecutivo agresivo, de cuarenta y pocos años y buena presencia, que saluda al policía cortésmente.

El responsable solicita al agente que le acompañe al interior de las oficinas, donde les espera el vigilante que estaba en la obra ese día.

Suben a la sala de reuniones, donde el jefe le presenta al vigilante Diego Serra Martínez, que les esperaba nervioso.

—Si quiere les dejo solos —intenta quedar bien y quitarse el marrón.

—No hace falta, como te comenté por teléfono, sólo quiero haceros unas preguntas para cerrar el informe del accidente.

El vigilante es una persona de edad indescifrable al que la vida le ha dado muchos palos. Su ilusión siempre fue ser policía, no pudo ser y en la actualidad trabaja de vigilante nocturno para llevar algo de dinero a su casa.

Al mosso le cae bien, tras un rostro aviejado se esconde una mirada sincera, todo lo contrario que le sucede con su jefe, al que ve como un pijo con pinta de ejecutivo agresivo.

—¿Te tocó vigilancia la noche del domingo? —inicia sin preámbulos las preguntas con un tuteo y una mirada cómplice, para transmitirle confianza.

—Hice el turno de noche, el sábado había estado con el jefe de obra un rato.

—¿Trabajó el sábado?—se sorprende al recordar que el jefe de Cataluña les comentó que se había ido al pueblo de fiesta.

—Sí, venía muchas veces a trabajar los sábados.

—¿A qué hora termina la vigilancia por la mañana?

—Terminamos el servicio a las ocho, aunque en esta obra el jefe de obra y el encargado suelen llegar pronto y entonces nos vamos.

—¿Llegó pronto el jefe de obra el lunes del accidente?

—Sobre las 7,30, como todos los días, me saludó y se fue hacia la oficina.

—¿Cuándo llegó el encargado?

—No lo sé, no le vi, cuando llegó el jefe de obra me fui a cambiar de ropa, a realizar el parte diario y a la hora de cierre del turno salí de la obra —trata de justificar, ante su jefe, que cumplió el horario como siempre.

—¿Hacéis un parte diario?

—Todos los vigilantes hacen un parte diario, donde apuntan todas las incidencias. Lo envían a la empresa y nosotros a la obra —interviene el gerente para reflejar la profesionalidad de la empresa.

—¿Me podéis enviar una copia de los partes del último mes?

—¡No hay problema! te los enviamos, siempre es un placer atenderos, muchas veces nos ayudáis vosotros cuando tenemos incidentes —se adelanta Bernat para apuntarse algún tanto.

Rubén le da una tarjeta personal para que le envíen los datos y no levantar sospechas en su oficina, que puedan llegar al <toca pelotas> de su jefe, después de sus extrañas amenazas.

Tras los prolegómenos, aborda la cuestión principal, que le ha traído a la empresa de seguridad y ha tratado de distraer entre la parafernalia burocrática.

—¿Llegó alguien a la obra antes de que te fueras? —se dirige al vigilante, con una mirada que pretende ser distraída.

—Cuando me iba de la obra me pareció ver dos personas en la oficina, no pude ver quién era el acompañante del jefe de obra, alguien trajeado pero no estoy seguro.

—¿El jefe de la delegación suele ir temprano a la obra? —se le viene a la cabeza, porque estaba en la obra cuando llegaron.

—En mis servicios de vigilancia no le he visto nunca.

Le da rabia comprobar que el vigilante no puede identificar a la persona que estaba con el jefe de obra en la caseta.

Agradece sincero a Diego Serra su colaboración y se dirige al gerente, en un último intento de dar normalidad a la reunión.

—¿Quién os ha contratado?

—LACOMA directamente, nos contrató Manuel.

—¿Habéis tenido muchas incidencias en la obra?

—Al principio tuvimos problemas con los gitanos, presionaron mucho para quedarse con la vigilancia, el señor Roy habló con ellos y lo solucionó. Era una gran persona y un gran profesional, nos ha dado mucha pena lo que ha sucedido —se adelanta Diego a su jefe para responder con sinceridad y pena.

—Tenía que serlo, todo el mundo le apreciaba, ha sido una verdadera pena —apuntilla Rubén.

El agente Pelayo se despide de los dos con un apretón de manos, dándoles las gracias y ofreciéndose para ayudarles en lo que necesiten en el futuro.

Al salir de la reunión llama a su amigo Luis para contarle las reuniones con el inspector de trabajo y con SEGURMAT.

Quedan para ir a ver a la jueza el día siguiente, cada uno por su lado, para guardar la discreción.

Rubén se olvida de sus pesquisas y se dirige a esperar a su mujer a la salida de la oposición, ansioso por conocer cómo le ha ido.

La tensa espera le lleva a recordar el día que se conocieron y lo revive en su imaginación como si fuese ayer, cuando fue con dos amigos de la academia de policía, a pasar un fin de semana en los carnavales de Cádiz.

<<Después de un viernes intenso a la búsqueda del ambiente del carnaval, por el nocturno casco viejo de Cádiz, los tres amigos se levantan resacosos

y se dirigen a desayunar unos cafés y unos molletes con manteca colora o blanca, en la terraza de un restaurante con vistas a la playa.

Recuperadas las fuerzas con un desayuno de la tierra, deciden dar un paseo para eliminar la resaca que les tiene derrotados, pese a su juventud.

Avanzan con paso tranquilo por la playa de la Victoria y la de Santa María del Mar, muy transitadas desde la antigüedad, casi desiertas por la temprana hora.

Entran en el caso viejo de Cádiz, a través de los restos de la muralla de Puerta de Tierra, sintiéndose como piratas al asalto de una ciudadela, que fue asentamiento fenicio aproximadamente mil años antes de Cristo.

Visitan la catedral y se acercan a la Plaza de España donde está el monumento conmemorativo del centenario de la Constitución de 1.812, la más liberal de la historia de España, la popular “pepa”.

Sin saber muy bien por dónde transcurre su caminar, se adentran en las callejuelas del casco viejo. Descubren un mundo diurno radicalmente distinto a la zona festiva donde se perdieron la noche anterior, con el bullicio del carnaval.

Rubén ejerce de anfitrión, les enseña el teatro Falla, precioso edificio de estilo mudéjar. Les comenta que en él se celebra el famosísimo concurso de Agrupaciones del Carnaval y trata de explicarles sin mucho éxito, lo que son los coros, comparsas, chirigotas y cuartetos, que conoce por su familia.

Con el paseo, la resaca se torna en hambre, su cicerone gaditano les lleva a un restaurante, al que iba con su abuelo y les propone tapear en la barra.

Los amigos se dejan llevar, encantados con el ambiente festivo. Degustan con sorpresa y fruición, la tortilla de camarones, humos, chocos y cañón, especialidades gaditanas que los foráneos no habían probado.

Se podría decir que su integración con el carnaval culinario fue total, hicieron su propia <Pestiñada, Eriçada y Ostionada>, de una misma taca.

Lo pasaron en grande dejándose vacilar por los camareros, aunque a veces no les entendían nada, por su acento gaditano cerrado. Fueron la fiesta del local, tanto que algunos paisanos les cantaron una chirigota improvisada de despedida.

A la salida decidieron no volver al hotel, un mucho por pereza y un poco para aprovechar el día.

Caminaron hacia el paseo del Almirante Pascual Pery, descubrieron la zona de bares del malecón, no se animaron a empezar con la fiesta tan pronto

y siguieron el paseo para bajar la comida y admirar la espectacular vista de la bahía de Cádiz.

Al final del paseo marítimo llegaron a un bar situado junto al espigón que protege la entrada al puerto de Cádiz. Se sentaron en la terraza a tomar unos gin-tonics, para hacer la digestión, relajados con la vista de los barcos entrar y salir del muelle.

Cuando el sol se empezaba a esconder por el horizonte sobre el mar, en una imagen de postal que maravilla a los jóvenes, se dirigieron a la zona de los carnavales, en el barrio de la Viña.

El ambiente del carnaval apenas empezaba a despertar, para afrontar otra noche interminable de alegría. Los jóvenes caminan avergonzados, al comprobar que todo el mundo va disfrazado a su graciosa manera.

En su búsqueda de la primera estación ética, se fijan en unas muchachas que van preciosísimas, disfrazadas de forma artesanal de teléfonos móviles. Rubén, quizá por su sangre chirigotera, se anima a piropearlas y pedirles que les dejen hacer una llamada.

Una de las chicas se vuelve divertida a contestar y descubre con grata sorpresa que conoce al joven, es un primo al que hace tiempo que no ve.

Patricia, que así se llama la joven y Rubén se dan dos besos cariñosos y hacen las presentaciones.

Las jóvenes toman la iniciativa y a modo de rito iniciático, lo primero que hacen es pintarles la cara, para transmitirles el espíritu del carnaval gaditano.

Entre las jóvenes estaba Pilar, que enseguida se fijó en Rubén, a él le costó más darse cuenta, quizá por el disfraz de ella.

Lo pasaron en grande de bar en bar, de baile en baile, hasta que derrotados, cuando ya amanecía, se sentaron a tomar un chocolate con churros.

En ese momento de relajo, el grupo se percató que Rubén y Pilar habían desaparecido, dando lugar a rumores divertidos y a una sonora ovación, al aparecer uno sin la cara pintada y la otra sin disfraz.

La chispa había saltado en una ciudad mágica y ya nada la podría apagar.

El grupo de amigos se despide con múltiples besos, unos más cariñosos que otros, no sin antes quedar para verse al día siguiente, después de haber pasado una jornada inolvidable. >>>

En ese momento se le rompe el relato, la imagen de Pilar oculta sus recuerdos, como el amanecer esconde la luna en el horizonte. Recuerda que sin los efectos del disfraz y de la fiesta, la realidad mejoró sus sueños, apareció ante él una rubia de larga melena y ojos verdes. Su sonrisa tímida, que marca unos hoyuelos en un rostro moreno le terminó de enamorar.

Rubén recupera el relato en su imaginación y lo sitúa al mediodía del domingo cuando se juntan todos de nuevo en la plaza de San Antonio, donde se ve el carrusel de coros mientras se come tapeando. Recuerda cómo durante el resto de la jornada, encontraron complicidades entre confidencias y besos discretos.

<<Terminada la fiesta, las jóvenes les llevan a la playa de la Caleta, que fue puerto natural en el que fondearon barcos fenicios, cartagineses y romanos. Toman cafés y copas, mientras admiran una de las puestas de sol más bonitas de España y cada uno sueña en sus cosas y una pareja en lo mismo.

Llegado el momento triste de la despedida, sienten que han pasado momentos inolvidables que guardan para siempre en sus jóvenes corazones.

Marta y Pilar les acercan al hotel a recoger las maletas y les llevan a Jerez para que tomen el avión destino Barcelona.

Antes de partir rumbo al embarque, se dan los teléfonos entre todos, quedan en llamarse y se despiden con pena como buenos amigos. >>

La chispa se hizo llama y empujó a la pareja a seguirse viendo, en Cádiz y Barcelona, hasta que creció el fuego que les unió para siempre.

Pilar sale del examen, viéndose sorprendida por un beso enamorado de su marido, que la ve preciosa ya recuperada del parto de las gemelas.

Antes de preguntarle por el examen, le narra emocionado los recuerdos del día que se conocieron, que le han asaltado durante la espera.

Emocionada por la mirada de su marido y el amor que la manifiesta, tarda unos instantes en contarle como le ha ido en la oposición.

Aunque cree que le ha salido muy bien, trata de mostrarse prudente, para no transmitir a su compañero, la esperanza que siente, por si al final no consigue la plaza.

Sabe que la competencia es dura, que habrá que esperar los resultados y pedir en las altas instancias celestiales, que no interfieran indignos enchufismos partidistas.

La enamorada pareja se va a recoger a las preciosas señoritas que les han robado el corazón, para completar juntos una divertida jornada familiar en la casa de los peces, que les sirve para darse cuenta que juntos son capaces de superar cualquier dificultad en Barcelona o donde sea.

SORPRESA EN UN JUZGADO BARCELONÉS

El jueves por la mañana, los agentes López y Pelayo, desayunan temprano en una cafetería próxima al edificio donde se ubican varios juzgados.

Han quedado con Claudia Soler la magistrada titular del juzgado nº 8, que realizó el levantamiento del cadáver del jefe de obra fallecido en el accidente.

Los agentes visten de paisano, ambos se han liberado unas horas de su servicio diario, con parecidas excusas administrativas.

Pelayo cuenta a su compañero los pormenores de las investigaciones que ha llevado a cabo con el inspector de trabajo y el vigilante de la obra.

De su reunión con el inspector de trabajo, el joven agente sacó la conclusión de que hay mucha gente que quiere tapar el accidente, para eludir responsabilidades.

Su argumentación aporta una nueva vía de investigación, piensan que detrás del cierre en falso de los dos informes y el silencio mediático, puede haber un intento de no llamar la atención sobre las empresas y responsables que dirigen estas actuaciones.

A Luis se le viene a la cabeza el espontáneo comentario de su amigo el aparejador sobre la contra vigilancia del mosso de escuadra y su encuentro con compañeros suyos de la Guardia Civil. Se compromete a informarse discretamente sobre el asunto y las personas que investigaban, por si tiene relación con el accidente.

En su visita a la empresa de vigilancia Pelayo ha encontrado dos vías de investigación importantes; que el jefe de obra estaba acompañado por una persona trajeada y los problemas con los gitanos por la contratación de la seguridad.

—Soy amigo del patriarca, llámele de mi parte y te recibirá atentamente, luego te envío el móvil —propone López a su colega, para que pueda seguir con sus investigaciones.

El joven se ha informado discretamente sobre la magistrada, para saber si podrían confiar en ella, en la investigación del accidente y lo que se pudiera destapar.

Cuenta a su amigo que Claudia Soler Ribes es la hija menor de una familia de artesanos que tienen una zapatería en Vielha, con bastante éxito entre paisanos y esquiadores.

—Será un poco pija —le corta Luis, al que no le gusta el ambiente de esta zona de montaña a la que ha ido a esquiar a veces.

—Te equivocas, es una chica valiente acostumbrada a pelear con el pijerío de esquiadores de Baqueira que se creen superiores a la gente del pueblo —le regaña con una mirada de reproche.

—Ya me cae bien —rectifica su prejuicioso comentario.

—Ha sido una estudiante brillante, fue la número uno de su promoción en la oposición, sin el enchufismo nacionalista ha quedado relegada a un juzgado pequeño—expone los méritos de la joven con admiración.

—¿Está significada políticamente? —intenta buscar algún <pero> que pudiera dificultar la investigación.

—Es una joven independiente, de apenas treinta años —concluye su presentación.

—Brillante investigación —le felicita el veterano.

Están seguros que es una persona en quien pueden confiar para encontrar la verdad.

Sale primero el joven, mientras el Guardia Civil paga la cuenta, para mantener la discreción

Pasan el control sin identificarse para encontrarse en la planta del juzgado, donde se saludan con frialdad como dos personas que han quedado para resolver algún asunto.

Se presentan al agente judicial, sin identificarse como policías y le comunican la cita con la jueza.

El funcionario llama por teléfono a la secretaria judicial, para comunicarle la visita.

Tras una breve espera aparece una joven funcionaria, atractiva, pese a la formalidad de su vestimenta, que se presenta como la secretaria judicial Diana Font.

Les saluda cortésmente y les acompaña hasta el despacho de la magistrada.

Es muy despistada para identificar a la gente, le suena la cara del más joven, aunque no logra situarle.

Diana Font Miro es una guapa joven, de cuerpo atlético y revoltosa melena corta. Sus bonitos ojos negros de un mirar profundo y su arrebatadora media sonrisa, lo expresan todo sin necesidad de palabras.

Es una catalana de mundo, de familia de diplomáticos, ha estudiado fuera de España y con mucho tesón ha llegado a Secretaria Judicial. Buena jugadora de voleibol de estudiante, mata el gusanillo y se mantiene en forma, entrenando un equipo infantil. Tiene un espíritu alegre y gran capacidad de trabajo, a veces necesita un empujón para enfrentarse a los retos importantes.

Los agentes entran solos al despacho, la secretaria judicial sigue con su trabajo.

Quedan de nuevo prendados de la juez que ya conocen, una hermosa mujer de melena corta peinada a su aire, que enmarca un rostro limpio, que iluminan unos ojos claros de color indefinido, de mirada fiera en su timidez.

Una vez en el interior los amigos saludan cortésmente a la magistrada. Recuerdan haberse visto en el lugar del accidente y comentan la pena que sintieron por el afectado de un suceso tan absurdo.

—¿Por qué queráis hablar conmigo? —cuestiona directa a los policías, por la solicitud de una reunión con tanta urgencia.

—Creemos que metimos la pata en el accidente del Jefe de obra —expone el teniente sin preámbulos.

—¿Qué es eso de que hemos metido la pata? —les interroga molesta, con una indisimulada mueca, mezcla de sorpresa y disgusto.

—Perdón por ser tan directo, pensamos que no hicimos una investigación a fondo, dimos rápidamente por supuesto que se trataba de un accidente —intenta arreglarlo, con un gesto de culpabilidad compartido por su amigo.

—¿No fue un accidente?, cada vez entiendo menos, no deis más rodeos.

—Creemos que no ha sido un accidente —afirma serio Luis, con voz que intenta ser solemne.

—¿Por qué pensáis eso? —inquieta la magistrada, que muta su gesto de reproche inicial por una expresión de aflicción.

El oficial le pone al día de las investigaciones, desde la conversación con su amigo el aparejador, hasta la reunión con el gerente de LACOMA.

Terminada su breve exposición da pie al mosso, para que describa su reunión con el inspector de trabajo y el vigilante de la obra, sin olvidar el extraño enfrentamiento con su jefe.

La juez abrumada por tanta información, intenta asimilar lo que le cuentan y sacar conclusiones, más confiada al ver que se han sincerado con ella.

—¿Que pensáis que sucedió?

—Estamos al inicio de la investigación, partimos de cero y ahora va a ser más difícil llegar a la verdad, creemos que no fue un accidente y que tampoco se tiró —afirma serio el teniente, con una mueca de frustración, que comparte con el mosso.

—¿Por qué me informáis sin haber completado la investigación?

—Queremos saber si podemos contar con su señoría.

—¡Por favor hablarme de tú!, no estamos en un juicio, ¿qué vais a necesitar del juzgado?

—No sabemos, en función de cómo avance la investigación igual necesitamos permiso para hacer registros, poner micrófonos u otras actuaciones.

—Contar conmigo, tenemos que averiguar la verdad, se lo debemos a su familia—se compromete sincera.

—Muchas gracias, pero no lo digas tan pronto, es posible que al investigar el accidente encontremos asuntos turbios —informa el teniente con expresión de seguridad.

—¿Asuntos de corrupción? —expresa cada vez más sorprendida con el asunto.

—Sabemos que hubo muchas irregularidades en la adjudicación de la obra, que estaba preparada para una <empresa amiga>, que LACOMA ganó la licitación, soportaba graves presiones y que hay mucho interés en que el accidente quede oculto sin informes ni publicidad mediática.

—¿Por esto queríais ser discretos?, no os fiabais de mi —les increpa con gesto serio para ver su reacción.

Los agentes se miran como dos niños pillados en una trastada, intentan iniciar una disculpa. No les deja seguir, ha visto su reacción sincera y entiende sus precauciones, si el tema es verdaderamente importante.

—¡No importa!, contar conmigo —expresa con una expresión sincera, que no admite réplica.

—Si encontramos algún asunto turbio más allá del accidente, tú decides hasta donde puedes llegar, te prometemos que lo derivamos a otras estancias si ves que te puede perjudicar.

Claudia agradece que intenten protegerla y les reitera que cuenten con ella para llegar hasta el final.

—Vamos a investigar en el entorno de la empresa, los amigos y la familia, a ver si descubrimos algo que nos lleve a hilar lo sucedido el día de accidente —apunta López.

—Me gustaría hablar con tú amigo el aparejador, para que me ayude a entender porque piensa que no es un accidente.

—No sé, no le gustan mucho los juzgados, se hizo empresario, la crisis se lo ha llevado por delante y tiene muchos problemas.

—Dile que no se preocupe, le vamos a tratar bien.

—Lo intentaré, si le digo que tiene que venir a ver a una magistrada tan guapa y que le invito a comer, seguro que le convenzo para desplazarse desde Madrid.

Rubén sale en defensa de la ruborizada magistrada, dándole un golpe en la espalda, que provoca unas risas entre los tres.

Antes de salir, los agentes cruzan una mirada cómplice de conformidad y se atreven a proponer a Claudia un asunto privado, que les hace mucha ilusión. La magistrada acepta encantada y se despiden los tres.

La secretaria judicial aprovecha para entrar en el despacho de su jefa, la curiosidad le puede.

Son compañeras de trabajo y buenas amigas, les une la edad y lo mucho que tienen que pelear para demostrar su profesionalidad ante el convencionalismo machista del mundo judicial.

—¿Qué querían esos dos hombretones, tan secreto? —se interesa Diana curiosa.

—Son dos policías que querían hablarme de un asunto.

—¡Vaya como están los cuerpos de seguridad!, ¿No habrán venido a pedirte una cita? —trata de cotillear con una sonrisa pícar.

—No seas celestina —se defiende divertida de las ocurrencias de su compañera.

—Lo que tú digas, ¿pero que querían?, no me tengas en ascuas.

—No era nada del juzgado, me han comentado que han organizado un partido de fútbol sala entre policías y bomberos para recaudar fondos para los niños de los orfanatos, quieren que sea la madrina y entregue los premios.

—¡Ves como tenía razón!, estás hecha una rompecorazones, llévame contigo, va a ser fantástico, todo lleno de tíos cachas en pantalón corto y camiseta. Igual es una oportunidad de encontrar novio, que la cosa está fatal —sigue con las bromas, con una sana envidia.

—No hace falta, ya me han pedido ellos que te convenza para ir las dos, les has debido impresionar.

—¡Muchas gracias!, mañana empiezo de nuevo la dieta del bi-quini.

—¡Estas fatal!, volvamos al trabajo.

Claudia da por finalizado el momento de divertida complicidad entre compañeras.

Cuando la secretaria Font iba a salir del despacho, la magistrada Soler siente que su compañera merece saber toda la verdad.

—No salgas, cierra la puerta y siéntate, tengo que contarte algo.

Diana se sienta sorprendida, sin decir nada, atenta a lo que le tiene que comentar su compañera que se ha puesto seria.

—Perdona, no te he contado todo, hay otra razón por la que han venido a verme, no quiero ocultarte nada.

—Cuéntamelo ya, que me tienes intrigada, sabes que puedes confiar en mí—expresa con gesto más de complicidad que de reproche.

—Te acuerdas del accidente del jefe de obra, al que fuimos hace unas semanas a levantar el cadáver.

—Sí, ahora sé de qué conocía al más joven —se le viene la imagen del joven mosso a la secretaria judicial.

—De paisano parece un chaval de la universidad —la justifica su compañera.

—Recuerdo el accidente, llegué un poco tarde por cosas del juzgado, me dio mucha pena, pensé que era una putada morir por un accidente tan tonto. ¿Qué sucede?

—Los agentes me han comentado que creen que no ha sido un accidente.

—¡No me jodas! —se le escapa espontánea, al tiempo que pide perdón por su exagerada espontaneidad.

—No te preocupes, yo pensé lo mismo —la disculpa.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Colaborar en la investigación con los policías.

—Cuenta conmigo, el accidentado y su familia lo merecen.

—Eso les dije yo, pero hay más asuntos.

—Cuéntamelo todo de una vez —la apura, lanzándole una mirada inquisidora.

—Me han comentado que la investigación puede llevarnos a posibles actuaciones corruptas.

—Vamos a terminar en algún juzgado perdido —apunta espontánea Diana.

—No te preocupes, los policías me han prometido que nos sacan del asunto si se pone difícil.

—Era broma, vamos hasta el final, si nos echan, me pido un juzgado de la playa.

—Prefiero la montaña, pero si pasa algo, me voy contigo a la playa.

Las jóvenes se dan un abrazo, que ratifica la amistad que surgió el día que se conocieron al incorporarse Diana, destinada al juzgado y se ha consolidado durante los años que llevan juntas en la pelea por hacer justicia.

A la salida, el teniente López llama a Javier para comentarle la reunión y el compromiso que había adquirido por él, con la magistrada.

Le propone que venga el viernes temprano en el AVE, para que se reúna con su señoría a primera hora y luego vayan juntos a ver a la familia de Manuel.

Su colega madrileño acepta, más por ir a ver a la familia de Roy, que por una visita al juzgado que le incomoda.

Unas horas después, mientras Javier maduraba en su cabeza el compromiso adquirido, recibe una llamada del gerente de LACOMA.

Rafael le propone reunirse el viernes en su oficina para tratar un asunto, sin más explicaciones.

Acepta intrigado, piensa que quizá le quiera contar algo de su amigo.

Recuperado de la sorpresa, se da cuenta que no puede ir a Barcelona y llama a su amigo para comunicárselo.

—¿Qué te pasa? —sorprendido por la nueva llamada.

—Me ha llamado el jefe de LACOMA y me ha comentado que quería tener una reunión conmigo el viernes.

—¿Te ha dicho para qué?

—No, tampoco me he atrevido a preguntarle.

—¿Qué le has dicho?

—Que sí, luego me he dado cuenta que hemos quedado.

—No te preocupes, voy yo a ver a la familia, me he comprometido y no puedo cambiar la cita, porque he pedido permiso en el trabajo, con la jueza ya quedamos otro día.

—Discúlpame con la familia, me da mucha pena no ir.

—No te aflijas, no les había dicho que venías conmigo, vete tranquilo, igual te enteras de algo importante.

—Gracias, dales un abrazo y un beso de mi parte.

—¡Suerte en tu reunión!, nos llamamos el viernes para saber qué tal va todo.

UNA PROPUESTA INESPERADA

El técnico Javier Rodríguez se presenta el viernes temprano en las oficinas de LACOMA, con curiosidad por saber que le quería contar el gerente.

Se acerca al mostrador, donde la secretaria le saluda con una sonrisa, le recuerda del susto del otro día, cuando su amigo se presentó como Guardia Civil. Le identifica en el ordenador y llama al gerente para confirmarle que su visita le esperaba en el vestíbulo.

El ingeniero no tarda, se saludan como compañeros, cruzan los tornos de control y suben a su despacho, entre puestos de trabajo vacíos, que dan al aparejador la imagen real de la empresa.

Una vez situados en una sala de reuniones, el gerente pide a la secretaria que les traiga unos cafés y una botella de agua y cuando se quedan solos en el interior, va directamente al asunto.

—Queremos que te incorpores a la empresa como jefe de obra, para terminar la obra de Barcelona —le propone sin ceremonias.

—No me lo esperaba —es lo único que acierta a expresar, no había siquiera soñado con esta posibilidad.

—Tienes la experiencia suficiente y has dirigido una de las obras más importantes en Barcelona —trata de convencerle.

—Estoy oxidado, hace tiempo que no dirijo una obra importante —se disculpa, en un intento vano de asimilar la inesperada noticia.

—Dirigir obras no se olvida —le insiste.

—Llevo mucho tiempo sin jefes, me hice empresario para no tener que dar explicaciones a nadie, para lo bueno y lo malo.

—Vas a depender de mí, tomaremos juntos las decisiones importantes.

—El equipo de obra igual no me acepta y la delegación de Barcelona dudo que esté conforme —insiste en sus dudas, que son reflexiones personales en alto.

—No te preocupes, de Albert me encargo yo, con el equipo de obra no creo que tengas problemas, estaba muy unido a Manuel y creo que eres parecido.

—Barcelona es una plaza difícil para los de fuera —argumenta, más centrado en el puesto que le ofrecen.

—También por eso te necesito, ya conoces la ciudad y eres independiente para tomar las decisiones necesarias.

Rafael no quiere presionarle más, cree que le tiene convencido por cómo ha tornado la expresión de su rostro.

—Piénsalo el fin de semana, el lunes me tienes que dar una contestación, la próxima semana vamos a ir a Barcelona para poner de nuevo en marcha la obra —le apremia convencido de que aceptará.

Siempre ha sido valiente en sus decisiones y está tentado de aceptar, prefiere darse a valer y responde que se lo va a pensar.

Cuando están en la puerta, dándose la mano para despedirse, la secretaria se acerca y comenta al gerente que el arquitecto está en la sala de espera.

—Si quieres te presento al arquitecto y así tienes más argumentos para decidir —se le ocurre a Rafael para tratar de sumar puntos a la decisión favorable.

Acepta sin dudar, le parece una gran oportunidad conocer al director de la obra que le han propuesto dirigir.

—Es el único arquitecto puntual que conozco —comenta con ironía el jefe, mientras se dirigen a la sala de espera.

—Es una cualidad extraña en este gremio —reconoce, con una sonrisa cómplice compartida con el ingeniero.

Al llegar a la sala, el arquitecto se levanta, estrecha la mano del gerente y le da un sentido pésame por Manuel, al que apreciaba, pese a conocerle sólo desde la licitación de la obra.

Iñigo Suja Torres es una persona de unos sesenta y tantos, elegante en su informalidad de diseño, mezcla de artista bohemio y profesor, muy de otra época. Fue un ilustre de la arquitectura, los cambios políticos afectaron a su trabajo en España, no a su nombre internacional. Se resiste a la jubilación y persiste en hacerle que le gusta, proyectar y dirigir obras.

Cuando el ingeniero va a presentar al aparejador, este reacciona de manera inesperada y espontánea.

—¿No me conoces? —pregunta al arquitecto, según le da la mano.

Iñigo no acierta a situarle en alguna obra o una de sus clases.

Al ver sus dudas, le aclara que coincidieron en la obra del edificio de Consultas Externas del Hospital de la Princesa de Madrid.

—Era mi primera obra, justo después de terminar la universidad, entiendo que no te acuerdes de un joven ayudante.

Tras una nueva mirada, reconoce en la persona madura que le saluda, aquel joven inexperto, con el que hizo algunas visitas de obra, que le preguntaba curioso y tímido sobre la profesión.

—Te portaste muy bien conmigo, aprendí mucho en tus visitas, todavía recuerdo muchas de las cosas que me enseñaste.

Rodríguez reconoce orgulloso que ha presumido mucho de haber trabajado con él, le maravillaba como dibujaba los detalles de la obra a mano alzada, lo mismo en un papel que en la pared.

—Muchas gracias—sintiéndose gratamente adulado.

—Tengo un gran recuerdo—apunta sincero el ya veterano técnico.

—Para mí la obra fue muy difícil por problemas con la gerencia del Hospital.

—Lo recuerdo bien, aunque muchas situaciones las ha entendido cuando he tenido más experiencia.

—Me alegro que os conozcáis—interviene Camino, seguro de haberle ganado para la causa.

—¿Cómo conseguiste el encargo?, por mi experiencia sé que en Barcelona los arquitectos españoles en proyectos públicos, están prácticamente vetados.

Suja le cuenta que fue una casualidad, que colaboraba con un gran estudio de arquitectura en Londres, en un proyecto de un pabellón desmontable para una exposición mundial y les llegó la invitación de CHC <la empresa de hospitales de Cataluña>, para participar en el concurso de un proyecto de un hospital.

—Sabían que tengo experiencia en hospitales y me pidieron que les ayudara. Me hizo ilusión, pensé que sería probablemente mi último gran trabajo en España. Presentamos un gran proyecto, con un estudio económico muy ajustado y la mesa de contratación se lo adjudicó al Estudio, con gran publicidad mediática.

—Cuando los responsables de la adjudicación se enteraran que participabas en el proyecto, no les debió hacer gracia —se interesa Rodríguez, que recuerda situaciones parecidas sufridas.

—No les gustó mucho que el arquitecto fuese yo, tuvieron que aceptar por no quedar mal internacionalmente.

—Habría pagado por verles la cara —apunta espontaneo el ingeniero, con una sonrisa pícaro que comparte con el resto.

—Pronto empezaron los problemas, apareció una ingeniería local que tenía contratada la dirección económica y la ejecución de los proyectos de estructura y de instalaciones —sigue con su relato.

—Para el estudio sería un shock —se sorprende el aparejador que conoce la dificultad de estas cohabitaciones.

—En Europa no están acostumbrados a estas situaciones, quisieron renunciar, decidimos aceptar, porque para el estudio el proyecto supone la revalorización de su imagen internacional.

Javier se percata que retrasa la reunión prevista y decide despedirse.

—No os entretengo más, el lunes te llamo —se despide con una sonrisa que parece no dar lugar a la duda sobre su decisión.

Una vez solos, el gerente comenta al director de la obra, que quiere organizar una reunión en Barcelona la semana que viene para reiniciar la obra.

—Por mi parte perfecto, avísame de la fecha para organizarme, me quiero ir unos días de vacaciones.

Aprovecha para informarle que ha propuesto a Javier Rodríguez, que sea el jefe de obra.

—No sé si aceptará.

—Por la ilusión reflejada en sus ojos, seguro que va a decir que sí —augura con certeza.

—Eso espero, estamos en cuadro y no quiero poner en el puesto a nadie propuesto por la delegación de Cataluña.

—Creo que es una buena apuesta, necesitamos gente independiente y con experiencia para sacar adelante la obra.

—Espero acertar, después de la pelea con la estructura tenemos que empezar la guerra del resto de paquetes de obra con la ingeniería y los técnicos de la administración.

—No te agobies, tenemos tiempo de ponernos al día mientras se ejecutan las unidades de albañilería y las distribuciones, que ya están contratadas —prioriza las urgencias de la obra.

Al salir del edificio la primera reacción de Javier es llamar a Luis para contarle la propuesta. Se arrepiente, al pensar que debe estar reunido con la familia de Roy y decide esperar a que le llame cuando termine su visita, como han quedado.

En el regreso en el metro, se le agolpan en la cabeza muchas de las experiencias vividas como jefe de obra, que finalmente le llevaron a intentar la aventura empresarial. Hace un esfuerzo para apartar los fracasos y quedarse con los buenos momentos, para que las dudas no tomen las riendas de su decisión.

Decide bajarse del metro en la estación de Plaza de España para dar un paseo hacia la Plaza de Ópera. Quiere parar un rato a tomar alguna cerveza, antes de volver hacia su casa.

Al salir de la estación a la Plaza de España, se acerca a pasear por sus jardines centrales para saludar a Don Quijote y Sancho Panza, dos ilustres aventureros, a los que cuenta la aventura que le han propuesto a través de las tierras catalanas.

Recibido el ánimo cómplice de los personajes de cervantes, cruza el puente sobre la cuesta de San Vicente con la vista fija en el palacete de la esquina, que fue sede de la Real Compañía Asturiana de Minas, en el que siempre soñó tener un pequeño despacho, por sus maravillosas vistas.

Hace un alto en su caminar para girarse a observar la silueta de las imponentes torres de Madrid y de España, que se pierden en el cielo de la ciudad.

Recuerda que recientemente ha realizado para una constructora, la memoria técnica y planificación de las obras de remodelación de las plantas bajas del edificio Torre de Madrid, para la implantación de un establecimiento hotelero de lujo.

Se siente orgulloso de haber colaborado como experto, en una secretísima oferta para definir el proceso constructivo, manteniendo la fachada existente, protegida por la normativa de patrimonio de la Comunidad de Madrid, del edificio España.

Le frustra que la constructora no se atreviera finalmente a presentar su planificación, que rebajaba en más de un año, el plazo final de puesta en valor del edificio.

Retoma su caminar por la calle Bailén, mientras admira embesalado la majestuosa vista de la fachada lateral Norte del Palacio Real, que sobresale sobre los jardines de Sabatini.

Al llegar a la Plaza de Oriente, recuerda que fue construida bajo las órdenes del Rey José I, tras la demolición de las casas medievales que se encontraban en la zona.

Decide dar un paseo por la plaza, recorre el perímetro del parque, saluda las estatuas de los reyes españoles, diseñadas para la decoración del Palacio Real, que finalmente fueron a parar a los jardines. Pasea sin orden por unos bien proyectados y cuidados jardines, formados por atractivos parterres con plantaciones florales, setos y cipreses, de los que no hay mucha tradición en España. Se acerca curioso a un claro en la vegetación, para saludar al soldado Luis Nova, que debía ser un verdadero don Juan, para que en la placa del monumento se indique que lo iniciaron las mujeres.

Sale de la plaza por la calle Pavía, hacia el encuentro con la calle San Quintín, que conmemora una gran victoria sobre los franceses en tierras italianas, hasta llegar a la plaza de la Encarnación, donde saluda a Lope de Vega.

Admira, a lo lejos, el Convento que da nombre al espacio urbanístico, que junto con el de las Descalzas esconden la historia de una época de la España cortesana.

Sigue por la calle Arrieta hasta aparecer en la Plaza de Ópera, que era su objetivo al bajarse del metro.

Sin más interés por la historia y la arquitectura, entra en una taberna de la plaza a tomar unas cervezas en una jarra de barro, que es como más le gusta disfrutar de su bebida favorita, acompañada de las correspondientes tapas.

En el trayecto de vuelta a casa, decide que el sábado va a realizar la caminata al Santuario de Sonsoles, en su Ávila natal, para pedir a la virgen que le ayude a tomar la decisión más acertada, como hace desde joven.

UNA FAMILIA SIN RESPUESTAS

Mientras su amigo recibía con ilusión la propuesta de trabajo, Luis salió temprano de Barcelona liberado de responsabilidades por haberse tomado un día de vacaciones para arreglar asuntos personales.

Se dirige a la capital de la Rioja, en su coche particular, un todo terreno preparado para la aventura, donde ha guardado las pertenencias que Manuel se dejó en el hotel. Se las consiguió el agente Pelayo para que las entregue a la familia sin que se enteren los jefes de ambos.

La semana anterior consiguió localizar a la hermana del accidentado, en el teléfono que le remitió la secretaria del gerente de la Constructora y se han citado para este día entorno a las doce.

Durante el viaje trata de meterse en la piel de una familia que ha perdido a una persona querida de forma trágica e inesperada.

Recuerda a su padre que está muy enfermo y de lo que sufre su madre, siente que no hace lo suficiente por estar con ellos.

Es consciente que va a ser un momento difícil, le gustaría pensar que el tiempo pasado puede suavizarlo, desea que su visita no reabra las heridas de la familia.

Aunque sabe por su experiencia que lo mejor es ser lo más natural y humano posible, no puede evitar darle vueltas a lo que va a decirles y como se lo debe expresar.

El viaje se le hace corto y tras un breve callejear ayudado del GPS, alcanza la Plaza de la ciudad donde se sitúa el moderno Ayuntamiento de Logroño, que es el punto de encuentro elegido.

Ha llegado con antelación a la hora prevista y decide dar una vuelta para estirar las piernas, sin separarse mucho del edificio del consistorio no vayan a despistarse.

Recuerda de anteriores visitas que la capital de la Comunidad Autónoma de la Rioja, bañada por el río Ebro, es una de las más prósperas de España y fue hace unos años atrás, nombrada capital gastronómica de España. Si tiene tiempo, tiene la intención de quedarse a disfrutar de la comida y el afamado vino de la tierra.

Apenas unos minutos después de las doce, observa a una mujer de mediana estatura, vestida de verano, con un vaquero, una camiseta y unas deportivas, que pasea hacia el Ayuntamiento.

Se acerca con la intención de preguntarle, dubitativo porque le parece más joven de lo que esperaba.

—¿Es usted el señor López? —se adelanta la mujer, con gesto de duda.

Confirma su identidad y mientras se dan un beso sin protocolo, intenta romper la formalidad.

—Lláname Luis ¡por favor!

—Soy Ana Roy, al verte sin uniforme, ni traje, no estaba segura, pero aquí nos conocemos todos y enseguida se ve que eres de fuera —se presenta la profesora.

—Dudaba si acercarme, al ver a una chica tan joven y guapa —no quiere retener su vena galante.

—Muchas gracias —le agradece el galanteo, adulada por un hombre que le parece muy atractivo.

Ana Roy Pérez es una gran mujer, buena estudiante, decidió ser maestra y quedarse en la tierra cerca de sus padres. Se casó con un amigo de su hermano y juntos formaron una familia. Es profesora de infantil en un colegio de la capital, que está cerrado por vacaciones. Ha dejado a sus hijas repartidas en actividades deportivas para asistir con libertad a la reunión.

—Siento mucho lo de tú hermano —le da el pésame con sinceridad, después de haber roto el hielo con su galantería.

Ana se emociona al recordar a su hermano, sus grandes ojos negros se humedecen discretamente.

—¡Todavía no lo podemos creer!, sobre todo mis padres, están destrozados.

Luis va directo al asunto, con la excusa que prepararon para poder investigar sin levantar sospechas.

—He venido a traeros las pertenencias que tu hermano dejó en el hotel.

—No hacía falta que hubieras venido tú, que eres una persona importante.

—Estoy de permiso y vengo a cumplir una promesa que le he hecho a un compañero del colegio, amigo de Manuel.

—¿De verdad? —se sorprende la hermana.

—Fue una casualidad, mi amigo es aparejador, le conté el accidente y unos días después nos enteramos que era Manuel Roy, le afectó mucho al reconocerle.

—¿De qué le conocía?

—Me contó que jugaban juntos en el equipo de fútbol de aparejadores de Madrid, que para ellos era Roy y que perdieron el contacto cuando se fue a Granada.

—Es verdad, en la universidad le llamaban Roy, dale las gracias cuando le veas.

—Iba a venir conmigo a veros, a última hora le ha surgido un asunto de trabajo y no ha podido, me ha pedido os diera un beso de su parte y que os dijera que se acercará otro día a saludaros.

No puede contener la emoción con el recuerdo de su hermano y propone ir a tomar un café para intentar recuperarse.

El teniente se apunta encantado, aunque piensa más en tomar un vino de la tierra y un bocata, trae mucha hambre acumulada del viaje.

—Vamos a la calle Laurel, es una de las mejores zonas de pinchos y vinos de España y esperamos a mi marido que se va a escapar del trabajo para saludarte.

—¡Perfecto!, así puedo conocer la zona, para meterme con los vascos del cuartel cuando presuman de tapas.

Durante el paseo, la maestra ejerce como tal y le cuenta que los jóvenes bautizaron a esta zona la 'Senda de los Elefantes', porque los que trataban de tomar un vino en cada bar, terminaban con una buena trompa y que por la noche cambian el producto de la tierra por los cubatas, con un efecto similar.

—En Santiago los jóvenes tiene la ruta del Paris-Dakar, por el caso viejo —recuerda Luis sus andanzas de joven.

Ana relata al visitante que en la paralela calle de Bretón de los Herreros, se levantaban las antiguas murallas de Logroño, que al demolerse se reconstruyeron las casas colindantes dando origen a lo que hoy en día es la calle Laurel.

—En esta ciudad seguro que no hace falta quedar, si vienes por esta calle te encuentras con todo el mundo —expresa el visitante, al que siempre le ha gustado esta virtud de las ciudades más pequeñas, si el cotilleo paleta no lo estropea.

—Tienes razón, a mi hermano le gustaba mucho venir a esta zona, se sentía como en casa, decía que se empapaba del carácter sociable de los riojanos para llevárselo a sus destinos.

Detienen su caminar frente a un bar muy animado, que invita a entrar, atraídos por el bullicio de la gente.

La maestra le informa que es de los más antiguos de la ciudad, que son famosos sus <bocaitas> de anchoa y pimienta verde. Luis se apunta a entrar encantado y ya en el interior la convence para pedir unos vinos y unos bocaitas típicos.

No habían llegado aún los bocadillos, cuando el marido de la profesora aparece por el bar guiado por un mensaje al móvil de su mujer.

Ana presenta a los dos caballeros, que se dan un fuerte apretón de manos, que expresa con sinceridad las condolencias de uno y el agradecimiento del otro.

Álvaro Rujas Sol es amigo del colegio, del fútbol y de trastadas de Manuel. Conoce a su mujer desde niña, empezó a enamorarse de ella cuando las llevaban a sus primeras fiestas, cuidándolas como pesados hermanos mayores. Estudió Ingeniería técnica de informática, Ana y la tierra evitaron que se lanzara a la aventura como su amigo. El matrimonio es feliz con sus dos niñas Patricia y Fátima de diez y doce años y aunque en su día echaron de menos un niño, ahora ya no.

A Luis la pareja le parece entrañable, cree que están bastante enteros a pesar de la pena que llevan en su interior y se atreve a invitarles a comer.

—Te invitamos nosotros estás en nuestra ciudad —afirma Álvaro, sorprendido por la invitación, tras cruzar una mirada de aprobación con su mujer.

—Si no podéis no pasa nada —trata de disculparles al observar sus dudas.

—Estamos encantados de comer contigo, sólo tenemos que organizar a las pequeñas.

—¡Muchas gracias! el Instituto paga que tiene pasta, vosotros elegís el sitio, sé que aquí se come muy bien —expresa con gesto entre autoritario y cariñoso.

—¿Qué quieres comer? —le preguntan al unísono.

—Soy más de cuchara, pero me gusta todo.

—Te vamos a llevar a una tasca próxima, que te va a gustar.

—¡Perfecto!, me hace ilusión comer algo típico de la tierra en buena compañía.

Álvaro agradece el cumplido y al cruzarse con unos peregrinos por la calle, cuenta que esta zona es lugar de paso del Camino de Santiago.

Mientras se dirigían hacia el restaurante la profesora organiza por teléfono a las niñas.

—Se quedan a comer en casa de tú hermana, encantadas porque pueden jugar con sus primos—informa a su marido.

Apenas unos pasos más adelante el grupo entra en una pequeña tasca, con pinta de dar buena comida casera. El matrimonio saluda cariñoso a la dueña como si fuesen de la familia y le comentan que viene a comer con una persona importante.

El ingeniero presenta al teniente a la dueña y cocinera de la tasca, que la regenta en soledad desde que falleció su marido.

Beatriz Carrasco Sanz es una mujer de cincuenta y algunos, bien llevados, luchadora y valiente. La vida ha sido muy dura con ella, se quedó viuda sin tiempo para crear una familia, sus ilusiones son el restaurante, los sobrinos y los amigos.

La patrona les ubica en una mesa tranquila junto a la ventana y les propone que se fíen de ella. Les va a preparar diferentes platos, <menú degustación para el esnobismo culinario>, para que prueben las especialidades de la casa.

La pareja dirige una mirada interrogante al invitado, que acepta entusiasmado, por no tener que estudiar la carta y poder probar las especialidades de la casa.

Es un local pequeño y entrañable que ayuda a crear un clima familiar.

Pronto se encuentran frente a una botella de un estupendo vino de la casa, junto a unas tapas de acompañamiento.

—¿Cómo era Manuel? —inicia Luis la conversación.

—Era un fenómeno, noble y futbolero, siempre se peleaba en defensa de algún compañero —se adelanta Álvaro a su mujer.

—Yo también fui muy futbolero, ya le he contado a Ana que he venido porque me lo pidió un amigo, que jugó con Manuel al fútbol en la Universidad.

—El fútbol era su pasión, llegó a jugar en las divisiones inferiores del Logroñés, se lesionó gravemente en la rodilla y ya solo jugaba por divertirse.

—¿Qué tal estudiante era?

—La Universidad en Madrid se le atragantó, pensó dejarlo, mis padres le convencieron para que se fuera a Granada a intentarlo y allí le fue muy bien —interviene Ana entre apenada y orgullosa.

Al oír el nombre de la ciudad de la Alhambra a Luis se le dispara la imaginación y se anima a comentar algunas experiencias personales, para romper la emoción de la pareja.

—Es una ciudad fantástica de la que tengo recuerdos maravillosos.

<Fuimos a jugar la final del campeonato de España de fútbol escolar en categoría cadete, después de haber ganado la liga de Madrid y el sector provincial. La organización se portó fantásticamente nos llevaron a ver la Alhambra, uno de los monumentos más hermosos del mundo, nos prepararon una fiesta flamenca muy divertida. Organizaron una visita a las cuevas del Sacromonte, yo me encontraba en el baño, no se dieron cuenta mis compañeros de habitación y me dejaron encerrado, cuando llamé a que me abrieran ya se habían ido. A Manolín, que era como el hermano mayor de los más pequeños, le dio mucha pena, la que ahora tenemos porque ya no está con nosotros>.

—¡Que faena!, a Manuel cuando venía a casa, le gustaba quedar con sus amigos a recordar aventuras del fútbol —apunta su compañero de clase.

—En ese viaje vivimos un hecho que nos hizo mayores de golpe —apunta Luis con gesto de orgullo mal disimulado.

Ana se sorprende, al tiempo que se le vienen a la cabeza imágenes de su hermano en los partidos entre colegios.

—Deberías ser unos críos.

—Tendríamos 14 o 15 años, sucedió un hecho que nos obligó a madurar.

—¿Una derrota dura? —interviene Álvaro que recuerda algún disgusto vivido, en partidos de rivalidad contra pueblos vecinos.

—Las derrotas pasan en el deporte, lo teníamos asumido, aunque el cabreo no nos lo quitaba nadie, quizá por la falta de costumbre.

Luis se da un respiro para recordar bien la anécdota, da un trago largo del buen vino de la casa y mientras esperan al siguiente plato, les cuenta el hecho tal como lo recuerda.

<<El entrenador era un marianista singular, con la ilusión de participar en la torneo de la fase final, se tomó muy en serio la competición, incluso nos preparó una dieta para conseguir una mejor recuperación. No sé dónde la habría aprendido o que gurú deportivo se la había enseñado, la realidad es que la preparó con toda la ilusión del mundo incluso pagándola con su dinero. En la primera cena la mayoría probamos los arenques salados, con más o menos agrado. A mí que todo me sabe bien no me pareció mal. Al día siguiente nos enteramos por la radio macuto del boca a boca, de un hecho grave. Los miembros más insurrectos del equipo, empujados por su rebeldía insensata, habían escondido los arenques en la cena y en un acto de provocación chulesca los arrojaron al patio interior del hotel. No recuerdo si de manera directa o por reclamación de los empleados, nuestro entrenador se enteró del hecho, con gran disgusto. >>

—¡Qué difícil es tratar con los adolescentes!, menos mal que yo enseñé a niños más pequeños—interviene Ana que como profesora, entiende el disgusto del entrenador.

<<Los ejecutores de la acción dieron un paso valiente y confesaron su actuación, que por otra parte por la situación de las habitaciones que daban al patio, ya estaban bastante señalados. >>

—¿Qué les pasó? —se interesa Álvaro solidario con los rebeldes.

<<El místico nos comentó que había hablado con los directores del colegio y la decisión era mandar a los responsables a casa con uno de los acompañantes, que el hecho era una falta grave y no podía quedar así. >>

—Era una decisión muy grave, ¿cómo reaccionasteis el resto? —insiste con su interés.

<<Le pedimos que nos dejara solos para comentar entre nosotros la decisión a adoptar. Tras una tensa discusión, pese a la ilusión de todos y la rabia por la estupidez de los causantes, primó el espíritu del grupo y decidimos por unanimidad que nos volvíamos todos. En el fondo nos sentíamos culpables por habernos tomado a chirigota la dieta del entrenador, sin apreciar su esfuerzo y la ilusión que había puesto. >>

—Nosotros habríamos hecho lo mismo—se emociona Álvaro al recordar como ellos también se defendían unos a otros.

—¿Qué pasó finalmente? —se interesa la educadora.

<<El entrenador al ver nuestra valiente decisión, habló con los responsables del colegio y se decidió que nos quedaríamos todos a jugar la competición. Los responsables pidieron perdón con sinceridad y quedaron advertidos que a la próxima indisciplina, serían apartados del equipo definitivamente. >>

—Fuisteis muy valientes —reconoce el futbolero, que en su interior piensa que ellos hubieran hecho lo mismo.

—Nos hicimos mayores de golpe, tomamos como grupo y personas una decisión importante y valiente.

—En la actualidad, estos valores en el mundo del individualismo egoísta o el del borreguísimo absoluto, no se fomentan ni defienden —apunta Álvaro con una mirada a su mujer, que le da la razón con un gesto afirmativo.

—¿Os afectó el hecho en la competición? —sigue interesado el amigo de Roy.

—¡No sé!, es difícil valorarlo, la relación entre todos ya no fue igual, nos rebajó la atención y la ilusión. Nos hizo entrar con mal pie en la competición y aunque remontamos, no nos dio para ser campeones.

—Es normal, debió ser un momento difícil —afirma Ana admirada de la respuesta colectiva de un grupo de adolescentes de otra época, que tanto le recuerda a su hermano.

Las anécdotas de López han creado un ambiente de complicidad entre todos, que se rompe con la llegada de la cocinera con el primer plato.

—Son patatas a la riojana, un plato típico que consta de chorizo, pimientos rojos secos, pimiento verde, cebolla y ajo, es una receta tradicional sencilla, exquisita con los productos típicos de la mejor huerta de España —presenta el plato con naturalidad.

Se sirven una ración cada uno y comienzan la degustación con ganas.

Dejan que lo pruebe el visitante, que asegura que está fantástico y comenta que aunque no es muy de verduras las de esta zona saben distintas.

Mientras disfrutan de las patatas, el oficial sigue interesándose por temas personales, en un intento de que Ana, a la que ve muy afectada, participe en la conversación.

—¿Qué tal era como hermano?

—Era cuatro años mayor que yo, siempre me ha protegido, no dejaba que se me acercaran los chicos, era peor que mi padre, hasta que empecé a salir con su amigo.

—A mí tampoco me lo puso fácil, decía que me tenía vigilado —confiesa con una mirada cariñosa a su mujer.

—¿Era muy fiestero?

—Le gustaba más el fútbol y el campo, solo se acercaba por la feria con la chica con la que todos pensamos que se casaría, tampoco era de beber —confirma su amigo de la infancia.

—¿Qué pasó?, si puede preguntarse.

—Se fue a estudiar a Madrid y empezó el distazamiento, se desplazó a Granada se desmadró y rompieron definitivamente —cuenta su amigo con nostalgia.

—¡Al final no ha podido formar una familia! —apuntilla Ana emocionada.

—No me extraña que se desmadrará, además de una ciudad preciosa es una de las más animadas de España, favorecida por estar cerca de la montaña y de la playa —trata de cambiar de conversación, con la narración de otras aventuras granadinas.

<<En mi primer año de trabajo, terminada la universidad, fui a ver a mi hermano que hacía las milicias, para salir a tomar unas copas con ellos, unos días antes de la jura de bandera. Al final no les dejaron salir por alguna trastada, tuve que salir con unos compañeros, liberados del arresto cuartelero, a conocer la noche granadina, comprobé que era difícil no enamorarse. El día de la jura mi hermano nos llevó a comer a toda la familia al “Mirador de Moraima”, un restaurante situado en el barrio morisco del Albayzín, <declarado por la Unesco Patrimonio de la humanidad>, que tiene una vistas maravillosas de los palacios nazáries de la Alhambra. >>

La cocinera interrumpe los relatos, al llegar con un nuevo plato, momento que aprovecha Luis para felicitarla y hacer un reproche a sus anfitriones.

—Las patatas están buenísimas, no me han dejado repetir.

La señora agradece divertida sus comentarios y le explica que saben que la comida es abundante y por eso le han avisado. Está encantada al comprobar el éxito de su primer plato y lo agradecidos que son sus comensales, en especial el invitado.

—Son chuletas de cordero al sarmiento, si alguien quiere repetir me lo comentáis —presenta el segundo plato.

—Esta receta se hace mucho en el campo, a mi hermano había que hacérselas cuando venía a casa o se escapaba a este bar, donde era como de la familia —recuerda Ana.

—¿Ha sido muy duro para vuestros padres? —se interesa, mientras se relame con las chuletas.

—Están destrozados como ausentes, son gente de pueblo, que han trabajado mucho para que pudiéramos estudiar.

—¡Al menos están juntos! —intenta animarla.

—Mi hermano era su vida, su visita les rejuvenecía, padre salía con él al campo, mientras madre les preparaba encantada la comida.

—¿Vais mucho a verles?

—Para unos padres perder a un hijo es tremendo, tratamos de ir con sus nietas, no sabemos si lo van a superar.

—¿Le gustaba a Manuel el campo?—cambia de tema para romper la tensión.

—Le gustaba salir de madrugada al campo con nuestro padre, incluso de joven después de irse de copas se levantaba para ir acompañarle —comenta con nostalgia de otros tiempos.

La nueva heroína culinaria del teniente, regresa con un plato de bonito con tomate a la riojana.

—Cásate conmigo —la propone de manera espontánea el invitado, al probar el guiso.

La señora sorprendida, mira extrañada al matrimonio, mientras esboza una sonrisa discreta.

—No recuerdo la última vez que comí tan bien—insiste sincero.

—¡Muchas gracias!, eres un cliente agradecido —responde adulada y divertida Beatriz.

—No sabía que el bonito fuese un plato típico de esta zona.

—En Logroño se puede comer el mejor bonito que llega por la costa norte —apunta la señora, mientras regresa a la cocina divertida, con las ocurrencias del invitado de sus amigos.

Con sus historias y bromas ha conseguido que la pareja se olvide por un momento de sus penas, sorprendidos por las ocurrencias de un señor, que pese a su profesión no ha perdido su espíritu gamberro y familiar.

—¿Hacía mucho que no le veáis? —intenta acercar la conversación al tema del accidente.

—Le vimos en semana Santa, estaba muy ilusionado con la obra de Barcelona.

—¿No fue a casa el fin de semana del accidente? —recuerda lo que les dijo el delegado que se había ido de fiesta.

—Al final no vino, nos avisó de que se quedaba a trabajar.

—¿Le notasteis preocupado?

—Al contrario le vimos muy contento —afirma con rotundidad su hermana.

—Creo que debía tener una amiga, le conozco y en las últimas visitas tenía ese brillo en los ojos —remata Álvaro con una sonrisa pícar.

—Sí que estaba contento, me lo comentó mi madre.

La cocinera regresa con unos fardalejos de postre, todavía con una sonrisa en el rostro, curiosa por la reacción del convidado.

—Es un postre de origen árabe de hojaldre, no lo hacemos nosotros, nos lo traen de una pastelería muy buena —no quiere apuntarse el tanto.

Sin dar tiempo a una nueva felicitación, Álvaro pide un orujillo de la tierra para hacer la digestión, Ana una infusión y Luis un café, con todo el dolor de su corazón, porque tiene que conducir.

Cuando se quedan solos, el matrimonio le da las gracias por haber venido a compartir un rato con ellos.

Luis no puede mantener más la templanza, son personas fantásticas que merecen saber la verdad.

—Tengo que ser sincero con vosotros, he venido para traeros la ropa pero también por otra razón. Cuando le conté el accidente a mi amigo, que es un técnico experto, me dijo que era imposible. Me explicó sus razones y hemos iniciado una investigación para tratar de saber lo sucedido.

—¡De verdad! —apenas acierta a expresar Ana, con las lágrimas asaltando sus ojos, aunque extrañamente no parece sorprendida del todo.

—Su padre lo repetía en el velatorio —recuerda Álvaro, mientras abraza a su mujer para intentar consolarla.

—¿Qué ha pasado? —se anima a preguntar la hermana, apenas un poco más tranquila.

—¡No lo sabemos!, por eso he venido a hablar con vosotros, ¿puedo preguntaros algunas cosas?

—Lo que quieras —contestan al unísono.

—Nos planteamos todas las posibilidades, aunque la de que se hubiera podido...

—¡No se ha tirado! —interrumpe Ana bruscamente, sin dejarle acabar la frase.

—Esa hipótesis la hemos eliminado, no acertamos a saber que pasó, de momento sólo conocemos que se había enfrentado con la administración en la adjudicación de la obra.

—Siempre ha sido muy integró y cabezón—expresa orgulloso, su amigo de la infancia.

—¿Ha comentado algo en casa?

—Nunca contaba nada del trabajo —confirma la profesora.

Los tres dan la maravillosa comida por terminada, Luis paga la cuenta imponiendo su autoridad frente a los anfitriones.

El matrimonio se despide de Beatriz con un beso, felicitándola por lo bien que han comido. El visitante no se atreve a seguir con las bromas, le da las gracias sinceras y dos cariñosos besos.

La señora se da cuenta de la situación, abraza fuerte a Ana y la besa para animarla, mientras la conduce hasta la puerta para despedirse de todos.

La pareja acompaña al Guardia Civil hasta la plaza donde tiene el coche, dando un paseo por la ciudad, para que se le pase el efecto del alcohol, aunque apenas ha tomado dos vasos de vino.

Cuando las emociones han reducido su intensidad, retoma el oficial sus preguntas,

—¿Tenía papeles en casa?

—No, lo llevaba todo en el coche y en su mochila. Era una tradición que en Navidad nuestros padres le regalaran una nueva —recuerda apenas más tranquila.

—¿Se manejaba con los ordenadores? —pregunta por intuición, al pensar en lo torpe que es, con unos trastos de otra época.

—Le costó mucho aprender, le tuve que dar unas clases, desde que tuvo el portátil iba con él a todas partes —confirma el ingeniero orgulloso de su amigo.

—¿Era muy político?

—Pasaba bastante, era crítico con todos —asegura su amigo.

—¿Fue muy duro el entierro? —pregunta con intención, por si fuera necesaria una autopsia.

La hermana otra vez muy afectada, dentro de su montaña rusa de emociones, cuenta que fue muy duro, que pese a la oposición de la familia, le incineraron y esparcieron las cenizas por las tierras de sus padres, como era su deseo.

Al llegar a la plaza donde esta el coche, los hombres cambian las pertenencias de Manuel, mientras la mujer se limpia las lágrimas que han quedado retenidas en sus ojos.

Terminada la operación de traslado, Luis choca fuerte la mano con Álvaro y se funde en un abrazo cariñoso con Ana.

—Te prometo que vamos a descubrir la verdad —acierta a decir emocionado.

—¡Por favor!, no se lo cuentes a mis padres —le ruega.

—No te preocupes cuando descubramos la verdad, vendremos a contársela.

El teniente inicia el camino de vuelta con el corazón en un puño, ha conocido gente fantástica, lo que aumenta su compromiso para descubrir la verdad del suceso.

A la salida de la capital hace una parada para echar gasolina e ir al baño, momento que aprovecha para tomar un café y llamar a Javier.

—¿Qué tal te ha ido? —responde directo su amigo que esperaba nervioso la llamada.

—Ha sido entrañable.

—¿Muy duro?

—Menos de lo que pensaba, la hermana y su marido son grandes personas, están bastante enteros, me han hecho pasar un día de emociones muy fuertes que hacía tiempo no sentía.

—Qué pena no haberte acompañado —se lamenta sincero.

—¿Qué tal tú reunión con el gerente?

—No te vas a creer lo que me ha propuesto.

—Venga no seas teatrero, que debo regresar a la carretera.

—Me ha pedido que sustituta a Roy como jefe de obra.

—¡No me jodas!, ¿qué has contestado?

—¡Nada!, tengo que contestar el lunes.

—¿Qué piensas?

—Estoy hecho un lío, no me lo esperaba, el sábado voy a ir de caminata a ver si me aclaro.

—¿De caminata a dónde? —sorprendido por la ocurrencia.

—Al santuario de Sonsoles en Ávila, donde voy desde joven.

—No sabía qué hacías esas caminatas, un día tengo que ir contigo.

—No creo, te has vuelto muy ateo.

—Soy creyente a mi manera, no creo en los curas, quizá por lo que vivimos en el colegio.

—Algo de razón tienes, los marianistas quizá no fueran un gran ejemplo.

—Siempre me alucinó su capacidad de ser de derechas si dan clase en el colegio del Pilar de Castelló, comunistas en el nuestro o independentistas en el País vasco.

—Recuerdas que nos contaba el profesor de filosofía que ETA nació en los seminarios, teníais que haber hecho alguna redada por allí.

—No creas que no lo he pensado, pero seguro que no me dejaban.

—También inventaron la cerveza en los monasterios —les disculpa Javier divertido.

—Eso les va a salvar —sentencia.

—El día que tengas algo importante que pedir a la Virgen, te vienes de caminata conmigo, verás que no falla.

—¡Hecho!, cuando tomes la decisión me llamas, me gustaría mucho que vinieras, así nos podíamos ver más, pero piénsalo bien, la obra no va a ser fácil.

—Muchas gracias, el fin de semana te llamo y me cuentas más despacio la reunión con la familia.

—¡Perfecto!, hablamos.

—Buen viaje, no corras mucho que eres Guardia Civil.

—No seas vacilón, que ya eres mayor.

—Recuerdo que de joven corrías un poco de más.

—Éramos un poco inconscientes, ¿te acuerdas cuando aparcábamos el mini cogiéndole en brazos?

—Es que aparcabas fatal.

—Lo dice el que no se ha sacado el carnet —remata las chanzas.

—No me enrollo más, que tienes que viajar.

—Que aciertes en tú decisión, decide por tu futuro, no por buscar la verdad del accidente —termina la conversación con un consejo sincero.

CAMINATA A “SONSOLES”

Javier se levanta temprano el sábado dispuesto a realizar una caminata que siempre le hace mucha ilusión. Se disfraza de excursionista; camiseta, deportivas y pantalón corto de montañero, con muchos bolsillos, básico para llevar papel, lápiz, móvil y resto de accesorios; no se olvida de la gorra para proteger su muy despoblada cabellera.

Sale de casa con la mente desbordada de dudas que espera despejar, su espíritu aventurero va por delante, siendo la poca razón que le queda la que intenta poner orden en los fundamentos de su decisión.

Realiza el recorrido en metro, con destino a la estación de Chamartín, a la que llega con tiempo, como corresponde a un puntual casi patológico. Saca un billete de ida y vuelta para el mismo día, con la intención de volver pronto y se dirige a la cafetería a tomar un café y un bocadillo para coger fuerzas para la marcha.

Se detiene a mirar los paneles de salida, localiza su tren, un MDI con destino a Salamanca y salida a las 8, 30 horas, observa que aún no han señalizado el andén de acceso.

Mientras toma fuerzas, su origen abulense le induce a indignarse con los responsables políticos, que en su día decidieron que no pasara el Ave por la ciudad.

El paso por la estación de Ávila de las líneas férreas del norte de España, hacia el nudo ferroviario de Medina del Campo, significó en su época, la apertura de la ciudad al mundo. Tras la equivocada decisión, los trenes del norte ya no pasan por la estación abulense, usan las vías del AVE a Segovia, para reducir el tiempo del trayecto.

Piensa que el complejo medieval y el miedo a perder su posición social de los dirigentes de la ciudad amurallada, han transformado su concurrida estación, en un apeadero de trenes regionales y condenan a la ciudad a la periferia turística y cultural, al margen de las vías que traen el progreso.

El aviso de la salida de su tren y la vía de acceso, le saca de sus agoreros pensamientos.

Accede a la vía donde ya espera el tren a sus pasajeros, localiza su vagón, sube y encuentra su asiento, aliviado con la suerte de ir en el sentido de la marcha, no le gusta ir de espaldas.

No sube ningún compañero de asiento lo que le permite ir cómodo y desorganizado.

El tren sale puntual de la estación, el viajero se desea suerte para que Renfe no se encargue de retrasar el trayecto, como le ha sucedido en algunas ocasiones.

Inicia, por fin su aventura, cada viaje en tren lo es. Admira a su izquierda la vista de las cuatro imponentes torres que han dibujado un nuevo perfil en el lienzo norte de la ciudad y siente la envidia profesional de no haber participado en la construcción de alguna.

Sin más preámbulos de su imaginación, decide ponerse al tajo que le ha llevado a realizar el viaje.

Se plantea, como en los juegos psicológicos, en los nunca ha creído, escribir una lista con los pros y contras de la decisión según se le vengán a la cabeza, para analizarlos durante la caminata.

PROS

Necesito el trabajo.

Volver al mercado laboral.

Recuperar la independencia personal.

Retomar mi categoría profesional.

Conocer y admirar al arquitecto de la obra.

Descubrir lo que le ha pasado a mi amigo.

En casa necesitamos ingresos fijos.

Salir de casa de nuevo.

Volver a Barcelona con un amigo allí.

Nuevos compañeros.

Buena impresión del gerente.

CONTRAS

Desentrenado.

Volver al estrés de las obras.

Toma de decisiones permanentes.

Tener jefes.

Dejar sola a mamá.

Barcelona es una ciudad muy difícil para trabajar para los no autóctonos

¿Estoy en peligro?

Oposición de los técnicos de la administración.

Ambiente muy duro.

Oposición de la delegación de la empresa.

¿Cómo me van a recibir los compañeros?

Entretenido con el garabateo de su lista, se le olvida el paso del tren por el Monte de El Pardo. En sus viajes por esta ruta le gusta intentar descubrir a ciervos y gamos, que viven tranquilos sin ser tiroteados por reyes y dictadores, en un entorno que esconde diversos tesoros naturales.

En este paraje, declarado por la unión Europea ZEPA “Zona especial de Protección para Aves”, se ha logrado crear un entorno natural donde habitan el águila imperial y algunas de las pocas cigüeñas negras que existen en España. El monte alimenta a plantas y animales y el río Manzanares calma su sed, en un espacio libre de contaminación.

Le consuela saber que por su lado de ventanilla, pocas veces ha podido avistar algún animal despistado, se propone estar más atento en el trayecto de vuelta.

Estos pensamientos le han servido para tomar un poco de distancia con el asunto que le lleva confundido. En el papel parecen avanzar más los contras, aunque quizá los pros son de más relevancia.

Se le viene a la mente que también hay líneas rojas que debe valorar, le han engañado muchas veces con propuestas de trabajo maravillosas, que no lo fueron tanto por la letra oculta de la realidad.

Recuerda con añoranza, que un día apostó su vida profesional y su futuro personal desplazándose a tierras gallegas. Cambió valiente la seguridad del trabajo fijo en una gran empresa, por la dirección de una inmobiliaria en crecimiento.

No conocer la realidad de las relaciones familiares de los jefes, empujó la bola de su vida a la casilla de la ruleta contraria a la de

su apuesta. Perdió lo apostado como persona y profesional, sin posibilidad de resarcimiento futuro.

Se le viene también a la imaginación, lo duro que fue aceptar una buena oferta de una conocida empresa constructora de Valladolid. La realidad le obligó a enfrentarse, sin apoyos ni posibilidad de victoria, con la oposición de los jefes de los departamentos a los que debía liderar. No olvida el silencio cobarde de quien le había ido a buscar para convencerle, para una vez contratado, incumplir los acuerdos contractuales, con excusas de trilerio, muy de la tierra.

Una mirada distraída al paisaje de bosques en tierras pedregosas y horizontes montañosos, le permite abandonar estos pensamientos negativos, para retomar el procedimiento estándar de reflexión que ha establecido.

Añade en la lista, las condiciones que debe imponer si acepta la oferta, para evitar repetir errores del pasado.

LÍNEAS ROJAS

Oferta económica inferior a la responsabilidad del puesto y valía.

Dependencia directa del jefe.

No dependencia de la delegación de Cataluña.

No subordinación a jefes de compra o de costes – Coordinación sí.

Contrato profesional para tener mayor independencia.

El resto del viaje transcurre tranquilo, un rato apunta y otro observa por la ventanilla. Con la visita del revisor llega rápido a la estación de Villalba. Repite suerte al no subir ningún compañero, que le obligara a organizar el asiento.

Con el reanudar de la marcha, regresa a sus razones y dudas, ahora sí permanece atento, para descubrir a través de la ventana, el majestuoso monumento que aparece en el horizonte integrado en la montaña, con el cielo azul como cubierta.

La vista del monasterio del Escorial configura una imagen imponente, que toma vida al acercarse el tren, para recuperar su lugar en el lienzo, cuando se pierde por su vista trasera.

Es un momento mágico, en el que el tren parece entrar y salir del cuadro que forman el monumento, la montaña y el cielo.

Piensa que viajar en tren tiene momentos mágicos, como el que acaba de vivir, que el viajero debe saber descubrir.

Recuerda haber vivido muchas veces otro momento mágico en sus viajes desde el norte destino Madrid, cuando el tren reduce su velocidad, al acercarse a la estación de Ávila y tras una curva aparece la maravillosa vista de las murallas, que sólo se puede admirar desde este lugar y se renueva en cada viaje.

A veces se ha planteado proponer a Renfe que debería editar una <guía de momentos mágicos del tren>, que pueden vivir los pasajeros en los distintos trayectos por la península, para evitar que se los pierdan.

La grandiosa imagen del monasterio, le aparta definitivamente de sus pensamientos. Se entretiene con la vista de un paisaje de laderas amarilleadas por el sol de la época, decoradas con piedras esparcidas por la mano de algún Dios revoltoso. La imagen de un horizonte montañoso, señala la altitud del entorno, donde se forjan los castellanos de tierras altas.

En algunas zonas, su imaginación infantil le permite imaginara escenas de la prehistoria en un paraje apenas alterado.

El último tramo del trayecto se le hace largo, le vuelven a la mente sus pensamientos sobre las razones por las que se tarda casi dos horas en ir de Madrid a Ávila, media hora a Toledo y Segovia y una hora a Valladolid, por citar sólo ciudades de la misma comunidad autónoma.

Recuerda que en Ávila siempre se sintió extraño, “el madrileño”, no entendió nunca la cerrazón del carácter de quienes recelan de los que vienen de fuera.

De mayor, cuando tuvo la oportunidad de dirigir una obra importante de la ciudad, definió en su imaginación una teoría que llamó “el síndrome de la muralla”. Que impide a los que lo sufren, abrirse a la modernidad, para integrar a los que vienen de fuera.

Como abulense del mundo, cree firmemente que en la actualidad las murallas son un maravilloso e histórico punto de encuentro, nunca una barrera defensiva contra el mundo exterior.

Piensa que el mal ya está hecho y la ciudad debe mirar al futuro. Se podría plantear un hermanamiento con la ciudad de Madrid, con la que compartió muchos emigrantes que impulsaron el desarrollo de la capital.

Se le ocurre, que propondría la integración de la estación de Ávila y de otros muchos pueblos en la estupenda red de cercanías de Madrid, para atraer a la ciudad a madrileños y turistas que se acerquen a descubrir el maravilloso patrimonio cultural y gastronómico de la ciudad.

El tren llega puntual a la parada de Ávila, lo que le lleva a pedir perdón a Renfe, por su agorero presagio.

Sale de la estación para descubrir, sin la distorsión del cristal, un día precioso con un naciente sol de la sierra. Se pone su gorra y comienza su andadura por un atajo que ha diseñado en sus repetidas caminatas.

Con sus primeros pasos recuerda a su amigo Luis, con el que compartió el trabajo de sacar adelante un proyecto que representa la modernidad de Ávila, <el famoso I+D+I>, con la construcción de uno de los centros punteros en el mundo en la investigación del automóvil. No le ha llamado esta vez para hacer juntos la caminata, quiere reflexionar sobre su decisión en soledad.

Nota del autor:

El camino que recorrió, con el ánimo que da tener presente la vista del valle y la sierra de Gredos al fondo, no lo voy a describir para que cada peregrino descubra el suyo.

Si voy a narrar que en su parte final se adentra en un camino rural, que avanza por un sendero que transita entre recintos apenas vallados, donde suelen pasear, descansar o pastar todo tipo de ganaderías.

El peregrino recorre su atajo entre recercados de animales, que se encuentran solitarios, quizá por la hora temprana.

Recuerda que en sus rutas se ha cruzado con vacas, caballos, ovejas y cabras, en una libertad controlada que les permite salir de aventura por el valle, para regresar a su hora de comer y donde

un día descubrió un grupo de burros parecidos al “platero” del cuento, que creía extinguidos.

Tras un giro de la senda, aparece ante su mirada la hermosa vista del reborde meridional del Valle Ambles, con la Ermita en lo alto de un pequeño cerro que divide la senda.

Le parece un dibujo en perspectiva pintado por el Velázquez de los paisajistas.

Decide frenar su poética imaginación para dejar en libertad las razones, dudas y deseos que le deben llevar a tomar una decisión, con la consulta final a su mejor amiga.

Al salir de las fincas explotadas, se para un momento a escuchar el silencio del valle, un lugar ideal para hablar con Dios, si se sabe escuchar y Él nos quiere decir algo.

Recuerda que en este espacio recordó en una caminata a su hermano mayor, muerto al poco de nacer, que desde el cielo le cuida como su ángel de la guarda.

El corazón se le encoje al recordar a su amigo Jesús, el tercer mosquetero de la obra y compañero de aventuras por tierras abulenses, que recientemente les ha abandonado. Revive lo mucho que le enseñó de las obras y de la vida, siente que le va a echar mucho de menos, era una excusa perfecta para ir a Ávila de vez en cuando.

El camino del atajo se enfrenta con un pequeño cerro, Javier decide subir por la pendiente más inclinada, en lugar de rodearlo por una vereda más sinuosa y suave.

Asciende despacio para evitar quedarse sin resuello, le ha pasado otras veces subir de cháchara con amigos, <en plan sobrado>, asfixiarse a la mitad y llegar ahogado a lo alto.

Alcanza un pequeño rellano que le da un respiro, antes de acometer la última pendiente que le lleva junto al árbol, que une su atajo, con el camino oficial que se ha acondicionado por la carretera.

Recupera con esfuerzo el ritmo normal de la respiración, para acceder al recinto religioso por la entrada principal, que da acceso a un jardín surcado por un camino de piedra entre árboles, que llega a la puerta de la Ermita.

Se desvía hacia la fuente de su derecha, a refrescarse con el agua limpia y clara de la sierra, que por desgracia no siempre sale por el caño.

Le sorprende ver tan verde el complejo en época estival y observa con nostalgia los bancos de piedra, donde tantas veces ha merendado con su familia.

Se detiene para admirar la pequeña Ermita, edificio reconstruido de un templo anterior, que se ha ampliado en distintas fases, hasta configurar la iglesia actual, formada por tres naves separadas por arcadas de granito. No puede admirarla sólo como un monumento arquitectónico, es demasiado querida para él, la siente como su casa abulense.

Entra a saludar a su mejor compañera de aventuras, se sienta en un banco de las primeras filas para rezarle con devoción y pedir su intersección ante la decisión que tiene que tomar.

Terminado el rezo y la conversación, se acerca a poner unas velas por toda la familia, como le ha pedido su madre y para ver de cerca la preciosa imagen de la virgen con el niño.

Cuando de pequeño leía los tebeos del Capitán Trueno y el Jabato, soñaba que era su caballero andante, de mayor sólo desea sentir que su amiga pueda estar orgullosa de él.

Recobra el espíritu de su niñez cuando daban vueltas por la iglesia, como si vivieran una gran aventura.

Se para frente al cuadro que representa la historia de un milagro que se atribuye a la virgen.

<<Una nave de la época de la Armada Invencible se encontraba en el paso de Calais, cuando de pronto se desató una terrible tormenta que hacía presagiar lo peor. Uno de los marineros, muy devoto de la Virgen de Sonsoles la rezó para que les sacara de allí vivos. La nave pudo llegar a puerto español sin daños importantes. El marinero regaló un barco pequeño a la Virgen como señal de agradecimiento>>, que se puede ver colgado. >>

Sin moverse de la vera de la virgen, se vuelve para observar otro gran cuadro situado en frente, que simboliza otro milagro.

<<Un caballero de origen abulense que vivía en las Indias, paseaba un día por la selva a caballo, cuando le salió al paso un enorme cocodrilo que atacó a su caballo y le derribó. Se encomendó a la Virgen de Sonsoles, que hizo que la fusta que llevaba en la mano se convirtiera en una durísima

espada, con la que pudo hacer frente al animal hasta matarlo. El hombre llevó el cuerpo hasta el santuario, donde se guarda en una urna. >>

Después de revivir tan grandes hazañas, entra en la sacristía a ver a la virgen primitiva, que se encuentra en un pequeño camarín, situada sobre un diminuto altar.

Existe una leyenda real, sin explicación racional, que refleja que nunca se le ha podido sacar de estas tierras, porque al llegar a una cruz del camino, aumentaba enormemente su peso lo que impedía el avance y obligaba a los portadores a regresar a la Ermita.

Se despidió con pena de la dueña de sus esperanzas y sale de la iglesia con el recuerdo de otras leyendas o milagros reales de la Virgen que ha leído o le han contado.

<<Hubo en Ávila un campo de aviación y un polvorín al lado del Santuario, que explotó sin que milagrosamente ninguno de los tres edificios sufriera daños. El recinto resistió también un ataque aéreo en el que ninguna de las bombas llegó a explotar. >>

Existe una historia o una leyenda que argumenta, por qué la ciudad de Ávila no fue atacada, durante la guerra civil.

<<El General Mangada rodeó las afueras de la ciudad amurallada con un gran ejército. Al acercarse al Santuario se les apareció una mujer muy anciana subida en una mula, que les dijo que dentro de las murallas había cientos de tropas bien armadas, estratégicamente situadas que esperaban su ataque. Esta información les hizo abandonar sus planes de invasión de la ciudad, desvaneciéndose la mujer misteriosamente. >>

Antes de iniciar el descenso se dirige al hostel-restaurante a tomar unas cañas y elegir las tapas, que es costumbre muy agradecida de Ávila, que te sirve casi para comer.

Salí animoso del recinto, las cervezas son buenas para recuperar fuerzas y espíritus y evitar agujetas posteriores.

Pasea hacia el encuentro del árbol donde empieza el atajo, donde se para un momento para admirar la maravillosa vista del valle y de la ciudad amurallada en la zona del rastro, con la imagen imponente de la catedral sobre la línea del horizonte.

Respira con fuerza el aire puro del valle para llevárselo a casa guardado en sus pulmones. La decisión está tomada <va a decir

que Sí>, salvo que no le acepten las mínimas condiciones que piensa poner, para darse a valer.

En este lugar tan especial, siente que su Dios le anima a luchar por su futuro. Se apena al pensar que otras veces se ha rendido antes de que le hubiera podido ayudar a salir del problema.

Liberado de dudas tras hablar con su amiga, afronta la bajada de la pendiente ladera del cerro que antes subió jadeante. Va tan relajado con la mente en sus recuerdos, que termina por arrastrar el trasero por la tierra, al resbalar con la arenilla. Se levanta rápidamente con un torpe disimulo, por si le había visto alguien. Descubre que sólo tiene una rozadura en la mano al apoyarse y una herida con un poco de sangre en la rodilla. Limpia con el pañuelo y un poco de saliva la zona lastimada, para lavarla más adelante al llegar al río.

Hace el camino hasta la zona de fincas ganaderas muerto de la risa por su caída, sintiéndose de nuevo el niño que llegaba todos los días con las rodillas señaladas a casa.

Observa con la curiosidad que da ser de ciudad, vacas y terneros que pastan, descansan o pasean por los prados del valle.

Piensa orgulloso que estos animales dan la mejor carne del mundo, aunque el márquetin pone la etiqueta de esta procedencia a mucha que no es tal.

Al llegar a un lugar que fue caballerizas y picadero, descubre un caballo solitario, que en la ida vio a lo lejos, situado junto a la valla, mirándole tristemente como pidiéndole ayuda.

No entiende de animales y no se atreve a intentar acariciarle, en ese momento le hubiera gustado tener algo que ofrecerle, sólo acierta a despedirse un tanto abatido.

Divisa a lo lejos nidos de cigüeñas que parecen estar distribuidos por barrios, como una urbanización de unifamiliares. Se le viene a la imaginación un año, cuando en pleno invierno navideño decidió hacer la caminata que tenía prometida, aprovechando para fotografiar el camino nevado.

Al llegar a esta zona, empezó a disparar con la cámara y descubrió que los nidos de las cigüeñas estaban habitados.

Se preguntó por qué estas aves, que le habían enseñado que emigraban a zonas más cálidas en invierno, no se habían ido ese año.

Impulsado por el espíritu navideño y apoyado en su ignorancia sobre biología, decidió inventarse una teoría que resumida podría expresarse más o menos así.

<<Por culpa del cambio climático o porque el tiempo es así, un año el invierno llegó muy tarde, las cigüeñas se despistaron y se tuvieron que quedar en la ciudad. Enseguida se organizaron para pasar el tardío frío invernal, unas se dedicaron a recoger rastrojos y ramas para los nidos, otras a conseguir comida y las mamás a cuidar de las crías, en una organización casi perfecta. Pronto el instinto de poder se impuso al del bien común, las más fuertes pelearon por ocupar los mejores campanarios, en un desigual reparto de los espacios y recursos disponibles.

Las aves descubrieron que podían sobrevivir, los humanos no las molestaban y generaban suficientes desechos. En los inviernos siguientes decidieron quedarse, lo que provocó en años sucesivos, un verdadero boom inmobiliario de nidos cigüeñales, que llenó de moradas unifamiliares todas las torres de la ciudad.

Quizá por el instinto de imitación, si es que las cigüeñas lo tienen, en seguida llegó la corrupción. Se organizó un negocio de reocupación de torres para especular con las necesidades de las aves menos fuertes.

Las cigüeñas empezaron a vivir por encima de sus posibilidades, a ponerse gorditas y ya no podían volar lejos a por la comida. Pronto llegó la crisis provocada por la acumulación de nidos y comida de las poderosas.

Esta situación injusta obligó a las más débiles a vivir en nidos marginales, y trabajar como esclavas para las más fuertes por un puñado de paja y restos de comida. Los jóvenes cigüeños se ven obligados a emigrar, sin un guía veterano que les conduzca, sin saber volver, ni tener un nido al que regresar.
>>

Le gusta pensar que la colonia que vive en el valle es un grupo independiente, una especie de aldea de nidos parecida a la de los galos de Astérix, que viven en comunidad y libertad en sintonía con ganaderías, ganaderos y caminantes.

El resto del camino de regreso deja volar la imaginación retenida en la subida, con el recuerdo de tiempos mejores vividos en estas tierras.

Al llegar cerca de la estación decide pasar a saludar a su primo, que tiene un estanco próximo.

Sorprende a Sergio, que después de darle un abrazo, le vacila por lo gordito que está. Aguanta con deportividad la broma, que por otro lado se ajusta a la realidad y le propone comer juntos.

Su primo acepta al estar libre de responsabilidades familiares, con sorpresa para él, pues otras veces no ha podido.

Espera a que cierre el estanco y se van juntos en busca de un bar cercano, para no alejarse de la estación.

En el breve trayecto Sergio saluda y se para con todo el que se cruza en su camino, piensa que si llegan a decidir ir a comer a los restaurantes situados dentro del recinto amurallado, no llegan ni a merendar.

Deciden comer el menú, lo que no les impide ponerse morados de “patatas revolconas” y carne, acompañadas de unos tercios.

Lo pasan bien con el recuerdo de anécdotas de niños y poniéndose al día de las respectivas familias.

Finalizada la comida el viajero toma unos chupitos del buen orujo de la tierra y el autóctono, más deportista, un café.

Después de discutir por la cuenta, batalla que gana el que juega en casa, salen divertidos del bar, con el compromiso de organizar pronto otra comida a cuenta del perdedor.

Su primo le acompaña hasta la estación, para hacerle compañía en la espera, porque no saben a qué hora sale el tren.

Al revisar las pantallas de información comprueban que un tren dirección Madrid llega inmediatamente, el viajero valida el billete de vuelta en la taquilla y se van juntos al andén.

Cuando el tren entra en la estación se dan un abrazo sincero de despedida, que les evoca muchos recuerdos perdidos.

Javier sube al tren, con la pena de pensar que su primo es una fantástica persona que apenas conoce, aunque quizá esto cambie al tener un buen amigo en común.

El tren va casi vacío, elige un asiento en la parte derecha, nuevamente en el sentido del avance y se sienta con la intención de relajarse.

Durante el trayecto disfruta de un hermoso paisaje lleno de ocres, donde se suceden pinares, con laderas llenas de piedras de granito.

Observa que en los rebaños de vacas y otras especies, siempre hay algunos animales que van por libre alejados del grupo y se identifica divertido con los rebeldes.

La comida, las cervezas y los orujos hacen volar sus sueños, nunca mejor dicho, porque se queda medio traspuesto.

Se espabila a tiempo para, esta vez sí, ver los cérvidos corretear o sestear a la sombra de los árboles por el monte de El Pardo.

Apunta como un nuevo <momento mágico> del tren, el acontecimiento que pueden vivir los viajeros al pasar por este entorno.

Tiene pendiente contar la oferta de trabajo a su madre, que algo sospecha con la vista. Sabe que no va a ser fácil y decide que se la comunicará el domingo.

Al llegar a la estación compra unos sándwiches para cenar juntos y se dirige cansado en el metro hacia casa.

ENCUENTRO EN UN MERCADILLO BARCELONÉS

La familia Pelayo después de las jornadas de nervios vividas, por la oposición de Pilar, el resto del fin de semana recarga las pilas de la ilusión.

Rubén ha madrugado y se dirige a su cita con el Patriarca de los gitanos, mientras la familia se despereza para vivir una nueva aventura dominical.

En el camino recuerda divertido cómo surgió la obligación de hacer la gestión.

<<El fin de semana pasado se había producido un altercado en el mercadillo de la Ronda Sant Antoni por un conflicto entre puestos. El jefe pidió voluntarios para acercarse a resolver el asunto, los veteranos fueron excusándose en un intento de evitar el marrón que suponía tratar con los gitanos y tener que trabajar el domingo. En el último momento Pelayo se presentó voluntario, con gran alivio de su jefe y regocijo de compañeros, que casi sintieron pena por él, sin saber que tenía el mejor de los contactos. >>

El joven mosso llega temprano al mercadillo, va vestido de paisano para que el encuentro sea lo más discreto posible.

Se encuentra con el Patriarca Juan Montoya a la puerta del bar donde se han citado.

Se dan un fuerte apretón de manos, sorprendidos ambos por un motivo parecido, la juventud del mosso y la del patriarca para un puesto tan importante en la comunidad gitana. Parecería que ambos se adivinan los pensamientos, porque al entrar en el bar a tomar un café se les escapa una sonrisa cómplice.

Juan Montoya Jiménez es un hombre de unos cuarenta años y buena presencia, ha estudiado en buenos colegios, no parecería gitano en otro entorno. Se ha casado con una paya de una familia conocida de Cataluña, trata de aprovechar el respeto que tiene como nieto de uno de los patriarcas más queridos de Cataluña y España, para romper barreras y perjuicios.

El camarero le saluda con respeto reverencial, que hace extensible por cortesía a su joven acompañante, que le sigue hacia una mesa apartada en un rincón, para charlar con tranquilidad.

—Lo del altercado del otro día les puedes decir a tus jefes que está solucionado —zanja Montoya el asunto con autoridad.

—Gracias, ya lo sabía, me lo comentó el teniente López cuando me dio tú teléfono de contacto.

—Me pidió que te atendiera bien y a él no se lo puedo negar.

—Luis es un punto, tiene gracia que un picoletto y un patriarca seáis amigos —se le escapa con naturalidad al joven.

—¿De dónde eres, que tienes ese acento tan gracioso?

—Soy de Barcelona pero mis abuelos son de Cádiz.

—Normal que tengas ese lio de lenguas, también vosotros sois una pareja extraña de mosso y picoletto.

—Tienes razón ¿Cómo os hicisteis amigos? —indaga curioso, con la familiaridad que le otorga el patriarca.

—Es amigo de un hermano de mi mujer, nos ayudó en un lio grave en que se metió mi hijo, al que sacó del problema.

—Siempre está dispuesto a echar una mano.

—Estuvo en la boda de una de mis hijas y lo pasó en grande, se dejó vacilar por todos con mucha paciencia, yo los habría medido un paquete.

—Es un fenómeno, jugamos juntos al futbol sala y nos hicimos amigos, es el padrino de una de mis gemelas.

—¿De qué quieres hablar conmigo? —Luis no me comentó nada.

—¿Sabes que el jefe de obra del nuevo hospital apareció muerto por un accidente?—sitúa la conversación en el punto que quiere tratar.

—Un accidente, ¡qué raro!

—Eso pensamos, que no ha sido un accidente.

—¿No pensareis que los gitanos hemos tenido algo que ver? —cambia el rictus de su rostro y se pone serio.

—¡No!, ya me ha dicho el teniente que no teníais nada que ver, queríamos preguntarte si sabías o habías escuchado algo.

—Roy Pérez era un hombre de verdad, cuando algunos gitanos le presionaron con la vigilancia, se vino directamente a resolver el tema conmigo. Me explicó que no podía contratar una seguridad, más o menos legal, en una obra oficial, llegamos a un acuerdo con la chatarra de la obra y el problema se solucionó. Es una pena lo que le ha pasado, era de los dan la mano y cumplen.

—¿Sabes de alguien que quisiera hacerle daño?

—Se habla de que estaba muy presionado, que no tragaba con la “forma de hacer aquí”, estas obras públicas.

—¿Qué forma? —trata de informarse, por su inexperiencia todavía ignora muchas cosas.

—Con comisiones y esas tangadas.

—¡Es increíble!, todo el mundo sabe de mamoneos pero nadie hace nada —le sale el espíritu rebelde.

—Todavía eres muy joven, ya te enfrentarás con estos temas si te dejan y no cambias.

—Espero no cambiar —expresa orgulloso, al menos ya está inmerso en una investigación.

—Trataré de informarme y si me entero de algo me pongo en contacto contigo o con Luis.

En ese momento el patriarca se da cuenta que en la barra, hay otro personaje gitano, que parece principal. Al cruzar las miradas, el señor se acerca a saludarle con toda la pompa gitana.

Montoya presenta a Pelayo al colega gitano como un amigo, sin darle más información y pregunta al recién llegado para que el mosso se entere.

—¿Llevas la chatarra de Barcelona?

—Si yo la organizo, ¿hay algún problema? —preocupado por su interés.

—No te preocupes, ¿seguís con la chatarra de la obra del nuevo hospital?

—La llevamos gracias a ti, ahora con el accidente, no sabemos lo que va a pasar.

—¿Qué tal con el jefe de obra?

—Estamos muy afectados era una gran persona, nosotros tratamos más con el encargado, un gallego que es un punto, con él no tuvimos problemas.

—¿Habéis escuchado algo extraño? —indaga.

—Es todo muy raro, se rumorea que no se cayó.

—¿Por qué pensáis eso? —se le escapa a Pelayo.

El chatarrero mira al patriarca antes de contestar, espera antes un gesto de aprobación.

Al recibir la confirmación, cuenta que en <radio obra> se rumorea que los de las comisiones estaban enfadados con el jefe de

obra, porque no se prestaba a participar del juego, ni aceptaba las presiones de la dirección de obra.

El mosso hace que se sorprende, el patriarca le explica que en la emisora del <boca a boca>, se saben las cosas incluso antes de que se produzcan.

—Si alguien quiere saber que le ha pasado al señor Roy, deberá investigar en el entorno de la dirección de obra —apunta Montoya como un comentario general, para no identificar al policía.

Al terminan de desayunar, Pelayo se despide de los dos con un fuerte apretón de manos, ratificándose los tres en la admiración que sienten por el accidentado.

Esperanzado con la investigación, Rubén se dirige a casa para comenzar la aventura familiar del fin de semana.

Por el camino llama a su amigo Luis para comentarle lo que ha pasado.

—El patriarca es todo un personaje, te aprecia mucho.

—Somos buenos amigos, un día organizamos una fiesta, a la mujer de Juan le haría mucha ilusión y las pequeñas lo iban a pasar en grande con la muchachada de la familia.

Los dos amigos se despiden deseándose un buen final de fin de semana y quedan en seguir con las investigaciones.

UNA “PLAZA MAYOR “ABIERTA AL MUNDO

Los domingos Javier suele salir a dar una vuelta por Madrid con su madre, tienen una rutina que modifican según les apetece. Unos días se acercan al centro de la ciudad, otros visitan la entrañable iglesia de San Roque y se quedan de cañas por el barrio.

Hoy es un día especial, el hijo se levanta temprano, se ducha, se viste y trabaja un tiempo en el ordenador, mientras su madre arregla un poco la casa y se pone guapa.

Desayunan en una churrería del barrio, donde hacen unos magníficos tejerings, que si estuviese en el centro haría competencia a la mismísima chocolatería de San Ginés.

Terminado el lujoso desayuno de barrio, se acercan a la parada, para subir al autobús de la línea 35 que les lleva hasta la Latina.

Se dirigen directamente a la Iglesia de San Pedro el Viejo, con tiempo para coger sitio, preparados para vivir un acontecimiento muy especial, “la misa rociera” en honor a la virgen.

La ceremonia es muy emotiva, cada nueva canción aprieta el nudo en la garganta de los asistentes, en preparación del momento cumbre, con el canto de la salve rociera, que bien podría ser un himno mundial.

Salen de la iglesia con la emoción reflejada en las lágrimas de Carmen y deciden ir a la Plaza Mayor a tomar unos bocadillos de calamares.

Sentados en la terraza, entretenidos con el bullicio de la plaza, el hijo le cuenta sin preámbulos, a su madre, la oferta que tiene para ir a Barcelona y la decisión que ha tomado de aceptar.

Carmen se alegra por él, la familia necesita los ingresos de un trabajo fijo y su hijo volver a trabajar en la dirección de una obra importante, guarda en su interior la pena por quedarse sola un tiempo.

Javier la promete venir todos los fines de semana a verla, ambos saben que será difícil cumplir la promesa.

—¡Has salido tan viajero como tú padre! —trata de quitar emoción al momento.

—No tengo recuerdos que papá fuese muy viajero —objeta el hijo sorprendido.

—Tú padre, de joven, dio dos veces la vuelta al mundo, como telegrafista del buque escuela de la armada española “Juan Sebastián El Cano”.

—¡Es verdad!, nunca nos contaba nada de estas aventuras.

—En uno de los viajes, al cruzar el Cabo de Hornos les pilló un huracán, rezó mucho y pasó tanto miedo, que decidió dejar su carrera como marinero y no le gustaba contarlo.

—¡Qué tontería!, lo que hubiéramos presumido en el colegio.

—También fue a Nueva York y Los Ángeles, sin saber inglés, a buscar clientes o socios para comercializar el guante de golf y deportivo, cuando nadie salía de España.

Da la razón a su madre y reconoce que su padre fue un intrépido viajero, del que quizá si ha heredado su espíritu.

—Cuando éramos novios papá trabajaba en Madrid y yo vivía en Ávila, me enviaba cartas todos los días. Una parte me la escribía en morse, para que me entretuviera en descifrarla, con una tabla de signos que me había dado.

Divertidos con las anécdotas del padre, llega el camarero para atenderles. Piden los famosísimos bocadillos de calamares, emblema culinario de la plaza, una jarra de cerveza para él y un zumo de naranja para ella, decididos a disfrutar como dos turistas más.

Mientras inician la degustación, el técnico piensa que la plaza tiene un aspecto cerrado, sin llegar a una escala intimidante.

La continuidad de las cubiertas de pizarra, salteada por las mansardas, refuerza su sentido de horizontalidad, interrumpido por las agujas de las torres de las dos famosas casas enfrentadas que ponen el contrapunto vertical. Analiza la composición de los edificios residenciales; un primer nivel comercial protegido por unos soportales, tres niveles de vivienda remarcados linealmente con cornisas de piedra y las cubiertas abuhardilladas.

Duda de si el tratamiento de las fachadas y el color de los revocos, tiene que ver con su primitivo aspecto.

Nota a su madre pensativa y decide narrarle parte de la historia que recuerda de una plaza que nace en el siglo XVI, de la confluencia de los caminos de Toledo y Atocha, que se situaban a las afueras de la villa medieval.

—Empezó llamándose <Plaza del Arrabal> por el mercado que allí se realizaba y el nombre de sus barrios. Ha sido Plaza de la Constitución, Plaza Real y Plaza de la República, hasta llegar a ser la actual Plaza Mayor. El proyecto definitivo se lo encargó Felipe II a Juan de Herrera y la finalizó Juan Gómez de Mora, bajo el mandato de Felipe III.

Al fijarse en la estatua de Felipe III a caballo, situada en el centro de la plaza, rodeada de turistas haciéndose fotos, recuerda algunas anécdotas que le contó un amigo más leído.

<<La estatua fue colocada inicialmente en la Casa de Campo y llevada a la plaza por la reina Isabel II, a solicitud del Ayuntamiento de Madrid. Tras la proclamación de la Primera República viajó a un almacén en previsión de actos vandálicos, Alfonso XII la rescató de su confinamiento. >>

—Estaba todo el día de viaje —apunta Carmen entretenida con la historia.

Observa a su madre divertida con sus recuerdos de la historia y se anima a seguir con sus relatos sobre la famosa escultura.

<<Al llegar la Segunda República fue víctima de un atentado por unos terroristas de la época. Aprovecharon que la figura era hueca y tenía una abertura en la boca del caballo, para introducir un artefacto explosivo que reventó la panza del animal. La sorpresa fue que aparecieron desperdigados numerosos huesecillos de pájaros, que a lo largo de los siglos habían quedado atrapados dentro del caballo tras colarse por su boca. >>

—Un acto execrable, se convirtió en una especie de liberación poética de los espíritus atrapados de los curiosos pajarillos —concluye el relato de forma inspirada.

Contar las aventuras de la regia escultura, le lleva a pensar que Felipe III parece querer salir al trote en dirección a la Puerta del Sol.

Imagina que para los madrileños la plaza es el punto de salida al mundo y para los llegados de cualquier rincón, es un lugar de comienzo de la aventura de recorrer los caminos de la ciudad.

La poética imagen de la plaza, como lugar de salida al mundo, le inspira a proponer a su madre el juego de intentar localizar todas sus escapatorias, definidas por grandes arcos de acceso cortesía del arquitecto Villanueva.

El técnico sitúa los alzados conforme a su orientación, que determina por el recorrido del sol y la ayudita de saber que Carabanchel está al Sur. Confirma que están sentados en una terraza situada en la fachada Oeste de la plaza.

Señala a su madre la fachada Este, situada frente a su posición y le anima a iniciar el juego.

Su madre, acepta divertida el reto y comenta que hay dos salidas identificadas por arcos, la de la izquierda sale a la calle Postas, camino de la Puerta del Sol.

—No recuerdo a que calle sale el Arco de la derecha.

—Mira la torre que sobresale por encima de las cubiertas de los edificios —le da una pista.

—Es la torre de la iglesia de Santa Cruz, en la calle Atocha —identifica con alegría.

—El arco da salida a la calle Gerona, hacia la Plaza de la provincia y la de Santa Cruz, para desembocar en la calle Atocha, que baja en dirección a la estación —apuntala su relato.

—En esa plaza está el Palacio de Santa Cruz, que se construyó para ser la cárcel de Madrid y actualmente es el Ministerio de Asuntos Exteriores —apuntilla ella, para demostrar que también conoce la ciudad.

—¡Muy bien listilla!, ¿no hay otra salida en ese alzado?

—¡Creo que no!

La expresión pícaro de su hijo, hace dudar a la madre, que intenta buscar en sus recuerdos lo que la vista no le alcanza.

—Entre ambas arcadas hay una salida, oculta en el paseo porticado, sin marcar por un arco principal, que da acceso a la calle Zaragoza y parece abierta a posteriori —sentencia con expresión de complaciente superioridad.

—¡No me acordaba! —se rinde Carmen.

—Te la doy por buena, porque está escondida y apenas se aprecia por el reflejo del sol.

—Te toca la derecha —le reta la madre.

—Es la fachada Sur la del edificio de Carnicerías, hay dos arcos situados a ambos lados del edificio, por el de la derecha se sale directamente a la calle Toledo, por el de la izquierda, no recuerdo a que calle se sale —duda el aparejador.

—Da a los bares de los bocadillos de calamares —se adelanta la veterana, para devolverle el fallo.

—¡Eso ya lo sé!, paso muchas veces por esa zona, lo que no recuerdo es el nombre de calle.

Mientras trata de recordar, observa que el arco no da salida a la calle directamente sino al soportal, da vista a un balcón que parece cotillear la Plaza. Se le ocurre que sería una decisión del arquitecto para mantener la simetría del alzado o fruto de algún cambio de trazado de la calle y del acceso.

Su deformación profesional le lleva a pensar que pudo ser alguna golfada urbanística de la época, promovida por algún personaje con poder.

—Te la voy a dar por buena aunque no te acuerdes del nombre de la calle —le empata en el vacile su madre.

—¡Vale!, te toca el alzado Norte, donde se sitúa la Casa de la Panadería que tiene la fachada pintada.

—¡Esta es fácil!, hay dos arcos que dan acceso a la calle Mayor —afirma con convicción.

—¿Estas segura? —trata de hacerla rectificar.

—¡Creo que sí!, aunque no sé el nombre de las calles.

—El nombre de las calles te lo perdono, la pregunta es si crees que no hay más salidas.

—No hay más arcos, no veo más salidas, no me agobies.

—Te han tocado los alzados difíciles, entre los soportales hay otra salida hacia la calle Mayor. Es muy famosa, la llaman <el callejón del infierno> porque en alguno de los tres incendios que sufrió la plaza, las llamas salían por este arco como si lo hiciesen del mismísimo infierno.

Al hijo le toca la fachada Oeste, situada a la espalda de su posición en la terraza. Identifica un único arco principal, que da salida a través de la calle Ciudad Rodrigo, hacia la Plaza de San Miguel y la calle Mayor.

Recuerda que por ese arco ha visto entrar en la plaza imágenes bailadas por los costaleros, en una de las fotos más espectaculares de las procesiones de Madrid y la entrada de la guardia del Palacio Real para hacer la parada militar.

Aunque no la ven, por estar oculta por los soportales, comenta a su madre que detrás, a su derecha, está su salida favorita de la plaza, la del “arco de Cuchilleros”, que el arquitecto quiso identificar con un arco más pequeño en los soportales.

Con el solecillo veraniego en el inicio de su apogeo, Javier deja volar su imaginación, para fantasear que es una salida oculta a través de una escalera hacia la libertad, cuando el enemigo en la antigüedad y las hordas de turistas en la actualidad la invaden.

Cavila perspicaz que si en la actualidad tuviese que escaparse de la plaza, lo haría a través del <mesón del jamón>, para salir por la calle Cuchilleros sin que nadie se enterase.

Terminados los bocadillos piden nuevas bebidas, están muy a gusto con sus historias y cotilleos familiares.

Carmen se anima y cuenta que su padre las traía a ella y su hermana algunas veces a Madrid, a comprar tela para hacerse vestidos y dar una vuelta por el centro.

—Del abuelo apenas tengo la imagen de ir al bar “El águila” en el grande —se apena Javier.

—A mi padre le gustaba mucho ir a ese bar, era donde se reunía con sus amigos los tratantes de ganado. Cuando le descubrieron el cáncer, fue un choque tremendo para la familia y todos los conocidos.

—¡Qué pena!, era muy joven, interrumpe el nieto.

—Después de la operación, le daba vergüenza aparecer en público, sólo quería salir de casa, si ibais los mayores con él. Se acercaba a la Plaza de Santa Teresa, “el grande”, os compraba unos tebeos, mientras charlaba y se tomaba algo con sus amigos. Con vosotros se sentía más seguro, tenía una razón para salir y olvidarse de la enfermedad, además os portabais muy bien.

—No recuerdo casi nada de la infancia en Ávila.

—Lo pasabais bien, los abuelos os querían mucho.

Carmen entristece la expresión de su rostro, con el recuerdo de una época difícil, con la enfermedad de su padre.

—¿No te acuerdas que mordiste al médico cuando te iban a operar de anginas? —retoma recuerdos más divertidos.

—La verdad es que no, sé que me lo has contado alguna vez, pero no lo recuerdo.

—Os llevamos engañados al médico para que os quitaran las anginas. Te sentaste tranquilo en la butaca, pero cuando te sujetó el enfermero los brazos por detrás y el médico te abrió la boca para ponerte el separador y poderte operar, no sabemos cómo le mordiste, te liberaste y saliste corriendo de la clínica.

—Se lo merecía por engaña niños. ¿Cómo conseguisteis que me dejara operar?

—Tú hermano se dejó quitar las anginas sin protestar, al verlo te dejaste, con la promesa de que podríais tomar los helados que quisierais.

—Espero que no le hiciera mucho daño al médico —afirma sin poder contener la risa.

Se hace un silencio cómplice, que trae a Carmen más recuerdos que no cuenta, por no entristecerse, Javier se lo nota y cambia de tema.

—Cuéntame alguna anécdota de estos viajes a Madrid.

—Un día vine en coche con la tita Tere recién sacado el carnet, a dar una vuelta por el centro. Intentó aparcar el seiscientos, que le había dejado papá, en el entorno de la Plaza Jacinto Benavente. No acertaba por los nervios y algunos energúmenos machistas, empezaron a tocar el pito. Una mujer que iba detrás ejerció de heroína, se bajó, les mandó callar, señaló la “L” del coche de la novata y la animó a tomarse el tiempo necesario.

Nombrar el seiscientos trae al hijo recuerdos de un viaje digno de la serie de televisión <Cuéntame>.

El matrimonio, cinco enanos de diferentes tamaños, la abuela y las maletas repartidas entre el interior y la baca del coche, se fueron a la playa de San Juan, en Alicante, a conocer el mar.

Imagina divertido, que si es en la actualidad, antes de salir de la ciudad ya les habían detenido, los padres estrían en comisaría, los niños repartidos entre los servicios sociales y la abuela camino de su casa abulense.

—¡Que paciencia tenía la abuela Julia! —recuerda el nieto.

—Era una mujer discreta, independiente, trabajadora y ahorradora, siempre os daba propina en los cumpleaños —la echa de menos su hija.

—Me acuerdo de lo bien que me cuidó, cuando viví con ella en Ávila por trabajo. Siempre ha sentido que no fui todo lo cariñoso que ella se merecía.

—La abuela estaba feliz, se sentía útil —le anima su madre.

Con el calor de agosto en su cenit y la sonrisa en la cara, por las anécdotas que han recordado juntos, dejan la terraza tras pagar la cuenta y se dirigen a coger el autobús de vuelta a casa.

Mientras esperan al bus en la parada contigua a la salida de la Iglesia de San Isidro, que da a la Calle Colegiata, Javier cuenta que fue construida como iglesia del Colegio Imperial, en estilo barroco y cuando los jesuitas fueron expulsados de todos los territorios de la corona española por Carlos III y se expropiaron sus bienes y el edificio se dividió en Iglesia y colegio.

—El colegio guarda en su interior una joya arquitectónica, uno de los mejores patios barrocos de Madrid, que han recorrido muchos estudiantes ilustres —apunta el técnico al que le entusiasman los desconocidos patios de la ciudad de Madrid.

—Para mí siempre ha sido la Catedral de Madrid —concluye su madre.

—¿Recuerdas que subimos un día a ver los restos del santo?

—Nos contaron que los restos del santo se creyeron perdidos cuando fue quemada y saqueada la iglesia en la guerra civil y que no sucedió así porque el obispo de la diócesis madrileña se adelantó y los escondió en una habitación que fue tabicada y fueron recuperados milagrosamente ilesos al acabar la guerra.

Por fin llega la guagua 35, <como dicen los canarios>, que les va a llevar hacia casa.

Se bajan en la parada de la calle General Ricardos más próxima al recinto que sustituyó a la plaza de toros de Vistalegre.

La plaza, citada en la famosísima <verbena de la Paloma>, fue inaugurada en el primer centenario de la Guerra de la Independencia, destruida durante la Guerra Civil y reconstruida de forma inconclusa, de ahí el nombre de "La Chata".

Recientemente ha sido sustituida por un edificio multiusos, una zona comercial y otro espacio donde se reubicó el mercado de Puerta Bonita.

El técnico siempre ha pensado que el complejo edificatorio, sin razón ni escala, ha privado al barrio de una zona de paseo, tertulia y juego.

Su madre sin embargo, está encantada con el pequeño centro comercial que tiene al lado, que es como su segunda casa, todas las dependientas la conocen y aprecian.

AÑORANZA DE UNA ÉPOCA FELIZ

Al llegar a casa, Javier se tumba un rato la siesta apenas echado sobre la cama.

Los nervios y las dudas no le dejan conciliar el sueño, decide levantarse y salir a dar una vuelta.

Sale a pasear sin tener una ruta marcada en su brújula mental. La inercia de sus habituales caminatas, le lleva hacia la calle General Ricardos, por donde suele bajar en dirección a Madrid, <como se decía cuando Carabanchel era un pueblo>.

Algún descontrolado recuerdo interno, le impulsa a variar su destino y decide caminar hacia el colegio Amorós <los marianistas pobres>, donde cursó sus estudios.

Retoma el camino que tantas veces hizo, con hermanos y compañeros hacia su colegio.

Al llegar a la altura de la parada de bus, se le aparece un espejismo del pasado. Se imagina tirado en el suelo con los libros esparcidos por la acera, dolorido y preocupado por si había roto el tobillo, a causa de un tropezón en su carrera por coger el autobús. Se alivia de nuevo, al recordar que todo quedó en una fuerte luxación.

En su avance observa las fincas de veraneo de la nobleza madrileña, piensa que están desaprovechadas, que bien podían configurarse como el Retiro de Carabanchel.

Pronto las dudas sobre la decisión tomada comienzan el asalto de sus pensamientos. Decide dar un repaso rápido de su vida profesional, para recuperar experiencias que pueda guardar en la mochila para la aventura, que ha decidido afrontar.

Se conciencia que deberá ponerse las pilas y empezar la obra <a cien>. Con la estructura ejecutada hay que poner en marcha inmediatamente las distribuciones y la albañilería, confirmar los replanteos y contratar los sistemas constructivos principales.

Al llegar a la plaza de la <palmera>, se gira para observar el edificio de fachada curva, en la esquina con la calle Santa María de la Luz. Recuerda con nostalgia, que en él vivía con su familia un amigo, buen futbolista, humorista y mejor persona, al que perdió la pista en la época universitaria.

Al dejar la plazuela, los recuerdos se le escapan hacia la época en que paseaba por esas calles, en dirección al Campo de la Mina para entrenar y jugar en el famosísimo “Carabanchel”.

Apenas unos pasos más adelante, toma la calle de Eugenia de Montijo a la altura del colegio de Santa Rita. Se acuerda, sin respeto, de la familia del arquitecto que diseñó los balcones de barrotes, que siempre les parecieron jaulas de monos.

Este pensamiento sobre aberraciones arquitectónicas, le recuerda los nervios que sintió con el inicio de su vida profesional, que se repiten cuando comienza una nueva obra. Similares a los de los actores el día del estreno o los futbolistas antes de empezar un partido. Por la importancia de la obra que le proponen dirigir, se parecería más a un estreno en Broadway o una semifinal de la Champions en campo contrario.

Se anima al pensar que como a los actores cuando se inicia la representación o los futbolistas cuando empieza a rodar el balón, los nervios se pasan la primera semana del frenético ritmo de las obras.

De su primera obra, el edificio de consultas externas de un Hospital de Madrid, que ha recordado recientemente al reencontrarse con el Arquitecto que la dirigió, recupera muchas experiencias válidas; necesidad de hacer habitaciones hospitalarias tipo, dificultad de la gestión administrativa de certificaciones, precios contradictorios y ampliaciones de presupuesto.

Recuerda con una sonrisa como a base de simpatía, trabajo y algunas cajas de bombones, consejo de su “tío” Ernesto, consiguieron que sus certificaciones no se perdieran en los montones a la firma.

Sube por la calle Eugenia de Montijo, cruza la avenida de los poblados y al llegar a la Plaza de la Emperatriz se decide por el recorrido del autobús 34, para llegar a la puerta del Escolasticado, en lugar de seguir el camino del bus 35, que sube por la avenida de Carabanchel alto hacia la otra entrada del recinto educativo.

En este trayecto recuerda con la <saudade> de los gallegos, su primera salida de casa con destino Cádiz.

Fue a construir paseos marítimos y regenerar playas, obras públicas de las que no puede sacar muchas experiencias para su nuevo proyecto, salvo la <gestión> con técnicos y políticos.

Se emociona al recordar que cada mañana al pasear por la playa hacia la oficina de obra, dudaba si iba realmente a trabajar. Se sintió libre, quizá fue su destino más feliz, al que siempre ha soñado volver.

En la subida por la calle Joaquín Turina repasa las grandes obras dirigidas; reformas de sucursales bancarias, edificios de oficinas, rehabilitaciones de palacios, complejos de investigación y promociones de viviendas. En las que adquirió experiencias para coordinar propiedades, técnicos, directores de obra, proyectistas y contratistas, que ahora puede guardar en el morral.

Recuerda que aprendió a ejercer de project manager en la dirección de grandes proyectos, no en los master teóricos que reparten títulos que se deberían ganar en la realidad.

Esta experiencia la guarda en un lugar preferente de la mochila, porque en la obra va a tener que lidiar con una empresa de project muy ligada a la propiedad.

Su caminar llega al destino previsto, la entrada norte de una finca de relevancia histórica y gran extensión, situada en el antiguo término municipal de Carabanchel Alto.

Se detiene a contemplar el edificio que pasó de palacio a escolarizado y luego a centro educativo, sin perder su estilo barroco.

Se emociona ante la imagen del histórico inmueble, donde estudiaron BUP y COU y se hicieron jóvenes valientes con ganas de salir al mundo.

Sin razón premeditada, sube la calle, observa el edificio del Grupo SM de donde salieron la mayoría de los libros con los que estudiaron y más adelante la residencia de los marianistas.

Se detiene ante el nuevo polideportivo Amorós, que ellos no disfrutaron. Reflexiona con añoranza que le gustaba más la zona de huertas y colmenas, donde vivieron grandes aventuras.

Durante su parada de inspección exterior, recuerda su fracasada experiencia empresarial, de la que intenta rescatar la libertad de trabajar por cuenta propia, lo aprendido de gestión económica, de ingresos, gastos y financiación.

No puede evitar la evocación de impagos, estafas y pagarés devueltos, hechos dolorosos que decide apartar de su cabeza, para sentir de nuevo la sensación de trabajar en una gran empresa.

Desanda sus pasos hasta llegar de nuevo a la puerta de entrada a su colegio, cerrada por ser un domingo de verano. Decide pasear por la acera anexa a la valla de cierre de la parcela, hacia la otra entrada.

Sin haber perdido de vista la fachada principal del palacete, su imaginación abandona la realidad y se adentra a realizar el recorrido interior que tantas veces hizo de joven, mientras su cuerpo avanza autónomo por fuera de la valla.

Inicia su paseo imaginario por la zona arbolada a la izquierda de la fachada principal del palacio. Ruta inversa a la que ellos recorrían para pasar del mundo infantil de los pabellones del colegio, al juvenil del Escolasticado, antes de salir a la vida profesional o universitaria.

El camino que recuerda le lleva hasta el campo de fútbol, donde vivió muchos de sus mejores momentos deportivos.

Detiene su caminar imaginario, para subir con el corazón, al cielo de su amigo Manolín, el mejor jugador que pasó por estos campos, una persona increíble, un hermano mayor para él y un defensor de todos, al que tanto echa de menos.

Retoma su ruta colegial, cruza el campo de juego para imaginar un recreo cualquiera de sus años de colegio, con el campo de fútbol marcado en el aire en todas las direcciones, para ubicar los partidos de cada clase con su balón.

Le parece llevar el balón pegado al pie y regatear con habilidad rivales de la clase propia y de las ajenas, sin entorpecer a los mayores para evitar una colleja.

Su clase jugaba en la zona de arboleda, duros derbis, los de Morán contra los de Javier, que finalizaban con el pitido de la vuelta a clase.

Tras una mirada nostálgica a los pabellones educativos, su ruta imaginaria se dirige hacia la salida, frenándose en el camino hacia el otro campo de fútbol, donde empezaban sus aventuras infantiles, en un mundo sin móviles, donde la imaginación ponía los límites.

Todas las aventuras se vivían con intensidad, se jugaba con ganas a todo tipo de juegos, que algún mago confundía sin aparente lógica; ahora las bolas, luego las peonzas, siempre el balón.

Recuerda especialmente un juego <churro-mediamaña-mangotero> que transformaron en un ejercicio entre circense y atlético. Un equipo hacía una fila agachada, sujeta en el que hacía de juez <la madre>, apoyado en un árbol. Los jugadores del otro equipo saltaban sucesivamente sobre los agachados, hasta conseguir colocarse todos encima, unos intentaban hacer ceder la fila, los otros que se cayeran los de encima, en caso de empate decidía la <suerte>. Elevaron el juego a deporte de riesgo, como se diría ahora, en plan pijo. La fila se podía mover cuando alguno saltaba, otras veces saltaban todos sobre el mismo jugador para que se hundiera, todas las tácticas eran válidas, para evitar tener que cargar con el otro equipo.

Los juegos se repetían en unos cuantos recreos y desembocaban ineludiblemente en una batalla de unos contra otros o de todos contra todos, que finalizaba cuando alguno se escalabraba. Entonces todos afirmaban, incluido el averiado, ante el tutor o el director, que había sido un accidente tonto, para evitar castigos individuales, comprometidos a cumplir los generales.

Sale del colegio por la puerta que da a la actual calle Gómez de Arteche, lugar donde se encuentra el paseo real y el imaginario que le condujo a través de los lugares de su infancia.

De vuelta al mundo real, sube triste la calle al encuentro del salón de actos, donde se le viene a la memoria el valor de algunos profesores, capaces de organizar, en los duros estertores de la dictadura, una charla de Ernesto Cardenal. Sacerdote, teólogo, reconocido poeta y político nicaragüense, que les habló de poesía y revolución, haciéndoles sentir revolucionarios en un tiempo sin libertad.

Desde este lugar que tantos gratos recuerdos le trae, comienza el paseo de vuelta hacia casa, con la seguridad de que en el colegio pasó la época más feliz de su vida. Intenta imaginarse el regreso, como si fuese un día cualquiera de su vida colegial, no lo logra, los nervios de su nueva aventura le retornan a la realidad.

Recuerda las excesivas veces que tuvo que ir a terminar obras complejas, en Bilbao, Valencia, Lisboa y Barcelona, que estaban <casi terminadas>, eufemismo que escondía una situación próxima al siniestro total.

En su avance observa las casas de la emigración posterior a la guerra y al llegar a la avenida de Carabanchel Alto inicia el descenso hacia casa.

Se para en el lugar que recuerda estuvo un cine, que no ubica, sustituido por promociones de viviendas, donde una vez, fueron todos los de la clase a ver una película “Tocata y fuga de Lolita”, convencidos por un compañero, porque se veía una teta, si no parpadeabas en ese momento. Piensa en cómo ha cambiado todo y su noble ignorancia en tantos temas.

En la bajada descubre la parada de metro de una línea 11, por fin construida, imagen que le devuelve al mundo de los proyectos, para identificar los caminos críticos de su nueva obra para incluirlos en la mochila.

Guarda la idea de planificar independientemente los procesos constructivos de las fachadas, cubiertas, habitaciones hospitalarias, salas de espera, cafeterías o cocina, para mantener el control de los plazos.

Al llegar a la Plaza de la Emperatriz se le viene a la cabeza el recuerdo de una camilla, junto a la que charlaban, su entrenador del Carabanchel y el masajista del Atleti, mientras éste le masajeaba un fuerte esguince de tobillo y él trataba de no gritar, sin poder retener alguna lágrima de dolor.

Apunta para guardar en su mochila, el <dolor> que se puede soportar cuando se tiene la ilusión de un sueño por cumplir.

Centrado de nuevo en su obra, razona que lo más complejo va a ser la ejecución de las instalaciones. Identifica algunos puntos críticos, que debe controlar y planificar para evitar retrasos; centrales de producción de energía, sistemas de control, cuartos técnicos, organización de patinillos, sistemas en cubierta, acometidas, legalización, salas hospitalarias, barra de las camas hospitalarias y contratación temprana de los ascensores.

Marca como línea roja, en su negociación con el gerente, la necesidad de incorporar al equipo de dirección de la obra un técnico en instalaciones.

Atraviesa la Avenida de los Poblados y avanza de nuevo por la calle de Eugenia de Montijo. Esta vez cambia el recorrido de la ida, para pasear por la calle de Nuestra Señora de Fátima.

Se para junto al bar, donde una noche se quedó pálido, al tomar un botellín después de salir de un entrenamiento.

El recuerdo de este incidente le empuja a tomar la calle Monseñor Oscar Romero para acercarse a la entrada del campo de fútbol del Carabanchel. Descubre unas instalaciones muy cambiadas y observa con envidia el cuidado césped artificial que sustituye al de tierra donde ellos se machacaban las rodillas.

Recuerda con nostalgia de futbolista frustrado, que en estos campos se acabó el fútbol en serio para él. Un poco por los estudios y las lesiones y un mucho por no alcanzar el nivel suficiente.

Recuperado el camino de la ida, vuelve a su realidad, recuerda el consejo que le dio un compañero en sus inicios; <las obras hay que planificarlas todos los días antes de empezar>, que transformó en un pilar principal para la dirección de obras.

En su caminar cansado por las aceras del final de la calle General Ricardos, recuerda retos técnicos con los se va a volver a enfrentar; acústica de las habitaciones, salas de quirófanos y rayos x, cocinas industriales, decoración de vestíbulos y habitaciones hospitalarias.

Le agrada la idea de aportar todo lo aprendido sobre eficiencia energética, arquitectura bioclimática, accesibilidad y acústica, en su esfuerzo por abrir nuevos caminos profesionales.

Cruza el paseo de Muñoz Grandes, atraviesa la plaza junto al palacio de Vistalegre, muy cerca ya de casa y recupera sus recuerdos de la obra de Barcelona, que ha dejado para el final.

Guarda las experiencias de trabajar en Cataluña, conocer el ambiente, pelear con empresarios locales y responsables de las administraciones catalanas.

Reconoce que se debe de resetear, para presentarse con la mente abierta, como si fuera la primera vez.

Realizado el repaso profesional, siente que no todo es obra, tiene que recuperar la ilusión de llegar a una nueva ciudad.

Recuerda con añoranza el amor imposible que perdió en Tenerife y buscó en muchos destinos sin encontrarlo.

Durante la caminata ha bloqueado los recuerdos no tan felices de su juventud, los hechos que inesperadamente llenaron un futuro ilusionate de grises nubarrones.

Terminado el paseo, está preparado para su nueva aventura, ha recuperado los valores que aprendió de joven.

Siente que debería haberlo hecho siempre, antes de tomar una decisión importante en la vida y quizá le hubiera ido mejor.

El resto del día lo ocupa en descansar y en imaginar su vida personal y profesional en su nuevo destino.

UN ENCUENTRO INESPERADO

Recién amanecido el lunes, tras un largo fin de semana de caminatas, el veterano técnico llama al gerente de LACOMA, para comunicarle su decisión de aceptar la oferta.

—Buenos días, esperaba tú llamada.

—He decidido aceptar vuestra oferta —le comunica directo, sin dejarle decir más, para evitar los nervios.

Rafael le agradece que acepte colaborar con la empresa, aunque estaba seguro que aceptaría la propuesta.

—He quedado con el equipo de obra para animarles, darles unas semanas de vacaciones y comentarles que la obra se iniciará en las primeras semanas de septiembre. ¿Por qué no te vienes por la oficina a conocerles y hablamos? —le propone su nuevo jefe.

Tenía la intención de acercarse a la oficina, para exponer al gerente las condiciones pensadas, la propuesta de conocer al equipo de obra le deja descolocado, por un momento.

—Me parece bien, pero en la oficina es un poco violento, ¿por qué no quedamos en otro sitio? —reacciona de forma espontánea.

—Si quieres podemos quedar para comer cerca de la oficina —le anima su nuevo jefe.

—¿Son de Madrid? —se le ha venido a la cabeza una idea, pasado el momento de duda inicial

—Son de fuera —responde, sin entender la pregunta.

—Podíamos quedar a comer en la zona de la Latina, así conocen el centro de Madrid y salen de tanto polígono.

Al gerente le parece una buena idea, para que el equipo de obra desconecte un poco.

—¡Está bien!, elige tú el sitio.

—Si quieres quedamos a las doce en la Plaza de Puerta Cerrada, para tomar unas tapas donde yo proponga y el restaurante lo eliges tú —propone animado.

—¡De acuerdo!, nosotros salimos juntos desde la oficina.

Javier, como es su costumbre, llega con tiempo de antelación al lugar de la cita y mientras espera a sus nuevos compañeros da una vuelta por la plaza, entretenido en localizar las nueve calles que la acometen.

El entorno es un lugar muy especial para él, aquí descubrió la semana Santa de Madrid, con la emoción de ver cruzarse el Jueves Santo las imágenes de Jesús el Pobre y su compañera del Dulce Nombre que salen de la iglesia de San Pedro el Viejo, con las de Jesús del Gran Poder y la Macarena que salen de la colegiata de San Isidro, para repartirse por las abarrotadas calles de la ciudad.

Los de la oficina llegan con retraso, a pesar de que en agosto no hay mucho tráfico, han salido tarde y han aparcado a cierta distancia.

El gerente que ya les ha informado que van a conocer al próximo jefe de obra, les presenta de forma cariñosa para romper el hielo.

—Jesús Pérez es el encargado, sabe mucho de construcción y organización de obra, es un poco gruñón, ya te darás cuenta.

—Jacinto Caballero es el de las pesetas, un poco tocapelotas y el que pone un poco de orden en los gastos.

—Ernest Capdevila es el ayudante de obra, el futuro de la empresa si él quiere.

Javier Rodríguez saluda a sus nuevos compañeros con un fuerte apretón de manos, les da sentidas condolencias por su compañero y les cuenta que fue amigo suyo en la universidad.

—Antes que se me olvide, mañana voy con el arquitecto a la reunión en Barcelona que te comenté, para poner en marcha la obra, es el día que he conseguido reunir a todos, si quieres te puedes venir con nosotros.

Va de sobresalto en sobre salto, los tiempos reales van más deprisa que lo que había planeado en sus caminatas.

—Si no puedes no pasa nada —le disculpa su jefe.

—Me apunto, así puedo conocer a los responsables —le piden las ganas de empezar con la dirección de su nueva obra.

—¡Perfecto!, luego quedamos —se congratula en su interior por haber completado el equipo de obra.

—Me gustaría quedarme unos días para ponerme al día de la obra, ¿me lo pagó yo! —propone asentado en su responsabilidad

—No te preocupes, lo paga la empresa. ¿Cuántos días te quieres quedar?

—Hasta el lunes siguiente.

El ingeniero valora sus ganas, llama a la oficina para que organicen el viaje de los tres y la estancia del nuevo jefe de obra y queda en ir a última hora de la tarde a recoger los billetes y los bonos del hotel.

Javier se pone el traje imaginario de cicerone y cuenta a sus nuevos compañeros que “Puerta Cerrada” fue uno de los accesos del recinto amurallado cristiano de la ciudad, que el nombre proviene de que debido a los robos y asaltos ocurridos en sus inmediaciones, se tomó la decisión de cerrarla durante la noche.

Les señala que la puerta estaría situada más o menos en el lugar que actualmente ocupa la cruz y les informa que un incendio la destruyó por completo dando lugar a la plaza.

Sin enrollarse más, les lleva a un bar cercano, asegurándoles que sirven el mejor bacalao de Madrid. Un local pequeño y castizo, donde piden unas cañas y unas tapas de la especialidad, reconociendo todos que está muy bueno.

Salen del bar guiados por su espontáneo guía turístico, suben por la calle Cuchilleros y se paran junto al escaparate del restaurante Botín, donde leen que es el más antiguo del mundo según el libro Guinness de los records y que aparece en la obra de Galdós “Fortunata y Jacinta”.

Observan divertidos una barbería muy antigua y se paran frente al restaurante “Las Cuevas de Luis Candelas, situado junto a la escaleras de acceso a los soportales de la Plaza Mayor, por el Arco de Cuchilleros.

—Luis Candelas fue un bandolero afamado y un mujerigo empedernido, aunque no asesinó a nadie, fue ajusticiado más por lo segundo que por lo primero —narra el guía.

—Una leyenda urbana cuenta que el bandolero que saluda a los clientes en la puerta trabuco en mano para ambientar el local, fue un día requerido por dos policías para entregar el arma o mostrar los papeles, haciéndole pasar un mal rato —les cuenta divertido Rafael metido también en el ambiente histórico de su ciudad.

Divertidos por la anécdota siguen su caminar por la cava de San Miguel, en dirección a la calle Mayor, con la dedicatoria de algunos improperios a los graciosillos.

Su deformación profesional les lleva a observar la singularidad de las fachadas de los edificios, con una base más ancha de piedra que se remete del plomo de la vertical, en las plantas superiores.

El encargado argumenta que son como los contrafuertes de un muro de contención, que permitirían salvar el escalón entre la calle y la plaza. Sorprende con su argumento a los técnicos, que le dan la razón, aunque piensan informarse mejor.

Javier les anima a entrar en una cueva a comer unos champiñones, lo que sorprende al grupo y lleva al más joven a comentar que no esperaba encontrar sitios así en Madrid.

El jefe les informa que estos bajos eran antiguos almacenes, que estaban muy deteriorados y se transformaron en mesones para proteger el patrimonio.

Al llegar a la Plaza de San Miguel, aparece ante ellos el mercado del mismo nombre, proyectado por el Arquitecto Alfonso Dubé y Diez el año 1.945, según leen en la placa situada en una de las puertas de acceso.

Javier les cuenta que se ha rehabilitado recientemente para transformarle en un espacio donde se mezclan los puestos de venta, con zonas de tapeo, idea que se ha imitado en otros espacios de la ciudad

Acceden por la puerta de Cuchilleros y como técnicos de la construcción que son, admiran la rehabilitación del único mercado en hierro de Madrid que ha llegado hasta nuestros días, considerado bien de Interés Cultural.

Salen por la puerta opuesta a la que entraron, encantados con el lugar, en especial los que no le conocían.

El nuevo jefe de obra y Ernest se han adelantado, llegan a la plazuela del Conde de Miranda y se acercan hacia la puerta del convento de las Carboneras.

—Se llama así por un cuadro de la Virgen Inmaculada que fue encontrado en una carbonera y donado al convento. Es una iglesia muy especial por ser prácticamente la única de Madrid que está tal y como se construyó —cuenta el veterano aparejador, bien documentado.

No entran, porque en ese momento llega a la plaza el resto del grupo, que se había entretenido con la compra de dulces para llevar a casa.

Javier les hace una seña para que sigan su camino, con un gesto de que ahora les cogen y aprovecha para charlar con el joven.

Ernest Capdevila Oliva es el ayudante de obra, un joven Arquitecto Técnico catalán que está en sus primeros años de profesión. Trata de asimilar todo lo que no se enseña en la Escuela Técnica, que tiene más que ver con las capacidades de dirección, la ética de trabajo, el compañerismo, el saber mandar, delegar y decidir.

—¿Es tú primera obra?

—¡Sí!, conocía por mis padres a Albert, el delegado de Cataluña, cuando adjudicaron la obra a la empresa, me recomendó a Manuel y éste acepto que fuera su ayudante.

—¿Ha sido muy difícil el comienzo? —se ve reflejado en su joven compañero, que le trae recuerdos de sus inicios.

—Bastante, creo que de la Universidad no salimos preparados para las obras.

—Tienes razón, para todos es muy difícil el comienzo, ¿Qué tal con Roy?—trata de buscar su complicidad.

—Era duro en el trabajo, muy tratable fuera, aprendía cada día con él, delegaba en mí, aunque creo que bajo la supervisión del encargado, me llevaba a las reuniones y las preparábamos juntos.

—Espero poderte ayudar a progresar y tú a mí a dirigir la obra y ponerme al día.

—Cuenta conmigo —se ofrece sincero, ganado para la causa por la confianza que en él se deposita.

—¿Qué tal con Albert? —se interesa espontáneo, con una doble intención no del todo calculada.

—Regular, me pedía información de la obra y me hacía sentir muy incómodo, le tuve que decir que hablara con Manuel —confiesa lo vividos, quizá con la intención de que no se reproduzca.

—No es fácil ser el delegado y estar al margen de las decisiones, no le sentaría muy bien —trata de disculparle.

—Se enfadó conmigo, me dijo que con esa actitud no iba a hacer carrera, creo que fue un cabreo del momento.

El grupo, de nuevo compacto, pasa junto al Pasadizo del Panecillo Cornado, que da acceso a la iglesia de San Miguel y permanece cerrado para evitar ocupaciones imprevistas.

—¡Mirar el tablao de “Las Carboneras”!, no sabía que Madrid fuera tan flamenca —señala Jacinto divertido.

—Madrid tiene mucha tradición flamenca, cerca de aquí está el tablao flamenco “Corral de la Moreña”, uno de los más famosos y antiguos del mundo —le responde Rafael bien informado.

—No sabía que eras tan folclórico —se sorprende.

—Es lo que tiene casarse con una flamenca.

—¿Marta es andaluza? —se extraña Jesús, que la conoce desde hace tiempo.

—¡Es madrileña!, fue bailaora profesional, ahora lo hace por afición y la pobre se ha casado con un pato mareado.

Su espontánea confesión, provoca las risas cómplices de todos.

Al llegar a la plaza del Conde de Barajas, Rodríguez les cuenta que los domingos se llena de pintores y les señala una joya de fachada, con las galerías típicas madrileñas.

Tras el paseo regresan a la plaza donde se citaron, los visitantes van un poco perdidos con la vuelta dada.

—¿Dónde vamos a comer? —pregunta el guía, cansado de ejercer como tal.

—En la taberna del Capitán Ala Triste.

—¡Es un sitio precioso!, les va a gustar, debes ser muy del atlético de Madrid —vacila Javier a su jefe.

—¿Por qué lo dices? —sorprendido por la asociación de ideas.

—Porque aquí celebra el equipo todas sus comidas.

—¡No lo sabía!, ahora me gusta más, soy muy colchonero.

—Te pelearías con Roy que era merengue como yo.

—No era muy forofo, ¿cómo sabes que los de mi equipo comen aquí?

—Hace tiempo comí con dos amigos y nos encontramos a los directivos de tú atlético que jugaban un partido de la Champions y celebraban la comida entre directivas.

UNA COMIDA DE OTRA ÉPOCA

Guiados por los madrileños, cruzan la plaza para tomar la cava Baja, mientras el ingeniero les cuenta que el nombre lo adquiere de las minas que permitían el acceso del pueblo al recinto amurallado, aunque las puertas estuviesen cerradas.

—En esa calle hay algunos restos de la muralla cristiana, aunque la mayoría de sus piedras sirvieron para construir los edificios del barrio —apuntilla Rodríguez.

En su paseo descubren la muy antigua Posada de la Villa y enfrente dos edificios recién rehabilitados, la Posada del León de Oro y la del Dragón-Viajeros, que les retrotraen a otra época.

Giran por la calle de San Bruno, para aparecer frente a la fachada de piedra del restaurante, ubicado en una antigua casona de época, situada en la calle Grafal que enlaza con la cava Alta.

Entrar en la taberna es como dar un salto en el tiempo, para aparecer en otra época histórica. Se fijan en todos los detalles; artesonados, paredes, bóvedas y en el espacio de barra con unas mesas de su derecha que ambienta la entrada.

Cuando se dirigían hacia la barra a tomar algo, se acerca el metre, comprueba su reserva y les lleva directos hacia a la mesa que tenían asignada.

Rafael le pide que les enseñe el local, que había venido con gente de fuera. Acepta encantado, le gusta mostrar un edificio, que forma parte del patrimonio cultural e histórico de la ciudad.

Les descubre un espacio de otra época, construido con una estructura interior a base de muros de mampostería y vigas de madera, decorado con muebles, lámparas antiguas y grandes tapices colgados de las paredes, que narran su historia. Recorren sus cinco comedores, situados en los distintos niveles, algunos integrados en una cueva excavada en el terreno.

Terminada la visita regresan a su mesa, ubicada en el salón de las espadas. Un comedor precioso lleno de encanto, con las paredes de piedra decoradas con espadas, dagas y floretes de la época, el techo abovedado y una iluminación muy agradable.

Sentados en las sillas de época, se sienten integrados en el ambiente del siglo de oro de Madrid.

Les parecería que el mismísimo Quevedo estaría en la mesa contigua arrojando sonetos irónicos sobre algún comensal, como invitación a terminar batiéndose en duelo en las calles adyacentes, o al poderoso Conde-Duque de Olivares pergeñando cualquiera de sus reformas.

Cuando les dieron las cartas que imitan un antiguo papiro de cuero, enrollado y atado con un cordel, su imaginación se desbordó, les daban ganas de coger las espadas y organizar un duelo a cinco por todo el restaurante.

El regreso del metre para determinar la comanda, saca a los compañeros de sus divertidas ensoñaciones.

Les explica que tratan de recrear la gastronomía del Madrid del siglo XVII y les comenta algunas de sus especialidades; jarrete de cordero, migas a la lebrijana, caldo de puchero o judías con perdiz, la chuletada del capitán o la olla "Podrida.

Siguen las indicaciones del metre y se deciden por unos entrantes de setas a la plancha y chistorra de Navarra y como plato principal una chuletada del capitán para compartir, acompañada de una ensalada de lechuga y tomate. Dejan que Jesús, que es el más entendido, elija el vino.

Enseguida el camarero trae el vino elegido, se lo da a catar al experto, que le da el visto bueno y lo sirve en las copas.

El nuevo jefe de obra se levanta y propone un brindis por el ausente, que todos secundan.

—Le hubiera gustado estar aquí con nosotros —afirma Rafael emocionado.

—Está presente en el corazón de todos —apuntilla Jesús, con el asentido del resto.

La llegada de los entrantes, rompe la emoción del brindis de homenaje.

—¿Cómo conociste a Manuel? —trata Rafael de integrar al nuevo en el equipo.

—Le conocí en la Escuela de Aparejadores de Madrid, no coincidimos en clase, yo empecé un año antes, jugamos juntos en el equipo de fútbol, para nosotros era Roy porque había un to-cayo más veterano.

—¿Qué tal jugaba? —se interesa Ernest, al que se le hace difícil imaginar al que fue su jefe en pantalón corto.

—Muy bien, era un centrocampista duro y con calidad.

—¿Tú de que jugabas? —curioseas el joven, que juega al fútbol con un equipo de amigos.

—Aunque me veáis gordito, era un extremo rápido.

A Javier se le viene a la imaginación una anécdota compartida con su amigo Roy, que le trae recuerdos entrañables.

<<Teníamos un buen equipo, aunque a veces no nos juntábamos todos. En un partido de liga, ganamos a los de Industriales, se enfadaron y reclamaron porque había jugado con nosotros un chaval que pasaba por allí, para completar el equipo, nos quitaron muchos puntos y bajamos de categoría. Al año siguiente nos tocó jugar en segunda y fue cuando se incorporó Roy, jugamos la temporada sin muchas ganas, con resultados regulares, al final nos picamos para jugar la copa con los de primera. Para clasificarnos teníamos que ganar al equipo que iba primero y solo nos presentamos nueve jugadores. No nos atrevimos a fichar a nadie y afrontamos el partido a la heroica, con la suerte que en un córner les metimos un gol. Con el paso del tiempo se pusieron nerviosos, atacaron a lo loco y al contrataque los machacamos, les ganamos cuatro uno y el gol nos lo marcaron al final. En el vestuario nos felicitaron alucinados. >>

—¿Qué tal os fue en la copa? —se interesa el joven muy metido en la anécdota futbolera.

—La ganamos y el trofeo se la dimos a Roy como despedida, nos había contado que se iba a otra Universidad y no queríamos entregarla en la Escuela.

—¿Por qué no la entregasteis? —se sorprende Ernest.

—Se habían portado fatal, nos negaron el permiso para jugarla, nos lo saltamos sin miedo a las represalias, que las hubo.

—Esa es la copa que llevaba a todas las obras y colocaba en su mesa —descubre Jacinto en ese momento.

—Era como una tradición, no le pregunté nunca de que era —reconoce con nostalgia Jesús.

Con la Llegada de la carne para su degustación, junto a un excelente vino, se animan a contar anécdotas de momentos vividos con el compañero ausente.

Toma la iniciativa el jefe que se anima a recordar los inicios de ambos en la empresa.

—En la primera obra que coincidí con Manuel, hacíamos una depuradora en Jerez y un emisario submarino en Chipiona. Coincidimos con Paco, un contratista de movimiento de tierras, con el que hicimos amistad y nos enseñó a base de cubatas, cómo tratar a los técnicos de la administración.

—¡Vaya par de pardillos! —apunta el encargado.

—No creas, teníamos experiencia, pero tratar con técnicos y políticos, llevarlos a comer, discutir los precios y negociar no era fácil para nosotros, eran los jefes los que hacían las gestiones finales —se justifica el Ingeniero de Caminos.

—¡Qué envidial, Cádiz es una zona maravillosa yo también trabajé allí un tiempo —recuerda con nostalgia Javier.

—Tienes razón, lo pasamos maravillosamente, la gente es fantástica, vivimos la feria del caballo de Jerez —cuenta Rafael con los ojos iluminados por los recuerdos de juventud.

—La del Puerto de Santa María es más divertida, no es tan clasista, hasta yo me atreví a intentar seguir a una amiga gaditana en unas sevillanas, claro que antes me tuve que beber media cosecha de fino —apunta Rodríguez, con ganas de picar al jefe.

La disputa gaditana entre veteranos, hace reír a todos los comensales y anima a Ernest a contar que cuando se incorporó a la obra, Manuel le mandaba a comerciales diciéndoles que era el jefe, haciéndole pasar situaciones embarazosas, con la complicidad del resto del equipo.

Jesús toma el relevo y cuenta que tenía un acuerdo con el jefe de obra y cuando venían comerciales muy pesados con el catalán se los mandábamos a Jacinto para vacilarles.

—Con las tablas y genio que se gasta el de las pesetas, era un poema ver la cara que traían, cuando tenían que volver a tratar con nosotros.

Jacinto, después de lanzar un gesto de reproche al encargado, se apunta al relato de una anécdota con Manuel.

<<En una obra oficial en Madrid íbamos mucho a comer a un restaurante gallego, habíamos llegado a un acuerdo con el metre. Cuando íbamos invitados le guiñaba un ojo y nos ofrecía marisco y otras delicadezas, cuando

la comida la pagábamos nosotros, nos ofrecía los platos de cuchara más típicos del restaurante. >>

Al terminar su historieta no puede evitar mirar de reojo al jefe, mientras los demás sonríen pícaramente.

—¿No tendréis preparada en Barcelona alguna igual? —le interroga, con una mirada inquisitoria.

No recibe respuesta, los disimulos y las miradas cómplices, le ratifican que tienen preparada una táctica similar con algún restaurante de Barcelona, que cree conocer de alguna visita.

Divertidos con las anécdotas, llega el momento de los postres y piden un surtido de dulces de la casa para satisfacer el gusto de todos.

Con los cafés les ofrecen una selección de aguardientes variados, cada uno se decanta por uno y repiten más de una vez, salvo el jefe que tendrá que conducir de vuelta.

Cuando llega el metre con la cuenta, Camino hace la broma de preguntar si puede pagar con maravedís. Consigue una última sonrisa de todos, incluso del mesonero que ya está acostumbrado.

El nuevo jefe de obra y el encargado, que está loco por echar un cigarrillo, son los primeros en salir del restaurante, mientras el gerente queda a la espera de la factura y el resto ha ido al baño.

Jesús Pérez Sánchez es un profesional experto y viajado que aprendió el oficio de encargado en Suiza, donde vivió, como hijo de emigrante gallego

—¿Qué tal con Roy, discutíais mucho? —piensa en lo que ha vivido con algunos encargados.

—En las primeras obras se metía mucho en la organización de los tajos, terminamos haciendo un buen equipo, nos entendíamos casi sin hablar.

—Esa complicidad es muy difícil de conseguir, no me extraña que mi amigo quisiera que fueseis siempre juntos.

—Le voy a echar mucho de menos —expresa sincero con una disculpa con el que va a ser su nuevo jefe.

—¡No te preocupes!, lo entiendo, es una pérdida irreparable.

—No hago más que darle vueltas a como se pudo caer, el viernes había revisado con el responsable de prevención toda las protecciones de la cubierta cuando subí a regar el forjado.

—¿Iba siempre temprano a la obra?

—Los dos llegábamos pronto a la obra, en torno a las siete y media, nos gustaba charlar tranquilamente para organizar el día, antes de que empezaran a llegar los trabajadores.

Javier cuenta que a él también le gusta llegar temprano, para ajustar los planes a los imprevistos.

—¿El día del accidente estabas en la obra temprano? —trata de situar el accidente.

—Ese día llegué más tarde, sobre las 8,30, había ido el fin de semana a mi casa en Galicia por una fiesta familiar y el avión se retrasó. Me da mucha rabia, pienso que si hubiera estado, no habría sucedido el accidente —expresa con un profundo sentimiento guardado.

—No te mortifiques, las cosas pasan a veces por tienen que pasar, ¿cuándo llegaste Albert ya estaba allí?

—Sí, me extrañó verle tan pronto, igual habían quedado por alguna reunión.

—Me contó Rafael que iba a colocar la bandera

—La idea era ponerla juntos, para vacilar a los responsables de la obra y al delegado, igual la quiso colocar para la reunión.

—¿No se llevaban bien?

—Más bien no se llevaban, Manuel no le dejaba mangonear la obra con sus amiguetes de la dirección.

En ese momento sale el resto de la cuadrilla, comentando todos que ha sido una comida divertida, como de otra época.

UN PASEO MADRILEÑO PARA HACER EQUIPO

El nuevo compañero les propone tomar una copa en un sitio cercano donde hacen cocteles, aceptando todos aceptan encantados.

Cruzan la cava Baja, siguen por la calle del Almendro y giran por la travesía del mismo nombre, donde Rodríguez recupera su papel de guía turístico para señalar y señala una vieja puerta de madera en el número 6.

—En este lugar estuvo la casa de labor del patrono de San Isidro, hay una pequeña capilla que se abre sólo en las fiestas del patrón y poca gente conoce.

Aparecen en la calle del Nuncio frente a una fachada de ladrillo y pedernal muy típica de la arquitectura madrileña y giran a la izquierda hasta llegar al bar de los cocteles, situado frente a la iglesia de San Pedro el Viejo.

—De esta iglesia sale de procesión Jesús el Pobre acompañado de la virgen del Dulce Nombre, la más bonita del mundo. Es espectacular ver a los costaleros sacar las imágenes casi tumados por la poca altura del atrio de la puerta —les ilustra Javier con emoción.

—Lo he visto por televisión y es impresionante, parece que se les va a caer —apunta Rafael.

—El año pasado al sacar el paso de la Virgen que es más alto, le dieron un golpe y tuvieron que retroceder, los anderos lo pasaron francamente mal —recuerda el reciente seguidor de la Semana Santa madrileña.

—Vaya susto, soy costalero y ese momento es lo más grande del mundo —apunta con emoción Jacinto.

—Es emocionante ver como se abrazan y lloran los anderos una vez sacan el paso —sentencia Javier.

Mientras tomaban unas copas en la terraza del local, el historiador aficionado se anima y les cuenta que hay muchas leyendas de esta iglesia, como no podía ser de otra manera por ser una de las más antiguas de Madrid, junto con la de San Nicolás, mencionadas ambas en el Fuero de Madrid de 1.202.

—Está situada sobre la antigua mezquita de la Morería, fue mandada construir por Alfonso XI en el siglo XIV, en acción de gracias por su victoria en el sitio de Algeciras, en una zona de la morería destruida previamente, para vengar alguna derrota —empieza su relato histórico.

—Normal que nos tengan manía los moros, si les destruimos las casas —bromea Jacinto.

—Se nota que eres medio moro —le vacila Jesús.

—En este entorno se situaba la muralla árabe primitiva, primer asentamiento de Madrid —se apunta el ingeniero a informarles sobre la historia medieval de la ciudad.

—Dentro de la iglesia se celebraban exorcismos que llevaba a cabo un exorcista calabrés, expulsado por la inquisición, al que Quevedo dedicó un romance —sigue Javier con sus historias.

—Luego decimos que los musulmanes son fanáticos —apunta el joven con ganas de incordiar.

—En España con la inquisición tuvimos fanatismo para siglos —le da la razón el jefe.

El aparejador cuentista, que ya está lanzado, narra que un día se cayó uno de los muros de la sacristía y apareció la momia de un hombre principal que había sido enterrado de pie.

—¡Que hicieron con él cuerpo! —se interesa Jacinto, al borde de la carcajada.

—Según cuenta la leyenda le volvieron a sepultar, aunque no hay ninguna inscripción o lápida que lo corrobore.

—Cualquier día sale de la pared y se organiza un lio monumental —comenta con gracejo el extremeño, provocando la carcajada general.

Mientras el jefe pide la cuenta y el resto se levanta para irse, el improvisado cicerone aprovecha para narrarles la última anécdota que recuerda.

—Durante una reforma de la iglesia los obreros debían izar en la torre una campana muy pesada. Al no encontrar forma humana de hacerlo, decidieron dejarla apoyada contra uno de los muros, hasta encontrar una solución.

—El jefe de obra que era un poco inútil —apunta con maldad el encargado.

—Debía tener ayuda divina, porque los vecinos del barrio se despertaron sobresaltados por los tañidos de la gigantesca campana, que apareció colocada en el campanario.

—El capataz la subió con el equipo por la noche, para tocar las narices a su jefe —sigue con sus pullas el gallego.

—La campana terminó por quebrarse debido a su enorme peso y de sus piezas fundidas se hicieron dos campanas más pequeñas que repicaban, sin que nadie las hiciera sonar, en los momentos más difíciles de la historia de Madrid.

—Este barrio debía ser más divertido en la antigüedad— afirma Ernest divertido con las historias de su nuevo jefe.

—No creas, es muy animado de noche, quizá demasiado para el sueño de los vecinos —le informa, invitándole a ir alguna noche de fiesta por esta zona cuando venga a la ciudad.

En ese momento llega el pagador, Javier le pregunta dónde tenían el coche aparcado y al explicarle que está en el aparcamiento de la Plaza de Oriente, les propone ir hacia esa zona a tomar la penúltima.

Aceptan la propuesta, integrados en su papel de turistas y tras un callejear despistado por calles ya transitadas, suben por el empinado inicio de la calle Toledo, hasta el arco de entada a la plaza Mayor, donde les parece acceder a la ciudad medieval.

El aparejador les saca del error contándoles que fue Plaza del Arrabal, (barrio fuera de la ciudad), un caótico espacio situado fuera de la villa medieval.

El ingeniero se apunta a la batalla entre cronistas aficionados de la ciudad y les cuenta que cuando Madrid fue elegida sede de la corte y capital de España, el rey Felipe II pidió a Juan de Herrera un plan para remodelar este espacio.

Cruzan la plaza transversalmente con la referencia de la fachada pintada del edificio de la casa de la Panadería.

—Este edificio fue el primero que se construyó, ha sufrido muchas reformas, en su interior se encuentra el Salón Real, su fachada está decorada con murales pintados de dioses y demonios —se anticipa el ingeniero, señalándoles el blasón con el escudo de armas de Carlos III.

—El edificio de enfrente es la Casa de la Carnicería —no se rinde el aparejador.

—La Plaza ha sufrido tres grandes incendios y en su reconstrucción han participado grandes arquitectos —insiste Rafael.

—Fue el principal mercado de la Villa y el escenario de numerosos actos públicos, corridas de toros, ejecuciones públicas e incluso de la beatificación de San Isidro —cierra el aparejador las informaciones sobre la plaza.

El grupo sale por el arco que da a la Calle de la Sal, parándose frente al reloj animado que diseñó Mingote, <el relojero de la calle de la sal>, mientras observan enfrente a un grupo de vecinos imaginarios pintados por el dibujante.

Más adelante admiran la fachada decorada de la famosísima Posada del Peine, el hotel más antiguo de Madrid, de más de cuatrocientos años de antigüedad.

—Este hotel fue vecino de la Casa de Postas, punto de recepción y envío del correo real y de llegada de carruajes llenos de viajeros. El nombre le viene de la idea de colocar un peine en cada habitación, lujo sonado para la época —retoma la iniciativa el ingeniero.

Avanzan por la calle Postas, una de las más pateadas de Madrid por unir sus plazas más emblemáticas.

—Ese es el museo que más me gusta de Madrid —expone con guasa el extremeño, señalando al “museo del jamón”.

Entre risas y vaciles, aparecen en la calle Mayor, parándose a ver y oler los dulces de la “Mallorquina”, quizá la pastelería que más vende de España.

—En esta cafetería se produjeron recientemente conspiraciones secretas de presidentes y comisarios —les informa el ingeniero.

No entran en detalles al aparecer en la siempre concurrida Puerta del Sol, el corazón de la capital y de España.

Los foráneos no pueden evitar mirar el reloj de la torre del edificio, sede de la Comunidad de Madrid, imaginándose el siempre emocionante repicar de campanas, de cualquier noche vieja.

Descienden por la Calle Arenal, donde Javier les devuelve a la infancia enseñándoles la casa donde vivía el “Ratoncito Pérez”,

en una caja de galletas. No les narra la historia real del cuento, porque no la recuerda bien y no quiere inventársela.

Apenas avanzan unos pasos, cuando el jefe les hace entrar en el palacio de Gavira, una joya oculta de Madrid.

Pasean hasta llegar al patio central, donde se entretienen en admirar su arquitectura de columnas y barandales de forja y al elevar la vista descubren una bóveda de cristal que debía dar iluminación natural a estos espacios interiores, ocultada parcialmente por unas destructivas obras posteriores.

—En Madrid los patios interiores de muchos edificios son las verdaderas joyas ocultas de su arquitectura —reflexiona Javier que ha trabajado en la rehabilitación de algunos palacios madrileños.

Al salir se fijan en una escalinata digna de un palacio, que está sin iluminar y no permite el acceso a las plantas superiores.

—Por esa escalera se accede a la planta noble, fue discoteca muchos años, era alucinante cuando encendían las luces para echar a los más noctámbulos, ver las paredes y el techo fastuosamente decorados de estucos y pinturas —cuenta Rafael, con añoranza de sus años golfos.

—No pensaba que fueses tan fiestero —se atreve a comentar Ernest, con la confianza adquirida.

—Todos tenemos un pasado —expresa con una sonrisa.

—Se cuenta que había un pasadizo secreto entre este edificio y el Palacio Real, que la Reina Isabel II usaba para verse aquí con sus amantes —sigue Rodríguez con sus historietas.

—Pareces un novelista —apunta Jacinto divertido.

—Hay historiadores que afirman que se podría contar la historia de Madrid, por los paseos de sus personajes principales, por los túneles que salían del Palacio Real.

Al llegar a la altura de la fachada del teatro Joy Eslava, que es actualmente discoteca y lugar de conciertos muy conocido por los noctámbulos, Jesús ataca pícaro a su jefe.

—¿Otro templo de tú juventud?

—Fue uno de los templos de la <movida madrileña> —les informa Rafael, sin indicar si la frecuentaba mucho.

—Era una discoteca bonita pero agobiante y cara —recuerda tiempos mozos el veterano aparejador.

—¡Que carrozas sois! —sentencia con una sonrisa Ernest.

Se detienen frente a la fachada de la Iglesia de San Ginés, sin animarse a entrar y Rafael les señala el pasadizo de su izquierda y al final la chocolatería más famosa de Madrid, donde terminaban algunas de sus noches de fiesta.

Mientras reanudan la ruta, el aparejador retoma las crónicas y les resume su historia, que conoce porque acaba de leer un libro, firmado por el párroco, que es un gran especialista en arte.

<<Es una iglesia muy antigua que ya visitaba San Isidro, está dedicada al Santo San Ginés, mártir de Arlés, decapitado por no firmar un edicto de persecución contra los cristianos. Ha pasado por muchas vicisitudes, se hundió parcialmente por cimentarse en terreno arenoso, ha sufrido tres incendios, impactos de proyectiles y abandonos, que han obligado a muchas restauraciones, realizadas por los mejores arquitectos de cada época, hasta llegar al estado actual. Es un pequeño museo con grandes obras pictóricas y escultóricas que se completan con fondos del museo del Prado. La joya más preciada es el cuadro "La expulsión de los mercaderes del templo" del Greco, junto a su colección de inmaculadas. >>

—Esta calle se asienta sobre antiguas huertas, cuando la corte vino a Madrid se edificaron las casas de los nobles que ahora la conforman —les aclara el ingeniero.

Mientras avanzan a su aire, escuchando de fondo la música que tocan dos buenos concertistas del conservatorio, el aparejador charla con Jacinto.

Jacinto Caballero Segura es el administrativo de la obra, empezó en la empresa con Manuel y Rafael y lleva muchas obras a sus espaldas. Es un profesional capaz y valiente para pelear con trabajadores y subcontratistas y el que trata de poner orden en las cuentas de la obra.

—¿Llevabais mucho tiempo juntos?

—Hemos hecho unas cuantas obras —responde con expresión de reconocimiento por Manuel.

—¿Qué tal se trabajaba con él?

—Bien, en el tema administrativo delegaba bastante y asumía la responsabilidad.

—¿Teníais muchos problemas con los costes? —trata de conocer las circunstancias económicas de la obra.

—En esta primera fase, la estructura la teníamos bien subcontratada a una empresa con la que hemos trabajado mucho y no teníamos problemas.

—¿Cómo os iba con las administraciones?, sé por experiencia que en Barcelona no es fácil —trata de investigar.

—Es una pelea continua, nos multan por cualquier cosa, algo extraño en una obra oficial —le cuenta en confianza.

—Seguro que vuestra adjudicación no gustó a alguien.

—Eso nos comentaba el delegado cuando venía por la obra.

—¿Qué tal con Albert?

—Muy peleados con los costes de la delegación, nos cargaban a la obra muchos gastos generales, que nos parecían exagerados.

—¿Qué hacíais? —se interesa por su obra.

—Manuel llamaba a la central para que los retiraran de los costes de la obra y pedía a la delegación que los justificaran. Tenían unas discusiones importantes.

El grupo se agrupa de nuevo en la plaza de Isabel II, <la de Ópera para los madrileños>, que ha estado muchos años en obras para reformar la plaza y la estación del metro.

El jefe les cuenta que la empresa participó en la obra de la plaza, dentro de una UTE, <Unión Temporal de Empresas>.

—Aparecieron muchos restos arqueológicos pertenecientes a la Fuente de los caños del peral, el acueducto de Amaniel y la alcantarilla del Arenal, elementos que llevaron el agua a los edificios de la ciudad y sirvieron para evacuar los residuos, que han terminado en un museo en el interior de la estación.

—¿Por qué se encontraban enterrados los restos? —se interesa el joven técnico catalán.

—El terreno se encontraba a una cota inferior y cuando se urbanizó la plaza, al construir el Teatro Real, se enterraron estos elementos al elevar el nivel de la Plaza —interviene Jesús, que también participó en la obra.

Les señala hacia la calle Escalinata, donde se puede observar el nivel primitivo que debió tener la plaza, antes del relleno.

Reanudan la marcha con la vista frontal del Teatro Real, que les parece más monumental que arquitectónica, si eso significa realmente algo.

El ingeniero les enseña una maqueta de las murallas primitivas y les cuenta que en esta plaza se encontraba una puerta del recinto amurallado, con torres de defensa y que se conservan algunos vestigios en edificios de la plaza.

—Desde que es peatonal está muy animada, fue un lugar importante de las asambleas de jóvenes del movimiento del “15 M”, junto a la Puerta del Sol, donde se sitió la acampada —apunta Javier que lo vivió en su camino hacia el trabajo.

—Estuve a punto de venir a participar —confiesa Ernest que todavía mantiene el espíritu revolucionario de la juventud.

—Ha sido el primer movimiento político de juventud que se ha producido en España, exportable al mundo —afirma Rafael.

—Mi recuerdo de esta Plaza, es que vine a Madrid a ver la Guerra de las Galaxias al Real Cinema, uno de los mejores cines de la época, con un sonido espectacular —cambia el tercio el extremeño al verles tan serios.

—Que vacilón eres —le acusa el gallego.

Retoman la parte final de su paseo turístico por la calle Carlos III, con la visión del Rey Felipe IV, sobre un caballo encabritado, sostenido sobre sus regias patas traseras, que parece acercárseles, con la fachada del Palacio al fondo.

—Siempre me ha parecido, casi un milagro, el equilibrio de estas estatuas ecuestres —se admira el joven.

Rafael les informa que el escultor se basó de dos retratos del rey pintados por Velázquez y contó con la ayuda de Galileo para conseguir el equilibrio gravitatorio.

—El truco es macizar el cuerpo trasero del animal y dejar hueco el superior, sin quitarle mérito a lograr el punto de equilibrio —sentencia Jesús.

Al llegar a la Plaza de Oriente, quedan embelesados con una de las vistas más bonitas de la ciudad, apenas pueden centrar la mirada ante tantas imágenes impactantes.

El jefe les nota aburridos de la visita turística y les anima a sentarse a tomar la penúltima en alguna de las terrazas. Todos aceptan con alivio y optan por la del Café de Oriente.

—Tiene las mejores vistas de Madrid, me da rabia que cobren sin conocimiento —apunta el veterano aparejador.

—No pasa nada —quita importancia el gerente.

—En Barcelona estamos acostumbrados a estos precios turísticos —asegura Ernest.

Antes de sentarse, Javier les cuenta que en los edificios situados detrás de la terraza, estaba la <Casa del tesoro>, donde vivieron grandes arquitectos como Sebastián Herrera Barnuevo y Juan Bautista Sachetti, el arquitecto del palacio real y donde el mejor pintor de la historia Diego Velázquez, tenía el obrador en el que pintó <las Meninas>.

Mientras el grupo disfruta de las copas y el entorno, los efluvios etílicos inspiran la vena poética de Rodríguez.

—Me gusta pasear junto a la fachada del Palacio Real y seguir por la calle Bailen, que ahora es peatonal, por la polémica obra del túnel que la soterró, porque se destruyeron restos del antiguo Alcázar, de pasajes secretos y de algunas de las Mayras.

—¿Qué son las Mayras? —se sorprenden los visitantes.

—La tierra donde se asienta la ciudad es muy rica en aguas, los subsuelos están recorridos por arroyos que han quedado encajonados bajo el pavimento. Los árabes diseñaron un sistema de abastecimiento por medio de canales subterráneos que extraían y conducían el agua mediante alcantarillas y respiraderos, <viajes de agua>, que dieron origen al Canal de Isabel II —el sale a Rafael la vena ingenieril.

—Algunos historiadores cuentan que en estas “conducciones de agua árabes” está en el origen del nombre de Madrid.

—Las obras han dado lugar a uno de los paseos más bonitos de Europa, que nos lleva a visitar el Palacio Real y la catedral de la Almudena, que no ha calado en los madrileños, por santoral alejado de las devociones de la gente, que deja sola a la patrona, imagen que apareció al desprenderse un lienzo de la muralla donde estaba escondida —sigue el relato el inspirado narrador.

—Toma un trago, que te vas a ahogar —le corta Jesús.

Recuperado el resuello, retoma el relato de su inspirado paseo.

—Podemos descender por el final de la calle Mayor hacia la cuesta de la Vega, para visitar la cripta de la Catedral y admirar los restos de la muralla árabe, integrados en el parque dedicado a Mohamed I de Córdoba, considerado el fundador de la ciudad.

—Los madrileños somos gente abierta al mundo pero conocemos poco nuestra historia, que fue árabe y cristiana. Los dos recintos amurallados se entrelazaron en la historia, para fraguar el espíritu hospitalario de la ciudad —ejerce Rafael de madrileño.

—Cruzamos el viaducto del puente Segovia, famoso por sus vistas y por ser el lugar elegido para acabar con muchas desesperanzas, y hacer un alto en la zona de las “vistillas” para imaginar que bailamos un chotis con una guapa chulapa.

—No te imagino tan castizo —duda el extremeño de que sea tan <echao pa lante>.

—Alcanzamos la iglesia de San Francisco el Grande que tiene la tercera cúpula más grande de la cristiandad, observamos la Puerta de Toledo, que tiene una historia muy divertida de montajes y desmontajes para enterrar y desenterrar constituciones y podemos retornar el andar hacia la Plaza Mayor, saludar a la “Virgen de la Paloma”, la otra patrona de Madrid o empezar nuevos caminos como visitar el rastro, si es domingo.

Los compañeros han seguido el relato con la atención distraída, más entretenidos en las copas y en admirar relajados, los distintos rincones de la plaza desde su privilegiada posición.

Javier al que se le traba la lengua desde hace un rato, cede el testigo a Rafael para que narre también algún posible paseo. Éste acepta el reto, con el aviso previo, de no va ser tan poético.

—Desde la plaza podemos salir por la calle de Lepanto hasta la plaza de Ramales, donde se cree que está enterrado Velázquez y seguir hacia la Plaza de Santiago, donde se ubica la Iglesia de Santiago y San Juan Bautista.

—En esa iglesia empecé recogí la cédula, para realizar sólo el Camino Inglés en un lluvioso invierno —no puede Javier evitar interrumpir, con el recuerdo de un hecho que marcó su vida.

—Quien te manda hacerlo en invierno —le riñe el gallego con saudade por su tierra.

El delegado se inspira para contar que, a modo del Camino, desde esta plaza, se pueden empezar nuevas caminatas.

—Puedes dirigirte hacia la Puerta del Sol, poner a cero el kilometraje de las nuevas aventuras y visitar el barrio de las letras hasta llegar al Paseo del Prado, avenida emblemática de la ciudad, donde se ubica la mayor concentración de obras pictóricas del mundo, en los museos del Prado, Reina Sofía y el Thyssen.

—Se te olvida la segunda pinacoteca de España, el Museo de Bellas Artes de la Calle Mayor—apunta el aparejador con una sonrisa pícaro, porque lo acaba de visitar hace apenas unos días.

—Otro itinerario nos llevaría hacia la iglesia de San Nicolás, la más antigua de Madrid, cruzar la calle Mayor hacia la Plaza de la Villa y la Catedral Castrense, para adentrarte en el Madrid de los Austrias —termina sus caminos propuestos Rafael.

—Enfrente de esta iglesia, se perpetró el atentado contra Alfonso XIII, el día de su boda con la princesa británica Victoria Eugenia. El anarquista catalán Mateo Morral lanzó contra la carroza real un ramo de flores que contenía una bomba, desde el balcón de la pensión en la que se hospedaba, en el cuarto piso del número 88 de la calle Mayor. La bomba tropezó con los cables del tranvía y cayó sobre el público cercano, los reyes resultaron ilesos, pero hubo muchos muertos —no puede evitar Javier seguir con el relato de aventuras que recuerda.

—¡Como sois los catalanes! —apura Jacinto a Ernest.

—Se hizo anarquista en Alemania —sale en su defensa el jefe.

Con los cubatas en espera de ser repuestos, Rafael asume su puesto de responsabilidad y les comenta que deben dar finalizada la jornada, porque tienen que regresar a las oficinas.

Se levantan todos, se dan un fuerte apretón de manos con su nuevo compañero, que es el que se queda y se citan para verse pronto en Barcelona para retomar la obra.

—¿Qué te parece el equipo que tienes? —le pregunta Rafael.

—¿Qué Roy tenía mucha suerte? —responde con sinceridad.

—Quedamos mañana, luego te envió la hora —recuerda el jefe a su nuevo compañero.

—Hasta mañana a ti y hasta pronto al resto —se despide.

Toma dirección hacia la plaza de Ópera a coger el metro, mientras el resto se dirige hacia el aparcamiento.

Una vez en soledad, llama a su amigo Luis para contarle la decisión que ha tomado y anunciarle la visita a Barcelona.

—¿Qué tal bandarra? —contesta su colega.

—Demasiado bien creo —titubeante por los efectos etílicos.

—Te has tomado algunas copillas —le apura divertido.

—He comido con el equipo de obra —le ratifica entre risas.

—¿Qué tal es el equipo?

—Roy tenía un gran grupo que le quería y respetaba —trata de ponerse serio.

—¿Te han comentado algo del accidente?

—El encargado me ha dicho que revisó las protecciones de la cubierta el viernes con el técnico de seguridad, está muy afectado porque se siente responsable.

—¿Estaba en la obra a primera hora?

—Llegó tarde porque venía de viaje. No me preguntes más, que me duele la cabeza, mañana vamos a Barcelona, para organizar el reinicio de la obra.

—¡Qué bien!, te podías quedar unos días.

—Ya lo he organizado listillo, me quedo hasta el lunes siguiente, para ponerme al día.

—¡Perfecto valiente!, ya sabes lo que te tocar hacer.

—¿El qué?, no me asustes.

—Ir a ver a la Jueza a contarle tus impresiones.

—No me fastidies, con lo contento que estaba.

—No seas cobarde, que merece la pena y es muy guapa.

—Las mujeres y más las guapas suelen tener muy mala leche.

—No tienes opción, lo juraste con la caipiriña como testigo —comprende su estado alegre y le vacila.

—Acepto por nuestro juramento, pero como me hablen en catalán la organizo.

—La edad nos afecta, cada día estamos más tontos.

—Tú eres Guardia Civil y debías ser un poco más serio.

Luis se despide divertido al ver a su amigo contento y porque se van a encontrar pronto en Barcelona.

—Un abrazo, el lunes hablamos, que la resaca te sea leve.

REUNIÓN PARA REINICIAR LA OBRA

El nuevo jefe de obra se levanta temprano el martes, ha dejado avisado un taxi para que le vaya a recoger, el metro no funciona a esa hora y tiene que cargar con el equipaje.

El taxi concertado llega puntual y tras un breve recorrido sin tráfico, ni tiempo para conversar, llega a la estación de Atocha.

Javier abona la tarifa, se baja, recoge su pequeña maleta de ruedas, con el equipaje para una semana.

Se carga a los hombros su mochila de la suerte, en la que ha incluido su ordenador portátil, la cámara de fotos y la imagen de la virgen de Fátima que siempre le acompaña. La ha llenado de sueños por cumplir y experiencias profesionales que considera válidas para el nuevo proyecto a emprender.

Accede a la estación por el balcón superior del vestíbulo principal, desde donde divisa las siluetas de los jardines centrales, ocultos en una tenue iluminación, que parece querer preservar el sueño de una estación que se despereza con parsimonia.

Baja por las escaleras mecánicas al nivel inferior para confirmar en las pantallas, la dársena de salida de su tren, mientras piensa que no se siente cómodo en los invernaderos, le parece pelear con las plantas por el oxígeno y a veces imagina que hay escondida alguna carnívora.

Divertido con sus ocurrencias, se dirige a la planta primera, donde ha visto que tiene la salida su tren, a esperar a sus compañeros de viaje. No desayuna piensa hacerlo con ellos en el tren, para que el viaje se les haga más corto.

Llegan puntuales, el gerente ha pasado a recoger al arquitecto, porque un buen contratista siempre debe cuidar a la dirección.

Saluda a los dos con un ilusionado apretón de manos, en especial a Iñigo Suja, un maestro con él que siempre deseó compartir otra obra cuando tuviera más experiencia.

Franquean el control de vigilancia, acceden al vestíbulo de embarque y tras una breve espera pasan la revisión de acceso al andén, bajan por las escaleras mecánicas, localizan su vagón y entran en el moderno tren.

Los técnicos de la empresa se sitúan juntos, para comentar temas de la obra y las condiciones contractuales de Javier, el arquitecto toma asiento delante.

El AVE inicia con tranquilidad su marcha de salida de la estación, no parecería que vaya a circular a más de 300 km por hora.

Cuando el moderno tren se acerca a la velocidad de crucero, se dirigen a la cafetería a desayunar.

Piden unos cafés y unos sándwiches y ocupan una zona de la barra lateral, para conversar tranquilos sobre los objetivos de la reunión.

—¿Quién va a la reunión? —trata el arquitecto de situarse.

—De INGERCAT, vienen Jordi Rías y Pascual Bartomeu, de CHC; Oriol Álvarez y Joan Busquets

El nuevo jefe de obra no pregunta quien es quien, ya tendrá tiempo de identificarles en la reunión.

—Los de siempre —afirma Íñigo con gesto de aprobación.

—No sé qué tendrán preparado —duda el gerente.

—¿Qué vas a plantear en la reunión? —se interesa el director de la obra.

—Mi intención es no meterme en líos, quiero plantear que vamos a reiniciar la obra, proponer actualizar el acta de replanteo, (documento de inicio de la obra), presentarles al nuevo jefe de obra y establecer unos plazos de reuniones para avanzar en la contratación de fachadas, cubiertas e instalaciones.

—¿Viene a la reunión Albert? —interroga el proyectista, con intención, al conocer su complicada relación.

—La reunión es en nuestras oficinas de Cataluña —confirma sin citarle.

—¿Sabe que viene Javier? —temiéndose lo peor.

—No le he comentado nada.

—¿Sabes que se va a liar la mundial? —no puede Íñigo, reprimir un comentario irónico

—¿Por qué? —interviene preocupado Rodríguez, que desayunaba sin participar en la charla.

—Desde la adjudicación Albert intenta poner de jefe de obra a un técnico de Barcelona amigo suyo —le aclara el arquitecto, con gesto de <no sabes dónde te has metido>.

Rafael confirma que el delegado de Barcelona nunca quiso que Manuel fuera el jefe de obra y que su relación no era la mejor.

El aparejador evita plantear alguna de las dudas que se le vienen a la cabeza, por la presencia del arquitecto.

Entretenidos con la charla, les sorprende notar que el AVE reduce la marcha. Al comprobar que hace su entrada en la estación de Zaragoza, regresan a sus asientos para descansar el resto del viaje.

Una vez aposentados, el aparejador aprovecha para plantear a su jefe algunas cuestiones de la obra, con la intención de no presentarse en la reunión tan verde. El tema laboral que apenas han esbozado lo deja para otro momento.

—¿En qué fase está la obra?

—Está terminada la estructura, podemos empezar con albañilería que está ya contratada con una empresa de confianza.

—¿Cuáles son las gestiones más urgentes?

—Contratar las fachadas, cubiertas y las instalaciones, no van a ser gestiones fáciles.

—¿Por qué?, no entiendo cuál es el problema.

—Tenemos una dura pelea con la ingeniería y la propiedad, quieren que contratemos a las empresas que ellos nos indiquen y nosotros defendemos contar con las nos den más confianza técnica y podamos controlar.

—¿En qué situación están las adjudicaciones?

—Están en estudio, había quedado con Manuel para analizar los comparativos, ahora los revisaremos juntos.

—¿Qué les vamos a comentar si preguntan? —se interesa para no meter la pata.

—Les vamos a dar largas, les diremos que tenemos que analizar la documentación de Roy, que en unas semanas quedaremos para tratar el tema.

—¿Habéis tenido muchos problemas durante la obra?

—Desde la adjudicación, la situación ha sido muy difícil con la ingeniería y los responsables de la administración.

—¿Represalias por la adjudicación? —se atreve a preguntar.

—Nos llegan continuas inspecciones y multas, que recurrimos sin mucho éxito.

Al aparejador, que tiene experiencia en estas situaciones, le sorprende la decisión de la empresa de seguir adelante, contra todas las presiones.

—¿No os habría sido más fácil ceder y dejar la obra?

—Muchas veces pienso que debimos haber renunciado, pero Manuel se negó.

—Por el momento ganáis, la estructura está terminada.

—Tienes razón, la obra tomaba cuerpo, ahora vamos a tener que volver a empezar.

El tren llega puntual a la estación de Barcelona Sants y sin más demora que una visita a los aseos, toman un taxi para dirigirse a las oficinas de la delegación.

A su llegada a la sede la empresa, les recibe Albert Ferrer de forma fría, en compañía del resto de los asistentes a la reunión.

Los recién llegados tienen la certeza, por la ocupación de las mesas, las aguas y cafés consumidos, que llevan reunidos un tiempo.

El gerente que sabe que han llegado con puntualidad, les interpela con ironía.

—¿Hemos llegado tarde?

—Habíamos quedado un poco antes, se tiene que ir pronto —se justifica Albert, al que se le escapa una mirada cómplice con el resto de asistentes.

Les suena a excusa, son conscientes que han preparado la reunión sin ellos, para hacer causa común.

Albert Ferrer Ballester, responsable de la delegación de Cataluña, es un arquitecto que no ejerce como tal, dedicado a la gestión empresarial. Es una persona presionada por su ámbito familiar y profesional, más ocupado de la posición social que por integrarse en el equipo de obra como uno más.

En la reunión, aparte de Albert, participan por la empresa CHC; Oriol Álvarez y Joan Busquets y por la ingeniería INGER-CAT; Jordi Rías y Pascual Bartomeu.

Sin haber ocupado aun su asiento, cuando se saludan y se dan unas condolencias sin emoción, el gerente presenta al delegado de Cataluña y al resto de asistentes a Javier Rodríguez como el nuevo jefe de obra de la empresa.

El estupor se apodera de Albert que comparte gestos y miradas de sorpresa, con los responsables de la ingeniería y de la administración.

Después de saludarle, sin signos de bienvenida, ni siquiera cortesés, el delegado de Cataluña inicia una conversación directa con su jefe, abstrayéndose del resto de comparecientes.

—¡Joder Rafaell, no me has dicho nada —la rabia acumulada a la sorpresa, no le permite mantener la discreción.

—Ha sido todo muy rápido —se disculpa sin sorprenderse de la reacción, trae la respuesta preparada.

—Sabes que nosotros hemos propuesto a un técnico con experiencia para evitar problemas —le acusa, mientras busca en la mirada del resto, un gesto de apoyo.

—¿Nosotros? —le interroga el gerente, con gesto serio.

—El equipo de la delegación —trata de recular.

—¿Qué problemas? —le aprieta mirándole fijo a los ojos.

—Con Manuel Roy había muchas dificultades, se oponía a los acuerdos que yo presentaba y habíamos hablado de sustituirle.

—Me lo has pedido muchas veces y siempre te he contestado que la empresa asumía todas sus decisiones, que por otra parte, consultaba conmigo —expresa su malestar por tener que hablar este tema delante del resto de asistentes.

—Nunca con la delegación de Cataluña —acusa resentido.

—Desde la licitación, te hemos comentado que esta obra se gestionaba directamente de Madrid, que no dependía de la delegación, salvo para cuestiones administrativas locales, que por cierto, son las que peor va —zanja la charla y aprovecha para protestar por los problemas administrativos que sufren.

—¡Perdonal, no tengo nada contra ti, seguro que eres un gran profesional, pero esta obra necesita alguien que conozca cómo se trabaja aquí —se dirige directamente a Rodríguez.

—¿De aquí, de España quieres decir?, yo sé bien <cómo se trabaja aquí>, he dirigido una de las obras más importantes de la villa olímpica —le vacila con el callo de su experiencia.

En ese momento interviene el Arquitecto para comentar que es un gran profesional y tiene mucha experiencia en hospitales y obras de gran envergadura.

El delegado de Cataluña se queda sin argumentos, siente la mirada inquisidora de los responsables de la ingeniería y la administración y opta por dejar de ponerse en evidencia.

Rafael Camino corta el tema, expone que los objetivos de la empresa, son firmar un nuevo “acta de replanteo”, reiniciar inmediatamente la obra con los trabajos de albañilería y en semanas próximas reunirse para estudiar la contratación de los paquetes principales de obra.

—¿Pensáis pedir ampliación de plazo? —interviene Oriol Álvarez, responsable de CHC, con gesto imperativo.

Se percata que la propiedad puede buscar argumentos que pudieran suponer un incumplimiento contractual y recula en su planteamiento, para no dar pie a ninguna actuación.

—No, cumpliremos el plazo contractual, pensamos que era un trámite administrativo necesario por el accidente. Si entendéis que no es necesario, mantenemos el acta existente.

Los responsables de la Ingeniería tratan de comentar que las empresas principales de los siguientes trabajos ya están decididas, que lo pueden hablar en la reunión.

El gerente y el arquitecto frenan sus intenciones, con el argumento de que ahora lo importante es que la obra vuelva pronto a la normalidad, que el accidente ha sido un palo muy duro para todos.

Los técnicos de la administración hacen un intento de apoyar a los de la ingeniería, que parece preparado de antemano.

El gerente no les deja seguir, razona que deben ir despacio para evitar que se produzca un ruido mediático.

Este argumento desarma a los responsables de la administración y les obliga a consentir posponer las reuniones para dentro de un tiempo.

—¿Lleváis la coordinación de seguridad y salud? —aprovecha el aparejador para apretar a la ingeniería y acercarse al accidente.

—Si yo soy también el coordinador—confirma Pascual Bartomeu, el jefe de obra de la ingeniería.

—¿El accidente está ya cerrado?

—¿A qué te refieres?—se sorprende el coordinador.

—Queremos saber si se ha cerrado el informe del accidente —interviene el gerente.

—No ha sido necesario, se ha considerado como accidente no laboral —parece seguir un guion aprendido.

—Se produjo en la obra —incordia el nuevo jefe de obra.

—Fuera del horario laboral —apuntilla Jordi Rías.

—¿Qué ha dicho la inspección de trabajo? —interviene Suja.

—Ha cerrado el caso —informa Oriol, con tono severo para cerrar un tema que pone muy nerviosos a todos.

—Javier Rodríguez se refiere a que no se vayan a interrumpir la obra por esta razón —interviene Rafael, apoyado con un gesto de aprobación del arquitecto.

—Todo está bien, ya lo hemos solucionado en la delegación de Cataluña, zanja el tema Albert, dándose a valer ante los otros.

Las preguntas sobre el accidente, provocan indirectamente el efecto deseado por los llegados de la capital, se da por concluida la tensa reunión.

Rafael Camino les propone ir a comer, todos rechazan la invitación con diferentes y débiles excusas.

Se despiden fríamente, convocándose a próximas reuniones después de las vacaciones, ya en las oficinas de la obra.

Albert Ferrer hace un aparte con su jefe, para pedirle de nuevo explicaciones.

—Me tenías que haber consultado lo del jefe de obra nuevo, vamos a tener muchos problemas.

—No te preocupes, es parecido a Manuel.

—Ese puede ser el problema.

—La obra no va tan mal, ahí está la estructura terminada.

—Tú sabes porque lo digo, nada va bien, ya no podemos contratar obras con la administración, por no hacerme caso.

—Todo a su tiempo, a lo mejor nos sirve para conseguir clientes privados —zanja la conversación el jefe.

Los tres viajeros salen de las oficinas bastante aliviados, Rafael les pregunta que donde quieren ir a comer. El arquitecto propone que, si no les importa, podían ir a la estación y de esta forma salían pronto de vuelta para Madrid. Se va de vacaciones al día siguiente y así tiene más tiempo para prepararlo todo.

El ingeniero acepta encantado, también se va a ir unos días, al que se queda en la ciudad no le importa.

Llegan a la estación, adelantan los billetes y se acercan a la cafetería para comer tranquilos, tras la tensa reunión.

Cuando ya están sentados y más relajados comentan que la reunión ha ido conforme a lo previsto, que los responsables de la ingeniería y la administración lo tenían todo preparado con Albert para que se decidiera la contratación de los paquetes de obra importantes. Aunque la tensión ha sido importante, están satisfechos, e han conseguido no tratar el tema de las contrataciones.

—Se habrán quedado chafados —expone Rafael, con el asentido de sus compañeros.

—Las preguntas sobre el accidente nos han dado el cuartelillo necesario —apunta el arquitecto, con una mirada de reconocimiento al nuevo jefe de obra.

Durante la comida Javier tratar de informarse de quien es quien, para situarse en la obra que va a dirigir.

—¿Qué es la empresa CHC, que tiene ese nombre tan redondo?

—CHC (Construcción de Hospitales de Cataluña), es la empresa que se encarga de la gestión de los nuevos hospitales y del mantenimiento de los existentes—le informa el gerente.

—¿Es una empresa pública?

—Más o menos, los gastos son públicos y los beneficios de gestión privada —denuncia Rafael con una sonrisa cómplice con sus compañeros.

—No seas malo —le reprende divertido Suja.

—¿Quién es quién en la empresa?, no me enteré bien.

—Oriol Álvarez Alemany es Ingeniero de Caminos y el gerente de la empresa de gestión, es un cargo de confianza de asignación política. Es una persona influyente con grandes contactos en la administración, sin un currículum profesional relevante. Joan Busquets es Ingeniero Industrial, funcionario de carrera, más administrativo que técnico, sabe de tramitaciones y normativas, es el que valida las contrataciones —le pone al día su jefe.

—¿De la Ingeniería que me contáis? —sigue interesándose por los técnicos con los que va a trabajar.

—INGERCAT (ingeniería Catalana), es una ingeniería sin equipos técnicos, ni experiencia, hecha a medida de este proyecto de gestión de hospitales, gracias a los contactos personales.

—Jordi Rías Cervera es el gerente de la empresa, un Ingeniero de Caminos con muchos contactos en la administración.

—Pascual Bartomeu Ripoll es un joven ingeniero industrial, sin mucha experiencia en obras, es el jefe de obra nombrado por la Ingeniería para el control de la obra y el coordinador de seguridad y salud.

—Que gracioso, hacen dúplex de ingenieros, dos de caminos, dos de Industriales —bromea Rodríguez, provocando las risas cómplices de los tres técnicos.

—Los técnicos de edificación hemos quedado totalmente relegados, entre ingenierías y Project —expresa con pena el arquitecto con una mirada retadora al ingeniero.

—No sois muy buenos en la gestión, la organización y el control de obra —crítica el ingeniero.

—Entre todos hemos dejado que nos roben la cartera —interviene el aparejador, que aprovecha para contar una anécdota que le pasó en una obra.

<<En una obra de rehabilitación en Madrid, el arquitecto y el ingeniero de caminos responsable de la empresa de cimentación, se vacilaban todos los días por las capacidades asociadas a sus respectivas profesiones, con todo tipo de tópicos y chistes. Siempre ganaba el ingeniero hasta que un día el Arquitecto encontró un argumento que zanjó la discusión. No se puede llamar proyecto a una carretera de 20 kilómetros recta en las llanuras castellanas, eso es “una línea”, aunque le añadáis memoria y costes. Cuando la carretera se complica tenéis que seguir el trazado de los burros o la línea de las expropiaciones que marca el cacique de turno y si metéis la pata en el proyecto lo resolvéis con señales de tráfico, cuando tenías que poner <cuidado error del ingeniero>. Si los arquitectos nos equivocamos en el trazado de una escalera no podemos poner <peligro cabezada> o una señal de un cubo cuando aparece una gotera. >>

Ríen con ganas, mientras vacilan a Rafael que estaba muy creído, con la superior capacidad de gestión de los de su gremio.

El arquitecto piensa utilizar ese argumento con sus alumnos para subirles la autoestima, comenta que el verdadero chollo es tener contactos que te den trabajo, aunque no tengas experiencia, ni equipos técnicos preparados.

Debe ser fantástico tener el trabajo garantizado —reflexiona en alto el aparejador.

—Es lo que tiene estudiar en el mismo colegio que los jefes políticos —afirma Rafael.

—¿Por qué dices eso? —se sorprende Iñigo.

—Jordi Rías es compañero de colegio de Oriol, gracias al que ha conseguido introducirse en la administración.

—¿Cómo sabes tanto? —le insiste curioso.

—Me lo echaba en cara Albert, que también fue a ese colegio.

—Ahora entiendo muchas cosas —interpreta el director de obra.

—La prueba es el compadreo y las miraditas de la reunión— interviene Rodríguez.

—¿En qué colegio estudiaron? —cotillea Suja.

—En el Colegio Alemán.

—No parece muy nacionalista —incordia el aparejador.

—Es el colegio donde estudia la futura élite económica y política de Barcelona —informa el gerente.

—Me recuerda a cuando íbamos a jugar al fútbol al colegio del Pilar de los Marianistas, de allí saldrían muchos ministros y gente poderosa, pero nosotros les dábamos unas palizas humillantes —presume el de Carabanchel.

—¡Como sois de vacilones los futboleros! —apunta divertido Rafael con la confianza que empieza a tener.

—¿Con esta gente voy a tener que lidiar? —resume la situación de la obra, con gesto de preocupación.

—Nosotros te ayudaremos y tienes un buen equipo —le asegura su jefe con el apoyo del arquitecto.

—Tenéis razón, lo he podido comprobar al conocerles, con las instalaciones nos van a tocar mucho las narices con tanto ingeniero —afirma el aparejador que ya ha pensado en este asunto.

—En el estudio tenemos un gran técnico en instalaciones, si lo necesitas le enviamos de apoyo a la obra para ponerles en su sitio —le tranquiliza Iñigo.

—Todo es muy extraño, parece una trama organizada de muy alto nivel —apunta Javier, que ha vivido situaciones parecidas en otras comunidades.

—Es exactamente lo que parece —se suma el arquitecto a su reflexión.

En la relajada conversación que mantienen, a Javier se le escapa un pensamiento, que se le ha venido de repente a la cabeza. —Albert es un poco amanerado, ¿no?

Los otros comensales se miran y apenas esbozan una sonrisa sin definir. No sabe cómo interpretar el silencio, siente que ha metido la pata y se arrepiente de su expresión.

Hartos de hablar de la obra, pasan a comentar sus destinos vacacionales, de la ilusión por desconectar de unos y el deseo de integrarse de nuevo en Barcelona del que se queda.

Terminada la comida se acercan al embarque, se despiden con un fuerte apretón de manos.

Rafael ejerce de gerente y le solicita a su nuevo jefe de obra que si tiene un rato, revise la documentación de las ofertas y comparativos de los próximos bloques a contratar y después de vacaciones los comentan.

Iñigo y Rafael toman el AVE de vuelta a Madrid para el inicio de unas breves vacaciones.

El que se queda en la ciudad toma un taxi hacia el hotel, con la ilusión de quien inicia una nueva aventura profesional y la responsabilidad de conocer las dificultades a las que se va a enfrentar.

Pensaba sacar el tema del accidente en la comida, no se atrevió para no tensar el momento de complicidad que se había creado espontáneamente entre los tres.

Tampoco ha podido concretar su situación contractual, aunque no le importa, la nueva oportunidad profesional le tiene muy ilusionado.

RECUERDOS DE OTROS TIEMPOS

Nota del autor:

La descripción de los caminos y lugares de Barcelona, que recorren los personajes del libro, no pretenden ser una fotografía real, ha sido recuperada de los recuerdos del autor de su estancia en una ciudad que admira, pasados por el tamiz del tiempo.

Javier llega al Hotel Suizo, un establecimiento de tres estrellas recién rehabilitado, situado en la Plaza del Ángel, en pleno barrio gótico.

Se dirige directo hacia el mostrador para que le adjudiquen su habitación. El recepcionista se da cuenta que viene de LACOMA y llama al director.

Sale de las oficinas un joven y alto ejecutivo, que se presenta como Carlos Veneros Martín y aprovecha para desahogar sus sentimientos.

—Sentimos muchísimo lo de tú compañero, todos en el hotel le apreciábamos.

—Muchas gracias, ¡ha sido una gran putada! —se le escapa la expresión al tiempo que se disculpa.

—Es lo que ha sido, ¿le conocías mucho?

—De la empresa no, éramos amigos de la universidad, perdimos el contacto y ahora me han pedido que le sustituya.

—¡Bienvenido!, esperamos que estés bien con nosotros, ¿Te vas a quedar mucho tiempo?

—Esta vez, me quedo unos días para conocer la obra, luego vendré definitivamente.

—Si quieres te damos la habitación duplex de tú compañero.

—Preferiría que no, me traería muchos recuerdos —resopla el técnico.

—¡Perdona soy un idiota! —se apura Veneros.

—¡No qué va!, muchas gracias.

—¿Conoces Barcelona? —cambia el tercio de la charla, con ganas de informarle y reparar la metedura de pata.

—Un poco, trabajé aquí antes de la Olimpiada, aunque creo que ha cambiado mucho.

—Es verdad, en especial la zona del puerto.

—Es la zona donde trabajé, en aquella época, no había puerto, ni playa, de todas formas me he traído una guía artística para conocer Barcelona.

—Lo dicho, si necesitas cualquier cosa me lo pides, aunque todos te atenderán bien.

—Seguro que sí, sé por la empresa que mi compañero estaba como en casa.

Carlos es un joven y apuesto madrileño que ha estudiado una de esas carreras modernas, mezcla de economía y turismo. Encontró el trabajo gracias a su hermana Blanca, una joven y guapa psicóloga, que durante la carrera trabajó de azafata en los palcos del Santiago Bernabéu, lugares más de negocios que de fútbol, donde cogió tablas y contactos. Le presentó a un empresario de la hostelería que le dio la oportunidad de hacer las prácticas de la carrera.

Siempre ha sido valiente para la aventura, recorrió diferentes hoteles de la compañía en la fase de prácticas, ganándose con su trabajo y buen hacer su contratación. Surgió la oportunidad de dirigir este hotel en Barcelona, no le asustó el reto y lleva unos años en la tarea de modernizar la gestión, apoyado en su buen hacer y su carácter alegre.

Javier sube a la habitación, le gusta su moderna distribución, la vista de la calle y tener un espacio cómodo para trabajar.

Deshace la maleta a la desordenada manera de los desastres y se tumba un rato a descansar, no sin antes marear el mando de la tele sin buscar nada específico.

Apenas se queda un rato traspuesto, debido a los nervios y el cansancio.

Se levanta, se ducha y sale a dar un paseo por Barcelona para relajarse, tomar algo y volver pronto a descansar.

Tiene la intención de caminar según le dicten los recuerdos, aunque no olvida su guía, por si se pierde o necesita información.

Recorre la Vía Laietana hasta llegar al Passeig de Colom, donde cruza hacia el puerto deportivo.

Da una vuelta rápida por la zona de la dársena, viendo el mar y los barcos y observa a lo lejos las torres de la villa olímpica, recordando con orgullo la época en que trabajó en la finalización de una de ellas.

Durante el paseo llama a su amigo, habían quedado en verse para tomar una cerveza y celebrar su llegada a Barcelona.

Luis le comenta que se ha tenido que ir de viaje por un tema representativo, que llegará mañana no sabe a qué hora.

Respira aliviado por no tener que quedar, está cansado y quiere acostarse pronto.

—¿Qué tal la reunión? —se interesa el teniente.

—Va a ser difícil, aquí se traen un mamoneo importante —le informa sin muchas ganas.

—¿Hablasteis del accidente?

—Pregunté al coordinador y me salió con lo de que no es un accidente laboral, parece un argumentario que repiten como un mantra, cuando han hecho alguna golfada.

—¿Tú que piensas?

—Entre todos han acordado cerrar el accidente para que no se investigue, ni tenga ruido mediático.

—No lo van a conseguir, puedes con ellos y si lo ves difícil me llamas y los meto unas horas en el calabozo para que espabilen —intenta animar a su amigo, al que nota preocupado.

—Un buen susto no les vendría mal a estos pijos.

—No te olvides que mañana tienes una cita en el juzgado.

—No me lo recuerdes que me amargas el paseo.

—No seas melindres, luego me vas a llamar embobado y te voy a tener que aguantar. Sobre todo no te pongas colorado que te conozco.

—¿Cómo me presento? —trata de ponerse serio.

—Ellas lo saben todo, para el resto eres un perito que estudia un caso de patologías de un edificio importante.

—¿Ellas? —se sorprende, creía que sólo había quedado con la juez.

—Estará la secretaria judicial es tan guapa como la magistrada. ¡Tú de ligue y yo con burócratas! —bromea para animarle.

—¿Qué las tengo que contar?

—Todo, deben saber lo mismo que nosotros, cuéntales lo que piensas del accidente y las investigaciones que están en marcha.

—Lo intentaré, mañana te cuento como ha ido la reunión.

—¡Suerte!, hablamos.

Finalizada la charla con su colega, decide regresar por el Passeig de Colón, con la vista del mar en el horizonte.

Saluda a la estatua del descubridor y toma la Rambla en dirección al hotel, con la intención de tapear por el camino.

Un poco antes de llegar al Liceo, gira por el Carrer de Colom para aparecer, por intuición, en la maravillosa Plaza Real, su preferida y una de las pocas cerrada de la ciudad.

Mientras da una vuelta, observa el conjunto uniforme que forman los edificios con la planta baja porticada y sus fachadas decoradas. Le gusta mucho que sea peatonal, las farolas diseñadas por Gaudí no le impresionan mucho.

No se para a tomar nada, es un poco pronto, sale de nuevo a la Rambla, admira la fachada del Liceo recién restaurado después del incendio y gira por el Carrer del Cardenal Casañas.

Aparece en la Plaça del Pi, situada en el distrito de Ciutat Vella, donde se detiene frente a la fachada de la Basílica de Santa María del Pi, imagen del gótico catalán.

Recuerda que le contaron que el nombre viene de haberse encontrado la imagen de la Virgen en el tronco de un pino.

Admira el rosetón de la fachada, lee en su guía que es el más grande de Cataluña, una copia exacta del original.

Entra al interior, recorre su única nave, admira las vidrieras y se acerca a saludar la imagen gótica de Nuestra Señora del Pi.

Al salir se acerca a la terraza de un bar de la plaza, a tomar unas raciones con unas cervezas.

Terminado el tapeo, callejea en dirección al hotel sin mucha orientación. Aparece en la Plaça de Sant Jaume, que ya conocía, donde se ubica el Palacio de la Generalitat y la sede del Ayuntamiento de Barcelona, aunque aprecia su arquitectura, no le gusta el lugar, por ser donde celebra el Barsa los títulos.

Su errático, aunque ilustrativo caminar, le lleva a la Plaça Sant Just i Pastor, donde descubre la iglesia del mismo nombre.

Retoma su guía y mientras admira sus austeras fachadas, sin poder entrar por estar cerrada, lee entre líneas su historia.

<<Fue el último de los grandes templos góticos de Barcelona y se construyó sobre la antigua iglesia románica. Está formada por una nave central de cinco tramos, cubierta por bóvedas de crucería con claves de bóveda policromadas, ábside poligonal y seis capillas rectangulares entre contrafuertes y en la parte alta hay ventanas con vidrieras de colores del siglo XVI. >>

En una calle anexa encuentra un pub con buena pinta y decide entrar a tomar una copa antes de ir al hotel, que debe estar cerca, si no se ha despistado del todo.

Al acceder al local observa, de frente, una barra semicircular que protege la zona de oficina y el almacén interior.

Se sienta en un extremo, con una buena vista de todo el espacio.

El local está semivacío, lo que le permite observar su moderna decoración y las pantallas distribuidas por diferentes espacios.

Se ratifica en su idea de que en Barcelona hay locales muy bonitos, aunque con poco ambiente, no se agrupan en zonas, como sucede en la capital y en otras ciudades españolas.

Se acerca para atenderle una joven rubia de buen tipo, que le parece muy bonita. Le pide un ron cubano, para recordar otros tiempos.

La chica le sonríe con el desdén de las mujeres cansadas de soportar miradas indiscretas y torpes galanterías.

Nunca ha sido fiel a una bebida, cuando empieza una aventura le gusta elegir una copa fetiche, ha optado por el ron caribeño, que le parece más aventurero, normalmente luego se le olvida.

Cansado del madrugón, después de tomarse dos copas y alegrar la vista con la imagen de la guapa camarera, se dirige al hotel a descansar.

Localizado el hotel, casi por casualidad, se dirige directo hacia la habitación, tras saludar al recepcionista.

Mientras sube en el ascensor, piensa que su primer día en la Ciudad Condal, ha estado lleno de emociones intensas y recuerdos de otra época.

TIEMPO DE ARGUMENTOS Y RAZONES

Javier se levanta el miércoles, no muy temprano para lo que acostumbra, ha quedado en el juzgado a las diez de la mañana.

Desayuna tranquilamente en el bufet del hotel y da un paseo hacia su destino para hacer un poco de tiempo.

Por el camino piensa en la reunión del día anterior, no se puede quitar de la cabeza las miradas inquisidoras de los técnicos de la administración y la ingeniería, proyectadas sobre Albert y de su reacción de enfado totalmente desproporcionada.

Recuerda que durante sus caminatas apuntó entre los contras, no ser bienvenido por los técnicos de la obra y la delegación, no sospechaba que la situación llegara a tales extremos de presión.

Aparta de su cabeza esos pensamientos negativos y se entretiene en construir un relato para contar a las magistradas los argumentos que le llevan a pensar que no fue un accidente.

Llega puntual al edificio de los juzgados, completa los trámites de acceso, localiza el juzgado nº 8, se identifica ante el agente judicial como perito y le comenta que ha quedado con su señoría.

El funcionario le acompaña a la mesa de la secretaria judicial, que se levanta, le saluda cómplice y pasan juntos al despacho.

La magistrada Soler saluda le cortésmente y les invita a los dos, a sentarse frente a ella.

—¿Tú eres el amigo del tenorio de la Benemérita? —rompe el hielo, sin más preámbulos.

—Somos amigos desde el colegio, siempre ha sido así —le justifica con una sonrisa, desarmado por su familiaridad.

—Nos comentó que no querías venir —le apura.

—No me gustan los juzgados —afirma sincero.

—¿Por qué? —se le escapa a la secretaria.

—Dejé un puesto importante en una de las empresas más grandes de España para lanzarme al mundo empresarial, mis errores y la crisis se llevaron mi futuro por delante.

—No he debido preguntarte —se disculpa arrepentida.

—No te preocupes, todo se pasa y a veces actuó como perito.

—¿Fuiste el que iniciaste la investigación? —trata la juez de introducir el asunto, motivo de la reunión.

—Quedamos a comer en Madrid, entre recuerdos y cubatas me comentó el accidente, instintivamente me puse en el lugar del jefe de obra y se me escapó que no me cuadraba.

—¿Analizasteis el accidente? —insiste sorprendida.

—En ese momento no, por la noche algo se le removió en la cabeza que le empujó a llamarme temprano el sábado y quedamos a tomar unas cañas para investigar el accidente, conforme a lo que Luis recordaba de su visita al lugar del suceso.

Las responsables del juzgado se resisten todavía a pensar que no fue un accidente, sienten una mezcla de incredulidad y frustración. Dudan si estuvieron más pendientes de realizar un rápido levantamiento del cadáver, por la difícil situación de todos, que de hacer una investigación más precisa.

—¿Que no te cuadró? —intenta Soler entender las razones que les llevan a pensar que no es un accidente.

—Fue algo intuitivo, he tenido accidentes y la mayoría fueron distraerme a explicar algún trabajo y pisar donde no debía. Mi cabeza no debió asimilar que un experto profesional, sin estar los operarios en el tajo, pudiera precipitarse al vacío.

—Nos comentaron que había subido a poner una bandera en un poste, se tropezó y se cayó —argumenta la secretaria Font.

—Eso pensaba Luis, hasta que le convencí de lo contrario.

—Lo de la bandera lo entendimos con las explicaciones que nos dieron los técnicos —apuntilla Diana Font.

La magistrada retoma el interrogatorio, como si se encontrase en el estrado, lo que provoca una sonrisa del aparejador.

—Se pudo caer al poner la bandera.

—Era difícil tener un accidente, la bandera la iba a poner en un poste de la barandilla, no se tenía que subir a ningún sitio, no había riesgo aparente.

—Aunque parezca difícil, podría haberse tropezado.

—Para precipitarse tendría que haber arrastrado los listones de la barandilla en la caída y Luis me dijo que estaban en forjado.

—Es verdad, nosotras lo vimos, alguien los podía haber quitado previamente, por alguna razón que desconocemos.

—Hemos confirmado con el encargado que revisaron las protecciones el viernes a última hora y nadie más fue a la obra.

—Podría haber pasado —insiste crítica.

—Es mucha casualidad que se cayera por la única zona donde no había redes de protección.

—Sería la zona donde más se vería la bandera.

—Eso pensamos, pero al analizarlo despacio nos dimos cuenta que era justo lo contrario, en esa zona apenas se veía desde el exterior.

—¿Por qué no querían que se viera? —expresa sorprendida.

—Era más una broma, los que hemos trabajado en Barcelona sabemos lo que significa poner una bandera de España en una obra oficial.

Las juristas le dan la razón, sorprendidas porque hubiera trabajado en la ciudad.

Al notar su sorpresa les informa que trabajó en una de las torres emblemáticas del proyecto olímpico.

—¿Por qué no había redes en esa zona? —se incorpora la secretaria Font al interrogatorio.

—Era una zona de carga y descarga o se proyecta una ampliación de la edificación en esa zona.

Después de pensarlo, se inclina más por lo segundo, aunque lo tiene que confirmar en los planos.

—Tus argumentos son sólidos pero no definitivos —retoma Claudia el cuestionamiento.

—Eso me decía el teniente, hasta que comentamos otro hecho importante.

—¿Cuál? —le apremia con una mirada inquisidora.

—Analizamos que el cuerpo estaba muy cerca de la fachada, si se hubiera precipitado por un accidente, la parábola de la caída le habría alejado, solo un cuerpo inerte cae de esa manera.

—¿Crees que estaba muerto antes de caer? —se sorprende.

—No sabemos, he participado en investigaciones de accidentes de este tipo y no es una caída normal.

Las responsables del juzgado ya están convencidas que el accidente es muy extraño y se tiene que investigar.

No quiere ocultarles nada, les informa que le han propuesto ser el jefe de obra, que aceptó y ha venido a Barcelona para ponerse al día.

Le dan la enhorabuena sincera, aunque apuntan que no saben si es una oportunidad o un enorme marrón.

—Quizá sea mi última oportunidad de reengancharse al mundo de las grandes obras —se confiesa sincero.

—Llámanos Claudia y Diana vamos a trabajar juntos.

—Gracias, yo soy Javier, el señor lo perdí hace tiempo. Mañana investigaré porque no había redes en la zona de la caída.

—No es tú responsabilidad —inquieta la juez, con la aprobación de su compañera.

—Nos hemos juramentado para encontrar la verdad, pusimos en marcha la <OPERACIÓN CAIPIRIÑA> y los de Carabanchel no nos podemos volver atrás.

—¡Estáis fatal los dos! —bromea Diana.

—Al analizar los hechos nos pusimos del lado de la familia y en mi caso fue peor, al descubrir que el accidentado era un amigo de la universidad.

Las juristas le dan sus condolencias y comentan que confirmaron a los agentes que se sumaban a la investigación.

En el clima de sentimientos cómplices que ha surgido espontáneamente, les propone contar cómo han ido las investigaciones, aceptando ellas su propuesta con interés.

Cuenta con detalle la reunión en la sede de LACOMA, y la amenaza de su jefe a Rubén por haberse reunido con un Guardia Civil, prohibiéndole dar información y dando por cerrada la investigación del accidente.

Las responsables del juzgado entienden el porqué de tanto secreto en la investigación, deducen que la intención es proteger al mosso, que va a investigar lo más discretamente posible y aunque se les acumulan las preguntas, dejan que siga con su relato.

—Los agentes plantearon unas líneas de investigación; hablar con trabajo, la empresa de vigilancia y la familia. Pelayo organizó una reunión con el inspector, con la excusa de tener que hacer su informe, apelando a la complicidad entre funcionarios.

—No sabía que los polis tenían tanta imaginación —apunta Diana, a la que le cuesta estar callada.

Se le escapa un gesto que parece querer expresar <no lo sabes tú bien>, mientras retoma su información.

—El inspector explicó al mosso que al final no tuvo que hacer el informe porque su jefe le dijo que no se consideraba un accidente laboral.

—¡Es una barbaridad totalmente injusta! —le interrumpe la juez visiblemente enfadada.

—La decisión nos hace sospechar de presiones para tapan el asunto —se suma el técnico a su indignación.

—Se salvan todos —ratifica enfadada la secretaria Font.

—Han conseguido que quede oculto ante la opinión pública.

—El informe podría haber dado lugar a nuestra investigación —apunta la jueza, sin mucho convencimiento.

—Lo más grave es que se culpa al jefe de obra fallecido de imprudencia, lo que deja a sus familiares sin derecho a recibir una indemnización de los seguros —informa el aparejador.

Estas últimas palabras se clavan en el corazón de las magistradas, que reflejan en su rostro una pena y rabia apenas contenida.

—Pelayo se ha reunido con el vigilante de la obra y ha descubierto que había otra persona con Roy en la caseta de obra cuando él se fue a primera hora.

—¿Sabéis con quien estaba? —le interroga seria la magistrada.

—¡Tenemos una sospecha! —se le escapa, no quería adelantar nada sin pruebas.

—No nos tengas en ascuas —le inquiere la secretaria.

—Pensamos que estaba con Albert, el delegado de la empresa en Cataluña, sabemos que el encargado llegó más tarde.

—¿Por qué pensáis eso? —recupera el modo interrogatorio la magistrada.

—Nos extraña que estuviera en la obra tan temprano y recibiera a los policías, el vigilante dijo a Rubén que vio un hombre trajeado con Roy, son muchas coincidencias.

—¿Han hablado con él los agentes?

—Desde el día del accidente no han querido hablar, para no ponerle sobre aviso y estropear la investigación.

Expuesta la sospecha, les informa de la reunión del mosso, con el patriarca de los gitanos y lo que se comenta en <radio obra>, sobre cómo funcionan las cosas en estas obras.

Las jefas del juzgado recuperan el ánimo, al comprobar que hay abiertas vías de investigación.

El técnico cambia de tercio para contar que Luis quedó con la familia de Roy en Logroño, comió con su hermana y su marido y quedó muy afectado.

—¿Les comentó lo que pensabais? —se preocupa la más joven, más sensibilizada, por las largas ausencias de sus padres.

Los padres de Diana, diplomáticos de carrera, han vivido en permanente viaje por el mundo. Sus muchas ausencias contribuyeron a que la joven conformara una personalidad indecisa, escondida tras un espíritu alegre.

—No llevaba intención, al conocerlos no lo pudo evitar y les comentó la verdad.

—¿Cómo se lo tomaron?

—Parece que se lo esperaban, su padre repetía una y otra vez en el funeral, que no se había caído.

—¿Vio a los padres?, ¿cómo están? —sigue interesándose.

—No les vio, su hermana le dijo que estaban muy afectados, que no les dijera nada hasta saber la verdad.

Recuperados de la emoción, Javier cuenta que la familia no sabía nada del trabajo de Roy, pero les dieron unas pistas para investigar.

—¿Cuáles? —se suma Claudia al emocional interrogatorio de su compañera.

—Roy llevaba siempre un ordenador portátil personal en su mochila, que no ha aparecido y un tema un poco más personal.

Al ver su cara de sorpresa, hace una pausa para darle un poco de emoción, antes de contarles que su familia pensaba que tenía una amiga, porque le veían más contento e ilusionado.

—La gente de la obra la conocerá, igual ella tiene el ordenador —apuntan las chicas, más receptivas en estos temas.

—Roy era una persona discreta, sus compañeros no me contaron nada, igual llevaban poco tiempo.

—¿Qué pensáis que tiene el ordenador? —recupera la magistrada la iniciativa en las preguntas.

—Creemos que puede tener información de los comparativos y ofertas de las unidades principales, de los costes y ojalá de quien le presionaba y de las posibles corrupciones.

Terminado el relato de las investigaciones realizadas por los agentes, las juristas le requieren que es el momento de contar las razones por las que piensan que existe un caso de corrupción.

Reconoce su valentía por no apartarse de la investigación y les relata que empezaron a sospechar la posibilidad de que se trate de un asunto de corrupción, cuando conocieron lo que sucedió en la contratación oficial de la obra y las presiones recibidas por LACOMA para que renunciara a la adjudicación.

—¿Hablamos de comisiones por las adjudicaciones de obras? —le interroga Claudia.

—Creemos que se trata de una trama más importante que las meras comisiones por la adjudicación de obras. El objetivo es incrementar el precio de las obras, para repartirse cantidades mucho más importantes que los populares porcentajes —expone con seguridad el técnico.

—¿Cuál sería la trama organizativa?

—Es una estructura bien organizada que parte de la adjudicación de la obra a una <empresa amiga>, para tener el control de los costes y las contrataciones.

—¿Tan fácil es preparar las adjudicaciones? —muestra su sorpresa.

—Hay gente con experiencia de años, que ha perfeccionado el proceso y la información corre como la pólvora, entre funcionarios y políticos.

—¿Cómo funciona? —se interesa.

—El primer paso es formar una mesa de contratación controlada a nivel técnico, administrativo y político, situación que no se quiere eliminar porque se acabaría el chocho.

—De las Constructoras también —apunta crítica la secretaria.

—La no participe será eliminada de las adjudicaciones.

—¿Esto pasó en la adjudicación de la obra? —trata de centrar en la trama la magistrada.

—Se intentó, gracias a Roy y el gerente de la empresa no lo consiguieron.

—¿Cuáles pueden ser los siguientes pasos de la trama?

—El siguiente paso, es la elaboración de pliegos técnicos y administrativos a medida de la adjudicataria elegida. Se da más valor a los criterios subjetivos, como la calidad de la oferta técnica, frente a los objetivos, como el presupuesto. Se incluyen cláusulas de experiencias en obras similares, de conocimiento del proyecto, totalmente arbitrarias y se juega con los plazos de presentación de las ofertas para dificultar a las empresas, no participantes de las tramas, la presentación de sus propuestas.

—Todas están en igualdad —no entiende el argumento.

—No creas, en esta obra, la operativa está más perfeccionada, se ha pervertido el proyecto, con el incremento de las mediciones de la estructura y otras partidas, para tratar de obtener un valor más alto de adjudicación.

—Los ofertantes tienen la misma información —insiste.

—Si avisas a la <empresa amiga>, de las modificaciones interesadas del proyecto y el presupuesto, puede presentar una baja mayor y una mejora del plazo, al conocer el alcance real de la obra. Sabe que se le compensará durante la ejecución y facilita la apariencia de legalidad de la adjudicación.

—¿Por qué no funcionó en esta obra?

—Pese al poco tiempo que tenían para realizar la oferta, Roy se dio cuenta de los <errores>. La empresa revisó el proyecto, detectó muchas de las incorrecciones interesadas, decidió arriesgarse y presentó la mejor oferta técnica, de plazo y económica.

—¿Que falló, si la mesa estaba controlada? —argumenta muy metida en la trama.

—Al estudio de arquitectura se le había dado voto en la mesa de contratación, para dar una imagen de transparencia. Al descubrir los errores de la ingeniería, se negaron a que eliminaran de la licitación a la empresa, por baja temeraria, o causas administrativas. Amenazaron con retirarse y no se atrevieron a seguir con sus intenciones, de momento, para evitar un escándalo internacional.

—¿Qué es una baja temeraria? —se interesa la secretaria Font, que ha respetado las interpelaciones de su jefa.

—Es cuando se decide que la oferta económica de una empresa está muy por debajo de la media del resto, debe estar establecido en el pliego del concurso y no era el caso.

—¿Por qué “de momento”? —retoma las preguntas la juez.

—Se puso en marcha el plan B, convencer a LACOMA para que renunciara, por las buenas; con la adjudicación pactada de otras obras y como no funcionó se intenta por las malas; inspecciones, multas y la eliminación de la contratación en las obras públicas y muchas privadas de Cataluña.

—¿Por qué resistió la empresa, no les habría sido mejor ceder?

—Querían entrar en Cataluña y la obra era importante para su imagen internacional.

—¿Por qué no lo dejan, en otra obra se conseguirán las comisiones —trata de cerrar el tema de la posible corrupción.

—El alcance de la trama es superior a las comisiones de la adjudicación, con estas únicamente se pagan los favores iniciales.

—Alguien debe estar muy enfadado —deduce la secretaria.

—Las presiones son importantes, el dinero de estas tramas no está en los mediáticos 3, 4, 5 %, la malversación principal está en el incremento del valor final de la obra, frente a su coste real.

—El 3% es un asunto muy grave —protesta Diana.

—Da para para comprar a los partícipes, no para grandes fortunas. El desfaldo más importante es el incremento exponencial e irreal del coste de la obra, para repartirse los beneficios.

—Si la obra no la ejecuta una <empresa amiga>, como tú dices, no se puede organizar esta trama —apuntilla la jefa del juzgado que en este punto ya entiende el proceso mafioso.

—Se ha adjudicado <a dedo>, de la gestión de la obra a una ingeniería también <amiga>, para mangonear a capricho.

—Con tantos <amigos>, no vais a tener control de la obra —le avisa divertida Claudia, al recordar su nueva responsabilidad.

—No creas, el director de la obra es el responsable legal y la constructora s la responsable última de la contratación. Descubiertos los errores de la estructura, durante su ejecución, Roy tenía el control de la obra, la guerra empezaba con la adjudicación de los paquetes de obra de más coste.

Para que terminen de entender la situación, les narra la reunión del día anterior con los técnicos de la administración y de la ingeniería y las presiones para adjudicar los siguientes paquetes de obra a las empresas que ellos proponen, donde seguramente esperan recuperar los beneficios previstos.

—¿Cómo te atreves a venir a dirigir la obra, en estas circunstancias? —se sorprende Diana.

—He vivido situaciones parecidas, si formamos un equipo unido seremos capaces de sacar la obra adelante.

Las responsables del juzgado, que no pensaban que estas tramas eran tan complejas, le plantean una cuestión principal.

—¿Cómo vamos a demostrar la corrupción?

—Luis me contó que la Guardia Civil investiga la trama en otras obras y yo puedo investigar desde dentro —puntualiza Javier para aportar algo de optimismo.

—¿Por esta razón nos avisó el teniente?

—Creo que sí, piensan que la punta de la pirámide puede llegar a lo más alto.

—¿Creéis que la corrupción ha tenido que ver algo con el accidente? —cambia de tema Claudia para finalizar.

—Los agentes no encuentran relación y ya os he contado las vías de investigación que tenemos.

—¿Tú que piensas? —insiste.

—Que tiene que ver, pero no logro establecer la relación.

—No tienes que involucrarte, las presiones pueden ser importantes para todos y en estos casos a veces no se pueden encontrar las pruebas —interviene Diana sincera y reflexiva.

—No tengo nada que perder, vosotras si tenéis que ser prudentes, los pocos funcionarios valientes que han luchado contra la corrupción han sido represaliados, apartados de sus funciones y en muchos casos arruinados en los juzgados.

—En los juzgados nos defendemos bien —afirman al unisonó, con una sonrisa cómplice.

—No hay voluntad para eliminar este tipo de corrupción, sirve para ganar elecciones, comprar y enriquecer políticos, funcionarios, empresas y medios periodísticos.

—Es difícil descubrir estos casos —le regaña la jueza.

—La estructura funcional, que deberían controlar, forma parte de las tramas y hace casi imposible eliminarlas.

—¿Qué harías para solucionar este problema? —trata de ser positiva Claudia.

—Obligar por ley a que las mesas de contratación deban estar formadas, por técnicos y funcionarios independientes que controlen todo el proceso de contratación, sin relación con el organismo promotor de la obra.

—Si hacen eso, pierden el control —apunta la magistrada.

—Tú lo has dicho, se les acabaría el chollo a todos.

—Después hay que controlar la obra —cuestiona la secretaria.

El aparejador mira a las juristas, con un gesto divertido de aprobación, por lo bien que han entendido el funcionamiento de estas tramas. Piensa que como caiga un caso en sus manos a alguien se le va a caer el pelo a la sombra.

—Es verdad, hay que controlar el proceso de construcción, las adjudicaciones posteriores, los precios y ampliaciones, que se gestionan sin competencia real.

—¿Por qué no se denuncian estas prácticas? —insiste Diana.

—El que denuncie está muerto profesionalmente.

—Te vamos a tener que fichar —propone la jueza.

—Cualquier técnico que haya dirigido obra pública sabe cómo funciona. Lo de ficharme no sería buena idea, con mi currículum de fracasado, nadie me otorgaría credibilidad.

—Nosotras sí —responden casi a la par.

En ese momento entra el agente judicial, para avisarlas de que se tienen que preparar para el próximo juicio.

Javier hace ademán de despedirse con un cortés apretón de manos, Claudia se adelanta y le da dos besos y Diana hace lo propio, sacándole los colores.

Antes de abandonar el despacho, cuenta que los policías le han pedido que sea el intermediario con ellas, no deberían investigar, uno no tiene jurisdicción y al otro se lo prohibió el tocapelotas de su jefe.

Las responsables del juzgado le dan su conformidad y las gracias por participar.

INESPERADA COMIDA FAMILIAR

Al salir a la calle Javier toma instintivamente el móvil y llama a Luis para contarle como le ha ido en la reunión. Extraño tic en quien veía como pijerío exhibicionista, a los que hablaban por la calle con los primeros móviles.

—¿Qué tal la reunión, ha sido tan dura? —le responde directo su amigo.

—Todo ha ido muy bien.

—Eso que no querías ir, ¿no te habrás enamorado, que eres un poco mayor para ellas? —le vacila al notarle algo eufórico.

—¡Que cabronazo eres!, las chicas son guapas, inteligentes, profesionales y valientes, uno desearía tener veinte años menos.

—Me gustaría quedar contigo pero estoy fuera de Barcelona todo el día, no sé cuándo regresaré, llama a Rubén y cuéntale todo, es el responsable de la investigación.

Siguiendo las indicaciones, llama a Rubén Pelayo y una vez presentados telefónicamente, trata de contarle lo sucedido en la reunión.

—¿Eres el amigo del golfo de Luis? —le corta al identificarle.

—Le aguantó desde el colegio —se defiende, sorprendido por la ocurrencia y su divertido acento, que no es como se imaginaba, tras la mala imitación de su amigo.

—¿Por qué no vienes a comer a casa? —le invita, dejándole totalmente descolocado.

Sorprendido por la espontanea propuesta, trata de excusarse, no es muy de ir a casas ajenas.

Pelayo le comenta que a su mujer le va a hacer ilusión hablar con un técnico que, está muy nerviosa con la oposición y no se puede negar. Su anfitrión queda en enviarle la dirección al móvil.

Da un paseo para hacer tiempo hasta la hora de ir a comer y por el camino decide comprar unos juguetes para las niñas. No le gusta llevar nada de comer o beber, siempre le ha parecido una <americanada>.

Al recibir la dirección en el móvil, decide tomar un taxi para no perderse.

La vivienda se sitúa en una urbanización nueva, de gente joven, en un barrio de las afueras de Barcelona.

Al llegar a la dirección y tras bajarse del taxi, se acerca al vigilante de la finca y le comenta que ha quedado con Pelayo. El encargado del control de accesos, le deja pasar y le señala el portal al que debe dirigirse.

Pasea por una urbanización interior con piscina, pistas deportivas y de juegos, que le parece bien proyectada para parejas jóvenes con niños. Encuentra el portal, llama al telefonillo y tras abrirle, sube al piso indicado.

Rubén sale a recibirle, se dan un fuerte apretón de manos y tras entrar le presenta a su mujer Pilar. Una guapa y joven ingeniera, con la que inicia una divertida conversación, como no puede ser de otra manera con una gaditana de pro.

—Tú eres el amigo del don Juan de la benemérita.

—Somos amigos desde el colegio —le hace gracia escuchar de nuevo el mote.

—¿Siempre ha sido así de vacilón?

—Era muy divertido, cuando salíamos de fiesta ligaba para él y para todos, siempre ha sido muy ligón, sin ser egoísta, ni pesado.

—No va a sentar nunca la cabeza —afirma convencida.

—Esperemos que no cambie, me ha hablado mucho de ti y de las niñas, le tienen loco.

—Le quieren mucho, hacen con él lo que quieren.

Fue nombrarlas y aparecer dos preciosas niñas rubias, Elena y Teresa que se muestran tímidas, sin alejarse de su madre.

Cuando su padre les da los regalos de parte del invitado y descubren los peluches de peces, pierden la prudencia de golpe y se organiza la revolución.

Sin más ceremonias, se sientan todos a comer, Rodríguez, que es de familia numerosa, se siente como en casa.

El joven mosso no tiene prisa, le toca guardia de noche y se incorporará más tarde al trabajo, su mujer tampoco tiene que ir a trabajar por la tarde.

Después de comer y jugar con las niñas, la madre se lleva a las gemelas a la habitación, para intentar que duerman la siesta, algo difícil con tantos nervios.

El técnico aprovecha para poner al día al agente de su reunión con las responsables del juzgado.

La mujer no tarda mucho, consigue que se duerman abrazadas a sus nuevos peluches y se une a la sobremesa.

El aparejador pregunta a la ingeniera por la oposición, escucha sus impresiones, se ofrece a ayudarla en lo que necesite.

—Te veo ya de jefe de proyectos, pronto habrá que hablarte de usted —le anima.

Rubén está encantado, al ver a su mujer con la ilusión reflejada en sus bonitos ojos verdes, mientras comenta temas técnicos con un compañero. Hace mucho que no la veía tan ilusionada, pide en su interior que <ojala Dios la ayude a sacar la oposición>.

Durante la charla sale el tema del accidente y Pilar confiesa que le da mucha pena, que debía ser un gran profesional.

Javier les cuenta que todos tienen un punto que les une, <el amor por las tierras gaditanas y soñar con volver a la bahía.

Las anécdotas vividas en esas maravillosas tierras ocupan el resto de la entrañable jornada, hasta que el técnico decide irse, para dejar al mosso descansar un rato.

—No me extraña que Luis os quiera como a su familia —comenta antes de salir.

—Tú también formas ya parte de la familia, eres amigo de Luis y te has ganado a las jefas de la casa.

Después de despedirse del matrimonio con un abrazo sentido, sale triste de la urbanización. No puede evitar sentir que ha llevado una vida mucho más solitaria de lo que planificó de joven.

Piensa en tomar el metro para recordar otros tiempos, observa una parada de taxis y decide tomar uno en dirección al hotel.

Al entrar en el vestíbulo de recepción saluda a los recepcionistas, mientras se dirige al ascensor.

El director, que hace gestiones en el despacho, le escucha y sale a interesarse por cómo le va por la ciudad y su hotel.

—¿Qué tal tú primer día por Barcelona?

—Muy liado —responde agradecido.

—¿Has dado ya una vuelta por la ciudad?

—¡No he tenido tiempo! —resopla con gesto de agobio.

—¿Qué tal con el catalán? —Manuel me comentaba que estaba hartito, le costaban mucho los idiomas.

—A mí me pasa igual, soy un negado, pero me he recorrido media España y Portugal, haciendo obras y no he tenido problemas, tenemos un lenguaje común —se confiesa con naturalidad.

Aprovecha la cordialidad del joven y le cuenta que donde no entendía nada era en Cádiz, que el gaditano cerrado es imposible de entender y se inventan las palabras, que no entendía ni las canciones de los carnavales,

—En Barcelona mucha gente te habla en catalán para crear barreras —se le escapa un reproche que siente.

Carlos le da la razón y le anima a entrar a cenar, con el recuerdo de que a Manuel le gustaba mucho.

El huésped acepta y sin subir a la habitación entra en el restaurante, con el compromiso de informarle sobre la calidad de la comida y el servicio.

La cena del hotel le gusta mucho y al finalizar decide acercarse a tomar una copa al pub del día anterior. No quiere subir a dormir tan pronto, la preciosa camarera también tiene mucho que ver.

Acierta con el pub a la primera, un mérito grande para un despedido como él.

El local está casi vacío, se congratula al observar a la camarera del otro día.

La joven se le acerca para atenderle, la nota menos distante, aunque igual es más un deseo que la realidad.

Sigue con su apuesta y pide un ron caribeño con hielo, como los verdaderos piratas.

Le ve más guapa que el día anterior, su belleza natural, le hace ir muy sexi, con un simple vaquero y una camiseta con el anagrama del pub.

No se atreve a charlar con ella, por su timidez, al menos consigue que recuerde su bebida, a base algunas repeticiones y sacarle una sonrisa al despedirse.

Regresa contento en dirección al hotel, con la cabeza llena de imágenes de rubias y morenas en juzgados y bares.

Con las copas tomadas se ha relajado de una jornada de tantas novedades y consigue dormir de un tirón.

VISITA A LA OBRA

El aparejador, se levanta temprano el jueves, desayuna en el bufet del hotel y se dirige animado hacia la obra, con la intención de ponerse al día.

El nuevo hospital se ubica cerca del edificio que ayudó a terminar, en una zona próxima a la que fue Villa Olímpica, donde dormían y se divertían los atletas.

Recuerda lo que le contaron, compañeros que tuvieron la suerte de quedarse durante la Olimpiada, que era una fiesta mundial de gente joven. En la primera semana el ochenta por ciento están eliminados y el reto más difícil para la organización, es conseguir que los que se juegan las medallas puedan descasar.

Entretenido en sus recuerdos llega a la obra, se presenta al vigilante como el nuevo jefe de obra. No se sorprende, está avisado por su empresa y la constructora, le acompaña a la oficina, la abre y le entrega unas llaves, para que sea independiente.

Se sienta en la mesa de Roy, en el despacho de los técnicos, momento en que le sobreviene la angustia por el recuerdo del suceso acontecido.

Al ir a encender el ordenador, se cerciora, fustado consigo mismo, que no conoce la clave de acceso. Duda un momento, observa que sobre la mesa hay una ficha con todos los teléfonos de la empresa y decide llamar a Ernest, el ayudante de obra.

—¡Que tal jefe! —contesta el joven, que tiene localizado el teléfono desde la reunión en Madrid, sorprendido por la llamada.

—Perdona que te moleste, estoy en la caseta para intentar ponerme al día y al ir a encender el ordenador, me he dado cuenta de que no pregunté la clave.

—Para todos la clave es “LM-B01”, <en mayúsculas y guion medio>. Estoy cerca de Barcelona si quieres me acerco —se ofrece sincero.

—Muchas gracias, no hace falta, vinimos a la reunión que os comentamos para empezar la obra y me he quedado unos días.

—¿Desde el accidente habéis accedido a los ordenadores? —se pone en el papel de investigador, que tiene asumido.

—Los del equipo no, de la delegación no sé, tienen llaves y el jefe sabe la clave, a veces ha usado alguno.

—Descansa y diviértete —se despide cariñoso.

—Si lo necesitas me llamas —insiste sincero.

—El fin de semana regreso, nos vemos pronto y me pones al día.

Tras la despedida, enciende el ordenador y empieza a revisar, sin mucha concentración, la organización de los documentos de la empresa.

Encuentra la carpeta <OFERTAS>, al abrirla descubre las sub-carpetas de <ESTRUCTURA > y <ALBAÑILERÍA>. No entra en ellas, estos paquetes de obra, sabe por el jefe que ya están adjudicados por la Constructora.

Le sorprende no encontrar las carpetas de fachadas, instalaciones y cubiertas, que le pidió Rafael analizar. Razona que igual están en otro ordenador de la oficina o los tendrían en la central.

No le da mucha importancia, ya tendrá tiempo de analizarlas, no merece la pena molestar a su jefe, ni al equipo de obra por un par de días. Su intención principal al quedarse, era conocer el proyecto y ver la obra ejecutada.

Empieza a sentirse agobiado y decide visitar la obra para despejarse. Al salir de la caseta, recuerda que uno de sus objetivos era descubrir porque no había redes en la zona de la caída.

Se sitúa frente a la estructura en el alzado del accidente, alza la vista para tener una perspectiva completa y observa que la estructura de las plantas superiores está protegida por una red sujeta en unas horcas ancladas a los forjados y el resto de las plantas por barandillas. Acredita que en la esquina derecha del alzado, desde su punto de vista, sólo existen barandillas en todas las plantas. Se cerciora que es la zona donde se produjo la caída, todavía se apreciaba en el suelo la mancha de sangre mal limpiada.

Localiza la grúa más próxima y observa que el giro de la pluma apenas cubre esta esquina, lo que le lleva a concluir que no podría ser una zona de carga y descarga, porque en la punta es donde se soportan menores cargas.

Comprueba lo que le comentó su amigo, de que efectivamente esa zona apenas se puede ver desde el exterior, al estar tapada la perspectiva por otras edificaciones.

Se dirige hacia el acceso de la estructura para subir a revisar la zona desde donde se precipitó su amigo. Pasa por el lugar de la caída, sin parase a mirar para no imaginarse la dantesca situación.

La experiencia profesional le lleva a observar que los cantos de los forjados, en la zona de la caída, tienen placas de anclaje metálicas en todas las plantas. Deduce que en el proyecto debe existir un módulo edificatorio adosado, razón por la no había redes en ese espacio. Al descubrir las horcas en el suelo y un acopio de estructura metálica, corrobora que las acababan de quitar, para iniciar el montaje de la estructura del cuerpo de edificio anexo. Ratifica su razonamiento al ver las zapatas de cimentación con las placas de anclaje ya ejecutadas.

Sube nervioso las escaleras, directo hasta el último forjado, con la imagen que se ha creado del accidente en su cabeza. Al llegar arriba no puede evitar acercarse a la zona de la caída. La encuentra como su amigo la describió, con los tablonos de la barandilla en el suelo y los postes de sujeción inalterados, embebidos en el forjado. Se cerciora que alguien debió quitar los tablonos, o los hubiera arrastrado en su caída.

Desde la atalaya testigo del accidente, se imagina la parábola de caída del cuerpo alejándose de la fachada. Se ratifica en la sospecha que sólo podría quedar cerca, si el cuerpo cayó inerte.

Se le viene a la cabeza un accidente suyo en una obra en Madrid, que le sucedió por ir a observar un detalle constructivo, cuando ya se iban a comer. Se cayó por el hueco de la escalera y chocó con la barandilla de ambos lados.

Da gracias, de nuevo, a su ángel de la guarda, porque llevaba el <plumas> que amortiguó el golpe.

No se libró de un moratón impresionante, algunas costillas rotas y muchos dolores durante los meses próximos. No lo dijo en la empresa porque al día siguiente se iba precisamente a Barcelona, ni a su madre por no asustarla.

Respira fuerte, recuerda su compromiso con la verdad y se dirige a la escalera para iniciar apenado el descenso.

La mucha obra pisada, le lleva a darse cuenta de la existencia de un palet de bloques de hormigón del forjado sin abrir.

Observa unos rotos y piensa que el gruista le debió dar un golpe. Apenas presta atención a una extraña mancha oscura en el forjado, situada en la proximidad.

Baja las escaleras, entra en la caseta y comprueba en los planos que efectivamente, en la zona de la caída se ha proyectado una escalera de emergencia exterior, que justifica la puntual falta de las redes de protección.

No tiene ganas de trabajar, con tan encontrados sentimientos revolviéndole las entrañas.

Apaga el ordenador y guarda en una carpeta con el anagrama de la empresa, algunos planos y documentos, para revisarlos en el hotel o sentado en alguna terraza.

Sale de la caseta, se despide del vigilante, abandona la obra y se da un paseo hacia el puerto olímpico.

Le hace ilusión comer en esa zona y observar cómo ha cambiado, desde que se fue camino de otras aventuras.

Al llegar a su destino, pasea por el entorno y admira las dos torres, el Centro Comercial y el puerto olímpico. Descubre porque es una de las zonas de ocio principales de la ciudad actual.

Se acerca a ver la escultura situada tras la torre y se fija en la base de granito negro que armoniza con el zócalo de la torre.

Recupera en su imaginación, que días antes de la inauguración estuvieron a punto de volarla, por una imprudencia de los instaladores que produjo una acumulación de gases que ocasionó una explosión en una base.

No hubo accidentados y milagrosamente muchas piedras de granito se levantaron para volver a caer en su sitio. Apenas se rompieron algunas piezas que fueron rápidamente reparadas.

Este accidente sólo lo conocieron los que hacían el turno de noche, no lo revelaron a los jefes, para evitar problemas a los imprudentes.

Imagina divertido la que se habría liado, si días más tarde viene el escultor a inaugurar su obra y la encuentra flotando en el mar.

Con una sonrisa por el recuerdo de aventuras pasadas, reflejada en su rostro, se sienta en la terraza de un restaurante italiano con vistas a la obra en la que participó.

Al atenderle el camarero, pide una ensalada César y unos <pennes a la arrabiata>, comida que ya traía pensada.

Mientras espera que le sirvan, recuerda con añoranza, otras muchas aventuras de una obra fantástica a la que le mandaron sus jefes de Madrid, para ayudar a su terminación antes de la Olimpiada.

El camarero no tarda en servirle, al comenzar la degustación descubre los <pennes>, más arrabiata de lo que pensaba. Nada que unas cervezas no puedan aliviar, en el paladar de quien le gusta el picante.

Disfruta del entorno, mientras recuerda con emoción, que en los apenas seis meses en que participó en este proyecto, consiguió más experiencias que otros compañeros en muchos años de vida profesional.

Terminada la sobremesa da un paseo hasta el hotel para descansar de tantas emociones.

No ha quedado con su amigo que todavía no ha regresado de su viaje, lo que le permite organizarse a su manera.

UN PASEO POR LA BARCELONA MODERNISTA

Después de descansar un rato en el hotel, se ducha y sale a dar una vuelta por la ciudad para recordar viejos tiempos, no se olvida de su carpeta y la guía por si se aburre.

Al pasar cerca del mostrador se despide del recepcionista, que aprovecha para desahogar sus sentimientos.

—Nos acordamos mucho de Manuel, nos enteramos por la policía, todos lo sentimos mucho, era una persona fantástica. Bajaba a cenar casi todas las noches, luego se quedaba en la sala de espera, unas veces a trabajar con su portátil y otras a ver el fútbol, nos metíamos con él por ser del Madrid.

—Jugábamos al fútbol juntos en la universidad, yo también soy muy madridista, aquí me voy a hacer del español —trata de sacarle una sonrisa.

Sale del hotel, toma la Vía Laietana en sentido contrario al día anterior y tras su callejear errático habitual, aparece en la Pla de la Seu, donde se ubica la catedral de Barcelona.

Detiene su caminar para admirar su fachada gótica, no entra porque ya la conoce y su idea es dar un paseo por barrios más modernos.

Recuerda que en este lugar han existido diferentes templos cristianos desde el siglo IV y que la iglesia actual no se terminó hasta principios del siglo XX. Cree que siempre ha sido el patito feo del arte barcelonés, quizá por estar tiempo inacabada.

Abre su guía y se informa, con una lectura <salteada>, de algunos aspectos de su historia y construcción.

<El nombre completo es Catedral de la Santa Cruz y de Santa Eulalia, en honor de quien fue única patrona de la ciudad, antes de compartir el título con La Virgen de la Mercè. Los orígenes más remotos la sitúan entre los siglos III y IV y corresponden a una basilica que destruyó al Mansu en torno al siglo IX. En el siglo XI se empezó la construcción de una nueva sede románica, de la que se conservan pocos elementos ya que fue demolida a medida que avanzaban las obras del nuevo templo de estilo gótico, iniciado en el siglo XIII y finalizado en el siglo XV. Quedó pendiente la fachada, que fue construida en estilo neogótico a finales del siglo XIX.>

Retoma el paseo por la Avinguda del Portal de l'Àngel y aparece por intuición en la Plaza de Catalunya, desde donde, ya sabe iniciar el recorrido por el Passeig de Gràcia, su plan inicial.

Atraviesa la plaza para transitar por una de las calles más visitadas de Barcelona. En anteriores visitas le contaron que esta avenida surgió del derribo de las murallas y que tras la Exposición Universal, la burguesía empezó a instalarse en este paseo.

Comienza su andadura por la acera de los impares, solo se detiene frente a los edificios que más le gustan, mientras observa de pasada, los escaparates de tiendas muy reconocidas.

Hace su primera parada ante el edificio de la Unión y el Fénix, del que destaca su grandiosa cúpula ornamental, adornada por el Ave Fénix en su parte superior, que le recuerda a otros edificios singulares de la compañía de seguros.

Recuerda cuando recorrió España para dirigir la reforma de oficinas de Banesto, en la convulsa época de Mario Conde, cuando descubrió que la entidad y su aseguradora eran propietarios de muchos de los mejores edificios de España.

Se vuelve a indignar por la expropiación de un banco histórico con más de 2.000 oficinas y un patrimonio arquitectónico invaluable, para regalárselo a un <empresario amigo>, que dirigía un pequeño banco regional con menos de 200 sucursales en aquella época. Su opinión, fundada en su experiencia, es que el creciente poder de la corporación industrial, junto con el financiero y las ínfulas políticas, puso nerviosos a los poderes fácticos.

Entretenido con sus rebeldes argumentos, llega a “La manzana de la discordia”, nombre, que le contaron, se debía a que en ella conviven obras de tres de los más destacados arquitectos del modernismo catalán; Antoni Gaudí, Puig i Cadafalch y Domènech i Montaner, de estilos muy diferentes.

Se para ante la Casa Amatller, realizada por el arquitecto Puig i Cadafalch, declarada monumento histórico artístico.

Observa su estilo modernista, mezcla entre el gótico catalán y el flamenco. Entra al vestíbulo del que arrancan dos escaleras, como era costumbre en aquella época, una para el piso principal y otra para el resto de vecinos. Antes de salir, presta atención a la tienda y la oficina de información sobre el modernismo.

Unos pasos más adelante, se detiene de nuevo delante de la Casa Batlló, para admirar la obra del genial arquitecto Antoni Gaudí, proclamada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco.

Al llegar al encuentro con la Avenida Diagonal, decide cruzar el paseo, para regresar hacia la plaza, por la otra acera y poder admirar los edificios desde una perspectiva diferente.

Se detiene frente a la Casa Milà, otra joya modernista de Antoni Gaudí, que se ha convertido en uno de los edificios más famosos de la ciudad. Diseñada para el acaudalado hombre de negocios Pere Milà, la llaman "La Pedrera", por su gran parecido con un precipicio de roca caliza.

Mientras admira la impresionante obra, no puede evitar sentir pena por el jefe de obra y el encargado, por la dificultad de dirigir un proyecto, que más bien parece una escultura.

Durante el paseo de regreso, reconoce que en esta avenida hay grandes edificios, aunque no le parecen superiores a muchos de Madrid, como pontifica la corriente <ilustrada> de la arquitectura, salvo la Casa Batlló que si le parece una maravilla única.

Recuerda que en sus paseos por Madrid hay dos edificios que le fascinan; el Edificio Grassy, que tiene el honor de llevar el número 1 de la Gran Vía, construido por el arquitecto Eladio Laredo y el edificio Metrópolis, uno de los más representativos de la capital, que aparece en muchas postales de la ciudad.

En sus momentos más poéticos, imagina que son las proas de dos gigantes barcos que navegan por la Gran Vía, en dura competición por llegar primero a saludar a la Diosa de Madrid.

No se le olvida que su <tercer barco favorito>, proyectado por el arquitecto barcelonés José Grases Riera, que está varado en la calle Alcalá 14, esquina con la calle Sevilla, sometido a una reparación con la "Operación Canalejas".

Al llegar, de nuevo a la Plaça de Catalunya, decide entrar en un restaurante italiano a tomar una ensalada, para guardar la línea.

Terminada la cena, da un paseo hacia el hotel, con la idea de tomar una copa en el pub que conoce, antes de irse a descansar de su caminata urbana.

El pub está algo más animado, se sitúa en la misma esquina de sus anteriores visitas, en la que se siente bien, en soledad.

Deja la carpeta apoyada sobre la barra, no tiene ganas de repasar los documentos. Siente una alegría mal disimulada, cuando se le acerca la joven rubia que le tiene impresionado. Le parece que se muestra más simpática, quizá ya no le identifica como un borde de los habituales.

Está embobado, no puede dejar de mirarla, aunque intenta hacerlo con discreción y vergüenza a partes iguales.

Tan ensimismado estaba con la visión, que no se da cuenta que el pub se ha llenado de aficionados del Barsa con bufandas y camisetas, no se acordaba que se jugaba un partido amistoso.

Su primera intención fue irse, luego pensó que tenía la posición en la barra ganada, la compañía lejana de una bonita camarera y se quedó a ver si el Barsa le da una alegría con una derrota. El partido no le va bien a los culés, lo celebra en su interior para no provocar y se divierte con la salida indignada de los hinchas.

La joven ha podido ver sus reacciones, que le son muy reconocibles y al pedirle otra copa no puede evitar comentarle.

—¿No eres del Barsa verdad?

—¿Se me nota mucho?

—¡Bastante! —contesta con una sonrisa pícar.

—Soy madridista, me voy a tomar otra para celebrarlo.

—¿Cómo vienes aquí, todos son del Barsa? —se anima a preguntarle, cuando el pub se ha quedado casi vacío.

—No lo sabía, llevo solo unos días en Barcelona.

Pierde un poco la timidez, por la confianza que le ha dado la joven y le comenta que tiene un acento muy gracioso y habla muy bien español. Sonríe agradecida y le cuenta que lleva ya dos años en España, aunque en Barcelona apenas tres meses.

En ese momento se fija en la carpeta con el anagrama de la empresa, le parece conocida y se atreve a preguntarle.

—¿En que trabajas?

—Soy el jefe de obra de la construcción de un hospital.

Le cambia la cara, se le pone una expresión mezcla de curiosidad y angustia, que se refleja en sus preciosos ojos azules.

—Tengo un amigo que trabaja en la obra de un hospital —se anima a contarle.

El técnico se queda blanco y mudo, no sabe cómo reaccionar, se le caen encima los sentimientos acumulados desde que descubrió el accidente y lo sucedido desde entonces.

—¿Qué te pasa? —se intranquiliza, al verle tan afectado.

El nuevo jefe de obra apenas puede contener la emoción, respira profundo y se anima a responder.

—He venido a sustituir a tú amigo —con temor a su reacción.

—A sustituirle, ¿por qué?, ¿se ha ido?, hace días que no le he visto, no ha venido a despedirse —se le suceden las preguntas, sin esperarse nada malo.

Resopla de nuevo, da un buen trago de ron, vuelve a respirar profundo y con los ojos humedecidos, tartamudeando con voz imperceptible, apenas acierta a decir.

—Ha tenido un accidente en la obra.

—¿Que le ha pasado? —le corta la joven, ya muy nerviosa

—Ha tenido un accidente grave y ha fallecido —expresa apenado, sin poder contener la emoción, por su amigo y por la joven, a la que ve muy afectada.

La joven apoya las manos a la cara, solo acierta a repetir ¡no puede ser!, una y otra vez, mientras las lágrimas saltan de sus enrojecidos ojos, hasta resbalar por su rostro en una cascada desconsolada.

No sabe cómo animarla, saltaría la barra para darle un abrazo fuerte, no se atreve, solo repite, que lo siente mucho.

Cuando el llanto se torna en un gimotear nervioso, no puede evitar pensar, que en este momento tan triste, está guapísima.

Aparta de la cabeza, con sentimiento de culpa, el pensamiento y le ofrece su pañuelo, para que seque las lágrimas que recorren un rostro limpio sin maquillar.

—¿Era muy amigo tuyo? —se anima a preguntarle, para tratar de calmarla.

No logra desacelerar los latidos de su corazón y sin dejar de sollozar a ratos, se anima a contar su historia.

—Nos estábamos conociendo, venía casi todas las noches, me trataba bien, no como muchos de los pijos que pasan por aquí que piensan que son superiores, nos hicimos amigos, quedamos a comer alguna vez y sin querer empezamos a...

No termina la frase, no hacía falta, se entendió perfectamente lo que sentía, sus ojos eran incapaces de mentir. Coloca de nuevo las manos en el rostro y rompe a llorar.

La deja recuperar la calma, en este vaivén de emociones que vivían, protegidos por la tranquilidad de un pub vacío y cuando se tranquiliza, inicia de nuevo su relato.

—Hace unas semanas le comenté que me había quedado sin el piso donde vivía con unas amigas, porque el dueño lo necesitaba. Me comentó que estaba cansado del hotel y quería alquilar un apartamento, la empresa le había buscado uno y le daba pereza ir sólo. Me propuso compartirlo, sin pagar, como dos estudiantes, sin ninguna intención, ni compromiso, poca gente es tan noble.

—¿Qué pasó? —se atreve a seguir preguntándola, al verla un poco más tranquila, aunque imagina la respuesta.

—No volví a saber nada, al principio pensé que se habría tenido que ir a Madrid, como hacía a veces para dar cuentas en la empresa, o a su pueblo a ver a sus padres.

—Te habría llamado —argumenta convencido.

—Eso quería creer, empecé a preocuparme, pensé que se había arrepentido que ya no quería que compartiésemos, nunca me imaginé que le había pasado nada malo.

Al notar que la emoción vuelve a dejarle afectada, le cuenta que para él también fue muy duro cuando se enteró que era un amigo suyo de la universidad, lo que provoca la complicidad de los sentimientos compartidos.

Llegado el momento de la despedida, la camarera sale a dar un beso emocionado al amigo de Manuel, que provoca un abrazo sentido, terminado el cual, el aparejador reacciona y se presenta.

—Me llamo Javier Rodríguez, estoy para todo lo que necesites, en lo que te pueda ayudar me lo dices.

—Muchas Gracias, soy Katia —expresa agradecida, apenas un poco más serena.

Se vuelven a dar dos besos y quedan en verse pronto, al menos es la intención de Javier.

En ese momento a la joven se le viene a la cabeza un hecho, que había olvidado con los nervios vividos.

—Manuel me dejó un ordenador portátil.

—¿Por qué te lo dejó? —se interesa sorprendido por un descubrimiento que le parece vital.

—Me dijo que se iba a cenar y no quería ir cargado.

—¿Cuándo vino la última vez?

—Era domingo, no recuerdo que día.

El técnico mira en el calendario del móvil y comprueban que fue el día antes del accidente.

—Era muy despistado, muchas veces se dejaba las carpetas que llevaba —razona Katia.

Al técnico le asaltan muchas dudas; quizá no fue un despiste, igual quería protegerlo. No las expresa en alto, para no alertar a su nueva amiga, se emociona al pensar que puede ser una pieza clave en la investigación.

—¿Dónde lo tienes?

—Está en casa de una amiga, donde me quedo provisionalmente, si quieres mañana te lo doy.

—Perfecto, mañana regreso.

—Nos vemos.

—¡Lo siento mucho, de verdad! —vuelva a darle unas compartidas condolencias.

—Gracias, lo siento también por ti, que erais amigos.

Durante el corto paseo de regreso, que ya es una tradición, siente pena por la pareja que empezaba a quererse.

Lleva el corazón “partio”, como en la canción, la tristeza ocupa una parte, la otra está repleta de esperanza.

Ha podido avanzar en dos de las principales líneas de investigación marcadas por sus amigos policías; conocer a la amiga de Manuel y localizar el ordenador. Hechos que podrían aportar las pruebas necesarias, para resolver muchas de las hipótesis planteadas sobre la corrupción y quizá sobre el accidente.

Toma instintivamente el teléfono para llamar a Luis, no lo hace, piensa que es tarde, lleva unos cubatas de más y muchos sentimientos acumulados. Sabe que no se lo va a contar bien y decide llamarle temprano al día siguiente.

Llega al hotel cansado, sube a la habitación y se echa pronto en la cama para intentar descansar, sabe que le va a resultar casi imposible con tantas emociones acumuladas.

AVANCES INESPERADOS

No consigue dormir, se despierta sobresaltado por un sueño extraño que no acierta a identificar.

La sensación es de extraña esperanza, como si alguien le hubiese llevado a descubrir algo que no puede recordar.

Se levanta para dirigirse a la nevera, en un intento de calmar la sed, provocada por el calor y la humedad, antes de regresar a la cama para intentar retomar el sueño.

Muchas veces, cuando tiene un problema que no acierta a resolver o una decisión que tomar, es en estos momentos de semiconsciencia, entre sueños y realidad, cuando ha conseguido encontrar una solución.

No iba a ser una excepción, algún espíritu persistente aporrea su cabeza, hasta que un suceso sin procesar, en algún lugar de su veterano cerebro, se coloca en la portada de sus reflexiones.

Se le aparece la imagen de la mancha y los bloques de hormigón rotos, que observó por la mañana sin darles importancia.

Al procesar repetidamente la visión, en su desgastada imaginación, el corazón se le acelera; y si la mancha es sangre de alguien y si es de Roy que se golpeó en esa zona antes de caer y si y si...

El resto de la noche, la pasa entre vueltas por la cama y luchas con los <¿y si?>

Apenas descansa, sólo espera la salida de un nuevo sol, para compartir con su amigo sus descubrimientos y buscar juntos las respuestas a sus dudas.

Se levanta ilusionado por lo imaginado y porque <por fin>, es viernes de una semana larguísima.

Se ducha para aclarar ideas y sudores, hace su visita matinal al bufet y sale a dar un paseo en dirección a la obra.

Lo primero que hace es llamar a Luis para contarle emocionado, lo sucedido el día anterior; su encuentro con Katia, el ordenador, la mancha en el suelo y el palet de bloques rotos.

Sucesos que han agitado su corazón como una coctelera, responsables de su insomnio nocturno.

—Frena un poco, no me cuentes todo de golpe —trata de contener su explosión verbal.

—Tienes razón —reconoce tras su disertación.

—No puedes coger el ordenador, para no contaminar las pruebas —le avisa.

—¿Qué hacemos?

—Si quieres quedamos esta tarde, después del trabajo, sobre las ocho en el hotel y te acompaño a recogerlo.

—Perfecto, así nos vemos y tomamos las copas que me debes, por dejarme abandonarme en Barcelona.

—¿Piensas que la mancha es de sangre? —retoma su papel investigador.

—Cuando la vi en la obra no le di importancia, entre sueños pensé que sí, ahora lo veo factible, coinciden la mancha y los bloques de hormigón rotos del palet.

—¿Vas a ir a la obra hoy?

—No toco nada, ya lo sé —se anticipa.

—No seas listillo, tienes que llamar a la juez.

—Perdona, estoy de los nervios, ¿qué la tengo que contar?

—Todo lo que ha pasado, proponle que si está de acuerdo envíe a un forense amigo para investigar, sin oficializar el tema para mantener la discreción.

—Ahora las llamo y te cuento lo que me dicen.

El oficial queda esperanzado por las vías que se han abierto, en una investigación que estaba en vía muerta.

Más relajado tras la conversación con su amigo, llama al juzgado, le pasan con la secretaria judicial, que le comenta que la jueza está de viaje en unas conferencias.

Le informa de lo sucedido con Katia, de lo que observó en su visita a la obra y de la propuesta del teniente de enviar un forense por la tarde.

—Me parece perfecto, cuando termine en el juzgado como algo rápido, me cambio y voy a veros.

Queda muy sorprendida por el repentino avance de las investigaciones. Le gustaría compartir los hechos con su jefa, la deja un mensaje para hablar con ella cuando tenga un momento.

Realizada la gestión y concertada la cita, llama al teniente para que organice la visita del experto.

—Envío a un compañero para que analice el escenario, si no te importa, llama a Pelayo y ponle al día, por si también quiere ir.

Se siente como el <correveidile> de los agentes, no le importa está muy ilusionado con los avances de la investigación.

Deja un mensaje al mosso, como han quedado para asegurar la discreción. En estos casos de <presunta corrupción>, nunca se sabe cuál es el alcance de los cortafuegos establecidos.

Pasa la mañana en la obra, entretenido con su análisis de planos, presupuestos y la planificación de la obra, para definir los caminos críticos y las actuaciones más urgentes a realizar.

Le hubiera gustado analizar los comparativos y las ofertas de las fachadas, cubiertas y las instalaciones, como quedó con su jefe, no ha podido, al no encontrarlas en el ordenador de Roy, ni en ningún otro de los de la oficina.

Con la ilusión de su nueva oportunidad laboral, se olvida por un rato de lo sucedido, hasta que recibe la llamada segura del agente Pelayo.

Le pone al corriente de los hechos y de la reunión de la tarde, el mosso le informa que le gustaría acudir a la reunión, pero el vigilante le conoce y puede estropear la investigación.

—Infórmame luego de cómo ha ido todo —se despide con ilusión por los aparentes avances en la investigación.

Apura la jornada, organiza los documentos y ordena la oficina, no quiere empezar dando imagen de desorganizado.

Se le ha hecho tarde, decide comer en la cafetería en la que han quedado, para estar tranquilo sin preocuparse del tiempo.

Al despedirse del vigilante, le avisa que por la tarde va a volver con unos compañeros, para evitar sospechas.

El forense llega puntual a la cafetería, el aparejador, que tras la comida ya esperaba en la barra, le reconoce por el maletín y se acerca a presentarse. Le saluda como a un colega, el teniente le ha comentado que son amigos del colegio.

Carlos Iborra Gómez es un forense experto, de la quinta de Luis, con el que trabajaba en investigaciones antiterroristas.

Es una persona inquieta y nerviosa, oculta tras un caparazón de calma, tiene esa mirada inteligente por encima de las gafas, de los que dominan su especialidad.

De mediana altura, mantiene la complexión atlética en las pachangas de fútbol siete.

Sin tiempo para confidencias, aparece Diana muy juvenil con unos vaqueros, una camiseta y unas botas de campo. Parece una estudiante, no la sería responsable del juzgado que es, los veteranos la saludan con respeto, tras presentársela Javier al agente.

Toman un café, mientras conversan sobre el accidente, sin hacer mención a la corrupción, por desconocer lo que sabe cada uno. El aparejador cuenta que ha dicho al vigilante que volvería por la tarde con unos compañeros, para evitar su curiosidad.

Entran en la obra, saludan al operario con naturalidad y se dirigen a la caseta. El técnico comenta lo que observó el otro día, mientras el forense prepara el equipo y se dirigen hacia la cubierta.

Suben las escaleras hasta llegar al último forjado, donde el jefe de obra les señala el lugar de la mancha junto al palet de bloques de hormigón rotos.

Ibarra comienza su trabajo de análisis, toma muestras de la mancha, les confirma que es sangre, hace fotos y mide distancias.

Mientras el forense investiga, el aparejador informa a la responsable de lo que vivió y sintió con Katia y que tiene el ordenador portátil de Roy, detalle que se le olvidó por teléfono.

Cuando el Guardia Civil termina su trabajo de inspección, la secretaria le requiere su impresión.

—Es evidente que alguien se golpeó en la cabeza con el palet de bloques, como demuestran los restos de pelos y carne que ha encontrado.

—¿Estaría vivo? —se interesa curiosa.

—No los sé todavía, lo que puedo confirmar es que perdió mucha sangre y alguien se empeñó en lavar la mancha.

—¿Por qué sabes que se intentó limpiar? —se interesa el técnico, que no procesa esta actuación en su investigación nocturna.

—La mancha presenta zonas limpias y otras no, de más y menos intensidad, aspectos que no corresponden con la evolución natural de una mancha de sangre y llevamos semanas sin lluvias.

—Tu conclusión indicaría que había alguien con Roy y demostraría intención de ocultar el hecho —argumenta decidido.

Sin dejar aportar sus argumentos a los compañeros, más allá de unos gestos de complicidad, se lanza a exponer su teoría.

—Manuel se debió golpear la cabeza al forcejear con alguien y quedar inconsciente. Quien fuera se puso nervioso, arrastró el cuerpo, quitó las tablas y le arrojó al vacío para simular un accidente.

El experto le felicita por su atropellada exposición y comenta divertido que el teniente le tenía que fichar para el instituto, tras no darse cuenta de la mancha en su investigación.

—Fue a la obra de casualidad por una llamada de un compañero y se fue enseguida —disculpa a su amigo.

—No le defiendas, le voy a sacar más de una comida por hacerme trabajar en día libre.

—Si descubrimos quien estaba con el jefe de obra, podremos resolver el accidente —concluye la secretaria judicial, dándole los demás la razón.

—Lo vais a tener que descubrir por otros medios, la técnica forense no va a poder determinar quién estaba con él, no he encontrado huellas, ni otras posibles pistas, ha pasado demasiado tiempo —les desanima el experto.

Terminada la investigación deciden bajar hacia la caseta, cada uno absorto en sus sensaciones.

A Rodríguez no se la va la vena detectivesca y comenta que deben averiguar si la sangre es de Manuel. La jurista apunta que pueden hablar con la familia para localizar algún análisis o hacerles pruebas. Al especialista le da la risa, todo eso forma parte de su operativa habitual.

—Al final el cuerpo os va a fichar a los dos —rectifica con gesto de reconocimiento.

Entre comentarios divertidos, sonrisas y miradas cómplices, llegan a la oficina de obra.

Recogen los bártulos, la cierran, se despiden del vigilante y salen esperanzados por haber encontrado una línea de investigación que les acerca a la verdad.

—He quedado con Luis esta tarde para presentarle a Katia y que nos entregue el portátil, ¿por qué no te vienes? —propone Javier a la secretaria judicial.

—Tengo un compromiso, mañana nos contáis —se excusa.

Los veteranos entienden que la preciosa joven esté muy solicitada y se despiden como tres compañeros.

Diana comenta que va a coger un taxi para ir a casa, ofreciéndose el médico a llevarla. Aunque trata de disculparse, el Iborra la convence al argumentar que si se entera su jefe que no la lleva, le mete una semana en el calabozo.

Javier da un paseo hacia el hotel, descansa un rato, se da un duchazo rápido y baja a la plaza a esperar a su amigo.

Tiene ganas de contarle con detalle todo lo sucedido, para liberarse de su tensión detectivesca.

Luis llega puntual al hotel y se dan por fin, el abrazo que los viajes del teniente han retrasado.

—Vas a resolver el accidente tú solo —le felicita sincero.

—Ha sido un cúmulo de casualidades —se quita importancia sin falsa humildad.

—Mi amigo me ha propuesto que te fiche —le vacila con una sonrisa cómplice.

—Es todo un personaje —reconoce con gesto de admiración, sin hacer caso de la propuesta.

—Es un gran profesional, piensa que todo apunta a la versión que propones, lo fundamental será situar una persona en ese lugar a esa hora.

—¿Sabes que tenemos un sospechoso? —apunta poniéndose serio.

—No nos podemos precipitar —le frena prudente, sin nombrar al sospechoso de ambos.

—Si quieres, vamos a ver a Katia, ahora no habrá mucha gente —cambia Javier el tercio de la conversación.

—Perfecto, así hablamos con tranquilidad.

—Igual se asusta, si no tiene papeles —no quiere que la joven piense que la ha traicionado.

—Mira que eres enamoradizo, no te preocupes

—Es muy guapa, tenía encandilado a Roy —apunta sin hacer caso a sus comentarios.

Entran en un pub vacío, observan a Katia entretenida en sus labores de reposición de suministros. A Luis se le escapa una mirada, acompañada de un gesto cómplice con su amigo, que en su código expresivo confirma que es una chica preciosa.

Katia al verle acompañado, se asusta un poco, se tranquiliza cuando le presenta a su acompañante como un amigo del colegio.

—¿Está el dueño? —la interroga el teniente a la joven.

—Está en la oficina interior —señala sorprendida el lugar.

El teniente se acerca para hablar con él dueño, mientras Javier y Katia comentan los momentos vividos el día anterior.

Se presenta serio al dueño, como el teniente López de la Guardia Civil. Al ver la cara de culpable que se le pone, le tranquiliza informándole que la joven les ayuda en una investigación.

—Tienes que liberarla del trabajo, para que hablemos con ella —le solicita, aunque suena más a una orden.

—Le doy la noche libre, es pronto y puedo encontrar otra camarera—acepta rápido, con ganas de pasar el trance.

Agradece su colaboración y se despide del dueño del pub, sin evitar lanzarle una mirada inquisidora.

Sale al encuentro de la pareja en la barra y al llegar junto a ellos, interrumpe su conversación para proponer a la joven que se vaya con ellos a cenar algo. Al ver su reacción de sorpresa, le cuenta que ha pedido permiso a su jefe y le ha dado la noche libre.

Katia alucina por su influencia, acepta más por librarse de aguantar la noche del viernes, que por convencimiento.

Antes de salir, mira instintivamente a su jefe y al recibir un gesto de permiso, recoge su bolso y el ordenador que guarda bajo el mostrador y sale con ellos un tanto desconcertada.

En su callejear distraído, los amigos intentan ganarse su confianza, mientras se les cae la baba al pasear con una mujer tan guapa y simpática.

Aparecen en la Rambla a la altura del Liceo, López les lleva a un bonito restaurante situado en una calle próxima, donde le conocen y aprecian.

Se sientan los tres en una mesa apartada y tranquila, para poder hablar con intimidad.

El camarero se acerca y saluda al teniente con familiaridad, los demás delegan en él para que pida la comida para todos.

Antes de empezar la conversación, Javier se confiesa con la joven, reconoce que su amigo es teniente de la Guardia Civil.

Katia no se sorprende, algo se imaginaba al ver la cara de pánico de su jefe.

—Investiga el accidente de Roy, al comentarle lo del ordenador me dijo que no podía cogerlo para no contaminar las pruebas —se disculpa lo mejor que puede.

—También quería conocerte, me contó Javi que eras amiga de Manuel —se sincera.

Katia entrega el ordenador al teniente, que lo guarda y sella como una prueba. El aparejador le propone que cuando lo analicen le envíen los archivos para estudiarlos.

—¿Qué tal estás? —se interesa Javier por la joven, cumplido el trámite de la presentación oficial.

—Mejor que el otro día cuando me diste la noticia.

—¿De dónde eres? —se interesa Luis, en un intento por distraer de su pena a la muchacha.

—Soy de Ucrania.

—Ahora lo entiendo, ¿qué hay en ese país que las chicas sois tan guapas?

—¡Ya está el conquistador! —le regaña su amigo.

—¿Erais muy amigos? —cambia de tema con una sonrisa pícaro al ver su reacción, al comentario de su amigo.

—Nos apreciábamos, íbamos a ser compañeros de piso, era de los pocos que venían por el pub que me trataba bien.

—¿No te tratan bien? —se sorprende el oficial

—La gente sabe que eres de fuera y se cree con el derecho de decirte barbaridades y hacerte proposiciones.

—Que gracioso acento tienes, hablas muy bien el español, yo sería incapaz de hablar ucraniano —coincide con su amigo, que el otro día hizo el mismo comentario.

—En español me defiendo, a muchos de aquí, les sienta mal que no hable catalán.

—No te ofendas, a mí me pasa igual —le anima el técnico.

Katia se dirige con respeto al oficial y le pide permiso para preguntarle sobre un asunto serio, que le ronda por la cabeza.

—Lo que quieras, siempre que me hables de tú.

—Gracias, ¿por qué intervienes tú, si es un accidente?

—Me ha liado Javi y no estamos seguros de que haya sido un accidente —la informa con cariño al verla apurada.

—No pensareis que se ha tirado, eso es imposible, estaba muy contento, ¡de verdad! —acierta apenas a decir, con la voz entrecortada por la emoción.

—Estamos seguros que no —le intenta animar Luis.

—No sabemos lo que ha pasado, igual en el ordenador encontramos la verdad —apoya Javi a su amigo.

—¿Sabes si tenía algún problema? —trata de informarse el Guardia Civil.

—Era muy discreto con sus cosas, no me hablaba nunca del trabajo, algunos días venía muy cansado, parecía muy presionado.

—¿Venía con alguien?, ¿tenía discusiones?

—Siempre venía solo, creo que a desconectar del trabajo.

—Bueno y a verte a ti —comenta pícaro Luis.

—Creo que sí —responde tímida, con el esbozo de una sonrisa que da luz a unos enrojecidos ojos azules.

—Un día le escuché una discusión fuerte, recuerda de forma espontánea.

—¿Recuerdas de que hablaba? —se interesa Rodríguez.

—Creo que hablaba de fachadas e instalaciones, decía que no y que no, que aceptaría las mejores ofertas —recuerda tras un tiempo de reflexión.

—¿Sabes con quien hablaba? —insiste.

—Creo que se llamaba Albert, mi jefe también se llama así y pensé que sería un borde como él.

—¿Recuerdas algo más? —interviene Luis.

—Repetía que le dejara en paz, que hablaría con su jefe.

Escuchan con ilusión, el relato que ratifica las presiones que Albert trataba de ejercer sobre Roy, que apuntala la hipótesis de que sería él quien estaba con el jefe de obra el día del accidente.

—¿Cómo te trata tú jefe? —pasa el teniente a temas personales, mosqueado todavía por el comentario anterior de Katia.

—Nos trata con muy poca educación —confiesa decidida.

—¿Os hace contratos? —pregunta el agente sin maldad.

—Nos hace contratos por fin de semana de un montón de horas, por un dinero miserable.

—¡Que explotador! —apunta Javi indignado.

—Abusa porque no tenemos papeles —se le escapa a Katia, arrepintiéndose al darse cuenta que está ante un Guardia Civil.

—No te apures —la tranquiliza Luis con un gesto cariñoso.

Javier solicita a su colega que ayude a la joven, dándole una palmada en la espalda. Se sienten rejuvenecer, en su juventud se habrían enamorado fácilmente de una joven tan bonita y valiente.

—¿Qué idiomas sabes? —se toma en serio el reto.

—Hablo bien ruso y ucraniano, regular español, francés e inglés —contesta sin darle valor.

—Contrátala y arrégale los papeles —propone Javi, dándole otro golpe en el brazo.

—No seas impaciente —le devuelve el golpe en el hombro, en recuerdo de tiempos colegiales.

—El instituto necesita traductores de estos idiomas, si te gusta puedo buscarte trabajo —propone a la joven.

Apenas logra responder con palabras, lo expresa todo con los ojos, apenas acierta a decir que le gustaría mucho.

A Luis le sale la vena revoltosa y expone que no va a ser tan fácil, que antes tiene que prometerle algo y aunque Javi trata de protestar, ella se compromete a cumplir cualquier promesa.

No quiere hacerla sufrir, se pone serio y le dice que tiene que prometerle que se va a matricular en la escuela de idiomas, que lo paga la Guardia Civil, pero tiene que aprobar con nota.

A la chica se le saltan las lágrimas de emoción, Luis le adelanta la mano para confirmar el compromiso, ella se levanta y le planta dos besos, dejándole sorprendido y a Javi muerto de la risa.

—¿Te importaría perder el trabajo esta noche? —sigue embaldado.

—Prefiero no volver, después deirme con vosotros no me contratará más —afirma decidida.

—Mañana llamo a un amigo para que le hagan una inspección —asegura con maldad.

—¿Dónde te quedas a vivir? —recuerda Javier que se iba ir a vivir con Roy.

—Me quedo en casa de una amiga, intento encontrar alguna habitación o compartir vivienda.

—Te puedo conseguir una plaza en la academia de estudiantes —la propone López.

—Me gustaría mucho —expresa ilusionada.

—Vas a tener un problema —expresa Javi revoltoso.

—¿Porque dices eso? —se sorprenden los dos.

—Va a revolucionar a los estudiantes y van a suspender todos —concluye divertido.

El comentario provoca las risas cómplices, en el clima de complicidad que se ha creado.

—Va a ser la única forma de que estudien de verdad —le contradice Luis divertido.

Los tres lo pasan bien durante la cena, a los postres deciden pedir una botella de cava, para brindar por la joven.

El policía apenas toma una copa, porque tiene que conducir, los otros dos dan buena cuenta de la botella.

Después del brindis, Luis recuerda su visita a la familia de Manuel en Logroño y su intuición de que tenía una amiga.

—Su hermana me comentó que estaba muy contento, que debía tener una amiga. Te debía querer mucho para que lo notaran.

—Muchas gracias —emocionada de nuevo al recordarle.

Después de la cena, dan un paseo como tres amigos.

Al llegar al lugar donde está aparcado el coche, Javier se despide con dos besos de Katia y da un abrazo a su amigo, proponiéndole que la invite a la fiesta de mañana.

El teniente lleva a Katia a la casa donde se aloja provisionalmente y durante el trayecto le cuenta la fiesta solidaria y se esfuerza en convencerla para que vaya.

Ella renuncia con la excusa de tener que ir a trabajar con una amiga, realmente piensa que se va a sentir incomoda entre autoridades y policías.

La entiende, para él va a ser muy diferente, juega al fútbol sala con compañeros, disfrutará con unos niños que se merecen todo y tiene que cuidar de las madrinas.

MÁGICA FIESTA INFANTIL

El esperado día de la solidaridad infantil, la fiesta que tanta gente buena prepara durante el año, para que los niños más desfavorecidos pasen una jornada inolvidable, se hace por fin realidad.

Las gradas del Palu Sant Jordi, emblema de la Barcelona olímpica y del espíritu de unión que se vivió esos días, se pueblan lentamente de un bullicioso público de niños y mayores, llenos de una alegría desbordada.

Claudia y Diana llegan temprano, muy ilusionadas con la distinción que han tenido con ellas, eligiéndolas madrinas de un evento tan hermoso.

Son recibidas en la entrada al recinto, por los capitanes de los contendientes, que participan en la organización de este festejo.

Un equipo formado por una extraña unión de bomberos y policías nacionales, se enfrentará en el campo a un rival constituido por una asociación más anacrónica aún, de mossos de esquadra y guardias civiles.

Luis y Rubén como capitanes de este último equipo y responsables del nombramiento de las madrinas de la celebración, son los encargados de hacer los honores.

Saludan a las magistradas con dos besos, las piropean y se las presentan a los rivales. Admiran embobados lo preciosas que son y están, que es lo que tiene la lengua de Cervantes, que permite piropear dos veces.

—Muchas gracias por aceptar ser las madrinas de esta fiesta solidaria, de nuestra parte y sobre todo de los niños, profesores y voluntarios —les agradece reiteradamente su presencia el teniente López, en representación de todos.

—Gracias a vosotros por invitarnos, es un enorme orgullo, somos las mujeres más agradecidas del mundo —expresa muy emocionada Claudia, los sentimientos de las dos amigas.

Luis las acompaña a su puesto en la presidencia, se pone serio y las presenta a las autoridades con la ceremonia que corresponde a una jueza y a una secretaria judicial, otorgándoles su sitio frente a mucho politiquillo y funcionario con ínfulas de superioridad.

Las responsables del juzgado se lo agradecen sinceras, con gesto de orgullo contenido, luchan diariamente contra la presión de un mundo machista que a menudo les niega sus méritos.

Se despiden de ellas con gesto cómplice y del resto con indiferencia, dejándolas con pena entre autoridades tan encorsetadas.

No puede evitar una sonrisa taimada, al observar gestos de mal disimulado disgusto por el protagonismo de las jóvenes.

Javier, como corresponde a su obsesiva puntualidad, ha sido uno de los primeros en acceder al espectacular recinto deportivo, con el pase solidario que compró a su amigo.

En la soledad de la grada piensa que esta vez las autoridades han dado un buen ejemplo, al ceder gratuitamente estas magníficas instalaciones a los organizadores del evento. Se entretiene con el análisis de la arquitectura del edificio, mientras duda si bajar a saludar a sus amigos policías.

Su mirada distraída se cruza revoltosa con la de las jóvenes, en el palco. Las saluda a lo lejos, nos se acerca al verlas rodeadas de tantas autoridades. Claudia le responde expresiva desde lejos, con un gesto de que ya se verían después, que reconoce agradecido.

En su observación curiosa de lo que acontece descubre, por la parte baja de la grada, la aparición de la familia Pelayo.

Se acerca a saludarlos, choca la mano con Rubén, da dos besos a Pilar y saluda a las pequeñas, sin conseguir un beso, su atención está distraída, alucinadas con el espectáculo.

El joven mosso acompaña a su mujer y las niñas a un lugar privilegiado, junto al banquillo de su equipo y pide permiso para llevar a las niñas a ver a Luis y al resto del equipo.

—Ve tú a cambiarte, ya están bastante nerviosas —se resiste.

—Si quieres voy y me traigo a las niñas —intercede Javier

La mujer accede, más por la insistencia de las pequeñas que por convencimiento, se imagina la que pueden liar.

Cuando aún no han llegado a donde están los jugadores, las gemelas se escapan de la mano de su padre y se va a abrazar a su tío, para seguidamente organizar una auténtica revolución entre policías y bomberos, no dejan a ninguno sin saludar. Su padre y algunos compañeros las persiguen sin mucho éxito, por el interior de los vestuarios, donde se han colado.

Mientras este divertido suceso acontece, Luis da un abrazo a su amigo.

—Vas a dejar el pabellón del colegio por los suelos —aprovecha para picarle

No se da por aludido, sabe que le hubiera gustado participar.

Los jugadores logran, no sin esfuerzo, controlar a las niñas, algunos ya pueden dar por realizado el calentamiento. Rubén entrega a las pequeñas a Javier para que las lleve con su madre, que las recibe aliviada.

—Las hijas de un mosso con un padrino Guardia Civil, han hecho más en unos minutos por la coordinación entre los cuerpos de seguridad del estado, en su intento de cogerlas, que los políticos y mandos en años —reflexiona con agudeza.

—Me imaginaba el zafarrancho que se iba a liar —expresa divertida, con su gracioso acento gaditano y una sonrisa pícara.

Aprovecha su pase VIP y se acopla definitivamente en la zona cercana a los banquillos, para no perderse detalle.

La fiesta deportiva comienza con un ordenado desfile de los verdaderos protagonistas del evento, que no dura mucho, porque al verse en un recinto tan espectacular, los nervios de los niños rompen las filas.

Pasado el momento de ilusión festiva de los chavales, los educadores y voluntarios logran organizar los dos equipos.

Sitúan a cada uno en su banquillo y en la zona próxima de la grada, por el elevado número de jugadores.

Se enfrentan dos equipos totalmente heterogéneos, más o menos distinguibles por sus camisetas, que a unos les quedaban bien y a otros no tanto. Chicos y chicas de diferentes edades se cambian continuamente, para que todos puedan participar.

Nadie sabe el resultado, las jugadas divertidas se suceden cerca y lejos del balón, milagrosamente alguno hace una buena jugada correspondida inmediatamente por una barrabasada de otro.

El aparejador intenta hablar con Pilar sobre la oposición, algo difícil mientras cuida de las gemelas, que se lo pasan en grande y quieren saltar a jugar con el resto de niños.

—¿Qué tal la oposición?

—Estoy casi segura de aprobar, aunque no es oficial —le cuenta en un rato de calma de las pequeñas.

—¡Enhorabuena!, te lo mereces, me alegro mucho por ti y por tu chico que estaba más nervioso que tú.

—Lo ha pasado fatal, sabe que me hace ilusión y lo necesito.

—Te quiere mucho —expresa sincero, consiguiendo emocionar a la enamorada mujer.

Mientras se hace el caótico cambio de campo a Javier se le viene a la cabeza imágenes de un partido de fútbol sala en un centro de menores en Madrid, donde hizo una sustitución navideña como educador.

Trabajó con chavales que han vivido en pocos años toda una vida a la carrera, de los que miran a los ojos y te hielan el corazón.

Recuerda que invitados por los educadores, fueron un día a jugar un partidillo que les sirviera de entretenimiento. Se presentaron con un equipo demasiado bueno y sin apenas querer, en unos minutos les habían metido un par de goles que despertaron su orgullo de calle.

Sólo la rápida intervención de los educadores, la reorganización de los equipos y la mezcla de jugadores, evitó que tuvieran que venir los antidisturbios a sacarles del Centro.

Era imposible estar a todo lo que pasaba y todo era divertido, policías, bombero, familiares y amigos habían dejado de animar a sus equipos, no podía dejar de reírse, tampoco sabían cuáles eran los suyos.

Terminada la fiesta deportiva de los chavales, sin que nadie supiera el resultado final y cuando los ánimos de los niños se tranquilizaron, empezó el partido “serio” entre los dos equipos de policías y bomberos.

Los inicios del partido fueron los que corresponden a dos buenos equipos, pronto el ánimo de los niños en la grada y sus risas, le quitaron el orden. Los protagonistas apostaron más por el espectáculo que por el marcador y se animaron a intentar jugadas fantasiosas con algún resultado digno de hacerse viral. El encuentro mantuvo a duras penas su tensión, por lo incierto de un marcador que llegó empatado al final.

Como hay trofeos que entregar, se decide resolver el partido a penaltis, los niños están muy nerviosos por su fiesta.

Para que participaran los chavales, son ellos los que tiran los penaltis, manteniendo cada equipo su portero.

Reclutados los lanzadores ente muchos voluntarios, se realiza el lanzamiento de los penaltis, que depara un espectáculo de más calidad de la que se podía suponer. La victoria se decanta para al equipo de bomberos y policía nacional.

Seguidamente se procedió a la rápida entrega de trofeos, para ir a la fiesta que se ha preparado a las afueras del pabellón.

Claudia, como madrina mayor del evento, es la encargada de entregar el trofeo al equipo ganador, lo que hace con cordial seriedad.

Diana entrega el trofeo a los perdedores, por ser más abierta o por la confianza que tiene con Luis y Rubén, les planta dos besos en las mejillas.

Su espontánea actuación provoca que los vencedores reclamen los suyos a Claudia, que cumple la demanda, mientras mira con una sonrisa de reproche a la besucona.

Fue un momento mágico, en el que los partícipes se sumergen en una burbuja emocional ajena al protocolo exterior.

Salen todos en dirección a la fiesta que se había preparado a las afueras del recinto, rompiéndose rápidamente el protocolo.

Según acceden los niños al recinto festivo, los cuidadores les entregan una mochila con accesorios del colegio, obsequios de las empresas colaboradoras y dos cheques regalo, para cambiar por juguetes y ropas al gusto de cada uno, aportados por diversos patrocinadores.

En el exterior de Palau se habían organizado unas mesas con comida abundante, preparada por cocineros voluntarios, de la que gusta a niños y mayores, con bebida para todos.

Los cuidadores y voluntarios lo tienen todo controlado lo pasan, incluso mejor que los niños, al ver su alegría reflejada en todas las partes de su cuerpo. Era fácil verles saludarse entre ellos con lágrimas de alegría en los ojos. Conocen de primera mano, la vida tan dura que tienen los pequeños y lo que supone esta fiesta para ellos, por el tema emocional y las donaciones recibidas.

Diana, espontánea y enamoradiza, pronto se libera de responsabilidades institucionales y se dedica a torturar a los jóvenes policías y bomberos.

A Claudia le es más difícil independizarse de las personalidades, para integrarse en la fiesta con su amiga.

Javier que está un poco aislado, por no conocer a casi nadie, se apercibe de la situación de su amiga y se lo comenta a Pilar, que manda a las niñas a salvarla.

Las pequeñas logran traerla junto a su madre, liberándola de aburridos compromisos.

Claudia saluda a Javier con un par de besos y éste le presenta a Pilar como la mujer de Rubén.

—Tus preciosas niñas me han salvado del aburrimiento —le agradece el gesto.

—Ha sido cosa de Javier —le da el mérito a su amigo.

—Gracias por salvarme —expresa con una mirada sincera.

—Te vi aburrida rodeada de tanto trepa —se quita mérito.

—Tú marido es un chico fantástico, aunque habla un poco raro —se dirige Claudia a Pilar.

—En casa nos reímos mucho con él cuando vienen sus abuelos y mi familia de Cádiz, lo malo es que se lo pega a las pequeñas.

—Pilar es Ingeniera Industrial, pronto tendrá una plaza en Barcelona —presume Rodríguez de su amiga.

La magistrada, que sabe lo duro que son las oposiciones y la espera de los resultados, le da ánimos y confianza.

—Seguro que lo consigues —la anima sincera.

En ese momento se acerca Diana a buscar a su compañera, da dos besos a Javier, mientras Claudia la presenta a Pilar y a las pequeñas.

—Nos tenéis que disculpar, me la tengo que llevar, todos los chicos quieren conocerla —les comenta divertida.

—No les hagáis sufrir mucho, tienen que cuidar de los ciudadanos y con el corazón roto es más difícil —las avisa Javier con una sonrisa.

—Hacerles sufrir —le contradice la gaditana.

Las chicas están encantadas de poder conocer hombres de su edad, normalmente no tienen muchas oportunidades.

Claudia afronta la vida con naturalidad, quizá con un punto de impaciencia, no le gusta la gente que va de lo que no es y los envidiosos. Es tímida y reservada con los chicos, quizá por tener que aguantar desde niña el pijeísmo clasista de esquiadores que se creen por encima del resto. Se ha hecho más abierta, gracias a la alegría contagiosa de su amiga y el trato diario con la gente.

A Diana su nobleza y espontaneidad le han jugado alguna mala experiencia, con niños mal criados de egos enfermizos. Su corazón alegre y valiente, el trabajo y el apoyo incondicional de su amiga le han permitido salir adelante.

Luis y Rubén ya duchados y liberados de todo compromiso, se acercan al grupo donde está la familia Pelayo con Javier. Comentan lo divertido de los partidos, lo contentos que están los niños y lo bien que va todo.

El futbolista frustrado, en su papel de observador, critica su actuación deportiva, lo que no es más que envidia por no haber estado con ellos en el campo.

El matrimonio comenta a los dos amigos que se tienen que ir, para las niñas es tarde y están muy nerviosas. Se despiden cariñosamente, animándoles la gaditana a buscar ellos también alguna amiga, porque se les está pasando el arroz.

Se incorporan a la fiesta para tomar unas cervezas y charlar con los compañeros, acercándose a saludar a las madrinas.

Tras una breve charla en la que las jóvenes les reiteran su agradecimiento, se despiden al verlas tan bien acompañadas.

El teniente cuenta a la magistrada que el lunes quiere pasar por el juzgado para comentarle unas actuaciones, ella asiente sin prestar mucha atención.

Ha pensado en avanzar en la investigación y piensa pedirle que autorice la intervención del teléfono de Albert y alguno más de los responsables de la obra.

Fue un día inolvidable para los asistentes, muy especial para el grupo de amigos, entre los que se crean lazos de sincera amistad.

Luis todavía emocionado por el evento, del que se siente un poco responsable, lleva a su amigo al hotel.

Por el camino recuerdan los momentos observados por uno y vividos por el otro.

Al llegar se bajan los dos y se dan un fuerte abrazo, por la jornada vivida.

Luis, antes de irse, se disculpa porque mañana va con su grupo a realizar una ruta ciclista y tiene que prepararlo todo.

—Vente, no es muy dura —insiste, aunque ya lo rechazó.

—Estoy fatal de forma, estropearía la marcha si me tenéis que esperar todo el rato.

—Me rindo, así descansas y das una vuelta por la ciudad.

—Pásalo bien y no te lesiones, hablamos el lunes.

Sin haber entrado en el hotel, mira el teléfono para saber la hora y descubre sorprendido una llamada perdida de Albert.

Al analizarla se da cuenta que es de la una de la tarde, recuerda que desconectó el móvil para disfrutar de la fiesta.

Duda por un momento y decide devolver la llamada para no quedarse con la duda.

—¡Hola como estás!, no sabía que te ibas a quedar unos días en Barcelona —responde el delegado de Cataluña, que tiene el teléfono identificado, desde que se lo dio el gerente en la reunión.

—Se lo propuse a Rafael, para ponerme al día de la obra.

—Me lo podías haber dicho, me habría acercado a comentar temas contigo.

—Quería estar tranquilo, la reunión fue un poco violenta.

—Estuve impresentable, no me esperaba tú nombramiento, el jefe no me había comentado nada y reaccioné mal porque enterarme delante de la propiedad me hacía quedar mal —se disculpa un tanto forzado.

—No te preocupes, tendremos tiempo de ponernos al día, ¿cómo te has enterado? —se interesa.

—Se dijo en la reunión —afirma el delegado.

Es muy despistado pero no recuerda que se comentara nada, sospecha que igual ha ido a la obra y se lo ha contado el vigilante, se alegra de haber sido discreto.

Sin tiempo de aclarar sus razonamientos, el delegado le propone quedar el lunes para comer.

Aunque tenía previsto regresar a Madrid, reacciona rápido y acepta, cree que podrá cambiar la salida en el hotel para el martes.

Acordada la reunión se despiden como nuevos compañeros de trabajo, quedando el organizador en enviarle por email la dirección del restaurante.

Después de colgar, pasea pensativo por la plaza exterior del hotel y decide llamar a su amigo para contarle lo sucedido.

—¿Has cambiado de opinión? —responde este sorprendido.

—¡No que val, ha sucedido algo que me tiene alucinado.

—¿Qué te ha pasado?, no seas teatrero.

—Me ha llamado Albert para quedar a comer el lunes.

—¿Qué le has dicho?

—Que sí, tengo que cambiar la salida del hotel y el billete.

—¡Que putada! —expresa espontáneo el teniente.

—¿Por qué dices eso? —sorprendido por su reacción.

—Voy a tener que anular la excursión, quizá sea nuestra última oportunidad de descubrir la verdad. Mañana quedamos en la obra, analizamos el ordenador portátil y preparamos tú comida.

—No hace falta, voy yo a la obra, me envías el contenido, lo analizo y quedamos el lunes —no quiere romper sus planes.

—No estaría tranquilo, quedamos en la obra sobre las once, recojo antes una copia del disco duro y lo analizamos.

Javier entra en el hotel, se dirige al mostrador para gestionar la ampliación de su estancia. Decide que el billete del AVE lo cambia mañana temprano.

Mientras realiza las gestiones en el mostrador, el director le escucha y sale de la oficina para saludarle.

—¡Buenas noches!, te gusta Barcelona y te quieres quedar más días —le saluda Carlos con confianza.

—Me ha surgido una reunión el lunes y me voy a ir un día más tarde, si me dejáis.

—Lo que necesites, no estamos completos, ¿Qué tal por esta bonita ciudad?

—He estado en un evento muy especial —confiesa emocionado.

—¿Dónde has estado? —expresa su sorpresa

—En una fiesta infantil en el Palau Sant Jordi.

—¡Qué envidia!, me hubiera gustado mucho ir.

—No me di cuenta de comentártelo —se disculpa.

—No te preocupes, no hubiera podido por el trabajo.

Tras la narración del acontecimiento solidario, el director comenta que le parece un acto maravilloso, que los niños se lo merecen todo y que ver a policías y bomberos juntos ha debido ser un espectáculo.

El huésped recuerda el compromiso adquirido con el director en su última conversación.

—Se come muy bien en el restaurante del hotel —le asegura sincero.

—Muchas gracias, felicitaré a los cocineros —con gesto de agradecimiento.

—Hoy voy a repetir, a ver que platos han preparado.

—Hasta mañana, si tienes algún problema me lo dices.

—Gracias, todo el mundo me trata fantásticamente.

Durante la cena se acuerda de su jefe y decide mandarle un mensaje, para no molestarle en sus vacaciones. Le escribe lo de la reunión y que se queda un día más, por si se alarga.

Terminada la degustación del bufet, sube a su habitación para intentar descansar y asentar las emociones vividas.

Cuando se tumba en la cama y empieza a marear el mando, le llega un mensaje del gerente. <Sin problema, a ver si haces buenas migas con Albert, me cuentas>, con algunos emoticonos de sorpresa y alegría intercalados.

Rafael disfruta de unas vacaciones de novios con su mujer, son una pareja unida y valiente, que ha sacado adelante, con mucho trabajo y cariño, a una familia numerosa de dos chicos y dos chicas, que hace poco salieron del nido a volar independientes, devolviéndoles algo del tiempo robado, para disfrutarlo juntos.

Piensa que su jefe está relajado en sus vacaciones y que tiene que hacer lo mismo. Aparta las dudas de la reunión y trata de repasar los momentos vividos en la fiesta solidaria, para guardarlos en su corazón.

MUCHO TRABAJO PARA UN DÍA FESTIVO

Rodríguez se levanta temprano el domingo para acercarse a la estación de Barcelona Sants a cambiar el billete del Ave de vuelta y evitar penalizaciones.

Realizada la gestión, decide dar un paseo hacia la obra, lleva una intensa lucha interior, el corazón le trae recuerdos de los maravillosos momentos vividos el día anterior, la razón le enfrenta con la comida del lunes y las sospechas de lo que puedan descubrir en el ordenador de Roy.

Al llegar, saluda al vigilante, sorprendido por verle el domingo y se para a charlar un rato.

—Me voy unos días de vacaciones, a primeros de septiembre pondremos en marcha la obra —le informa para evitar sospechas.

—El señor Ferrer estuvo ayer, le comenté que habías trabajado estos días y se sorprendió mucho.

—¿Estuvo en la oficina? —interesado en saber si pudo acceder a los ordenadores.

—Sí, me comentó que tenía que trabajar, se quedó un tiempo y se fue pronto.

—¿Suele venir los sábados?

—No había venido nunca.

Confirmada la mentira, de que habían comentado en la reunión que se quedaba, le avisa que va a venir un compañero para ver unos temas sobre las once y se dirige a la oficina.

Se sitúa con aprensión en puesto que fue de Roy, enciende el ordenador y estudia la organización de archivos, para determinar dónde va a guardar la documentación del portátil para su análisis.

Encuentra en el escritorio del ordenador, una carpeta <NUEVAS CONTRATACIONES>, que el otro día no estaba. Al abrirla descubre las subcarpetas <FACHADAS>, <CUBIERTAS>, e <INSTALACIONES>.

Confirma su sospecha de que la cargó Albert el sábado, al comprobar las fechas y deduce que fue la razón de su visita.

Sin tiempo para empezar el análisis, entra en la caseta Luis acompañado del de seguridad, que le vio llegar en su ronda y le abrió al saber que le esperaba el nuevo jefe.

Se saludan con un discreto apretón de manos y sin más preámbulos el técnico conecta el disco duro, con la información del ordenador de Roy, al suyo para descargar el contenido y al finalizar, se lo devuelve a su amigo para que lo conecte en otro equipo.

Lo primero que analiza es el informe de la estructura, que sirvió a la constructora para ganar una oferta que estaba preparada para la empresa <amiga>.

—Roy era un técnico cojonudo —expresa en voz alta, para llamar la atención del teniente.

—¿Por qué dices eso?

—Descubrió que las mediciones de la estructura estaban incrementadas, con un sistema muy estudiado, consistente en descomponer las partidas en unidades que son difíciles de medir en una oferta que se tiene que preparar y presentar en menos de quince días; M3 de hormigón o Kilos de ferralla.

—Tradúcemelo que no me entero —protesta el no técnico.

—Descubrió que en el proyecto se incrementaron las mediciones de la estructura un 20 % —resume con seguridad.

—Todas las empresas tienen la misma información —no ve clara la trampa la manipulación.

—Las empresas <no amigas>, no conocen este incremento, dan por bueno el presupuesto de proyecto y presentan ofertas económicas por encima de su valor real, lo que permite a la <amiga>, hacer una baja pactada para conseguir la adjudicación y dejar un margen para repartir.

—Entendido —afirma con gesto de aprobación.

—Roy encargó un recalcule de la estructura y descubrió que la estructura se había dimensionado muy por encima de las cargas y solicitudes reales.

—No entiendo muy bien lo que dices, pero sí parece un tipo cojonudo —admirado con la profesionalidad del accidentado.

—El fenómeno de mi colega, por experiencia e intuición se percató de la trampa al completo y decidió con su jefe, presentar una oferta con una baja del 25 %, para la estructura y un poco menor para el resto del proyecto y reventaron la contratación.

—A los responsables de la contratación les debió sentar fatal —razona el oficial con un gesto de cabeza, que trata de afirmar su comentario.

—En ese momento debieron empezaron las presiones, intentaron anular la adjudicación y convencer a LACOMA para que renunciara a cambio de otras adjudicaciones.

—¿Por qué no lo consiguieron, si controlaban el proceso?

—El gerente me contó, que intervino el estudio de arquitectura internacional y no se atrevieron a anular la adjudicación, para evitar un escándalo internacional que podía haber provocado una investigación.

—Seguro que no terminaron aquí las coacciones —insiste.

—Las comisiones iniciales no se han repartido y la trama corre el riesgo de reventar, en las siguientes contrataciones tienen que recuperar los beneficios a repartir.

El oficial, que nunca se había enfrentado con estos delitos, confiesa que siempre había creído que estas corrupciones se quedaban en el reparto de comisiones por la adjudicación.

—Es el señuelo que nos lanzan los responsables, para que no se investigue la realidad del saqueo —sentencia con rotundidad.

—Albert debe estar muy presionado, es el que tiene más relación con los responsables, igual quiere que le ayudes —razona con la mente puesta en la comida de su amigo.

—Lo que no consiguió con Manuel, conmigo tampoco —asevera con rotundidad.

—Quizá se sincere contigo y encontremos el hilo para desenrollar la madeja de la trama corrupta y solucionar el accidente.

—Lo veo muy difícil —afirma con gesto escéptico.

El teniente aprovecha para contarle que compañeros del Instituto, investigan desde hace tiempo a un político importante que supuestamente dirige una estructura corrupta.

—Ahora entiendo el enfado del jefe del mosso —recuerda la Contravigilancia que le comentó su amigo.

Después de las mutuas confesiones, regresan al análisis individual del disco duro.

Luis comienza la revisión del contenido del disco duro y descubre que está muy bien estructurado.

Hay una carpeta con el nombre <OBRA>, que analiza su amigo y otra con el nombre <DENUNCIA>. El corazón se le acelera, se ilusiona al pensar que Manuel pudiera tener preparada alguna actuación y comenta con su amigo el descubrimiento.

Abre nervioso la carpeta y descubre varias subcarpetas; LLAMADAS, CORREOS, OFERTAS, CONTRATOS, ADJUDICACIONES, PRESIONES, CAPO, que apuntan a que documentaba una denuncia o preparaba su defensa.

Entra en la subcarpeta <LLAMADAS> y descubre una hoja de Excel con una relación de llamadas, fechas, nombres y contenidos, junto a una carpeta de audios.

—¡Vaya mierda de investigación que hicimos! —exclama enfadado.

A su sorprendido colega no le da tiempo a preguntar por la razón de su enfado, sale acelerado de la caseta y se dirige directo a dialogar con el segurata.

Cuando llega a su altura, le saluda amigablemente y le comenta sin preámbulos que es teniente de la Guardia Civil, que investigan el accidente del jefe de obra y le quiere hacer unas preguntas.

Alucinado y nervioso, se presta a colaborar sin reservas.

—¿Estuviste de vigilancia la noche anterior al accidente?

—Sí, ya se lo dije a los mossos —intenta defenderse.

—Sé que hablaste con Pelayo, es amigo mío y me lo contó, pero no le comentaste nada del móvil —se pone serio, para hacer valer el farol.

Se queda mudo, tratando de encontrar una respuesta que no le comprometa, no pensaba que hubiera hecho algo mal.

—Lo encontré al día siguiente, hablé con mi jefe y se lo dimos al señor Ferrer —intenta exculparse.

—No te preocupes, seguro que estaría destrozado —le tranquiliza.

—Extrañamente estaba bien, cayó en un montón de arena, tenía algún golpe, la tapa y la batería habían saltado, pero no estaba mal, seguro que funciona normalmente —asegura más tranquilo al ver al teniente con gesto relajado.

—Sabes que ocultar pruebas puede ser un delito —trata de asustarle sin mucha severidad.

—Lo siento, al ser un accidente, no le dimos importancia.

—Sabemos que es un accidente pero tenemos que hacer nuestro trabajo y lo del teléfono nos deja en mal lugar.

—No los sabía —insiste en su disculpa angustiado.

—Cuéntame los hechos —trata de ganarse su confianza.

—Por la mañana llegó temprano el señor Roy, me saludó y se fue a la caseta, en ese momento me fui a vestir de paisano y hacer el parte como todos los días. Antes de irme, me iba a despedir, vi que estaba con alguien y no le quise molestar, no sé con quién, ya se lo conté al agente.

—No comentes nada, ni a tu jefe, hasta que no terminemos la investigación.

—¡Lo juro! —se compromete serio.

Le da una palmada cariñosa en el hombro y le agradece su colaboración, ganándosele para la causa, después del mal rato que le ha hecho pasar.

Mientras su compañero está fuera de la caseta, el nuevo jefe comienza el análisis de las carpetas del ordenador de Roy, para compararlas con las que han aparecido en el de la oficina.

Abre la carpeta <FACHADAS> de ambos ordenadores, descubre que en la documentación de Manuel se encuentran las ofertas de todas las empresas ofertantes y en el de la oficina únicamente está el comparativo y la oferta de la empresa ALUM NÚÑEZ S. L. que se propone como adjudicataria.

En el expediente de Roy se plantea la adjudicación a la empresa CARPSA. Comprueba que es una oferta muy bien documentada, con la definición de todas las unidades de carpintería, sistemas de perfiles y vidrios. Le sorprende que la oferta económica sea más baja que la de la empresa propuesta por el delegado.

El aparejador Rodríguez es un técnico experto, conoce la empresa, ha trabajado con ella en algunos grandes proyectos, sabe que es una de las mejores de Europa en sistemas de fachada.

La empresa propuesta por Ferrer es una compañía local, desconocida para él, sin sistemas de perfilería y fabricación propia y sin aparente capacidad para una obra tan importante.

Estudia el comparativo del delegado y descubre que los presupuestos de todas las ofertas menos la de ALUM NÚÑEZ, están incrementados con partidas de conceptos genéricos; dirección de obra, proyecto de montaje, ejecución de muestras, gestión de residuos y seguridad y salud.

Está seguro de la manipulación, decide confirmarlo y analiza detalladamente el presupuesto de la empresa CARPSA. Todas estas partidas genéricas del comparativo del arquitecto, están incluidas en los conceptos y precios de las diferentes unidades de obra, no suponiendo ningún sobre coste.

No le hace falta analizar el resto de ofertas ya ha confirmado lo que se imaginaba. Ha comprobado que el comparativo aparecido en el ordenador es una manipulación.

Sabe por su experiencia, que es normal dar oportunidad a las empresas para que revisen sus ofertas en el proceso de negociación, por errores, diferencias de calidades o posibles mejoras. Nunca había visto manipular las ofertas <al alza>, para que la adjudicataria aparezca como la oferta más económica.

En ese momento vuelve a entrar su compañero de investigación, que salió sin dar explicación.

—¿Por qué has salido tan precipitadamente?

—En el portátil hay una lista de las llamadas y emails recibidos y tuve una corazonada.

—¿Tenías razón?

—La intuición ha funcionado mejor que la investigación que hicimos, el vigilante encontró el móvil de Manuel, cree que en buen estado y se lo dieron al señor Ferrer, como él le llama.

—No has perdido el instinto del todo —le vacila con expresión de reconocimiento.

—Se lo pediremos, si no lo entrega o nos da alguna excusa, se inculpará.

—¿No podéis investigar las llamadas de otra forma?

—Intentaremos confirmarlas con la compañía telefónica, para verificar la información.

El aparejador informa a su amigo que ha descubierto que el delegado grabó el sábado en el ordenador de la oficina, una carpeta con los comparativos de las principales unidades de obra.

—¿Te ha dado tiempo a revisarla?

—He analizado los comparativos de las fachadas de la carpeta del arquitecto y los del ordenador de Roy. El arquitecto presenta, un comparativo manipulado, para adjudicar las fachadas a una empresa <amiga>, con un sobre coste superior al 20 %.

Los compañeros retoman sus análisis, esperanzados con las pruebas que descubren.

El teniente abre sucesivamente el resto de carpetas y confirma su primera impresión, el jefe de obra preparaba una posible demanda, o guardaba la información para la defensa de la empresa. Tiene todo perfectamente documentado, llamadas, presiones, nombres, correos y todos los hechos importantes acontecidos desde la adjudicación.

Analiza la carpeta <INSTALACIONES>, encuentra subcarpetas individuales de cada instalación, las analiza y descubre los mismos sistemas de manipulación de las ofertas.

El patrón de las ofertas propuestas por Albert en contra de las elegidas por Roy, es similar para todas las instalaciones, idéntico al confirmado en las fachadas. Empresa regional frente a empresa nacional, aumento del coste de la oferta propuesta por el delegado, entorno al 20 %. Varían los conceptos de incremento de estas ofertas; ayudas, puesta en marcha, legalización y criterios de mantenimiento.

Abre sin mucha atención la carpeta <CUBIERTAS>, encuentra el mismo patrón y no se entretiene en analizar las ofertas y comparativos, no le hace falta.

Después de confirmar el sistema de manipulación de las ofertas, resume al teniente los puntos principales y le confirma que tiene pruebas suficientes de cómo se plantea la corrupción

—¿Estos incrementos de coste no benefician a la constructora? —no lo termina de entender.

—En este caso no, porque la empresa ha realizado una oferta a la baja y si contrata los oficios principales a un coste superior, reduciría el beneficio previsto.

—¿Qué puede ofrecer la administración para que la empresa acepte estos incrementos?

—Buena pregunta, ya razones como un experto, la administración puede proponer; una reducción de la calidad, ejecutar menos obra o lo que es más habitual, un incremento del precio final mediante la aprobación de modificados, complementarios y la liquidación de la obra.

—Parece un buen acuerdo.

—Para la empresa es un problema, todos estos sistemas de <incremento ilícito> del valor de la obra, llevan una tramitación larga, se suelen aprobar al final, la constructora debe asumir la financiación de los trabajos y esperar que se cumpla el acuerdo.

—Tendrían a la empresa “cogida por los huevos” —resume con crudeza.

—No se puede explicar mejor, LACOMA quedaría integrada para siempre en la trama. Se le debería un dinero importante que se abonaría en las condiciones que la propiedad estimara, es una pelota que ya no puede dejar de rodar.

—¿Por esa razón las grandes constructoras acumulan adjudicaciones, con administraciones y partidos?

—No hay marcha atrás, el que se sube a lo noria, empresa, técnico, funcionario o político, no puede bajarse —sentencia.

—La situación es muy difícil, ¿por qué aceptas el trabajo? —se preocupa sinceramente por su amigo.

—No tengo nada que perder, voy a tener un gran equipo y el apoyo de mi jefe.

—¿La propiedad puede retener los pagos? —se le ocurre.

—No es tan fácil, las certificaciones las aprueba la dirección facultativa, que es independiente, podríamos parar la obra y solicitar los intereses oficiales —argumenta con conocimiento.

El aparejador ya está cansado, cree que tiene la información necesaria, sabe que tiene que hablar con su jefe para preparar una estrategia común y decide guardar la documentación en un pincho para analizarla más despacio.

—¿Qué tal vas, ya tengo hambre? —apura a su colega.

—Me falta abrir una carpeta y nos vamos.

Abre la carpeta <CAPO> que había dejado para el final y se levanta de la silla de un salto, como si le hubieran pinchado el trasero con una aguja.

—¡Estás fatal! —le regaña, sorprendido por su aspaviento mientras recogía para marcharse.

—¡Ha saltado el gordo! —repite emocionado como si hubiese acertado los quince de la quiniela.

—No sabía que estabas tan mal —expresa cada vez más alucinando.

Con las pupilas dilatadas por la tensión liberada le cuenta que en el portátil hay pruebas del político que maneja la trama.

—¿Tan importante es? —se interesa contagiado de la emoción de su colega.

—¡Honest Clos García! —señala voz potente, con el orgullo profesional del que ha descubierto un asunto importante.

—¡Joder!, me vuelvo mañana a Madrid —reacciona con ironía.

El citado político es el responsable de economía y hacienda de la Generalitat de Cataluña, una de las personas más importantes del gobierno y del partido que lo sustenta.

Con la emoción por las nubes, recogen la documentación, cierran la oficina, se despiden del vigilante y salen de la obra, emocionados con los descubrimientos que han realizado.

El teniente López, apenas un poco más relajado, invita a su amigo a una paella en el puerto olímpico para celebrarlo.

TIEMPO PARA EL OCIO SABATINO

Deciden dar un paseo, Luis ha ido en metro a la obra, por si luego se tomaba unas copas con su amigo.

Al inicio de su caminar Luis se da cuenta que tiene que hacer unas llamadas. La primera es al restaurante del puerto especializado en arroces, en la que abusando de su influencia, reserva una mesa en la terraza y tras preguntar a su amigo, encarga una paella mista.

Realizada la gestión culinaria, llama al agente Pelayo que está en la piscina de la urbanización con su mujer y las niñas.

—¡Que pasa mi general!, ¿no estabas de ruta ciclista? —le saluda divertido, al tiempo que hace un gesto a Pilar para que vigile a las pequeñas, mientras vocaliza que es Luis.

—La tuve que anular, el tocapelotas de Javier me llamó para decirme que ha quedado el lunes a comer con Albert y nos hemos venido a la obra a preparar la reunión.

—¿Pensáis preparar algún operativo? —se adelanta.

—Eso pensamos pero ha saltado la bomba.

Su teatrera exposición provoca un largo silencio, para dar trascendencia a una noticia, que por su importancia no la necesita.

—¿Que habéis descubierto? —expresa prudente por si es un vacile.

—Honest Clos es el jefe de la trama corrupta, el jefe de obra tenía pruebas guardadas en su portátil.

Rubén da un salto de la toalla, que deja alucinada a Pilar y divertidas a las gemelas que creen que es un juego.

—¿Qué te pasa?, me has asustado —le regaña su mujer.

Hace un gesto serio con la mano para indicarle que más tarde se lo cuenta.

—¿Se lo has comentado a las magistradas?

—No las he querido estropear el fin de semana, he quedado con ellas el lunes, para preparar el operativo y les doy la noticia, si puedes ven conmigo para preparar la grabación de la comida.

—¡Ok!, quedamos sobre las diez en el juzgado.

—¿Que ha pasado? —insiste preocupada Pilar, cuando su chico cuelga la llamada.

—Que los de Carabanchel han descubierto pruebas de que el jefe de la trama de corrupción es Honest Clos.

—¡Dios mío!, ¿te afecta a ti? —acierta a expresar, preocupada por las consecuencias.

—Solo voy a estar discretamente en el operativo de la comida de Javier con el delegado, por si surge algo del accidente.

—Le estáis metiendo en un marrón.

—Está preparado, nos dado las claves de la investigación.

Los dos amigos siguen el paseo hasta la antigua villa olímpica, todavía impresionados por el descubrimiento, mientras conversan sobre generalidades de la corrupción.

—Es una putada que responsables de gobiernos de comunidades y del estado, que aprietan a los ciudadanos con políticas de recorte se dediquen al saqueo de las cuentas públicas—comienza Rodríguez sus reclamaciones, como un indignado más.

—Es una situación injusta para los ciudadanos —se suma a la reflexión.

A Javier se le escapa una sonrisa pícara, que sorprende a su amigo, tras sus duros alegatos iniciales.

—¿Qué te hace gracia?

—El nombre<Honest>, sus padres como profetas no tenían precio.

—¡Que tonto estás! —le regaña sin poder contener la risa.

—Lo que menos entiendo es que funcionarios, cuyo deber es controlar, se apunten a estas tramas —regresa con tristeza a sus argumentaciones.

—Cada persona es un mundo, lo único cierto es que si se empieza es imposible dejarlo —justifica, con el recuerdo de compañeros que se han pasado al <lado oscuro>.

—Por desgracia, no es un problema de algunas manzanas podridas, que se podrían sacar del cesto, los canastos están corrompidos y si se añaden manzanas sanas, se pudren también.

—Muy poético —le vacila.

—El reparto de las mordidas socializa la culpa y evita la denuncia, si alguien se opone a participar, se le represalia.

—Es difícil perseguir este tipo de corrupción.

—No hay voluntad, los que están en la <pomada> no se van a investigar a sí mismos. Roldan no habría sacado un duro del Instituto, sin la participación de los funcionarios, cada uno en su nivel de responsabilidad de acción u omisión.

—¡Tocado!, cualquiera discute —protesta por lo que le toca.

—Lo peor de estas tramas es que afectan a todas las estancias administrativas y a todos los niveles de responsabilidad.

—Se están aprobando leyes —expresa más optimista.

—No sirven si no hay voluntad de aplicarlas, lo que sucede es que no hay <pomada> para todos, no se pueden controlar tantos casos y por eso salen.

Luis, expone sus argumentaciones sin mucha convicción, lleva la cabeza distraída dándole vueltas a lo que han descubierto y el operativo que tiene que preparar.

A Javier la espontanea charla sobre temas de corrupción, le lleva totalmente soliviantado. El recuerdo de lo vivido desde su valiente experiencia empresarial, ha encendido su rabia interior y decide desahogarse con su colega.

—Si en lugar de una amnistía para corruptos y amiguetes, hubiesen realizado una moratoria sin intereses de las deudas de pequeños empresarios y autónomos, no se habrían cerrado cientos de miles de empresas y perdidos millones de puestos de trabajo.

—No me des más mítines, como paremos a un inspector por cualquier infracción le voy a freír a multas —trata de animarle.

—Al menos me tomo la revancha y en los Máster de emprendedores a los que me invitan, cuento a los alumnos que Hacienda ha hundido más empresas, por su actuación inquisidora, que la crisis.

—Como se enteren en el ministerio vas a dar charlas a Venezuela, que está muy de moda.

—Espero que me mande a Cuba, así pido asilo y no vuelvo.

—Te voy a buscar por delincuente y nos quedamos los dos.

El ambiente indignado del inicio del paseo, ha finalizado con un cumulo de bromas, como no podía ser de otra manera entre colegas de Carabanchel.

Entretenidos con sus bromas, llegan por fin a su destino, se sientan en el sitio reservado en la terraza y piden unas cervezas, mientras esperan que les traigan la paella encargada.

Se relajan de tantas emociones, con las hermosas vistas de los barcos, el mar y las imponentes torres, que tantos recuerdos traen al técnico.

El agente saca a su amigo de sus ensoñaciones, quiere comentar el operativo que piensan preparar para la comida,

—Lo que te cuente Albert puede ser fundamental para descubrir la verdad —trata de ponerle en situación.

—No hago más que darle vueltas desde que me llamó, no quiero ponerme nervioso, tampoco sé que me quiere contar.

—Hemos pensado grabar la conversación, mañana pediré a la juez que autorice un operativo, lo haremos únicamente si tú quieres.

—¿Quieres ponerme un micrófono?, tú has visto muchas películas, la voy a fastidiar.

—Seguro que lo haces bien, piensa que es una conversación normal entre compañeros.

—¿Qué quieres que consiga?

—La verdad, si no sale, no te preocupes.

—Intentaré no estropearlo.

—Si no confiesa que estuvo con Manuel antes del accidente, las pruebas son circunstanciales. Debe estar muy presionado, igual se derrumba contigo.

—¡No me agobies más!, lo intentaré —zanja la charla y acepta la grabación.

El teniente pensaba analizar los puntos de la investigación que podía utilizar para presionar al arquitecto durante la comida, decide no estrujar más a su colega y cambia el curso de la charla.

—¿Esa es la obra que hiciste? —señala la torre que tenían detrás.

—Fue una experiencia única, aprendí mucho de cómo se dirige y organiza una obra en altura.

En ese momento el camarero trae una paella con una pinta estupenda y casi de manera simultánea, le llega al nuevo jefe de obra un mensaje, con el nombre y dirección del restaurante.

Se lo cuenta a su amigo, que no se sorprende de la elección, es un restaurante japonés muy prestigioso y discreto, un sitio ideal para reuniones de empresa.

—En estas tramas es muy difícil, encontrar pruebas —se le escapa al oficial una reflexión que se hacía en el camino.

—Falta la voluntad de los responsables —afirma el aparejador, de nuevo encrespado con el tema.

—¡No seas tan idealista! —le regaña por iluso.

—¿Tú crees?, cuando terminemos la paella, revisaremos nuestro caso de corrupción —le reta animoso.

Sonríe en su interior, ha conseguido picar a su colega de colegio para analizar juntos la trama.

Mientras degustan con apetito la paella, cambian de tema y se dedican a charlar de sus cosas, en especial de la decisión que Luis ya tiene tomada, de aceptar la propuesta de sus jefes y seguir en Barcelona incorporándose a su nuevo destino.

Cuando ya se afanaban en rascar el socarrat, se acerca el camarero para ofrecerles el postre, lo rechazan para pasar directamente a tomar unos orujos.

Con el primer orujo, a Javier le llega el subidón, se pone las <botas de futbolista> y se lanza a combatir la corrupción en las obras públicas, ante el asombro divertido de su amigo.

—Vamos a estudiar la situación como si fuese uno de nuestros partidos de fútbol del colegio —propone harto de hablar en serio.

—¡Vale Javi! —se pone en situación.

—Nos enfrentamos a un gran equipo, con muchos medios y recursos —reflexiona.

—Para ganar el partido a un equipo superior, necesitamos una táctica —se involucra divertido en el partido.

—Nos la dejó Roy escrita en el ordenador, solo tenemos que seguirla —propone con añoranza.

—Es verdad, sigamos sus planteamientos.

—Debemos jugar al contraataque —propone el que fue buen extremo de joven.

—Tendremos que defender duro, ser discretos y rápidos al corte—apunta el más defensivo.

—Sabemos que la adjudicación estaba preparada para contratar a una <empresa amiga> —saca de centro el técnico.

—Al final no se le adjudicó —le devuelve la pelota.

—No seas negativo, si no jugamos al ataque, no podemos ganar, a lo más empatamos —sigue con su análisis futbolístico, cada vez más inspirado.

—Está bien ¿por dónde atacamos?

—Sabemos que INGERCAT es una empresa contratada a dedo y sin experiencia, que han manipulado el proyecto y los comparativos en esta obra. Si atacamos por esta banda, seguro que abrimos espacios y podemos acercarnos al área de meta.

Empieza a entender que el símil futbolero, sirve para descubrir las vías de ataque para destapar la trama corrupta.

—La defensa del equipo contrario puede dejar desprotegida esa banda, centrándose en proteger la “portería”.

—Cambiamos el balón de banda, investigaremos el grado de implicación de los responsables de las mesas de contratación, si los sobrepasamos sólo nos quedaría adelantarnos a los centrales para rematar a la portería.

—¿Tienen buenos centrales? —se cuestiona curioso, sin conocer los jugadores del equipo contrario.

—Son los responsables de CHC, los que dirigen en el campo la táctica del entrenador de la trama, no son muy buenos, su equipo defiende con la posesión —se le escapa una sonrisa, casi una carcajada, con las imágenes futboleras que se le ocurren.

—El portero puede detener el remate —duda del resultado.

—Muy malos tendrían que ser nuestros delanteros, para no meter gol a un ingeniero enchufado de colegio pijo.

—¿Quiénes son nuestros delanteros?

—Las responsables del juzgado, el fiscal anticorrupción y tú, todos juntos hacéis una delantera de lujo.

¿Tú de que juegas?—busca la participación de todos.

—En este caso voy a jugar de medio defensivo con Pelayo.

—Si marcamos gol y ganamos el partido el “capo-entrenador”, va a cargar con las culpas y terminará fuera del equipo, como sucede siempre en estos casos —concluye más animado con el resultado final del partido.

—El partido lo vamos a ganar, pero el resultado final se decidirá en otras estancias —expresa entre animado y resentido.

—¿A qué te refieres?, no me chafes el partido.

—A los poderes reales que hace interminables estos partidos y anulan las responsabilidades de los jefes de las tramas.

—Habremos ganado, descubierto la verdad y desmontado esta trama —sentencia.

El teniente se pone serio y llama al fiscal que lleva con el Instituto la investigación de la corrupción. Se disculpa por molestarle en día de fiesta, le pone al día de forma esquemática y le cita para verse el lunes con la magistrada.

Los amigos están cómodos en la terraza, hace un día espectacular y deciden quedarse a tomar unos gin-tonics, para disfrutar del fin de semana, no todo va a ser todo trabajar.

—¿Forma Albert parte de la trama? —se le escapa a Luis una pregunta que le da vueltas en la cabeza.

—Al principio no creo, no podía saber que la empresa iba a conseguir la adjudicación. Por las presiones que traslada a la empresa, lo que vivimos en la reunión de obra y los comparativos manipulados, de alguna manera se ha visto involucrado.

—Igual te lo cuenta mañana —le anima optimista.

—No creo, tampoco sé cuál puede ser su grado de implicación o sus razones.

—¿Tú que crees?

—Es difícil saberlo, estos asuntos funcionan por dinero o promesas de mejora de estatus, debe estar muy al límite, no logra influir en las decisiones de la empresa.

Mientras saborean los gin- tonic recuerdan su pacto de caballeros de Carabanchel que puso en marcha la <OPERACIÓN CAIPIRIÑA> y repiten el brindis que hicieron en Madrid.

—¿Por qué aguanta la constructora? —cambia de tema, preocupado por lo difícil que va a ser dirigir la obra para su amigo.

—Se lo pregunté a Rafael cuando me propuso la dirección, me contó que les puede abrir el mercado internacional.

—¡Tu mundo está muy corrupto! —ataca a su colega.

—Mi mundo, como tú dices, no es el peor, ni siquiera en estas tramas, las golfadas mayores viene luego.

—No me asustes, que pido otras copas.

—Los mayores beneficios vienen con las compras de equipamientos hospitalarios y la farmacia, con márgenes superiores. Sólo cambian unos funcionarios por otros y las <empresas amigas>. En este caso las pruebas las tenéis que ir a buscar a los congresos de médicos en el caribe —concluye divertido una denuncia seria y fundada.

—¡Que vacilón eres!, ¿qué dejaste en Cuba que tienes tantas ganas de volver?

—Cuando resolvamos la trama, nos van a mandar lejos aunque no queramos —sentencia divertido, sin darse por aludido.

Terminada la etílica y fantasiosa sobremesa, toman un taxi compartido hacia sus destinos, la primera parada es en el hotel de Javier. Luis se despide orgulloso de su compañero de investigación y sigue camino de su casa.

—Eres un fenómeno, descansa un poco y vete a dar una vuelta, quedamos a las once en una cafetería próxima para preparar el operativo, te mando luego un mensaje.

Sube al hotel a descansar, apenas se tumba un rato sobre la cama y decide acercarse a una iglesia del barrio gótico, para asistir a una misa en catalán, con intención de ambientarse.

Se acerca a la cercana Basílica de Santa María de la Mar, la única de estilo gótico catalán puro y su ejemplo más perfecto.

Mientras intenta seguir la ceremonia, su espíritu técnico le lleva a fijarse en la estructura de tres naves casi de la misma altura, admirar las vidrieras y las sobrias y altísimas columnas que le dan una imagen de ligereza.

A la salida no tiene ganas de tapear, se vuelve a cenar al hotel con la idea de acostarse pronto y descansar para el insólito día que le espera.

En su corto trayecto, piensa que el barrio gótico es la joya de Barcelona, a la altura de cascos históricos como los de Sevilla, Toledo o Granada.

Le da rabia que la incultura sectaria del nacionalismo paleta lo trate de ningunear, por formar parte de las raíces comunes de los pueblos de España.

UN LUNES DECISIVO

El teniente López llega al juzgado antes de las diez, espera en la planta baja del edificio a que llegue el agente Pelayo y suben juntos a ver a las responsables del juzgado.

—Sabes que se va a liar la mundial —insiste Pelayo con la expresión que le salió del alma en la llamada del domingo.

—Ahora entiendo tú contra vigilancia y la razón para tapar el accidente y evitar el ruido mediático —sentencia convencido.

—El nerviosismo de mi jefe al enterarse que éramos amigos tiene más explicación.

—¿Si explota el asunto, vas a tener problemas? —se preocupa.

—Van a estar entretenidos en buscar responsables y tratar de salvar su culo, nadie me va a prestar atención —expone tranquilo.

Llegan a la planta del juzgado, y aunque les cuesta, saludan serios a la secretaria judicial, para mantener la discreción. Ella les sonríe discreta, se levanta y les acompaña al despacho de la jueza.

—¿Rompisteis muchos corazones? —aprovecha el joven para preguntarle, cuando ya no les oyen el resto de funcionarios.

—¡Lo pasamos bien! —se defiende con una sonrisa pícar.

—Les teníais como perrillos falderos detrás —insiste vacilón.

—No seas exagerado, nos juntamos un grupo majo y fuimos a tomar unas copas.

—Si alguno se porta mal, me lo dices y le meto un paquete —intenta Luis ponerse serio sin conseguirlo.

—Son buenos chicos —zanja la charla con gesto seductor.

Entran los tres al despacho, la magistrada se levanta a dar dos besos a los agentes, con el recuerdo de los momentos vividos el sábado, grabados en el corazón.

—Muchas gracias por haber sido nuestras madrinas —les agradece sincero Luis, en representación de su amigo y todos sus compañeros.

—Fuisteis las reinas de la fiesta —añade Pelayo.

Responden emocionadas, que son ellas las agradecidas por haber podido ser las madrinas de un acto tan fantástico.

—Pasamos una jornada única, nos hicisteis sentir muy especiales —expresa con emoción Claudia, por las dos.

—Lo que se merecen dos mujeres como vosotras —zanja el reconocimiento López, que se tiene que poner serio.

—¿Cómo venís los dos juntos, se ha acabado la discreción?— se adelanta incisiva la secretaria Font.

El teniente les informa que pensaba venir solo, para solicitar la intervención de los teléfonos de Ferrer, los responsables de la ingeniería y la dirección de obra.

—¿Qué ha cambiado el domingo? —interrumpe la juez, al ver que su semblante se ha tornado serio y formal.

—El sábado el delegado llamó a Javier para quedar a comer hoy lunes.

—En la fiesta nos dijo que se iba hoy y se despidió de nosotras —interrumpe Diana.

—Ha decidido retrasar la salida para comer con Albert y ver que le tenía que contar tan urgente. El domingo hablamos y pensamos en grabar la conversación, si nos lo autorizáis.

—¿Por qué la debemos grabar? —trata la responsable del juzgado de establecer los argumentos de la orden.

—Creemos que estaba con el jefe de obra en el momento del accidente, sabemos que se quedó con su móvil, que ha manipulado los comparativos de las contrataciones y nos ha ocultado otras informaciones. Le notamos muy presionado, existe la posibilidad de que se sincere con un compañero, y queremos estar preparados por si este hecho sucede.

—¡Esta bien!, preparar el operativo, a ver si somos capaces de resolver el accidente —acepta, con la complicidad de su compañera, expresada con un gesto de cabeza.

—Se ha producido un hecho grave que no esperábamos —informa el teniente dándole un punto de teatralidad.

—¿Qué ha sucedido?, podías haber descansado el domingo como todos —inquire Claudia, extrañada ante tanta intriga.

—¡No seas teatrero! —le reprende el mosso, expectante por la reacción de las juristas.

Se pone serio y les cuenta que el domingo se llevó una copia del disco duro del portátil y analizaron juntos el contenido.

—Javier analizó la parte técnica y descubrió las irregularidades que se han producido desde la adjudicación. Han falseado los

comparativos de los paquetes de obra, para contratar a empresas propuestas por la trama —resume esquemáticamente.

—Quizá podamos involucrarles —apunta optimista la magistrada Soler.

—En la parte que yo analicé, descubrí que el jefe de obra archivaba grabaciones, emails, correspondencias y documentos que demuestran la extorsión y los beneficios que se manejan, con fechas, lugares y nombres.

—¿Pensaba presentar una denuncia? —se sorprende animada.

—No sabemos, igual solo preparaba la defensa de la empresa, por si alguien les reclamaba en un futuro.

—¿Es lo que investiga el Instituto? —intenta ubicarse.

—Mis compañeros me han comentado que llevan un par de años investigando esta empresa y sus obras, sospechan que detrás está un político del más alto nivel.

—¿Pensáis que ahora tenéis pruebas suficientes?

—La corrupción llega más arriba de lo que pensábamos.

—¿Hasta qué altura? —inquire

—Descubrimos que el <capo> de la trama es Honest Clos García. Hemos puesto, “por fin”, nombre y apellidos al responsable —sentencia serio el oficial López.

—¡Dios mío!, la que se va a liar —explota espontanea Diana, tras unos segundos de un tenso silencio.

—Eso me dijo ayer Rubén, aunque con ese acento tan raro que tiene —intenta relajar la tensión.

—¿Tenéis pruebas? —insiste la juez ante la gravedad del asunto.

—Roy guardaba en el ordenador llamadas amenazantes, propuestas de trabajo y otras actuaciones para que se plegara a las decisiones de los responsables.

—¡Tenemos que estar seguros!, cuando salte el asunto, las presiones van a ser del más alto nivel —concluye preocupada.

—No vais a tener que aguantar una presión mediática y política innecesaria, en el momento que entendáis no debéis asumir la responsabilidad, os apartamos del asunto de la corrupción —les reitera con firmeza.

—Llevaremos la investigación del accidente hasta el final, lo que se derive de esta actuación ya se verá —asegura la magistrada.

El oficial recuerda que ha quedado con el fiscal anticorrupción, para presentárselo a las responsables del juzgado. Mira el reloj, al ver que son las diez, se disculpa y sale del despacho para recibir a su compañero de investigaciones.

En ese momento llega, se funden en un abrazo esperanzado y pasan juntos al despacho.

Avisado por el teniente el domingo, ha pasado temprano por la oficina, para poner a todo su equipo a trabajar en la investigación de los miembros de la mesa de contratación, la ingeniería y los directores de obra. Quieren estar preparados para lo que pueda surgir de la comida entre técnicos.

Ramón Suja Cano es un hombre de cincuenta y tantos, de aspecto despreocupado, con algo de sobre peso, mediana estatura y frente despejada. Tiene imagen de abogado duro, muy alejada del típico letrado pijo de traje carísimo o del funcionario clasista de alto nivel.

Es un hombre íntegro, mordaz e inteligente, de los que miran directamente a los ojos, no por encima del hombro. Madrileño de pro, ha sido arrastrado provisionalmente a la Ciudad Condal por las investigaciones de corrupción en curso.

Una vez en el interior del despacho, el teniente López realiza las presentaciones de rigor entre los compañeros.

—Este es vuestro colega Ramón Suja Cano, el mejor fiscal anticorrupción de España.

—No exageres, sólo hacemos lo que podemos —protesta al sentirse excesivamente adulado.

—Estas mujeres son la magistrada Claudia Soler y la secretaria judicial Diana Font. Investigan el accidente de la obra donde actúa la trama, son las juristas más preparadas y valientes de Cataluña y nuestras madrinas.

Le dedican una sonrisa cariñosa, agradecidas por su halago y se acercan a dar la mano a su colega, con gesto de camaradería.

—Este chaval es un gran amigo y el responsable de la investigación del accidente, a pesar de su jefe —concluye las presentaciones.

Pelayo da un fuerte apretón al recién llegado y un golpe en el hombro a su amigo, por ser tan teatrero.

Ramón Suja pone al día a las responsables del juzgado, de la investigación y las actuaciones que tienen preparadas sobre el entorno de la mesa de contratación, INGERCAT, CHC y si procede ante el responsable político.

—¿Por qué pensáis que es el momento? —se interesa Font.

—La comida puede ser el pistoletazo de salida de la operación, si esperamos más todo puede saltar por los aires.

—Sin el testimonio del jefe de obra accidentado para ratificar las pruebas, va a ser difícil imputar un delito importante al <CAPO> —apunta seria la magistrada, sin citarle.

—Veremos qué sucede en la comida, quizá se implique en el accidente y podamos obligarle a tirar de la manta, sabemos que es difícil pero lo queremos intentar —expone el teniente.

—Algunos responsables al verse acorralados, pueden aportar pruebas, antes de que los abogados preparen las versiones inverosímiles —informa esperanzado el fiscal anticorrupción.

—En esta obra la trama no ha obtenido el beneficio previsto, el delito para los responsables sería menor, se puede quedar en tentativa —sigue crítica Soler, en busca de certezas.

—Salvo que probemos los sobornos y los liguemos a beneficios en otras actuaciones que hemos investigado —apunta Suja.

Hechas las presentaciones y comentadas las actuaciones a preparar, el teniente informa que se tienen que ir, han quedado con Javier para preparar el operativo y tranquilizarle.

—¡Cuidar de él!, le habéis metido en un buen marrón —les ordena cariñosa Claudia.

—¡Darle un beso de nuestra parte! —les solicita Diana.

—Nosotros le cuidamos, los besos se los daréis vosotras cuando resolvamos todos los asuntos —apunta Rubén con su guasa gaditana.

—Va a jugar con las cartas que tenemos y algún farol, a ver si encontramos un hilo del que tirar, para llegar a los que enrollan el ovillo —concluye imaginativo Luis.

—Habéis puesto demasiada responsabilidad sobre él, ahora que acaba de encontrar una nueva oportunidad laboral —insiste preocupada la secretaria.

—¡Lo hará bien!, no le habríamos convencido de que no lo hiciera, firmó el <COMPROMISO DE LA CAIPIRIÑA> y los de Carabanchel no se vuelven atrás —sentencia su amigo.

Las jefas les dan por imposibles y les desean suerte en su operativo.

Los agentes comentan que la comida va a ser el chupinazo de salida de algo importante y se despiden optimistas.

—No forcéis la investigación por alcanzar la cabeza, tenemos base para desarticular la trama —les aconseja el fiscal.

Se despiden con un apretón de manos del fiscal y dos besos de las chicas, reclamando Morano zalamero los de su amigo, para provocar unas risas y destensar el ambiente.

—Nosotras vamos a preparar un equipo de guardia, si no sale bien, nos deberéis favores de por vida —concluye la magistrada.

—¡Ya os los debemos! —contestan al unísono.

—Nosotros tenemos todo el operativo preparado, si no llegamos hasta el final se nos va a caer el pelo con las presiones políticas y mediáticas, pero merece la pena intentarlo —se anima el fiscal.

Mientras los juristas ultiman los operativos, los compañeros se dirigen al encuentro del otro mosquetero y del equipo de la Guardia Civil que va a organizar el operativo de escucha.

El mosso va a participar de manera individual, sin que lo sepan sus jefes. Se dirige antes a la oficina, para confirmar el permiso que se ganó su intermediación con el patriarca gitano.

Rodríguez se ha levantado un poco más tarde de lo habitual, para que la mañana no se le haga muy larga y se le multipliquen los nervios en el estómago. Tras acicalarse y pasar por el bufet da un paseo preocupado, hacia el encuentro con su amigo.

Se reúnen en una cafetería próxima al lugar de la comida, saludándose con fuertes palmadas en la espalda, que les recuerdan a las que se dieron en su encuentro en Madrid, antes de la comida que dio inicio a la aventura que les ha llevado al momento actual.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —se adelanta Javier.

—Pregunta lo que quieras.

—¿Por qué diriges tú la operación, si no llevas estos asuntos?

—¡Por tu culpa!, cuando comenté a los compañeros tus líneas de investigación, me pidieron que la dirigiera.

—Si resolvemos el accidente te van a van a cambiar de destino —apunta divertido.

Luis le da una colleja amistosa y se interesa por su estado de nervios.

—Me preocupa estropear la operación.

—No vas a estropear nada, hemos llegado aquí gracias a ti.

—Todavía no sabemos la verdad del accidente.

—Eres un buen jugador de mus, yo lo he sufrido, piensa que juegas una partida, tantéale hasta que tengas una buena mano.

Aunque el ejemplo de su amigo le aporta cierta confianza, ve complicado que el delegado se sincere, le tiene por un técnico inteligente aunque le parezca un pijo ejecutivo.

—Los catalanes no saben jugar al mus, no tienes rival —le da el último empujón de ánimo.

Mientras los técnicos le ponen un moderno micro y hacen las pruebas de sonido, el teniente le recuerda que hay sucesos que puede utilizar; el teléfono móvil, los comparativos modificados, la documentación del portátil, la sangre en el palet.

—Puedes jugar de farol, que sabemos que estaba con Manuel o que hemos descubierto huellas suyas.

—No me parece bien, ya me siento bastante mal, como para utilizar cosas que no sé si son ciertas, tiene que ser él quien me cuente lo que le salga del corazón —se defiende.

Luis valora su honestidad, le da un último abrazo y le dice que no se preocupe, que en una mesa próxima estará una pareja de compañeros y fuera en la furgoneta ellos dirigirán el operativo.

En ese momento llega Pelayo, viene de paisano para no levantar sospechas, ni involucrar a su cuerpo policial.

—¡Tú puedes campeón! —le anima el recién llegado, dándole un abrazo.

—¡Sin presión! —se despide nervioso, con una expresión que usaban en el colegio, para animarse antes de los partidos de fútbol importantes.

UNA PARTIDA IMAGINARIA

Entra al restaurante japonés, para comprobar si ha llegado su compañero y al cerciorarse que no, se dirige a tomar una cerveza en una pequeña barra, ubicada bajo una bóveda decorada, que introduce al cliente en el ambiente nipón.

Ferrer llega puntual, se saludan cortésmente con un frío apretón de manos y como el anfitrión no quiere tomar nada, pasan al interior del local, detrás de un elegante metre japonés.

—Has elegido un sitio espectacular, parecería que estuviésemos en Tokio —reconoce el invitado.

—Me gusta mucho —agradece Albert, al tiempo que pasa a ejercer de maestro de ceremonias.

—A la izquierda está la zona <TEPPAN—YAKI>, se cocina en presencia de los comensales en planchas especiales acopladas a la barra que hace de mesa, bajo unas campanas de extracción.

—En Madrid estuve en un coreano con este sistema, es divertido ver cómo te cocinan y poder elegir los productos —recuerda alguna comida de una época lejana.

—A la derecha está la zona <SHABU—SHABU>, se preparan en la mesa los platos tradicionales japoneses. Más adelante, a la izquierda, hay una zona de <BARRA DE SUSHI>, en la que un chef especializado prepara esta famosa delicadeza japonesa.

El paseo por el local termina en la zona <TATAMI>, configurada alrededor de un precioso jardín japonés, surcado por un canal de agua que nace de una fuente lateral.

—He reservado en esta zona —le informa con orgullo.

El invitado, deslumbrado por su decoración, reconoce que es el espacio más bonito del local. El anfitrión indica que se tienen que descalzar para andar sobre la madera y el tatami, al tiempo que empieza a quitarse los zapatos.

El veterano aparejador siente que le empieza a doler el cuerpo, al pensar que se tiene que sentar en el suelo a la japonesa. No verbaliza sus pensamientos para que su anfitrión no se ría de él.

Descubre con alivio, que hay un foso enmoquetado donde situar las piernas y unos cojines de asiento, toma asiento y comprueba, con alivio, que la posición es bastante cómoda.

Una vez aposentados, los camareros montan la mesa baja y los paneles divisorios, que delimitan el espacio para crear una adecuada intimidad, sin perder la visión del jardín central.

El organizador cede cortésmente la posición frente al jardín, situándose él de espaldas. Desde esta posición Javier observa a una pareja joven, poco integrada en el espacio más caro del local, que se sitúa en una mesa en frente. Cruza con ellos una sonrisa cómplice, que le confirma que se trata de compañeros de Luis.

Una guapa japonesa, vestida con el traje de gueisa, les saluda protocolariamente y les entrega una estética carta. El anfitrión, sin esperar a que se vaya, propone un menú degustación, con gran alegría de su invitado.

Antes de que la mesa se llene de colores y olores, Albert comenta que es una pena lo que le había pasado al jefe de obra, sin parecer atreverse a pronunciar su nombre.

Javier le sorprende al reconocer que estaba muy afectado, porque Roy era un amigo suyo de la Escuela Técnica de Madrid y se lanza imprudente a expresar sus dudas sobre el accidente. Razona que no se cree que un técnico experto se caiga de una cubierta por poner una bandera, sin arrastrar los tablones de la barandilla.

La llegada de la gueisa con los primeros platos del menú degustación le salva de esta acometida imprevista.

—Son unos <aemono> ensaladas y revueltos de verduras y marisco con diversas salsas, los sirven como aperitivo —obvia el comentario y pasa a presentar la comida.

—Mientras no haya que utilizar los palillos todo va bien —se sincera el novato en estas lides culinarias.

—Lo vas a tener que intentar, van a traer diferentes <sushi> que se comen con palillos y se mojan en salsa de soja o en el famoso <wasabi> —le avisa más relajado.

La llegada de la comida ha salvado al arquitecto de dar explicaciones del accidente, también ha servido al aparejador para tomar aire y frenar su ímpetu inicial.

Sugestionado por la propuesta de su amigo, se propone asimilar la conversación, a una partida de mus, que se va a dirimir en un mano a mano, <arquitecto—aparejador>, siendo de atrezo imaginario los otros dos jugadores.

Nota del autor

Voy a tratar de contar la conversación que mantuvieron los comensales, como se la imaginó en su cabeza Javier sugestionado por la propuesta de su amigo para que superara los nervios, solapada con la que aconteció en la realidad.

El que no sepa jugar al mus que pida a un amigo que le traduzca esta partida, aunque el juego de envites se debería entender bastante bien.

Quiero pedir perdón a la cultura japonesa y a los expertos en su comida, por si me equivoco con algún plato, así me lo contaron o al menos así lo entendí.

Primer <Juego>

Cuando la elegante camarera les deja solos, el arquitecto comienza una conversación que parece traer preparada de casa.

—Eres un técnico con experiencia, sabes que en las obras públicas a veces estamos obligados a realizar algunas concesiones a la propiedad, para sacar adelante las obras.

En la partida imaginaria, que plantea en su cabeza, Javier sitúa a su contrario como si fuera la <mano>, <posición delantera en los envites>.

Siente que su rival ha tomado la iniciativa y lo asemeja en su partida a un envite de <cinco a grande>.

Sorprendido por la rápida puesta en juego de su contrario, decide no aceptar y le deja apuntarse el <porque no>. En respuesta se salta la mano en la siguiente ronda de apuestas y <envidia a pequeña>, para tantearle.

—En mi primera obra en un hospital en Madrid, descubrí cómo funciona la golfería de las obras públicas. Tuvimos que lidiar con un técnico veterano muy maleado que nos hacía imposible cada certificación, hasta que un día vino a la reunión de obra Saturnino, el jefe de grupo, se lo llevó a comer y lo <solucionó>.

Su adversario desprecia el envite, debe pensar como algunos teóricos que <jugador de chica perdedor de mus>. Se hace fuerte a la siguiente apuesta, <los pares>, y <envidia cinco>, que parece ser su apuesta fetiche.

—Seguro que pactó algún acuerdo para sacar adelante la obra.

Enseña pronto los argumentos con los que quiere llevarle a su terreno, <hay que asumir concesiones con la dirección y la propiedad>.

En esta ocasión es el aparejador el que decide no aceptar el envite, es pronto para apostar fuerte. Le da rabia, tenía preparada una encerrona en la última ronda de apuestas, <al punto>, (no juego según otros), que se frustra al tener juego su contrincante.

Finalizada la primera ronda de las cuatro apuestas <grande-chica-pares y juego> de cada ronda de envites que tiene el juego del mus, enseñan las cartas para hacer el recuento del tanteo.

Javier; Rey, sota, dos cincos. Se apunta un punto, <una piedra> del <porque no a la pequeña>.

Albert; Rey, dos caballos, seis. Suma el <porque no a grande y pares> y de su jugada <una de pares y dos de juego>. Pasa un amarraco <cinco puntos>, al lado de su imaginario compañero.

Hacen un receso en su conversación para disfrutar de los variados entrantes.

En el interior de la furgoneta tecnológica, Luis está tranquilo, aunque el delegado parece llevar la iniciativa, siente que su amigo se ha relajado, después de un inicio nervioso. El joven agente, por el contrario, es un manojo de nervios, no entiende los tanteos, piensa que él sería mucho más directo.

Durante el receso para probar los entrantes, a Javier se le van los recuerdos hacia Saturnino Molina, jefe y amigo, el mejor profesional que nunca conoció, que le enseñó la verdad de las obras y ya no está con ellos.

Se le acumulan anécdotas que creía olvidadas en su gastada imaginación y recupera algunas que le van a venir bien para enfrentar la situación que vive.

Tras dar buena cuenta de los entrantes, es el aparejador el que aprovecha que su imaginario compañero es la <mano>, para cortar el <mus> y enviar a <grande>, dando inicio a la segunda ronda de apuestas del juego.

—En todas las obras públicas en las que he participado, la constructora ha tenido que pagar alguna mordida por la gestión de una liquidación o una certificación, pero mis contactos siempre han sido técnicos o funcionarios, nunca me ha tocado tratar con políticos.

Trata de provocarle para que gaste argumentos, la realidad es que si ha peleado con tramas corruptas importantes, protegido en los equipos de dirección de grandes empresas.

El arquitecto se ve fuerte en su jugada y <envidia tres más>.

—En Cataluña es más difícil, el tema político lo impregna todo.

El aparejador cierra los <envites a grande> y <envidia a chica>, en un intento de despistar su jugada.

—En la obra que dirigí en la Villa Olímpica de Barcelona la empresa soportó grandes presiones para que el proyecto lo hiciera un arquitecto famoso. Al no ceder se nos <exigió> contratar trabajos a empresas catalanas, muchas de las cuales no cumplieron y las tuvimos que sustituir —se acerca a la situación real de la obra.

El arquitecto se siente confiado y no le importa cerrar el envite.

—Seguro que sabes que la obra que ejecutamos estaba preparada para otra empresa.

El aparejador quiere hacer valer su jugada y <envidia cinco a pares>, para sacarle información.

—Rafael me ha contado como Roy descubrió el <fallo> de la estructura y de otros capítulos del proyecto, que permitió a la empresa hacer la mejor oferta técnica y económica y que gracias a la intervención del estudio de arquitectura en la mesa de contratación, se nos adjudicó la obra.

No acusa el golpe, se siente dominador, cree que tiene mejores cartas y <envidia más>.

—Lo que seguro no te ha contado el jefe, son las presiones que sufrimos en la delegación para que renunciáramos a la obra, ofreciéndonos otras adjudicaciones.

Duda, no ve síntomas de flaqueza en su rival, decide <envidar más>, para despistar su jugada, piensa que puede hacer valer la mano en la siguiente apuesta al <juego>.

—En todas las obras hay presiones, no pasa nada.

Su oponente lleva el tanteo del juego a su favor y decide cerrar prudente la apuesta.

—Para la empresa y la delegación era mucho mejor no haber aceptado la adjudicación, tendríamos el futuro despejado en Cataluña, ahora lo tenemos muy negro, nos fríen a multas y estamos vetados en las ofertas públicas.

En esta ronda ambos tienen juego, el aparejador duda si echar órdago, no lo tiene claro tal cómo va el tanteo. Trata de hacerse fuerte y echa <diez a juego>, cree que su oponente no aceptará al ser él la mano.

—No entiendo por qué razón la empresa tiene que renunciar a sus derechos, para que una trama corrupta adjudique la obra a una <empresa amiga>, ¿Quién ejerce las presiones?

Aunque cree que gana el juego, el envite a chica le hace dudar que tuviera la mejor jugada <treinta y una> y cierra la apuesta prudente.

—Técnicos muy altos de la administración y responsables políticos —está preparado para estas cuestiones, tiene muy asumido que las cosas deben funcionar así.

Los dos técnicos enfrentados en la imaginaria partida, enseñan sus cartas:

El arquitecto; Dos reyes, sota, as. Se apunta de los envites; cinco de grande, dos de chica, nueve de pares y cinco de juego y de su jugada; una de pares y tres de la treinta y una.

El aparejador; Rey, dos caballos, sota. Descubre que aunque < cortó el mus> a la primera, su rival tenía mejores cartas en todas las apuestas y pierde todos los envites.

Sumados los puntos de esta ronda al tanteo del turno anterior, la pareja del arquitecto suma las treinta <pedras> que le dan la victoria en este primer juego.

Ferrer relaja el rictus de tensión, que ha mantenido en esta parte de la charla, en la que el nuevo jefe de obra le ha planteado cuestiones inesperadas.

Javier cree que ha jugado mal, podía haber intentado asustar a su contrincante echando <órdago a juego> o haber pasado en algún envite para no perder tantas piedras. Se anima con el argumento de que su error le ha permitido guardar sus mejores argumentos para juegos más decisivos y ha evitado que su contrario se enrocara para el resto de la partida.

En el furgón, Rubén está que se sube al techo. Su colega le tranquiliza, cree que su amigo ha conseguido que le plantee a las claras que deben aceptar las propuestas de la propiedad.

La refinada guesa hace de nuevo acto de presencia, con diversos platos de arroz <gohanmono>.

Hacen un nuevo alto en la conversación para degustar los arroces, que sirve al aparejador para asentar los nervios del estómago y tratar de entender la táctica de su contrincante.

Segundo < Juego>

Albert se encuentra muy reforzado anímicamente y retoma la iniciativa, con una apuesta arriesgada, que parece muy meditada.

—Roy y yo habíamos acordado la adjudicación de las fachadas, instalaciones y cubiertas a las empresas que nos propone la administración, para poder seguir la obra con normalidad.

Detecta el farol de su oponente, que ha cortado decidido el mus, con el primer reparto de cartas y apostado <cinco a grande>. Cree que es el momento de provocarle para ver si comete un error y decide <envidar más>

—Pregunté a Rafael y a Iñigo en el viaje, me comentaron que no se habían decidido las empresas adjudicatarias.

—Son todas empresas importantes de Cataluña, trabajan siempre con la administración en estas obras y saben cómo se trabaja —Se le escapa una insinuación un tanto incriminatoria. .

Al ver que su contrario no se amilana y ha subido la apuesta <cinco más>, decide <cerrar los envites>, con una pulla que le haga dudar para las siguientes apuestas.

—El domingo analicé los comparativos en el ordenador de la oficina, no creo que aceptemos las empresas propuestas. Sabrán bien cómo <funcionan las cosas>, pero no están preparadas para hacer una obra de esta importancia.

Albert que no esperaba esta situación, trata de evaluarla en su interior.

El nuevo jefe de obra no quiere dejar en paso la <chica> y <apuesta tres>, para ponerle nervioso.

—¿Quiénes son los que proponen y deciden?, ¿tanto poder tienen?

No acierta a procesar tantas preguntas, la conversación se le ha descontrolado de forma imprevista, cuando creía tenerla encauzada.

—Los responsables de la ingeniería, los técnicos de la administración y políticos importantes —repite el argumentario que ha preparado.

Intuye que ha cerrado la apuesta por inercia, sin pensar en el tanteo. Cree tenerle donde quería y sin respetar el turno de envites que determina <la mano> se lanza valiente y apuesta <diez a pares>. Siente que es el momento de ganar el juego.

—La propuesta de adjudicación la tendrás por escrito, ¿cómo sé yo que están acordadas con la administración?

El Arquitecto sube la apuesta, aunque sólo se atreve a echar <cinco más>, su envite favorito, que más parece un tic nervioso.

—Tenemos correos de la dirección de obra, de la ingeniería y la propiedad con las empresas a las que debíamos contratar y las ofertas pactadas —se defiende apuntalando el posible delito.

El aparejador cree que su rival ha picado el anzuelo, hace que duda si aceptar el envite, es una pose, sabe que es el momento de elevar la apuesta y echa <cinco más>.

—La Guardia Civil ha encontrado el ordenador de Roy, lo tenía una amiga suya, me dieron una copia del disco duro, cuyo contenido he analizado el domingo en la obra.

El rival se sumerge en el imaginario <mar de dudas>, le sorprende que se esté investigando el accidente, tampoco sabe que habrá en el ordenador de Roy, aunque se lo imagina.

Los nervios le impulsan a jugarse un desesperado <órdago a pares>.

—Habíamos preparado juntos los comparativos, sin su desgraciado accidente ya se habría realizado la contratación —sigue con su quimera.

Ha jugado con los envites para llegado este momento, hacer valer su jugada, acepta el <órdago> que decide el juego.

—En el ordenador de Manuel he descubierto las ofertas y los comparativos con las empresas que LACOMA pensaba contratar, las que vosotros proponéis están en el último lugar por precio y capacidad técnica.

Ferrer enseña nervioso las cartas; <dos reyes, sota, cinco>, una buena jugada para ser la primera mano.

Rodríguez enseña las suyas, una jugada rara, buena si se sabe jugar; <tres cincos y un as>. Le sirven para ganar el <órdago a pares>, por el mayor valor de los tres cincos <medias>, sobre los dos reyes <pareja>.

Muy afectado por el descubrimiento, intenta defender que lo que vale es el ordenador oficial de la empresa, que en el portátil Manuel tendría sus notas personales.

Javier trata de mantener la confianza del arquitecto, de que todo se puede solucionar, para seguir sacándole información.

—Todavía no he dado a la empresa la documentación del ordenador de Roy ni la comparación con los comparativos que cargaste el sábado en la oficina.

La situación provoca un tenso silencio entre los comensales, que aprovechan para terminar los platos de arroz y saciar la sed.

En el centro de mando la cara del mosso ha cambiado de color al comprobar que el arquitecto ha empezado a proporcionar pis-tas de la corrupción. El teniente es ahora cuando empieza a estar preocupado, sabe que es el momento decisivo de enfrentar el tema del accidente.

Albert está muy afectado, la comida no va como él planeó, el nuevo jefe de obra parece saber más de lo que debiera y rebate todos sus argumentos. Piensa que debe retomar la iniciativa, si quiere convencer al nuevo jefe de obra de sus planteamientos.

Tercer < Juego>

Javier sigue concentrado en su partida, ahora que ha conseguido recuperar el juego perdido. A pesar de ser postre <va detrás en los envites>, decide <cortar el <mus>. Tiene una jugada que le gusta y echa directamente <cinco a grande>, saltándose el orden de apuestas.

—¿Que tienes que ver en las adjudicaciones? —le plantea directo mirándole directamente a los ojos.

—Los responsables de la administración me pidieron que la empresa renunciara a la obra porque estaba adjudicada a otra empresa, por culpa de Manuel y Rafael no se pudo revertir la adjudicación —los nervios le hacen aportar más información de lo que le hubiera gustado de haberlo pensado con tranquilidad.

Aunque en su lucha interna todavía gana la represión de su verdad, parece estar a punto de confesar su situación personal

Al aparejador le sorprende que su rival suba la apuesta <cinco más>, no tiene buenas cartas para <grande> y le deja apuntarse los <cinco del porque no>.

Tiene una jugada ganadora para <chica> y aunque no quiere mostrar su juego, <envida tres>, por si el contrario pica.

—¿Por qué estás tan nervioso?, será la empresa la que tenga que soportar las presiones.

El arquitecto pasa de la <apuesta a chica> y echa directamente <diez a pares>, adelantándose a su rival.

—Me prometieron darnos otras obras, la empresa pasaría a ser una de las primeras en Cataluña.

El aparejador <ha cortado el mus> con la idea de ganar los pares, se hace fuerte y echa unos prudentes <cinco más>, percibe una extraña mirada de seguridad en su rival.

—La empresa se puede ganar el prestigio en esta obra y tener una buena proyección internacional.

El delegado no se amilana y echa un inconsciente <órdago>.

—Me he comprometido personalmente con los responsables de la propiedad y ahora me presionan para que consiga revertir la situación.

Albert con los nervios de la charla y quizá el vinillo de la comida, no es del todo consciente de que acaba de confesar su compromiso con la trama.

El corazón le pide aceptar el órdago, su intuición le dice que en esta apuesta su rival tiene mejores cartas. Se fía de su corazónada y decide no aceptar el <órdago>.

La ronda termina al pasar todos al <punto>, al no tener juego ninguno de los jugadores.

Javier enseña primero su jugada, sabe que no se apunta nada, <tres ases, cinco>, se anota el punto del <porque no a chica> y espera con incertidumbre a que su compañero enseñe sus cartas.

Albert tira decidido sus cartas; <tres sietes y un seis>. Gana todos los envites y las jugadas. Suma a los <porque no> apuntados durante la partida, <cinco de grande y quince a pares>, el valor de su jugada, <dos de medias> y una del <punto>, que quedó en paso.

Respira aliviado, su intuición le ha salvado de perder el juego directamente.

Los que escuchan no entienden porque ha decidido no continuar con la presión, después del inicio de su autoinculpación. Se miran con gesto de duda, especulan que igual no se atreve a utilizar el tema del accidente y cruzan los dedos expectantes.

La llegada de los <yakimono>, asados de carne y pescado, les da un último que les sirve para reflexionar en su interior.

Ferrer se da cuenta que acaba de confesar su implicación con la propiedad a espaldas de la empresa, piensa que debe reconducir la conversación a sus postulados iniciales.

Javier es un buen jugador, sabe que ahora va a tener que jugar a la desesperada para provocar el error de su contrario, que lleva muchísima diferencia en el tanteo de este juego, cuatro amarracos y tres piedras, frente a una piedra.

Decide recuperar el espíritu del barrio y plantear el resto del juego a la heroica, como si fuera un <Carabanchel—Barsa>, en busca de la remontada.

El carabanchelero recupera la <mano>, no mira las cartas, las deja encima de la mesa y lanza con chulería y de farol un <órdago a grande>, para intimidar al contrario.

—¿Te han adelantado algún dinero y ahora te amenazan?

Sorprendido por una pregunta tan directa, pese a ser catalán, decide contestar a la gallega. Espera encontrar buenos argumentos ahora que ha reconducido la conversación.

—Ellos tienen mucho poder.

El de Carabanchel se sobresalta, aunque no le refleja, siente que el catalán ha dudado aceptar. Debe llevar buenas cartas, tendrá que ser más prudente, tiene un pequeño margen en el tanteo.

Mira sus cartas, tiene una jugada que puede hacer valer y no quiere estropearla por ganar un renuncio, decide echar el balón fuera y pasa a <la pequeña>.

—¡No te entiendo!

El del Barsa está tranquilo, el marcador a favor le permite jugar al aburrido tiqui-taca y <envida>, para rascar los pocos puntos que le faltan, con su argumento principal.

—Tenemos que adjudicar las obras a las empresas que nos han propuesto o va a ser imposible sacar la obra adelante.

No entra al juego de toque, no es su punto fuerte y no acepta el envite.

El culé está crecido, no le da opción, abusa del toque y echa <tres a pares>, más por buscar el error del contrario, que por ganar el juego.

—Desde la adjudicación la situación de presión ha llegado al límite, de esa forma no podemos seguir la obra.

Recuerda cuando corría la banda de los campos de fútbol de los colegios madrileños y se juega el <órdago> con decisión.

—¿Por qué la empresa tiene que contratar con quien ellos digan?, no entiendo que ganamos con la adjudicación de trabajos a subcontratistas poco preparados, a un precio superior. Si estas empresas no funcionan, ¿quién es el responsable?

No quiere entrar en este tema, echa el balón fuera y no aceptara el órdago.

Al carabanchelero la tranquilidad de su rival le hace dudar, cree que tiene una buena jugada. Extrañamente para un observador no experto, el antiguo extremo del colegio Amorós decide tranquilizar el juego para preparar la jugada de gol y sólo <envidia al juego>.

El barcelonista se siente fuerte, se ha tragado el cambio de táctica de su contrario. Retoma el ataque para cerrar el partido con un gol o al menos para que finalice en campo contrario y <echa tres más> prudente.

—Si no puedes asumir tú responsabilidad no aceptes dirigir la obra, tengo apalabrado con los técnicos de la propiedad un complementario, un reformado y la liquidación, para cubrir los sobrecostes y garantizar los beneficios para la empresa.

Recupera el balón y lo cuelga decidido al área contraria, en busca del gol, con un <órdago> definitivo.

—¿Propones que contratemos a las empresas que la propiedad quiere, hacernos responsables de su trabajo, asumir los sobrecostes y esperar que al final nos paguen lo que quieran?. No sé lo que te habrán pagado o prometido pero eso no va a pasar, la empresa no va a aceptar este chantaje.

El rápido contrataque coloca al culé en una situación delicada. Podría despejar a córner, no aceptar el <órdago> y defender el nuevo ataque en <un nuevo reparto de cartas>. Se siente seguro de ganar, decide sacar la pelota jugada y acepta imprudente el <órdago> que decide el juego.

—Me amenazaron con arruinarme a mí y a toda mi familia y con echar a mi mujer del ministerio en el que trabaja. Si ella se entera me abandona, se lleva a los niños a casa de sus padres y me destrozan la vida. Eso no va a pasar de ninguna manera, no lo voy a permitir.

El catalán ha enseñado desesperado sus cartas; Dos caballos, cinco, seis. Lleva <treinta y una>, el mejor juego posible.

El de Carabanchel respira aliviado al comprobar que su táctica de barrio ha dado resultado. Enseña su jugada; Rey, dos sotas, as>, que también suman <treinta y una>. Consigue la victoria <por ser mano, sobre su contrincante>, gana el juego y deja sin argumentos a su rival.

La llegada de la guapa camarera, con nuevos platos de <age-monos> frituras y <nimonos>, estofados hervidos a fuego lento, les da un respiro, aunque apenas disfrutan la comida, por la tensión de la conversación.

La partida imaginaria que Javier había creado en su cabeza para tranquilizar los nervios del estómago, abandona definitivamente su imaginación, para situarle en la realidad.

Es el momento de la verdad, no hay más envites, ni órdegos, ni tanteos, sólo dos compañeros frente a frente.

El delegado está muy afectado, la sagacidad e intuición del madrileño, le ha llevado a confesar su difícil situación personal y profesional.

El carabanchelero no le da cuartel, cuestiona a su compañero con los argumentos que ha guardado para este decisivo momento.

—El vigilante me contó el otro día en la obra, que estabas con Roy en la caseta antes del accidente.

No se siente presionado por esta revelación, siempre esperó que alguien terminara por descubrir ese hecho. Está muy enfadado consigo mismo por una confesión que nunca pensó que haría y menos ante un desconocido.

—Habíamos quedado para revisar los costes, mientras preparaba los documentos de la reunión, subió a la cubierta a poner la bandera para tocarme las narices —reacciona con rapidez, con una respuesta que suena aprendida.

—¿Por qué no lo has contado?

No encuentra respuesta, opta por un silencio tenso, que apoya con un gesto de negación con la cabeza.

El veterano técnico Rodríguez recupera su papel de profesional experto y retoma los argumentos iniciales de la imposibilidad de que fuese un accidente, que ya pusieron muy nervioso al delegado al inicio de la comida.

—No entiendo cómo se pudo caer sin arrastrar los tablones de la barandilla, ni como el cuerpo se desplomó tan cerca de la fachada.

Al ver que tarda en reaccionar a sus repetidos argumentos, se anima a descubrir un nuevo hecho.

—El vigilante me dijo que la policía le había preguntado por el móvil de Roy y les dijo que te lo entregó.

—No lo entregué porque estaba muy roto, totalmente inservible —se disculpa sin convencimiento.

—Le comentó a la Guardia Civil que estaba en buen estado —no le respiro.

Al sentirse acorralado, intenta reconducir la conversación hacia a su argumento más fuerte.

—Roy no sabía cómo funcionan las obras “aquí”, teníamos que habernos retirado de la adjudicación, nos garantizaba el futuro de la delegación y no tendríamos enfrente a todos los responsables.

—Mi amigo sabía perfectamente cómo funcionaban “aquí” las cosas, en su ordenador, tenía preparada una demanda contra INGERCAT y CHC, con muchas pruebas que ahora analiza la Guardia Civil.

Apenas puede contener los nervios, no sabe si la policía piensa imputarle algún delito, increpa a su compañero con una ira creciente y un tono amenazante, que escucha la pareja en frente.

—Nada de eso importa, no van a poder probar nada, te estás metiendo en un lio enorme, atente a las consecuencias. Te puede pasar lo que a Manuel —termina por explotar.

El teniente se da cuenta que la conversación ha llegado a su punto definitivo y da un codazo a su compañero, que estaba distraído, frustrado porque todo parecía ir hacia ninguna parte.

—¿Qué consecuencias?, ¿me estás amenazando?, ¿me vas a tirar de la cubierta también? —le martillea a preguntas, al notar que es el momento decisivo.

Albert Ferrer es como un boxeador grogui que intenta aguantar los golpes acorralado en su esquina y lanza ataques sin sentido, a la espera de que la campana le salve.

—¡Todo es mentira!, se cayó, nadie va a poder probar nada.

Le ve muy afectado, a punto de derrumbarse, aunque se siente mal, decide que tiene que intentar llegar a la verdad.

—El forense ha encontrado sangre de Manuel en el suelo y en un palet de bloques rotos, que alguien ha intentado limpiar.

Se ve acosado, no encuentra ninguna explicación sólida, que le sirva para defenderse de los argumentos de su compañero.

—¡Te voy a denunciar!, si insinúas que tengo algo que ver en el accidente —se defiende con amenazas.

El jefe de obra trata de rebajar la tensión y quitarle responsabilidad. —No entiendo porque estás tan presionado, ¿qué te van a hacer?, ellos están más pringados como tú.

Cada vez más nervioso y tembloroso, sólo repite expresiones inconexas, apenas perceptibles, con la cabeza agachada y una pena creciente que humedece sus ojos.

—¡No entiendes nada!, ¡no es eso!, ¡no sabes nada!

Preso de la emoción provocada por el derrumbe de su compañero, duda que hacer. La indignación por su amigo, le impulsa a trata de empujar su confesión, siente que es el accidente el que le atormenta.

—¿Por qué te amenazan?, que has hecho tan grave para que te tengan tan pillado.

Se hace un silencio largo e intenso, que finalmente rompe el arquitecto entre lágrimas que ya no puede contener.

—Me amenazan con hacer pública mi homosexualidad y desgraciar mi familia.

—¡Que putada!, son unos cabrones, hijos de puta —solo acierta a maldecir repetidamente en solidaridad.

Todas sus argumentaciones, impresiones y perjuicios, se le caen encima. Recuerda aquel comentario imbécil, aunque sin maldad, que hizo en la comida con su jefe y el arquitecto.

En el exterior los policías se echan las manos a la cabeza, están a punto de parar la grabación, la situación es muy difícil para todos, ante una confesión tan dura como inesperada.

Empieza a entender su difícilísima situación, le gustaría dejarlo y darle un abrazo de consuelo, su compromiso con la verdad, le anima a intentar que se libere contándolo todo.

Se calla, le mira de frente a los ojos, creándose un silencio de enorme tensión emocional casi irrespirable, para los técnicos y los que escuchan.

Cuando la situación se hace insostenible, respira profundo y con voz tranquila le relata los hechos como cree que sucedieron.

—Roy no se cayó, descubrí que se había golpeado con un palet de bovedillas de hormigón, al observar unas rotas y un gran charco de sangre a medio limpiar para ocultar el hecho. Estoy seguro que fue un accidente, te pusiste nervioso, retiraste los tablones de la barandilla en el lugar donde no había redes y lanzaste el cuerpo para que pareciera un accidente. Se te olvidó arrojar los tablones, bajaste y se te ocurrió poner la bandera sobre el cuerpo para que pareciera la causa de la caída.

Albert Ferrer Ballester se rompe definitivamente, su resistencia no alcanza para más, la tensión acumulada se le escapa en lágrimas, mientras cubre su rostro con las manos.

—¡No quería hacerle daño! —apenas acierta a susurrar.

—¡Lo sé, de verdad que lo sé! —intenta tranquilizarle en vano.

—Discutíamos en la cubierta por los presupuestos, no me hacía caso, se reía con la broma de la bandera. Fue un accidente, le empujé, tropezó, cayó de espaldas y se golpeó fuerte en la cabeza. De repente le vi tendido en el suelo, estaba inconsciente, no tenía pulso, había un gran charco de sangre alrededor que crecía rápidamente y se me fue la cabeza —se justifica atropelladamente.

—¡Tranquilo!, sé que fue un accidente.

—No sé qué me pasó, la mente se me nubló, le tiré sin saber porque —se le escapa la confesión instintivamente.

—¡Todo se va a arreglar! —le anima con la voz rota por la emoción.

—Todas las noches le veo caer al vacío una y otra vez, no puedo más —confiesa sus pesadillas, entre gimoteos ahogados, que alertan a otros comensales, pese a la intimidad de su rincón.

Los responsables del operativo creen que no deben prolongar la situación, ya han descubierto la verdad del accidente y dan orden de intervenir a la pareja de guardias civiles.

Al observar que los jóvenes gentes hacen ademán de levantarse, Rodríguez les para con un gesto de la mano. Siente que recupera pulsaciones, que contarle ha sido una liberación y quiere preguntarle por la trama corrupta.

Los policías reaccionan rápido, no llegan a levantarse, se lo dicen a su jefe por el pinganillo y éste les comunica que le hagan caso.

—¿Te habían amenazado esos días? —intenta darle un argumento de salida.

Sin lágrimas que gastar, se rompe definitivamente y confiesa que el fin de semana pasado le habían dado un ultimátum en su propia casa.

—¿Quién tiene tanto poder como para amenazarte?

—Habíamos quedado a comer con Oriol Álvarez Alemany de CHC y Jordi Rías Cervera de INGERCAT y las mujeres, somos todos amigos del colegio. Mientras los hombres tomábamos unas copas me amenazaron gravemente.

—¿Que te dijeron? —enfadado de verdad, porque alguien pueda presionar a un amigo en su propia casa.

—Que el jefe no aguantaba más, que tenía que cumplir los compromisos inmediatamente, que si no se solucionaba lo de las adjudicaciones esta semana me denunciaban, se lo decían a mi familia y me arruinaban la vida.

—¡Joder!, ¿quién es el responsable de todo? —grita indignado el nuevo jefe de obra.

—¡Clos García! —se le escapa, entre sollozos apenas reprimidos.

Acaba de confesar la implicación del responsable de la trama, su testimonio puede apuntalar la denuncia y confirmar las pruebas halladas en el ordenador de Roy.

—¿Tienes pruebas? —acierta a preguntar con los ojos enrojecidos por la emoción.

—He documentado todo por si me tenía que defender.

Albert enumera de forma desordena pruebas concluyentes; extorsiones, emails con propuestas económicas y amenazas, acuerdos firmados...

Se atreve incluso a confesar que le habían dado un anticipo económico, a cambio de los beneficios futuros de la “trama” en las adjudicaciones de las unidades restantes de la obra.

Emocionado porque van a poder dismantelar la trama y acusar a los responsables, trata de fortalecer la posición personal de su compañero.

—¡No te preocupes!, la Guardia Civil tiene también muchas pruebas, no van a poder hacer nada contra ti, ni tú familia, bastante ocupados van a estar defendiéndose de sus acusaciones.

Los responsables policiales, relajados al descubrir la verdad del accidente, no esperaban más avances. Al oír el nombre del responsable de la trama corrupta, saltan del asiento como en el gol de Iniesta, la confesión era como ganar un mundial tras muchos años de trabajo.

Llaman inmediatamente a la magistrada y al fiscal anticorrupción, para informarles y poner en marcha el operativo previsto.

El agente Pelayo González sale disparado, para entrar en servicio con cualquier excusa y poder intervenir en la resolución del accidente.

Luis espera al final de la comida, entiende que su amigo trata de ayudar a un compañero.

En ese momento de silencio, pleno de emociones encontradas, llega la guisa para ofrecerles los postres. Renuncian si apenas prestarle atención y le solicitan la cuenta.

Mientras Albert seca sus lágrimas, les traen la factura junto con el “oshibori” <toalla de mano húmeda> y una botella de sake, con unos vasos típicos.

El nuevo jefe de obra se hace cargo de la cuenta, por el estado de trance de su compañero. Toma un vaso de sake de ánimo, antes de acompañar al derrotado Ferrer Ballester, a enfrentarse con lo que le espera por conocer.

A la salida del restaurante, les aguardan Luis y la pareja de agentes que han cuidado de él en el interior.

—¡Lo siento de verdad!—se disculpa Javier con Albert antes de presentarle al responsable.

—Este es el teniente López de la Guardia Civil, un amigo mío del colegio —lo hace con familiaridad, en un intento de hacerle pasar el duro momento lo mejor posible.

Luis le iba a dar la mano, le sale del alma darle un abrazo fuera de todo protocolo, por el sufrimiento que lleva padecido.

—No tengas miedo, si colaboras te ayudaremos en todo lo que podamos —trata de tranquilizarle con expresión sincera.

El responsable del operativo le informa que la conversación se ha grabado por orden judicial. A petición de su amigo, ordena a sus compañeros que no le pongan esposas y le acompañen a comisaría con respeto.

Sus colegas introducen con pena al arquitecto en el coche, momento en que mira al nuevo responsable de la obra, con expresión más de alivio que de sentirse traicionado.

Luis se acerca hacia su amigo y le da un fuerte y sentido abrazo.

—¡Eres un fenómeno!, ¿sabes la que has liado?

—Todo ha sido gracias a Roy.

—Has jugado bien tus cartas, tu colega estaría muy orgulloso.

—No me siento bien, ha sido muy difícil, una parte de mí no lo quería hacer —confiesa con la voz entrecortada.

—No te comas la cabeza, has hecho lo debido —le anima con una palmada cariñosa en el hombro.

La joven pareja de guardias civiles, testigos directos de la decisiva comida, después de haber introducido en el coche al delgado, se cuadran, le saludan marcialmente y le felicitan por su trabajo. Un poco abrumado, les da un apretón de manos sincero y les agradece su protección.

—Se me ha venido toda la tensión de golpe, estoy cansado, solo quiero dar un paseo y pasar página —revela sincero a su amigo.

—¡No me extraña!, a los que estábamos en la furgoneta casi nos da un infarto.

Luis propone a su colega que se vaya al hotel a descansar y salga luego a dar una vuelta, que para ellos el trabajo empieza ahora, es el momento de recoger los frutos de años de trabajo.

—¡Mucha suerte!, que todo vaya muy bien.

—Estos próximos días vamos a estar liados tarde y noche, mañana saco tiempo para quedar contigo a comer y despedirnos.

—¡Perfecto! y me cuentas como va todo.

Antes de irse, el jefe de obra llama al gerente de LACOMA delante de su amigo y le cuenta precipitadamente lo sucedido, Rafael Camino alucina, no sabe cómo reaccionar.

—¿Sabías que Roy preparaba una demanda? —le plantea una duda que le ha surgido durante la comida.

—Documentábamos los hechos y las presiones que se producían sobre la empresa, por si teníamos que ejercer nuestra defensa —se disculpa el jefe, que piensa que le debía haber informado.

—¡No importa!, ¿te comentó Roy que había identificado al jefe de la trama y tenía pruebas contra él?

—Es la primera noticia que tengo, probablemente no me lo quiso decir por teléfono, nos íbamos a ver en la obra esa semana —le informa tranquilo y confiado.

—¡No te preocupes!, la investigación la lleva un amigo mío del colegio, te paso con el teniente López.

El oficial se pone al habla, le reitera que esté tranquilo y le comunica que si necesitan algo le llamará. El gerente se pone a su disposición para colaborar en todo.

Liberado de compromisos, Javier sigue la indicación de su amigo y toma un taxi con dirección al hotel.

Al llegar sube directo a la habitación, todavía inmerso en una nube repleta de sentimientos encontrados.

Se quita la ropa, se pone cómodo y se tira sobre la cama quedándose ligeramente dormido, fruto del cansancio y los nervios provocados por la tensión vivida.

¿UN ÚLTIMO PASEO POR LA CIUDAD CONDAL?

Los duendes del bien y del mal discuten en su cabeza, no le dejan alcanzar el sueño profundo y provocan un rápido despertar.

Se levanta, despeja malos sueños con la ducha, se pone ropa cómoda y sale de la habitación, con la intención de dar un quizá último paseo, sin un rumbo elegido.

Al pasar por la recepción ve al joven director y se acerca a saludarle, con intención de despedirse.

—Me han informado que nos dejas pronto —inicia la conversación Carlos Veneros.

—Mañana regreso —le corrobora con un tono de nostalgia.

—Esperamos que regreses pronto —expresa cómplice.

—Pensaba que sí, ahora ya no lo sé —se sincera apenado.

—¿No te hemos tratado bien? —ironiza, en la seguridad de que ha estado muy cómodo.

—Al contrario, pero han pasado muchas cosas.

—¿Se pueden saber? —le interpela con confianza.

—Todavía no, pronto se conocerá la que ha liado Manuel.

Sin más conversación se dan la mano y se despiden, por si no vuelven a coincidir antes de la partida.

El director se queda intrigado, no entiende el comentario sobre un huésped que fue muy querido por todos.

Sale del hotel y cuando apenas daba sus primeros pasos, decide acercarse a ver la Sagrada Familia, no quiere dejar pasar la oportunidad, por si no regresa.

Durante el paseo, recibe un mensaje de móvil de su amigo, <todo va muy bien, llama a Katia, merece conocer la verdad>, con el número de teléfono adjunto.

Aunque siempre ha sido muy tímido, siente que se lo debe a Manuel, se arma de valor y hace la llamada.

Al no tener localizado el número, responde con precaución, que se torna en alegría al reconocer a su nuevo amigo.

—¡Que tal!, ¿sigues en Barcelona?

—Me voy mañana, quería despedirme y contarte algo.

—¿Sabéis ya la verdad? —se adelanta espontánea.

—Hemos descubierto lo que pasó, vas a estar muy orgullosa.

—¡Por favor, cuéntamelo! —le apura nerviosa.

—Por teléfono es complicado, si quieres te invito a tomar algo para despedirnos y te cuento lo que hemos descubierto.

—Perfecto, ¿dónde quedamos?

—¿Te parece bien en la Sagrada Familia en una hora?

—Me arreglo y voy enseguida —se apunta, ansiosa por conocer la verdad.

Tras una larga caminata, llega con tiempo al lugar de la cita y aprovecha para dar una vuelta por el entorno de la maravillosa, obra que Gaudí no pudo terminar y que gracias a los planos que se conservan, su proyecto se va haciendo realidad.

Inicia una vuelta alrededor del templo, para admirarlo desde todas las perspectivas. Empieza por la fachada del Nacimiento, la única construida en vida de Gaudí, declarada "patrimonio de la humanidad" por la UNESCO.

Más adelante observa la apariencia austera y estética moderna del alzado de la Pasión, que no le cuadra con el estilo de Gaudí, quizá por ser de reciente construcción.

Finaliza el rodeo al monumento, frente a la fachada principal, la de la Gloria, la más grande y monumental, de la que sabe que el artista sólo esbozó las líneas generales, tampoco le gusta mucho la obra realizada.

El tiempo se le pasa rápidamente ensimismado ante esta maravilla arquitectónica. Piensa que acabarla con una suma de proyectos inconexos ha sido una traición al autor.

La llegada de Katia, le saca de sus reflexiones, para darse dos besos cariñosos con ella.

—¡Cada día estás más guapa! —la piropea decidido.

—¡Muchas gracias! —agradece con una sonrisa.

—¿Quieres entrar a ver la Sagrada Familia?

—Me parece bien, nunca he entrado y así me la explicas.

Durante la visita, le narra con emoción los hechos sucedidos y como gracias a su amigo, se ha descubierto una importante red de corrupción. Solo interrumpe el relato con algún comentario arquitectónico, sobre la inspiración de Gaudí en las formas de la naturaleza, que convierten el interior del templo en un enorme bosque de piedra.

—Roy era un gran profesional, íntegro y valiente, ha dado su vida por defender su honestidad personal y la de su empresa, es un ejemplo para todos —define orgulloso a su amigo.

La pena de Katia al inicio del relato, torna en orgullo por haber compartido amistad y sueños con Manuel. Sus enrojecidos ojos claros, recuperan la luz poco a poco.

A la salida del templo la propone acercarse a tomar algo y brindar por su amigo, aceptando ella encantada.

Entran en una taberna cercana, donde hablan de su amigo, de los sueños de cada uno, de la oportunidad que se la ha abierto a Katia con el apadrinamiento del teniente y del futuro incierto del jefe de obra.

Aprovechan para cenar algo ligero y a la salida toman un taxi con dirección hacia el lugar de pernoctación de cada uno.

Durante el trayecto apenas hablan, inmersos en sus sentimientos.

Al llegar a la parada de Katia, se despiden con dos besos cariñosos, sin saber si se volverán a ver.

—¡Vuelve pronto a vernos! —se despide al bajarse.

—Espero que sí —expresa con gesto triste, más un deseo que una realidad.

Sigue en el taxi hasta el hotel, para dar el día por terminado y quizá también su estancia en la Ciudad Condal.

TRISTE DESPEDIDA

Después de una noche de cabezadas nerviosas y recuerdos de grandes emociones, Javier se levanta a las siete de la mañana, más por inercia que por obligación, se ducha y baja a desayunar.

Aprovecha por última vez el bufet libre, sube a la habitación, se lava los dientes, termina de hacer la maleta y da una vuelta de revisión para evitar dejarse algo.

Está sumido en la nostalgia de quien no sabe si regresará, sensación que parece perseguirle en su vida.

Baja a la recepción, liquida la cuenta, deja la maleta en consignas, se despide como si fuera a volver, sin ganas de dar explicaciones y sale a dar un último paseo.

Decide ir al juzgado para despedirse de las que ya son unas amigas para siempre, <como en la canción de la Olimpiada>.

Va un poco a la aventura, no sabe si tendrán un momento para la despedida, en la vorágine en que las imagina inmersas.

En el camino llama a su jefe, ayer le avisó de lo sucedido, pero con los nervios de la salida del restaurante, no tuvo la oportunidad de contarle con detalle los hechos.

—He decidido ir para ayudar a Albert y su familia en lo que necesiten y facilitar la investigación —responde nervioso.

—Me alegro mucho, seguro que lo agradece.

—Me gustaría quedar con tu amigo el teniente, para ponerme a su disposición —se ofrece más tranquilo.

—Cuando sepas la hora a la que llegas me avisas, para ir a esperarte a la estación. Comentamos lo sucedido y si puedo te presento a los agentes para que te ayuden en lo que necesites.

Apenas terminada la llamada, llega al juzgado, sube a las oficinas y se encuentra por sorpresa con sus amigos policías, que esperan para entrar en el despacho de la magistrada.

—¿Qué haces por aquí, no decías que no te gustaban estos lares? —le fastidia Luis con gesto de vacile.

—He venido a despedirme de las magistradas —se confiesa, con una sonrisa entre revoltosa y emocionada.

—¡Estuviste fantástico!, aunque casi me da un ataque —le felicita Rubén, dándole un cachete cariñoso.

—Eres la estrella del Instituto, todos y todas quieren conocerte, llevaban mucho tiempo con la investigación y casi la habían dado por imposible—presume su amigo.

—Estaba muy nervioso, todo el rato pensaba que la fastidiaba—trata de quitarse valor.

—Parecía que lo tenías todo controlado —se sorprende el te-niente.

—Ni por asomo, tú consejo de pensar en una partida de mus, me tranquilizó mucho.

—Llevaste los envites al límite, pensé que se te escaba la partida—reconoce que no entendió algunas jugadas.

—En algunas apuestas pensé que la fastidiaba, en otros momentos me salvó la intuición o la suerte.

—Permitirme entrar un momento con vosotros, me despido de las chicas y os dejo trabajar, tenéis que meter en chirona a los malos —les solicita el aparejador.

En ese momento la secretaria sale del despacho de la magistrada, saluda discreta a los tres y pasan juntos al interior, donde ya pueden felicitarse como corresponde a un grupo de amigos.

No quiere entretenerlas, les informa que solo ha venido a despedirse y desearlas suerte. Sabe que estarán muy liadas con las actuaciones que tienen entre manos.

—¡Enhorabuena!, nos contaron que estuviste fantástico, gracias a ti se ha resuelto el accidente y podemos liquidar la trama de corrupción —le felicita Claudia por las dos.

—El artífice ha sido Roy, se enfrentó con la trama a pecho descubierto —reconoce sincero y orgulloso de su amigo.

—Seguro que tienes razón, pero llevaste la investigación hasta el final —le da su mérito Diana.

—Has resuelto el crimen perfecto —le adula Luis

—Lo hemos hecho entre todos, tenéis que ver más películas, el crimen perfecto no existe, sólo malas investigaciones.

—Mira que eres chulo —se defienden los ofendidos.

—¿Cuál piensas que ha sido la clave para descubrir el accidente? —interrumpe la magistrada las bromas entre los amigos.

Se pone serio y repasa rápido todo lo acontecido desde su comida en Madrid hasta la resolución del accidente, para intentar dar una respuesta convincente.

—La clave fue que Albert se pusiera nervioso y no tirara los tablones, después de arrojar el cuerpo —resume convencido.

—Nunca pensé que un grupo de amigos normales, seríamos capaces de reventar una trama de corrupción y resolver un accidente que se había cerrado sin investigar —se confiesa el teniente.

—Los de Carabanchel muy normales no sois —apunta Rubén con su gracejo habitual.

—Imaginaros nuestra sorpresa, que estábamos tranquilas con los asuntos del juzgado y nos vimos arrastradas a esta aventura.

No necesitan expresar su orgullo por lo que juntos han conseguido, sus miradas los dicen todo.

Se despidе de sus amigas con un beso emocionado, siente que las ha cogido mucho cariño en poco tiempo.

—Si necesitáis algo me llamáis, no sé si volveré —se le escapan sus temores.

—Si no regresas pronto a visitarnos, te reclamaremos para que nos ayudes en algún caso, estos dos no van a saber investigar sin tú ayuda —señala Claudia divertida a los agentes.

—No sé qué van hacer sin mí —sigue la broma.

—No te crezcas tanto, te llamo luego, intento sacar un momento y me acerco a despedirme —le propone su amigo.

—Si puedo me acerco —se apunta Rubén.

Sale del juzgado como el que abandona a los nuevos amigos de un campamento de verano. Decide dar un paseo hacia el hotel, para hacer tiempo y recoger la maleta camino de la estación a esperar la llegada de su jefe.

Durante los primeros pasos, del que quizá sea su último caminar por Barcelona, su corazón golpeado por tantas emociones trata de recuperar su ritmo de latidos habitual, mientras su cabeza intenta clasificar sus sentimientos.

Archiva en un lugar preferente la alegría por haber descubierto la verdad del accidente y la trama corrupta oculta tras él, junto con las experiencias vividas con sus nuevos amigos, para tenerlas siempre presentes.

No sabe dónde situar las situaciones vividas con Albert, decide poner en lugar preferente la lección aprendida de no juzgar a nadie, sin conocer su realidad y la injusticia que sufren las personas sin la libertad de vivir como son. Arroja a la papelera de reciclaje su primera impresión de pijo clasista y su inapropiado cometario.

Organizados sus sentimientos, piensa que su destino le obliga a despedirse de otra ciudad, como tantas veces en su vida.

Entretiene el resto de su caminar, con el repaso de las ciudades que más huella le dejaron al despedirse.

Elimina de los recuerdos su Ávila natal y Madrid su ciudad de adopción, de ellas no se va a despedir nunca.

De su primera aventura viajera hacia la bahía de Cádiz, salió obligado para hacer una mili tardía, dejó amigos y amigas con la certeza de regresar. El trabajo le llevó hacia otras tierras, el tiempo le ha permitido comprobar cuanto echa de menos la bahía gaditana y sus gentes.

Repasa destinos como Bilbao, Barcelona, Valencia y Lisboa, de los que guarda un bonito recuerdo y otros en los que estuvo menos tiempo. No siente que dejara nada importante atrás.

Tenerife es diferente, ocupa un lugar muy especial en su corazón, descubrió que una preciosa compañera de profesión sentía algo por él en la despedida. La distancia, la complicada situación personal de ella y la ilusión de los nuevos destinos, le dejó el recuerdo de lo que pudo ser.

En Valladolid siente que perdió casi dos lustros, de una vida irre recuperable en lo personal y profesional, de la que prefiere pasar página.

A la ciudad de A Coruña fue con la ilusión de encontrar su puerto de abrigo definitivo, el trabajo se torció, antes de encontrar la mujer que le hiciera luchar para quedarse. Sintió que la encontraba, no tuvo correspondencia y cuando ella quizá lo quiso intentar, la prórroga del partido había terminado.

Concluido el repaso a su peregrinar por la vida, piensa que en su segunda oportunidad en la Ciudad Condal, llenó de ilusión la mochila, no la ha llegado a sacar y se vuelve con ella de regreso.

La llamada de Luis le saca de sus recuerdos, quedan a comer en una cafetería de la estación, para tener más tiempo de charla, mientras esperan al tren en el que regresa el técnico a Madrid.

Llega el primero a la estación y decide dar una vuelta, mientras espera a sus compañeros de investigación.

Sobre las dos de la tarde llega Luis a la cafetería, saluda a su colega con pena y se sientan en una mesa tranquila del bar.

El agente Pelayo, que al final se ha apuntado, se entretiene con compañeros que le paran para felicitarle por la resolución del accidente que ha permitido quedar bien a su cuerpo policial.

Cuando por fin logra entrar en la cafetería, saluda con un abrazo a Javier, agradeciéndole que les ayudara a resolver el caso.

—¿Tendrás problemas con tú jefe? —se interesa el felicitado.

—Seguro que no, no puede explicar que me prohibió investigar el accidente —afirma con firmeza y gesto revoltoso.

—Es la estrella del Cuerpo —apunta divertido el teniente.

—A mí no me van a ascender a capitán —se defiende.

Ansioso por enterarse de la situación de la investigación, pide a los agentes que le pongan al corriente.

El oficial le cuenta que desde el momento que escucharon el nombre del político de boca de Albert y la confirmación de que tenía pruebas, se puso en marcha la macro operación que habían preparado.

—Se ha procedido a registrar de forma sincronizada las sedes y oficinas de la ingeniería, de la empresa pública de gestión de hospitales, del importante político y del partido, junto con algunos domicilios particulares —resume con el orgullo compartido por todos los partícipes en la investigación.

Según escucha el relato se lo imagina como una película que ha visto muchas veces en los telediaris, sintiéndose protagonista.

—¿Se han producido muchas detenciones? —les interroga, con la confianza que se ha ganado.

—En este momento la juez y el fiscal anticorrupción, interrogan a los implicados, para salvaguardar todas las garantías.

Anticipándose a la pregunta de su amigo, los agentes le cuentan que la rapidez de la actuación pilló a todos despistados. Las magistradas con la ayuda del fiscal anticorrupción han hecho un

trabajo fantástico, con la rápida emisión de las órdenes de detención y registro.

—No habéis dado tiempo a que se pusiera en marcha el circo político y mediático, el revestirse con las banderas para tratar reventar, influir o rentabilizar la operación —se desahoga el técnico, orgulloso de su pequeña contribución.

—¡Te has quedado a gusto!—la vacila su amigo.

—¿Presionan mucho a nuestras amigas del juzgado?

—Han resuelto el accidente y descubierto la trama corrupta, llevarán la instrucción hasta donde estimen y derivarán a otras estancias las actuaciones que afecten a personas aforadas —le tranquiliza Luis.

—¿Cómo está Albert? —se interesa por su compañero.

—Se ha liberado de un gran peso, ha entendido que colaborar era su única oportunidad para no salir muy perjudicado. Nos ha aportado documentos y pruebas que implican al Clos y al resto de partícipes de la trama y confirman la documentación del ordenador de Roy. Entregó el teléfono del jefe de obra, que está en buen estado y es una prueba fundamental.

—Te preguntaba por el tema personal —corta la explicación.

—Creo que está más tranquilo, nos enteramos que su mujer lo sabía, lo mantenían en secreto porque las familias son muy tradicionales —le tranquiliza Luis.

—Espero que nos seáis muy duros, fue un accidente, estaba chantajeado —trata de defenderle.

—La jueza le ha prometido que su colaboración en destapar el caso de corrupción, la van a tener en consideración. Lo grave es la simulación de los hechos al tirar el cuerpo y fingir un accidente —concluye el teniente su reflexión.

—Se podrá alegar una enajenación, derivada de la presión que sufría y los nervios del momento, como atenuante. Obligar a alguien a salir del armario, es un tema sensible —expone el mosso como responsable de la investigación.

—En el tema de corrupción no ha participado directamente, aunque le dieran dinero es difícil acusarle—confirma el teniente.

—¿Qué va a pasar con la obra? —se anima a preguntar el aparejador, aunque sospecha la respuesta.

Los agentes, sin querer desmoralizarle del todo, le informan que se ha parado hasta que se resuelva la situación. Están seguros que la empresa no la va a seguir, al haber contribuido a descubrir la trama corrupta.

—Hemos descubierto la verdad y me he vuelto a quedar sin trabajo —se lamenta.

—Has hecho nuevos amigos —le anima Luis.

—Y amigas —se suma Rubén.

—Ha sido un lapsus lacrimógeno, estoy muy orgulloso de haber vivido esta aventura con vosotros.

Al terminar la comida el aparejador propone pedir una botella de cava, para brindar por el éxito de la operación. Los agentes renuncian con pena, están de servicio y el día va a ser largo.

—Cuando se cierre la <OPERACIÓN CAIPIRIÑA> podremos quedar para celebrarlo —sentencia Morano.

—Hemos resuelto el accidente y la trama de corrupción, entre bares, restaurantes y pubs. Para que luego digan que comer y tomar copas es malo —argumenta divertido Javier, provocando una compartida carcajada.

En ese momento el técnico recibe la llamada de su jefe, avisándole que acaba de llegar a la estación y se acerca a recibirle.

Al encontrarse los dos compañeros, se funden en un abrazo intenso, que resume los sentimientos y nervios vividos.

En el caminar hacia la cafetería, le pone al día de lo acontecido en la comida.

—¿Sabías lo de Albert? —no puede evitar preguntarle.

—Siempre lo hemos sospechado, nunca nos atrevimos a preguntarle.

—Ahora entiendo vuestro silencio cuando hice el cometario idiota el otro día.

—Nosotros hicimos comentarios similares, en otros momentos. No nos animamos nunca a intentar hablar con él y ayudarle.

Al llegar a la cafetería, presenta a su jefe a los agentes, como dos amigos, dejándole azorado, al no esperar el encuentro tan pronto.

—No te preocupes, tu colega nos ha pedido que te ayudáramos en todo —le tranquiliza el teniente.

—He venido para ayudar en lo que necesitéis de la investigación y para estar con Albert y su familia, ¿Qué tal está?

—¡Bien!, se ha quitado un gran peso de encima —le informa el oficial.

—Esperamos que no tenga problemas graves —añade Pelayo para tranquilizarle.

—Cuando despidamos a este <baranda>, vienes con nosotros a verle y os ayudamos en lo que necesitéis —concluye Luis.

Mientras toman unos cafés, y Javier unos orujillos de despedida, hablan como amigos de lo sucedido y recuerdan a la valiente persona que ya no está, a la que todos admiran.

Entretenidos en una charla relajada, después de tantas emociones, llega la hora de que el viajero vaya a su andén, ya han abierto el embarque para su tren. Javier se despide con un abrazo de su jefe y de Rubén, Luis le acompaña hasta el Ave.

Mientras pasa el control de seguridad, el Guardia Civil se identifica para acompañarle y despedirle.

Al llegar al vagón asignado, se dan un último abrazo y se despiden, con la seguridad de que, pase lo que pase, en adelante en sus vidas, la amistad recuperada la van a mantener y disfrutar.

Se marcha en el tren apenado por una breve estancia que no le he dado tiempo a disfrutar, orgulloso de haber sido partícipe de llevar la investigación a buen puerto.

El trayecto de regreso a casa se la hace corto, entretenido con el recuerdo de los acontecimientos que ha vivido desde el día que quedó en Madrid con su amigo, hasta el momento decisivo de su comida con Albert.

DESCANSO PLAYERO EN GANDÍA

Javier siguió el consejo de su amigo y se ha ido de vacaciones con su madre a la playa de Gandía. Es un destino que les trae gratos recuerdos, por haber sido lugar de felices vacaciones de la familia y agregados.

La primera quincena de septiembre, es una época estupenda para disfrutar de una de las mejores playas del mediterráneo, sin los precios y las aglomeraciones de la época estival

Hacen una vida tranquila, perfecta para recuperar la normalidad después de la <partida de mus> más tensa de su vida.

Cada día tienen similar rutina, desayunan temprano en el buffet, cogen los bártulos playeros y se dirigen hacia la orilla del mar.

Al llegar a la primera línea de playa, organizan su campamento de hamacas y sombrillas, para ver las olas romper en la arena, con el mar y el cielo confundándose en el horizonte.

El hijo se va a dar un paseo para bajar el desayuno y deja el frente de playa, al cuidado de su madre. A su regreso se turnan, un rato el más joven de edad se va da un baño, al siguiente la más moderna de espíritu, da un paseo por la orilla. A veces entran juntos en el mar hasta donde las olas golpean la cintura de los aventureros, más allá no se atreve Carmen.

Cuando se cansan de sol y playa, ceden el campamento a otros bañistas agradecidos y se acercan a comer a cualquier chiringuito con vistas al mar.

Después de recuperar fuerzas se dirigen al hotel a descansar y hacer tiempo para su próxima aventura. Javier después de tumbarse un rato, sale a pasear y recordar aventuras de juventud.

Tras el regreso del paseante, se arreglan, bajan a cenar y salen a dar una vuelta nocturna, deteniéndose en tiendas y mercadillos al gusto de la jefa.

Después de comprar algún capricho, se sientan en cualquier terraza, a tomar uno de los típicos helados de la tierra y Javier algún cubata.

Se entretienen con la música del local, el bullicio de la gente que transita animada por el paseo marítimo y el caos de bicicletas de todos los modelos que circulan por el carril de la mediana.

No tienen prisa, ni estrés, cuando se lo pide el cuerpo o el aburrimiento, dan por finalizada la jornada.

Un día cualquiera de su plácida estancia, absorto con la mirada fija en un mar de verdes azulados, la brisa marina le trae la inspiración a Javier, empujándole a escribir una carta a su amigo Luis.

“Un abrazo campeón”

Voy a empezar por el final, para que no se me olvide.

Da recuerdos a Rubén, a la ingeniera y las niñas, un beso a las chicas del juzgado y a Katia, (sin pasarte) y un abrazo a todos tus compañeros. Exprésales el enorme orgullo que siento, por haber descubierto juntos la verdad del accidente y sacado a la luz la trama de corrupción, gracias a las investigaciones de nuestro amigo Roy.

Espero que la <OPERACIÓN CAIPIRIÑA>, me hizo ilusión leer que le habíais puesto nuestro nombre, haya servido para poner a los responsables ante los jueces, con pruebas suficientes para que se haga justicia.

Dicho esto, quiero hablarte sobre mis vacaciones, que es lo que me ocupa actualmente y en especial sobre una situación que como deportista entenderás.

Por la mañana dejo que mi madre defienda el fuerte que hemos edificado con las hamacas y la sombrilla, en el trozo de playa conquistado con el madrugón, en dura pugna con los cuerpos de élite de la tercera edad y me voy a pasear con la intención de perder algunos gramos.

Me preparo como un profesional, cambio las gafas de ver claro por las de ver oscuro y me pongo camiseta y zapatillas. No se me olvida la gorra, no vaya a ser que se me pelen las ideas, ni los cascos de música.

Unas veces camino en dirección al puerto y otras hacia Cullera, unos ratos observo el mar a los lejos, otros me fijo en los apartamentos en venta, con el sueño de comprar uno, para disfrute de la familia.

Me afano para descubrir alguna joven hermosa, sin conseguirlo, a esta hora tan temprana deben descansar de la fiesta nocturna.

Camino a ritmo cansino, lo de correr lo tengo descartado, voy en plan turista, me pasan todas marujas deportistas, sin hacer mella en mi orgullo.

En uno de los paseos, me adelantó una preciosa rubia que patinaba grácilmente y se me levantó el espíritu deportista. El diablo de la viñetas de los tebeos me repetía en el interior de la cabeza “no te da vergüenza te adelanta todo el mundo, se te escapan las chicas guapas”. Intenté resistir pero él insistía “todos se ríen de ti”.

La pereza vencía, yo seguía a mi marcha, hasta que encontró mi punto débil “estás dejando el honor de Carabanchel por los suelos”. En ese momento me salió la vena competitiva, puse cuatro o cinco marchas más, <no era difícil> y empecé a andar como cuando Marín ganó la medalla olímpica, sin mover el trasero por vergüenza y para evitar que un lumbago vacilón truncara mi reacción. Empecé a adelantar marujas y señores de tres en tres, les pasaba por todos los lados del paseo, ya no se reían, pensarían que me había chutado algo. Utilicé una doble táctica psicológica, prometerme un litro de cerveza al finalizar y poner música de reggaetón en los cascos hasta la meta.

Finalizada la marcha, me quito las zapatillas para pasear de regreso, por donde las olas rompen en la arena, con la camiseta la hombro para que la brisa marina de color a mi pálido torso.

A partir de ese día de orgullo deportista, cada paseo es una carrera contra todos, <aunque ellos no lo saben>. Algunos días me siento un campeón y esprinto cuando la meta propuesta se acerca.

Vencida la batalla contra las marujas deportistas, aquí estoy, tirado en la hamaca, con una cervecita, entretenido en un vano intento de escribir algo gracioso, para parecer un intelectual y disimular la vergüenza de estar más blanco que Iniesta, rodeado de gente tan morenita.

Dudo si tanto relajo tiene confundidas a mis neuronas, no importa, voy a seguir con mis paseos y con la práctica de la escritura, que el trabajo en la construcción está muy mal.

Un abrazo, nos vemos pronto, reitero lo dicho al principio, abraza a todos de mi parte.

Tu amigo Javier

Después de comer, ya en la habitación del hotel, pasa al ordenador la carta, mientras imagina divertido la posible reacción de su amigo.

Al finalizar, se la envía por email, antes de salir a dar un paseo para hacer la digestión.

Suele detenerse en cualquier terraza con vistas al mar, donde trata de encontrar, en el horizonte infinito que une mar y cielo, el futuro profesional que se la ha vuelto a escapar.

Al día siguiente, terminada la jornada playera, la pareja se va a comer a un restaurante del paseo, un lugar muy especial para ellos, donde su padre les llevaba muchas veces.

Después de pedir una fideau, unos entrantes y las bebidas, emocionados por los recuerdos, Javier recibe una llamada, que identifica con alegría.

—¿Qué tal picoletto? —responde con ganas de vacilarle.

—¿Qué haces detective? —le sigue la broma.

—Estoy con mi madre, en una terraza junto a la playa.

—¡Dale un beso de mi parte! —le solicita cariñoso.

—¡Gracias!, te da recuerdos.

A su madre le hace ilusión que haya recuperado amigos del colegio que conoce y aprecia.

—Lláname cuando terminéis de comer y te cuento.

—Está bien, luego hablamos.

Cuando acaban de comer, la pareja da su paseo habitual hacia el hotel. Se detienen ante el balcón de un apartamento situado en la planta 1ª de los apartamentos “Ondina”, con vistas a la playa, donde pasaron las mejores vacaciones de su vida.

Javier se imagina a su hermano mayor con algún compañero de aventuras nocturnas subir por el balcón, a altas horas de la noche, al habérseles olvidado la llave, para ser descubiertos por unas abuelas que no se asustaban de nada.

Hace con el teléfono una foto a su madre, con el balcón al fondo y la envía a la familia, para que los mayores recuerden viejos tiempos y se los cuenten a los más jóvenes.

Según caminan hacia el hotel, recuerdan anécdotas de las vacaciones vividas toda la familia junta, más los que se sumaban cada verano.

El hijo recuerda las partidas de tute con las abuelas, dejándolas hacer trampas, que era una tradición para los chicos, antes de salir de fiesta por la noche.

Su madre narra una anécdota divertidísima, con las abuelas como protagonistas.

<<Una mañana paseaba con las abuelas por el borde de la playa, apenas remangados los refajos, cuando, no sé cómo, ni porque, se cayeron patas arriba, las dio la risa y no había quien las levantara. >>

—¿Qué pasó? —se interesa el hijo, que no recuerda bien la anécdota, aunque la ha oído contar muchas veces.

—Tú hermano me ayudó a levantarlas totalmente empapadas.

—¿Qué decían? —sin apenas poder contener la risa.

—Estaban muertas de la risa y contagiaron a los testigos.

—Vaya espectáculo que debitéis dar, una pena que no existieran los móviles en aquella época.

—A las abuelas no se les olvidó, siempre lo recordaron divertidas, como un momento muy especial de sus vacaciones.

Carmen recuerda la tradición de ir a comer al “As de Oros”, donde servían raciones variadas a voluntad, imposibles de terminar y la preocupación de las abuelas, que traban de convencer a papá, para que no pidiera tanto de comer.

—El otro día conté a unos amigos, cuando nos dio por ir al cementerio de Gandía para grabar sicofonías —recuerda la época exotérica de sus vacaciones.

—Al final saltabas tú —apunta la madre orgullosa.

—Yo saltaba, ponía el casete a grabar y luego lo recogía, pero si llego a escuchar algún ruido extraño, salto el muro sin tocarlo, empiezo a correr y llego a Gandía antes que ellos en el coche.

La madre sonríe divertida al recordar las vacaciones que pasaba toda la familia junta y no puede evitar sentir tristeza al recordar a los que ya no están.

Al llegar al hotel, Javier ya no tiene ganas de siesta, deja a su madre en la habitación y sale a pasear, momento que aprovecha para llamar a su amigo.

—Estas fatal de la cabeza, envíe tú email a Rubén y a las chicas, se han partido de la risa —responde vacilón.

—¡Que cabroncete eres! <<Uf, lo siento mi Capitán>>.

—¿Cómo te has enterado?

—Uno tiene sus contactos, ahora va a ser imposible quedar con un oficial tan importante.

—¡Qué payaso eres!

—No te pongas tierno que tienes que mantener tú imagen de tipo duro, pero ya sabes, cuando tengas otro caso difícil, me llamas y te ayudo a resolverlo.

—No seas chulo carabanchelero.

—Al final vamos a tener que independizarnos y tú integrarte sí o sí en Barcelona.

—No creas que no he dudado en tomar la decisión de quedarme.

—Tendrás que echarte una amiga o seguir con tú vida de soltero de oro, te vi muy integrado.

—Gracias compañero.

—¿Qué tal van las actuaciones policiales? —cambia de tema.

A pesar de estar de vacaciones, intenta informarse de las investigaciones por la prensa y las televisiones.

—Hemos conseguido pruebas concluyentes contra los miembros importantes de la trama corrupta.

—¿Qué tal las magistradas? —expresa su preocupación.

—Han realizado una instrucción impecable, rápida, independiente y precisa, si España fuese de otra manera se estudiaría en las universidades.

—¿Serán las magistradas más admiradas de Barcelona?

—No diría yo tanto, sabes cómo funcionan los poderes, las castas y las envidias en este País.

—No me digas que las molestan.

—En la justicia hay mucho machismo y grandes intereses políticos, van a seguir en su juzgado dedicadas a resolver los problemas de la gente.

—¿Qué tal el fiscal anticorrupción?, me contaron que era un tipo duro—le admira aunque no llegó a conocerle.

—Ha realizado un trabajo fantástico para la solución del caso y la protección de las magistradas. ¡Por cierto!, me dijo que te quería conocer.

—¡No me asustes!, que estoy de vacaciones.

—Es fan tuyo, quiere que le cuentes el interrogatorio, alucinaba cuando escucho la grabación.

—Si no sabe jugar al mus, no lo va a entender —recuerda con añoranza los tensos momentos vividos.

—Es de Bilbao seguro que juega bien, un día quedamos a tomar algo.

—Miedo me da —expresa con humor y algo de duda.

—No seas tonto, siempre es bueno tener contactos.

—Seguro que tienes razón, aunque espero no necesitarlos.

—Hemos hecho lo que teníamos que hacer, las altas instancias de la justicia decidirán —concluye el flamante capitán.

—¿Cómo va el asunto del accidente?

—Ha quedado resuelto, la confesión que te hizo el delegado durante la comida la ratificó íntegramente ante la juez.

—¿Qué tal está Albert?, pienso mucho en él, me da mucha pena que terminara así, no creo que tuviera ninguna intención de hacer daño a Roy.

—¡No te presiones!, Rubén, la juez y el fiscal piensan como tú y no va a salir mal parado.

—Me tiene que odiar, por haber provocado que se auto inculpara —se confiesa con voz apenada.

—No te atormentes, empezó nervioso el interrogatorio, pero a medida que nos contaba los hechos, se relajó, se quitó un gran peso de encima que no le dejaba vivir, pudo expulsar sus culpas, dar sus razones y empezar a perdonarse un poco a sí mismo.

—Gracias por animarme, ¿cómo va a salir de la corrupción?

—Aunque hubiera recibido favores de la trama, la oposición de Manuel evitó que se llevaran a término las actuaciones, su declaración y las concluyentes pruebas aportadas han sido fundamentales para imputar a los responsables, por lo que no se verá muy afectado.

—Le va a ser imposible trabajar en Cataluña.

—Seguramente deberá empezar de nuevo en otro lugar, por el tema personal y profesional.

Recuerda las actuaciones que propuso a su amigo y se interesa por cómo van las investigaciones sobre la ingeniería, la dirección de obra y la mesa de contratación.

—Algunos responsables se asustaron y aportarán pruebas definitivas —reconoce sus planteamientos.

—Se debería actuar siempre así, antes que los abogados reventaran los procesos, con tácticas de marrullería procesal.

—Se puede acabar con estas tramas, si hay interés y se investiga correctamente —reconoce que su amigo tenía razón.

—El objetivo debería ser que estas mafias no pudieran actuar, porque los controles y las leyes funcionaran.

—Nosotros hemos dado un gran paso, veremos si sirve para cambiar las cosas —sentencia el capitán.

—Sueño muchas veces que Roy, ha dirigido nuestra investigación, para encontrar la verdad —se confiesa con su amigo.

Luis le da la razón, también ha sentido que en todas sus actuaciones, parecería que era Manuel el que les empujaba en la dirección correcta.

—La llamada de mi amigo para que le acompañara al accidente, nuestra comida, tú sorpresa, la visita a la empresa, que fuera un amigo tuyo, tú contratación, que aparecieras en el pub donde trabajaba Katia y tuviera el ordenador, que te fijaras en la mancha de sangre y finalmente que Albert se derrumbase contigo.

—No te olvides de las magistradas, sin ellas no habíamos conseguido nada.

—Si no fueran tan valientes y comprometidas, no habríamos podido realizar la investigación.

—¿Cómo va tú encargo?—cambia de asunto.

—Muy bien, cuando regreses hablas con Rafael, que te cuente como hemos quedado.

—Le llamaré para que me informe.

—¡Por cierto!, no escribes mal —le felicita por la carta.

—Se nota que eres amigo, igual me tengo que dedicar a escribir en un futuro, la construcción está fatal y siempre puedo contar nuestras aventuras.

—No seas pesimista, que estás de vacaciones. ¡Hasta pronto!

—Nos vemos —se despide.

—Se me olvidaba, ¿sabes que Pilar ha aprobado la oposición?

—Me alegro infinito, tenías que haber empezado por ahí, son una familia maravillosa, dales un beso y un abrazo de mi parte.

—Igual los ves pronto y se los das tú.

—Me alegraría mucho.

<<Nos vemos a tú vuelta albañil. >>

<< A sus órdenes mi general. >>

En su caminar sin rumbo por el paseo marítimo descubre con sorpresa que todavía existe la discoteca Rompeolas, que fue un lugar habitual de salidas nocturnas y de vanos intentos de ligue.

Las jóvenes se enamoraban de los italianos que llenaron las playas, tras ganar el mundial de fútbol de España y descubrir su capacidad para embobar a las españolas.

En el camino de regreso llama a su jefe para saber cómo ha ido todo para la empresa.

—¿Qué tal señor?, ¡la que has liado! —le saluda con alegría.

—¿Va a salir bien parada la empresa? —se interesa por sus compañeros, pese a su breve incorporación.

—Todo ha sido como una película, tus amigos y las magistradas me han ayudado mucho, he podido declarar sin presiones y dejar a la empresa al margen de responsabilidades.

—¿Qué va a pasar con la obra? —se interesa, aunque se imagina la respuesta.

—La obra se ha parado definitivamente, hasta que se resuelvan las irregularidades económicas. La empresa ha llegado a un acuerdo para rescindir el contrato, hemos negociado una liquidación favorable, no están para pleitos con nosotros.

—Al final ganan ellos, ahora podrán adjudicar la obra a la empresa que quieran —argumenta enfadado.

—La situación era insostenible para nosotros y al final el hospital se debe hacer para la gente.

Tiene que darle la razón, la obra se debe realizar, ellos han levantado las alfombras, a otros les tocará barrer la mierda.

—¿Qué va a hacer el estudio de arquitectura? —se acuerda de su idolatrado arquitecto, con el que le hubiera gustado trabajar.

—Van a seguir con el proyecto y la dirección.

—Me alegro, ellos llevarán el proyecto a buen término.

—Me lo había guardado para el final y hubiera preferido contártelo en Madrid, pero ya que me preguntas te cuento que me comentó Iñigo que te preguntara si querías dirigir la obra con ellos, necesitan a un técnico con experiencia y de confianza.

Se queda mudo, la sorpresa no le deja reaccionar, apenas ha logrado desconectarse y quizá tenga que volver a enchufarse. Las neuronas de la emoción se le van a quemar.

—¿No te parece bien? —le saca su jefe de las ensoñaciones.

—Me parecería perfecto, sabes que me gustaría mucho trabajar con este arquitecto —expresa sincero.

—Cuando vuelvas hablamos —zanja el tema.

—Muchas gracias —no acierta a expresar la ilusión que le hace la propuesta.

—Pienso que si Manuel no se hubiera mostrado tan firme contra todas las presiones, la empresa hubiese cedido y ahora tendríamos un problema judicial grave —se sincera el gerente, todavía asustado por el lio en el que podían estar inmersos.

—Manuel nos ha salvado a todos, nos vemos cuando regrese a Madrid —reitera su despedida.

—Lláname cuando regreses y ¡pásalo bien! —se despide.

El resto de las vacaciones transcurrieron sin apenas sobresaltos, los recuerdos de hechos recientes fueron sustituidos por los de otras épocas, permitiéndole recuperar fuerzas para buscar nuevos sueños que perseguir.

Su madre piensa en lo orgulloso que hubiera estado su padre con la aventura que había vivido su hijo y lo que hubiera disfrutado contándosela a sus amigos en sus jornadas de tapeos y partidas de mus.

Sueña despierto con la posibilidad de trabajo que se le ha abierto en el futuro y en el momento de volver a ver a sus nuevos amigos.

No le cuenta nada a su madre, para que no se ponga nerviosa, ni se entristezca al pensar que la va a volver dejar sola.

FIESTA EN UN PUEBLO DE LA RIOJA

A finales de septiembre, cuando los ecos públicos del escándalo de corrupción, se apagan distraídos entre el final de las vacaciones y las fiestas de muchos territorios de España, un pequeño pueblo de la Rioja se despereza con sosiego.

Sus habitantes se recuperan de las fiestas de San Mateo en la cercana capital, donde han ofrecido sus productos y el primero mosto a la Virgen de Valvanera, para pedir por una vendimia excelente. Permanecen en tregua festiva antes de sus próximas fiestas patronales.

En ese ambiente de bucólica tranquilidad, la cigüeña que anida en el campanario de la iglesia realiza su vuelo diario de reconocimiento.

Sobrevuela la plaza y los edificios de piedra con balconadas de madera, que forman un conjunto arquitectónico integrado entre el pueblo y un espacio abierto al campo que se adentra entre viñas, huertas y árboles frutales. Planea sobre el frontón de deportes y fiestas, para alejarse con su majestuoso vuelo hacia el horizonte.

En su elegante planeo de vuelta al nido, con el desayuno de sus crías en el pico, observa un grupo de personas reunidas junto al edificio más sobresaliente de la plaza, que hace las funciones de Ayuntamiento.

Todavía con el frescor del amanecer, dos coches procedentes de Barcelona hacen su entrada en la plaza. Parecen dudar, finalmente deciden acercarse a las personas que parecen esperarles y aparcan donde les indican.

Del primer coche se baja decidido Luis y sin cerrar siquiera la puerta, se acerca a la comitiva, de la que Ana, la maestra, se adelanta, fundiéndose ambos en un emotivo abrazo.

—¡Qué guapa estás! —la piropea galante y cariñoso.

—Muchas gracias por venir, nos hacéis muy felices, va a ser un día muy especial para mis padres —agradece emocionada la visita y la galantería.

—Gracias a vosotros, por invitarnos.

El resto del grupo respeta la emoción del momento, que rompe Álvaro, el marido de Ana, al acercarse a dar a Luis un fuerte apretón de manos.

Dos de las jóvenes que venían en el coche se acercan prudentes a la comitiva de bienvenida. El reciente capitán se las presenta cariñoso a la profesora, dándoles el valor que les corresponde.

—Son sus señorías, las magistradas que han descubierto la verdad de accidente de tú hermano.

—No le hagas caso, sólo Claudia y Diana, gracias por invitarnos —solicitan para quitar valor a la pomposa presentación.

—Muchas gracias por venir, os estamos muy agradecidos.

Se abraza y besa con ellas, sin poder pronunciar más palabras, sus húmedos ojos lo dicen todo.

El marido se encarga de presentar a los viajeros al resto de la comitiva, formada por el alcalde, algunos concejales amigos de Manuel y su hermana, para preservar la emoción de su mujer.

Una preciosa joven, que ha sido la última en bajarse del coche, ha quedado apartada tímidamente. Luis se da cuenta, se acerca y dándola cariñosamente la mano la aproxima al grupo y se la presenta a la hermana de Manuel.

—Esta joven es Katia, una amiga de tú hermano de Barcelona.

—Teníamos muchas ganas de conocerte, sabíamos que estaba con alguna mujer, no lo contaba, pero se le veía más contento —se sincera mientras le da dos cariñosos besos.

—Gracias por invitarme —acierta a expresar abrumada.

—Gracias a ti por venir, a mi hermano le hubiera gustado mucho que te conociéramos.

—Se portó muy bien conmigo —recuerda emocionada.

Se funden en un sentido abrazo, momento en que Álvaro y Luis se lanzan una mirada pícaro y ruborizan a la joven, al expresar en alto que Manuel tenía muy buen gusto.

Diana que es la más espontánea, sale en su defensa y da un cachete afectuoso a Luis, que provoca las risas de los presentes.

Los ocupantes del otro coche tardan más en bajar por problemas de logística, hay que desatar de las sillas ubicadas en el asiento trasero, a dos revoltosas gemelas.

La familia Pelayo se acerca por fin al grupo y se organiza la revolución. Las pequeñas acaban con el orden de las presentaciones, pasan del brazo de su tío Luis, al de sus amigas de la fiesta de los niños de Barcelona.

Cuando el alboroto se tranquiliza, Luis presenta al matrimonio a la comitiva.

—Este es mi amigo Rubén, el mosso que resolvió el accidente, pese a sus jefes, si no le entendéis yo le traduzco —insiste en la simpática broma que se traen entre ellos.

—Que vacilón eres —replica mientras da un beso a la hermana y saluda al resto.

—Sabemos lo has hecho para descubrir la verdad —le agradece sincera la profesora.

—Lo hemos hecho entre todos —se quita importancia.

—Esta es Pilar, ingeniera y reciente funcionaria.

—¡Enhorabuena!, gracias por venir toda la familia, nos hacéis muy felices.

—Gracias a vosotros, dudábamos venir con las niñas, nos convenció Luis —se disculpa la madre.

—Las vamos a juntar con nuestras niñas, sus primos y amigos, son una buena pandilla y como las gusten los animales, se lo van a pasar en grande —comenta Álvaro.

—Les gustan mucho, son de ciudad y todo las va a parecer una aventura, lo difícil va a ser luego llevarlas de vuelta.

Enrique, alcalde del pueblo, inicia un discurso de bienvenida, que se ve frenado por la llegada de un nuevo automóvil, que salió temprano de Madrid y aparca junto a los otros.

Javier se baja rápido del vehículo recién llegado y se acerca a dar un abrazo a su amigo del colegio.

—¡Lo conseguimos! —le murmura al oído, emocionado porque va a conocer a la familia de Roy.

—Este es mi amigo Javier, el que empezó todo —presenta a su colega carabanchelero a la comitiva.

—Me dio mucha pena no haber podido venir a veros —se disculpa con gesto sincero, antes de empezar a estrechar manos.

—No importa, sabemos que gracias a ti se inició y se ha resuelto la investigación —le agradece emocionada Ana.

—Gracias a tú hermano, que desde el cielo nos ha guiado para descubrir la verdad —expresa lo que sintió durante la investigación.

A la hermana se le saltan unas nuevas lágrimas furtivas, que ponen un nudo en la garganta del grupo. Su marido le da un beso cariñoso de ánimo, le saluda y se encarga de las presentaciones.

El conductor del coche lo deja cerrado, recoge un sobre y se acerca al grupo, siendo Javier es el encargado de presentarle.

—Este tío tan serio es Rafael, el gerente de la empresa, compañero y amigo de Manuel.

—Tenía muchas ganas de conocerte en persona, hemos hablado mucho por teléfono —se sincera Álvaro, adelantándose a estrechar su mano.

—Manuel me hablaba mucho de vosotros —afirma sincero.

—Gracias por ayudarnos a organizar esta fiesta —le agradece el matrimonio.

—No tiene importancia, tú hermano era un fantástico profesional y mejor persona, la empresa y yo le vamos a echar mucho de menos.

—¡Así que vosotros habéis sido los organizadores! —interrumpe Javier, que no sabía cómo se había tramado la fiesta, al estar de vacaciones en la playa.

—Nosotros, junto con tu amigo el capitán —reconoce Rafael.

—¡Sois unos fenómenos!, gracias por reunirnos a todos.

Mientras Álvaro presenta a Rafael y la familia Pelayo al resto del séquito, Javier se acerca a dar un besó a sus tres amigas de Barcelona.

—¡Que guapas estáis!, parecéis universitarias —las adula sincero.

—¡Gracias! —responden las tres casi a coro.

—¿Qué tal la investigación?, ¿habéis tenido muchas presiones? —les muestra su preocupación.

—Todo ha ido muy bien, el accidente se resolvió y la trama de corrupción se ha desmantelado —liquida Claudia el tema, no es día para pensar en estas cosas.

—¡Tú que tall, ¿tienes ya enamorados a todos los cadetes de la academia? —interroga con una sonrisa ladina a Katia

—Estoy muy contenta, estudio mucho y trabajo a veces de traductora —responde ilusionada, sin entrar en la broma de los amoríos.

Finalmente se acerca a saludar a la familia Pelayo con ilusión por volver a verles, su amigo no le había comentado que venían.

—Señora ingeniera funcionaria, estamos muy orgullosos de ti, ahora habrá que hablarla de usted —la felicita con una graciosa reverencia, antes de darla dos besos.

—¡No seas tonto! —le regaña, mientras su marido se ríe orgulloso y se funde con él en un sentido abrazo.

Conseguir un beso de las pequeñas fue una tarea imposible, aunque lo intentó un par de veces con la influencia de sus padres.

Al tiempo que se completan los saludos, en una situación caótica que rebaja la emoción inicial, llega otro coche que proviene de Zaragoza, del que se bajan tres hombres de distintas edades.

Rafael y Javier se acercan a saludarles y entre los dos se encargan de presentar al equipo de obra; Jesús, Jacinto y Ernest, a todos los presentes.

—¿Dónde trabajáis ahora? —se interesa Rodríguez por los que iban a ser sus compañeros.

—Trabajamos en una obra importante en Zaragoza —le explica Jesús.

—¿Estáis contentos?

—Tenemos buen ambiente y es una gran obra —se adelanta a explicar Ernest.

—Espero que un día podamos trabajar juntos —cierra la breve charla el veterano aparejador, con la conformidad del resto.

El alcalde se cerciora que ya están todos, pone un poco de orden y da la bienvenida a los visitantes llegados desde distintos puntos de España.

—En representación de todo el pueblo y de la familia, os damos las gracias por venir a esta fiesta en honor de Manuel, todos le conocíamos y apreciábamos.

Los visitantes agradecen sus palabras de corazón con el recuerdo puesto en el que ya nos les acompaña.

—No me quiero enrollar, tenemos que ir a casa de la familia que nos espera sin saber que venís —concluye el regidor.

La comitiva se pone en marcha tras el Alcalde, los foráneos recuerdan lo vivido entre ellos desde el accidente, mientras los convecinos les narran aventuras de su paisano.

Beatriz, la hermana de Álvaro, se acerca con Pilar y las gemelas a otra casa del pueblo, para dejar a las pequeñas con la tropa menuda, mientras el resto se dirige al lugar de encuentro.

El séquito llega a la casa de los padres, que están reunidos con unos familiares con la excusa de celebrar el cumpleaños de Heliodoro, que había sido entre semana.

Julia Andrinos y Heliodoro Meneses, los padres de Manuel y Ana, son gente noble de la Rioja. Personas entrañables y buenas, dedicadas al campo y a sus hijos, de los que siempre han estado orgullosos.

Están muy afectados, echan de menos a un hijo, que por su profesión venía poco a casa, pero le disfrutaban mucho cuando les visitaba. Tratan de olvidar apoyados por su familia y la buena gente del pueblo. El técnico era la novedad, la guinda que decoraba el pastel y su ausencia se deja notar.

Julia siempre ha sido una mujer valiente, con mucha mano para los niños, muy de vivir para los demás, es la que parece más entera para tirar del carro familiar.

Heliodoro está mucho más afectado, es una persona noble y sincera, su pasión son los caballos.

En un mundo donde el vino y la huerta son lo principal, disfruta con el cuidado de sus caballerías y de las mulillas, que lleva a las plazas de toros de la provincia. Tiene un coche de caballos precioso que cuida con mimo, que sirve lo mismo para pasear a familiares, toreros o niños, que para llevar a la muchachada del pueblo a los carnavales de un pueblo cercano.

Enrique, Ana y su marido entran primero, saludan a los padres y les comentan que han venido a verles unos amigos de su hijo.

Los progenitores se ponen nerviosos, empiezan a confirmar lo que intuían, que su familia tramaba algo y lo del cumpleaños era una excusa.

Ana pide a la comitiva que pasen, da un cariñoso beso a su padre, que es el más emocionado y comienza las presentaciones.

—Luis capitán de la Guardia Civil y Rubén agente de los moscos de squadra, son los que han investigado el accidente, han venido a explicarnos como se ha resuelto la investigación.

Ana conoce los hechos, la llamó Luis para contárselos, no se atrevió a informar a sus padres. Ha esperado a que lo hiciera el oficial, en cumplimiento de la promesa que les hizo el día que les visitó.

Los policías se acercan, les dan un sincero pésame por su hijo, se funden en un abrazo con el padre y dan unos besos cariñosos a la madre.

El capitán se pone serio para resumir a los padres y a los acompañantes, en medio de un respetuoso silencio, toda la investigación.

Les narra despacio la visita al lugar del suceso, que su amigo no se creyó el accidente, el descubrimiento de la sangre, la valentía de las chicas del juzgado, el encuentro con Katia, el análisis del ordenador donde Manuel tenía preparada la demanda y la tensa comida en la que Javier consiguió que Albert confesara.

Aunque trata de contar los hechos con sobriedad, para no enervar los sentimientos de la familia, no lo consigue, las emociones vividas impregnan el relato y se extienden a todos los presentes.

—Gracias a vuestro hijo se ha desmantelado una trama de corrupción muy importante y sabemos la verdad del accidente —concluye orgulloso.

Sus padres escuchan con entereza el relato, apenados por el recuerdo, aliviados porque se verificaba lo que ellos siempre pensaron y enormemente orgullosos de su hijo, sentimiento compartido por todos los presentes.

Al finalizar la narración, los agentes se ponen firmes y saludan marcialmente a los padres, en un intento de ser solemnes y afectuosos al tiempo.

—Tienen que estar muy orgullosos de su hijo, como lo estamos nosotros y todos los compañeros, hay muy pocas personas tan honestas e íntegras.

El agente Pelayo les da la bandera que su hijo quería poner en la cubierta como recuerdo y el capitán les entrega una medalla,

que el Instituto armado ha decidido otorgarle, por su valor en la lucha contra la corrupción.

Los dos compañeros de investigación, vuelven a dar un abrazo a los padres, que les hacen saltar de nuevo las lágrimas.

Luis deja pasar unos breves momentos de silencio, para que la tensión se relaje y sin alejarse les presenta a las magistradas.

—Estas mujeres tan capaces y valientes, son las magistradas Claudia y Diana, las que han hecho justicia, sin su trabajo y determinación no hubiéramos conseguido nada.

Se acercan emocionadas, los padres les dan unos besos agradecidos, que las hace saltar alguna lágrima.

Claudia con los ojos enrojecidos, junto con Diana que se muerde el labio para contener la emoción, les hacen entrega de un sobre.

Heliodoro se lo da a su hija para que lo abra, ellos ya no ven muy bien.

Lo abre, lee en su interior el contenido y se le humedecen los ojos. Informa a sus padres que es una indemnización que les han concedido por el accidente de su hijo.

Los tres se abrazan emocionados, los progenitores son mayores, viven de una pequeña pensión y les va a venir muy bien.

—Ellas no lo van a decir, pero han tenido que pelear mucho hasta conseguir que las compañías de seguros se pusieran de acuerdo, para concederos la indemnización —reconoce el capitán el trabajo de las juristas.

—Ha sido cosa de todos, de vosotros, del inspector de trabajo y de Javier que es el que ha conseguido que se resuelva todo —reparte el mérito la juez.

A Diana, que muchas veces se pregunta si vale para este mundo, hechos como éste la fortalecen para seguir.

Los agentes y las magistradas se vuelven hacia Javier y le animan para acercarse a conocer a los padres de su amigo.

—Este fenómeno es el que nos ha llevado a rastras a resolver el accidente y lo que se ocultaba tras él —presenta Luis a su amigo, con la complicidad del resto de compañeros de aventura.

—No les hagan caso —apenas acierta a expresar ruborizado, mientras da un abrazo a Julia y Heliodoro.

—Es un amigo de Manuel de la Escuela Técnica de Madrid —informa Ana a sus padres.

—Le apreciaba mucho! —confiesa apenado.

Les entrega una copa que estaba en su mesa en la caseta de la obra y que Roy llevaba siempre a todos sus trabajos.

—Es muy especial porque la ganamos con el equipo de fútbol de la Aparejadores, al vencer en la copa universitaria y se le regalamos a él porque nos abandonaba camino de Granada.

Heliodoro se levanta, coge el trofeo, se lo da a su mujer, da un abrazo al amigo de su hijo y le comenta que gracias a él pueden descansar tranquilos al saber la verdad.

Emocionado, da un beso a la madre, quita importancia a su actuación y presenta a Rafael.

—Este hombre es el gerente de LACOMA, compañero y jefe de Manuel.

—Su hijo ha salvado la empresa, con su trabajo y honestidad ha permitido que saliéramos libres de la corrupción. Hemos tenido que dejar la obra, pero hemos negociado una buena liquidación —expone nervioso un discurso improvisado.

En ese emotivo instante, el gerente llama al equipo de obra y presenta a todos los miembros, a los padres del que fue su compañero y amigo.

—La empresa y todos los compañeros, hemos decidido daros una parte de la liquidación que hemos conseguido gracias a su hijo —les comunica orgulloso.

Ernest, por ser el más joven, es el encargado de entregar el cheque, que desata la alegría de la familia y amigos.

Ana, atenta en su papel de anfitriona, se acerca a Katia que está apartada con discreción, le echa cariñosa el brazo por encima del hombro y la acompaña para presentársela a sus padres.

No le da tiempo, Julia se acerca a darla un beso, sabe que es la amiga de su hijo, después se acerca el padre y se funden los tres en un abrazo.

—Mi hijo te quería mucho, se le notaba contento —confiesa la madre a una joven llorosa, incapaz de articular palabra.

El alcalde interrumpe el acto para anunciar que es el momento de salir, el pueblo ha preparado una fiesta para homenajear a Manuel.

Abandonan la casa emocionados y pasean hasta llegar a la plaza del pueblo, donde el regidor les hace detener para descubrir con solemnidad una placa en recuerdo de Manuel, que va a dar nombre al frontón donde jugaba de niño.

Finalizados los momentos de emoción, el resto de la jornada está preparada una animada romería para visitantes, familiares y la gente del pueblo que se ha apuntado.

Antes de la pitanza los visitantes deciden quien no va a beber para conducir a la vuelta. Les toca a Claudia y Pilar por sorteo, a Jesús por decisión propia y a Rafael por obligación, al no conducir su acompañante.

Los invitados disfrutan de los manjares de la tierra y de su afamado vino. Prueban el zurracapote típico del pueblo, bebida mezcla de vino tinto, frutas y otros ingredientes, cuya fórmula guardan con esmero los vecinos.

Al terminar la comida y una entretenida sobremesa, llena de anécdotas vividas con el amigo perdido, se organizan la verbena musical.

Los más pequeños, que habían comido aparte, vigilados por los jóvenes del pueblo para dejar libres a los mayores, se incorporan con alegría al festejo.

Los más animados bailan divertidos, los más patosos o tímidos, charlan de sus ilusiones y proyectos.

En un momento entre bailes, Javier charla divertido con las jóvenes magistradas sobre cómo se conocieron en su juzgado de Barcelona y el inicio de la ventura que les ha traído hasta aquí, mientras Luis se ha acercado a por bebidas para todos.

—¿Por qué tenías tanto recelo con los juzgados? —se anima Claudia a preguntar curiosa.

Piensa por un instante si responder, no quiere distraer la fiesta con recuerdos negativos, la mirada cómplice de las jóvenes y la confianza que las tiene, le impulsan a sincerarse con la verdad que tiene clavada en su corazón.

—Una juez injusta me metió con calzador en una denuncia por estafa contra un tercero, sin posibilidad de defensa en la fase final de un proceso, incluso con la oposición de la fiscalía.

—¿Cómo es posible que terminaras imputado? —se sorprende Diana que mira a su compañera con gesto de extrañeza.

—Por su incompetencia y por las marrullerías defensivas del abogado del imputado, para expandir la mierda a terceros.

—A veces no podemos hacer otra cosa —trata Claudia de disculpar un comportamiento que no logra entender.

—Si se quiere impartir justicia se debe escuchar a las partes antes de imputar un delito y no aceptar una denuncia general a bulto, a la espera que cada uno se defienda de las acusaciones.

—¿No tenías un buen abogado? —interviene Diana que estaba distraída, con ganas de irse de nuevo a bailar.

—Era un monumento muy difícil para mí, tras apostar por crear una empresa, la crisis se nos llevó por delante y lo perdí todo como empresario, profesional y persona. No estaba en condiciones de defenderme, me asignaron uno de oficio sin experiencia ni interés.

—¡Al final todo salió bien! —se adelanta Diana impaciente.

Le lanza una mirada de reproche, acompañada con una sonrisa cómplice, por obligarle a avanzar el final de su historia.

<<El juicio terminó en la audiencia de Valladolid, con tres jueces y un mayor garantía. Fue sencillo por la falsedad de la acusación, pero los nervios de antes y hasta que se dictó la sentencia exculpatoria fueron importantes. Me tuve que morder la lengua prudente en mi turno final, para no denunciar lo padecido por una juez injusta y no despertar el espíritu gremial de sus señorías. >>

Claudia se congratula al ver que su amigo es capaz de contar una experiencia dura, como si fuese una aventura novelesca, mientras Diana se disculpa divertida por su curiosidad, con un parpadeo coqueto que ilumina sus preciosos ojos verdes.

Derrotado por la joven sigue con su relato, sin darle emoción, por el adelanto del final feliz.

<<Un puente quedamos unos amigos del colegio que llevábamos más de veinte años sin vernos para pasar el fin de semana. De madrugada se presentó la policía en mi habitación del hotel para identificarme. Me quise morir de

vergüenza, el resto de fin de semana fue una pesadilla y no me quedaron ganas de volver a reunirme con nadie. >>

En ese momento llegó Luis con las bebidas, a tiempo de escuchar una historia que no le había contado.

—¿Ese fue el puente en Cáceres, al que me avisasteis, y no puede ir? —interviene abrumado al pensar en el mal trago que pasó su amigo.

—Te echamos de menos —trata de cambiar de tema.

—¡Vaya putada!, si llego a estar yo, los empapelo por “joder” la fiesta de unos amigos —intenta animar la historia.

—Fueron muy discretos y amables, les mandó alguien del juzgado —les disculpa.

—Los juzgados están colapsados, tenemos pocos medios y a veces nos equivocamos —trata Claudia de explicar las razones de la actuación judicial.

—Antes de poner a una persona en busca y captura, con lo que puede suponer para su honor y su imagen personal se debería comprobar que no se tienen su dirección y teléfonos en el juzgado, aunque tampoco fue la peor “putada” que me hicieron.

—No seas pesado, aburres a las jóvenes con tus historias, y las echan de menos en la fiesta —intenta Luis romper un momento duro, que su amigo cuenta como una anécdota divertida, para mantener la perspectiva del recuerdo.

Diana le corta para que le deje contar su última historia, con el apoyo de su amiga, cada vez más ofuscada por lo que unas decisiones injustas pueden provocar.

—Es la última y te va a gustar —promete a su amigo.

—Está bien apura que tenemos que volver a la fiesta.

<<Mientras hacía sólo el camino de Santiago por la ruta inglesa, al iniciar la etapa desde Betanzos a las seis de madrugada, tras pasar mis datos en el hotel, me detuvo la Guardia Civil, para entregarme una citación del juzgado. >>

—Por aquí no paso, dame los nombres de la pareja que van a fregar el cuartel por los restos —interrumpe indignado el relato.

—Les tendrás que felicitar, se portaron maravillosamente, aceptaron que les invitara a desayunar y en lugar de meterme en

el calabozo todo el fin de semana, localizaron a la juez de guardia, para agilizar la entrega de la citación y me pudiera ir.

—¡Que faena!, ¿seguiste el camino? —se interesa Diana.

—No tuve fuerza de ánimo, apenas me consolaba pensar que estaba solo. Cogí un tren hacia Santiago en el apeadero del pueblo, pase la noche en un hotel sin pegar ojo y por la mañana fui a despedirme de Santiago y regresé a Madrid.

—Me tenías que haber llamado —apunta Luis dándole una palmada de ánimo.

—Sabes que no me gusta contar mis problemas a nadie, al final Santiago me consiguió una prórroga del juicio y con las visitas sabatinas al Cerro de los Ángeles de Madrid recuperé fuerzas para preparar mi defensa.

Resume como estudió el proceso y los fundamentos de la estafa para rebatirlos; principalmente el engaño y el enriquecimiento ilícito y continuado. Explica que en su caso era fácil probar su inocencia, ellos eran los perjudicados, los que habían perdido el dinero y la empresa.

—Me costó entender que el proceso se había enfangado tanto, que no valía con demostrar mi verdad, debía salvar a todos los denunciados para evitar condenas generales.

—Siempre has sido un abogado frustrado —apunta se colega.

—Mis actuaciones periciales me ayudaron.

—Tu experiencia y valor nos han ayudado mucho —reconoce con orgullo su amigo, con el apoyo divertido de las chicas.

—No todas las juezas somos tan malas, espero que hayas cambiado de opinión —expone Claudia con una sonrisa dulce y una mirada cariñosa.

—Vosotras sois las mujeres más valientes y preparadas que he conocido nunca, las más guapas también —reconoce casi poniéndose colorado.

—Ahora tienes unas amigas que te pueden ayudar —apunta con cariño Diana.

—Está todo olvidado, aunque todavía tengo pesadillas en los hoteles, sueño que va a venir la policía a detenerme.

—¿Tienes pendiente un camino de Santiago? —pregunta con intención el capitán.

—Sí, pienso organizar un nuevo camino para agradecer al Santo su ayuda.

—¡Llámanos!, si podemos te acompañamos —se apuntan al unísono las jóvenes.

Se muestra encantado y orgulloso de que sus nuevas amigas quieran ir con él.

—Me apunto —interviene el capitán.

—¡Ok!, pero vamos a mi ritmo que tú estás muy en forma y las chicas seguro que también.

—No seas vacilón, que tú eras buen deportista.

—Tú lo has dicho, era.

—¡Volvamos a la fiesta! —da Luis por acabadas las confesiones de su amigo, sobre hechos superados de su vida.

El resto de la jornada disfrutan de la fiesta y la compañía sin preocupaciones.

El tiempo pasa rápido y sin darse cuenta se les agota, a los que tenían un largo viaje de regreso.

Después de una última canción de despedida, Heliodoro que ha pasado una jornada inolvidable, sin haberlo imaginado siquiera, hace acopio de valor y se anima a dirigirles unas palabras.

—Nos habéis hecho las personas más felices del mundo, mi hijo desde el cielo, seguro que está muy orgulloso de vosotros, esta es vuestra casa, espero que pronto vengáis a vernos.

Sus palabras ponen un último nudo en la garganta de los asistentes, especialmente de los que deben abandonar la entrañable fiesta.

—Ustedes han perdido un hijo, otros un familiar, un amigo y un compañero, nosotros hemos ganado una nueva familia y muchos amigos —se atreve Javier a responder en nombre de todos.

—Nuestro pueblo es para siempre el vuestro, consideraros unos paisanos más —afirma solemne el alcalde con la conformidad de los vecinos.

Los visitantes se despiden agradecidos y emocionados de los padres, de la familia, del alcalde y del resto de paisanos, dirigiéndose hacia los coches, acompañados por Ana y Álvaro.

Al llegar a la plaza, los amigos se citan para verse pronto, bajo la cúpula estrellada de un cielo limpio, como la amistad que ha nacido entre ellos.

El primer coche en salir lo hará con destino Zaragoza, los del equipo de obra son los más rápidos en organizarse.

—Espero que un día podamos trabajar juntos —se despide su breve compañero, al que le hubiera gustado dirigir la obra con ellos hasta el final.

Lo más difícil, como se imaginaba Pilar, fue convencer a las pequeñas para entrar en el coche. Se lo han pasado en grande, jugando con los niños del pueblo, con conejos, cabritillos, incluso las han subido a unos inofensivos burritos. Se han sentido las reinas de un mundo de fantasía y han hecho un montón de amigos, solo el cansancio las obliga a rendirse.

Mientras el matrimonio pelea con las pequeñas y organiza el coche, el resto de la comitiva se abraza, besa y despide, deseándose un pronto reencuentro.

—Rubén y tú quedáis encargados de organizar la próxima fiesta —propone Javier señalando a Luis.

Los agentes se comprometen a organizar la futura reunión y le devuelven el reto a su amigo, de volver pasar unos días más tranquilos en Barcelona y organizar el Camino de Santiago.

—Ven a vernos y te enseñamos la ciudad —se apuntan las juristas.

—Me llamáis para que os ayude en algún caso, ¿no mejor no! —arrepintiéndose al instante de su propuesta, lo que provoca las risas de todos.

—Creo que has tenido bastante —concluye Diana divertida.

—Estudia mucho—se dirige Javier a Katia, a la que ha cogido mucho cariño.

En ese momento de espontáneos deseos, aparece el matrimonio tras lograr acoplar a las pequeñas, que se han quedado dormidas.

—No os enrolléis más, nos vemos pronto, yo me encargo de liar a estos polis —resume graciosa la gaditana.

—Podéis venir vosotros por Madrid, prometemos trataros bien —propone Rafael.

—¡Seguro que te vemos pronto en Barcelona! —se dirige Luis a su colega de clase, con expresión de saber algo que no ha contado.

—No sé cuándo podré volver —se sorprende de lo seguro que está su amigo.

—Me ha dicho Rafael que vas a dirigir la obra con el estudio de arquitectura —le confiesa con alegría.

—No hay nada seguro, es sólo una propuesta —no quiere ilusionarse del todo.

—Me gustaría que volvieras a Barcelona, si es lo mejor para ti —concluye, sumándose todos al deseo.

Con la ilusión recuperada por la posibilidad de verse pronto, parten juntos los coches que se dirigen a Barcelona, después de una última despedida.

Javier y Rafael son los últimos, se despiden de Ana y Álvaro, que se han sumado a todas las despedida, les prometen que pronto volverán a pasar un día con ellos y sus padres, se suben al coche e inician el camino de vuelta.

En los viajes de regreso a la normalidad, los compañeros de aventura, sienten una indescriptible felicidad por la jornada vivida, la amistad que se ha fraguado entre ellos y por haber contribuido a que una familia y un pueblo recuperen la esperanza.

Sobre todas las emociones, destaca el enorme orgullo que sienten porque juntos, descubrieron la verdad, hicieron justicia a un amigo valiente y honrado y dismantelaron una importante trama de corrupción.

Lo que la vida depare a los amigos en el futuro, serán otras historias por escribir.

Nota del autor

Los hechos relatados y los personajes que aparecen en el libro no son reales, aunque puedan existir puntos de coincidencia con recuerdos de experiencias vividas o imaginadas por el autor en su entorno profesional o personal.

La trama de corrupción es inventada, aunque esté inspirada en la experiencia personal del autor y guarde coincidencias con tramas reales suficientemente conocidas.

Los hechos investigados se sitúan en Barcelona con la única intención de que los protagonistas puedan recorrer muchos caminos, que en su día transitó el autor, en sus aventuras personales y profesionales. Por desgracia para los ciudadanos de bien, se podrían localizar en otras Comunidades Autónomas con similar credibilidad.

Reconocimiento

El libro quiere ser un homenaje a los héroes anónimos, que como los protagonistas de la aventura, se comprometen diariamente en la lucha contra las injusticias.

A los que piensan como el Dalai Lama que “solo existen dos días al año en los que no se puede hacer nada; ayer y mañana” y creen que hoy es un buen día para cambiar las cosas.

Quiere ser un grito de ánimo para toda la gente buena, a la que los poderosos robaron su futuro, que les ayude a ponerse de nuevo en pie, para luchar, junto a otros muchos, por recuperar los sueños arrebatados.

Aunque suene pretencioso, si el libro sirve para que alguien se levante y se incorpore de nuevo al camino, habrá merecido la pena el atrevimiento de escribirlo. Las grandes aventuras siempre empiezan por un pequeño paso.

Agradecimientos

El primer agradecimiento es para Jesús el Pobre que me regaló la inspiración para definir el argumento, sin más méritos que haber cumplido la promesa de terminar mi libro, “Caminado entre obras y crisis”, que nació para ser el último.

Este libro es mi regalo de agradecimiento a todas las personas importantes de mi vida, a los que he robado nombres y apellidos, anécdotas, momentos vividos e imaginados, formas de ser y de sentir, para crear los personajes y sus mundos reales o ficticios.

Quiero realizar una dedicatoria especial a las personas más importantes en mi vida y para el desarrollo del libro:

Mi madre, protagonista principal del libro.

Mi padre, cuyo espíritu sobrevuela el libro y lo corrige desde el cielo.

Mi hermana Pilar, que cambió el título y lo mejoró.

Mi Tita Tere, madrina y hermana mayor, mi ahijada Beatriz y resto de familia.

Rafa, primer lector y partícipe en muchos recuerdos de los protagonistas.

Juan Luis, lector fiel y corrector agudo.

Jacinto por prestarme un protagonista y leerlo junto a Marisol.

Un agradecimiento general a mi familia y amigos, a los que están con nosotros y a los que nos guardan un hueco en el cielo, para no dejarme a nadie sin citar.

Para finalizar mis dedicatorias, quiero mostrar mi agradecimiento a todos los que recibieron con ilusión mi primer libro, muy especialmente a los valientes que lo han leído y a los que se animen en un futuro.